

MARIBEL SOLLE

Escritora premiada
por la editorial
readers crew

Saga belldades problemáticas
**La Dama
y El Marajá**

Un paseo por el destino



La dama y el marajá

Saga Beldades Problemáticas: Helen



Se prohíbe la copia total o parcial de la obra, ni su incorporación a un sistema informático o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y Sigüientes del Código Penal). Obra registrada con todos los derechos reservados.

Nota del autor.

Todos los hechos que se relatan en esta obra son ficticios.
Recomiendo esta novela a lectores con afán de conocer culturas distintas y personajes atípicos.

Primera edición en Agosto, 2019

©2019, Maria Isabel Salsench Ollè



Contents

Epígrafe

Prólogo

Capítulo 1— Caminar entre locos

Capítulo 2— Que le corten la cabeza

Capítulo 3— El viaje

Capítulo 4— Un poco de paz

Capítulo 5— Lo que quiere un rey

Capítulo 6- Amor a primera vista

Capítulo 7— Un baño purificador

Capítulo 8— Amor prohibido

Capítulo 9— Propuesta matrimonial

Capítulo 10— Amor verdadero

Capítulo 11— La religión

Capítulo 12— Ha nacido una reina

Capítulo 13— La esposa de mi marido

Capítulo 14— Uniones singulares

Capítulo 15— Amor sacrificado

Capítulo 16— Ajedrez

Capítulo 17— Tres reinas en un mismo tablero

Capítulo 18— Pero un solo rey

Capítulo 19— La verdad

Capítulo 20— Cada pieza en su casilla

Capítulo 21— Batallas pero no guerras

Capítulo 22— Amor familiar

Capítulo 23—Jaque mate

Capítulo final

Epílogo

Epígrafe

Todo parece perfecto, predestinado y finiquitado cuando de repente llega un punto sin retorno. Un punto en el que sólo te queda seguir adelante o morir en él. Entonces, si eres fuerte, nace de ti un poder que no sabías que existía. Si eres débil, tu vida y tus recuerdos quedan en el olvido. Morir o vivir. Huir o rendirse. Luchar o perder. Resistir... Resistir es mantenerse de pie cuando la verdad nos hace débiles. Hay que ser valiente para mirar al destino de frente y aceptarlo. Porque la vida es nuestro campo de batalla...

Yo elegí acabar con mi enemigo, huir, vivir...

Helen Ravorford.



Prólogo

Cuando todos saben lo que te conviene...

Temporada social de 1842.

Pese a lo temprano de la hora y el calor que hacía, la mansión de los Condes de Pembroke, en Inglaterra, desbordaba de gente y bullicio. La anfitriona, Ludovica Ravorford, preparaba cada año el evento más sonado y esperado, recibiendo en su propiedad a infinidad de celebridades y de notables figuras. Los mozos iban de un lado para otro sirviendo copas, canapés y, en resumidas cuentas, todo aquello que los nobles pidieran.

El mayordomo tocó la trompeta en un anuncio ensordecedor de que otro ilustre invitado acababa de llegar. Y no era nada más ni nada menos que el futuro Conde de York: Brian Bennet. Era uno de los solteros más codiciados por su título, su aspecto y, en principio, sus modales. Era alto, rubio, de ojos azules y relativamente joven. Un príncipe. Un príncipe azul con el que cualquier señorita de bien se atrevería a soñar.

—Bienvenido, Lord Bennet —pronunció la Condesa de Pembroke con una gran sonrisa y removiendo sus bucles dorados grácilmente—. Es un honor tenerlo entre nosotros —agasajó, sumándose mentalmente otro punto positivo a su gran labor como anfitriona elegante y perfecta.

El aludido respondió con un ligero toque de cabeza ocultando que, en realidad, estaba allí por obligación. Su padre lo había obligado bajo la amenaza de desheredarlo. Y podía hacerlo porque tenía a dos hermanos menores deseosos de ocupar su lugar. Debía casarse y de inmediato. ¿Pero con quién? Habiendo probado la gran mayoría de placeres carnales, las muchachas casaderas le parecían muy insulsas, faltas de carácter y, por norma general, un completo aburrimiento.

Menos de media hora después, no obstante y rápidamente, vio a la que sería su esposa. Tanto si ella quería como si no. La obligaría si era menester.

La secuestraría. Ella era todo cuanto necesitaba: enérgica, salvaje, divertida... Una yegua a la que domar. Si su padre lo obligaba a contraer nupcias, al menos lo haría con una de su agrado. Y la dama en cuestión era la hija de la anfitriona. La hija de los Condes de Pembroke: Helen Ravorford.

Helen estaba en su cuarta y última temporada, no por falta de belleza sino por exceso de carácter. Era apodada el "*demonio vestido de ángel*" y con razón. La belleza de esa muchacha era de un esplendor muy delicado y refinado en comparación a sus extrañas aficiones y pensamientos.

Sentada con las hermanas Cavendish a la sombra de un gran roble que habitaba en su jardín, la joven ofrecía una imagen encantadora y sensual. Su vestido nuevo de organdí azul se extendía un poco más allá de sus botines dorados, ajustándose a la perfección en su cintura y remarcando su busto con delicada coquetería. Pero ni el recato, ni la rigidez de sus modales impuestos desde que era una niña, conseguían encubrir su personalidad traviesa. Los ademanes le habían sido impuestos con una severa disciplina y repetidas amonestaciones; pero la mirada era suya. Sus ojos eran de un verde azulado, que cambiaban de tonalidad según la influencia solar. Pícaros.

—Las fiestas de tu madre nunca decepcionan, Helen —adujo Audrey Cavendish, su prima y buena amiga, recolocándose el pelo negro bajo el bonete.

—¡Oh! Si supieras cuánto detesto estos espectáculos —objetó ella, removiendo su limonada con impaciencia y observando con desdén el teatro ensayado que se estaba configurando en su casa—. Cada año es lo mismo... Y cada año debo comportarme peor para ahuyentar a los caballeros.

—¿Pero por qué no quieres casarte, prima Helen? —inquirió su prima menor, Elizabeth Cavendish, debutante de ese mismo año.

—Temo que me ocurra lo mismo que a mis padres —señaló con la mirada a sus progenitores. Rudolph y Ludovica Ravorford apenas hablaban entre ellos, no se sonreían y siempre buscaban excusas para no estar juntos a solas—. Una vez mi madre me contó que se habían casado enamorados, pero yo sólo he visto frialdad y... En fin, nada que no veamos en cualquier matrimonio de nuestra época.

—Esto sucede con los años...—comentó Audrey.

—Yo creo que si un amor es verdadero...Esto no puede suceder —convino la más joven, sonrojada hasta el nacimiento del pelo.

—Estos son los envidiables pensamientos de una debutante dulce y soñadora como tú, Bethy. Pero la realidad... No importa. No es sólo eso.

Quiero desarrollar una carrera personal, lejos de la maternidad y de las obligaciones femeninas... Quiero ser escritora. Escribir novelas... Esa es mi verdadera pasión —suspiró, en un tono ensimismado mientras observaba las hojas de los árboles.

—¿Escribir? ¡Eso es para hombres! —se escandalizó Lady Julianne Ellinoe que había escuchado la conversación por casualidad—. Lady Ravorford, creo que debería reconsiderar sus objetivos.

—Y yo creo que una dama que escucha conversaciones ajenas debería reconsiderar sus modales —dijo Audrey, clavando sus ojos azules en los de aquella joven que se había atrevido a juzgar a su prima. Lady Julianne desapareció presa del pavor y de la vergüenza—. Helen, admiro tu valentía. —La cogió por el brazo cariñosamente. —Yo te animo a perseguir tus sueños...

Helen sonrió con afecto, recordando la infinidad de manuscritos secretos que escondía en el cajón de su cómoda. Sus escritos eran su mayor tesoro, su razón de ser. Celosamente los guardaba en una cajita de madera y los rectificaba o los extendía con el tiempo. Con la esperanza de que algún día salieran a la luz.

—¿Quién es el caballero que está hablando con Lord Talbot? —preguntó Elizabeth.

—Es Lord Brian Bennet, futuro Conde de York. Un joven muy codiciado, pero me extraña verlo aquí. Por lo general, es el típico enamorado que no se deja atar fácilmente. Y un lugar como este, va en contra de su personalidad.

—A veces me gustaría saber cómo sabes todo eso, Audrey.

—Querida prima, la diferencia entre tú y yo es que tu mente es capaz de crear mundos mientras que la mía memoriza nuestro mundo al pie de la letra.

—Debe ser eso —rio Helen, observando a Lord Bennet. Era el digno protagonista de una novela romántica. Largas y musculosas piernas de jinete, rozando los dos metros de altura y estatura de sólida osamenta. Hacía tiempo que no veía a un hombre tan hermoso y, por su mala suerte, el objeto de sus pensamientos debió percibirlo porque hizo chocar sus ojos azules contra los suyos.

Era imperdonable, claramente imperdonable sucumbir a los deseos carnales. ¿Por qué lo había mirado por tanto tiempo? ¡Ahora él pensaría que ella estaba interesada! Y nada más lejos de la verdad aunque fuera el mismísimo Adán.

—No deja de perseguirme —se quejó Helen con indignación, como si se sintiera defraudada—. Le he dado los pisotones más fuertes que puedo dar, le he tirado copas por encima e incluso me he puesto a hablar sin parar con el objeto de aburrirle. Pero nada parece disuadirlo... Él sabe perfectamente que no es de mi agrado, pero no le importa. Odio a Lord Bennet con todas mis fuerzas.

—Quizás este sea el hombre de tu vida, prima. Un caballero que no se amedrañe frente a tu fuerte carácter es lo que necesitas —expuso Elizabeth, mirando hacia el salón de baile y tan engalanada como la hija de su tía.

Habían pasado tres días desde el inicio del evento y el futuro Conde de York no cesaba en su empeño por perseguir a la hija de los anfitriones. Y nadie hacía nada para impedirlo. ¿Para qué? ¡Al contrario! Era un orgullo que la joven fuera atendida por un joven tan apuesto y bien posicionado, sobre todo para la familia.

Sin embargo, para Helen estaba resultando muy agobiante e indignante. Se sentía acosada, a pesar de que ese término quizás no se conociera en esos tiempos.

—Hacía mucho tiempo que un hombre no te pretendía, hija —susurró Ludovica, acercándose a ella con una copa de champán en la mano—. Al menos uno que no se asustara de ti en el segundo día. Es joven, hermoso, noble y adinerado. Si viene a pedirnos tu mano, no dudaremos en aceptar esta vez.

Helen abrió los ojos como platos y miró a su madre con espanto e impotencia contenida.

—Este no es el lugar para hablar de esto —fue toda su respuesta, soportando las lágrimas en sus concas para que no cayeran frente a todo el mundo.

—Tienes razón, hija mía. ¡Qué bien te he enseñado! —Y removiendo su falda pomposa desapareció entre la multitud dejando a una pobre mujer con el ama en vilo y terriblemente angustiada por su futuro.

—¿Bailamos? —escuchó esa voz cargante preguntarle lo mismo por décima vez en esos días. Se había acercado mientras hablaba con su madre y Elizabeth había desaparecido. Podía notar las miradas del resto de los asistentes sobre ellos, sus murmullos y sus apuestas de cuando se anunciaría el inminente matrimonio. ¡Pero ella no quería casarse! Sí, Lord Bennet era un encanto, un hombre hermoso, atento y ese largo etcétera que todos veían... Pero ella notaba algo diferente en él. Una extraña alevosía por poseer cuanto deseaba, y no parecía tratar demasiado bien a algo cuando se cansaba de ello.

¿Por qué esa necesidad de desposarla? ¿Si él era un libertino! ¿Si todavía tenía muchos años de soltería por delante! ¿Nadie se planteaba aquellas cuestiones? ¿Por qué sólo veían la sonrisa? ¿Veían a la piel pero no veían al lobo?

—No me encuentro bien —contestó, sin mirarlo y tragando sonoramente la saliva.

—¿Puedo invitarla a un refrigerio? —insistió el caballero, con esa sonrisa tan viril que solía enmarcar en su rostro cuando demandaba algo.

Los refrigerios estaban en otra sala menos concurrida, así que Helen aceptó. Deseosa por alejarse de todas aquellas miradas curiosas. También sería una buena ocasión para profundizar en sus sentimientos y hacerle entender a Lord Bennet que no deseaba casarse. Aceptó su brazo y con una sonrisa comedida anduvo al lado de él hasta ese salón que, efectivamente, sólo estaba ocupado por el servicio y la gente que iba y venía.

—Bueno, Lady Ravorford...—dijo él, extendiéndole una limonada. Aquello que bebían las mujeres casaderas o las personas que no disfrutaban del alcohol; en cambio Brian, le dio un buen sorbo al brandy.

—Bueno, milord... Debo admitir que me siento muy halagada con sus atenciones —inició, andando hasta el lugar más apartado y observando su reflejo en los vidrios de la puerta—. Pero...

—Antes de que diga nada —la interrumpió, tomándose la ligereza de cogerla por el codo y obligándola a mirarlo directamente a los ojos—. Déjeme expresarle lo mucho que me siento atraído por usted. No había conocido nunca a una mujer con tantos temas de conversación y con tantos valores que compartir con un hombre. Quizás esté siendo precipitado, pero dicen que el amor verdadero llega con una mirada... Y su mirada... Noté su mirada el primer día, en la recepción. Sé que usted también siente algo por mí... ¿No sería magnífico dejar correr nuestros sentimientos libre y oficialmente?

¡Claro que sentía algo por él! Ella jamás había estado con ningún hombre y Brian le parecía el hombre más guapo que había conocido nunca. Pero eso... Eso no significaba que estuviera dispuesta a entregarle su vida. No sentía mariposas en el estómago cada vez que lo veía. ¿O eso sólo existía en las novelas? Se quedó unos instantes en silencio, soltándose delicadamente del agarre de Brian. ¿Y si estuviera errada en sus percepciones? ¿Y si él era un hombre con el que merecía desposarse? ¡Cuántas dudas! En el fondo siempre había sido una persona dubitativa y eso era debido a su baja capacidad por percibir la realidad y, en cambio, vivir en mundos inexistentes.

—Yo...Mucho me temo que mi naturaleza de carácter no concuerde con lo que se espera de una Condesa —explicó, llevándose una mano cerrada sobre el pecho y removiendo su mirada pícara sobre los ojos idílicos de su interlocutor—. Nunca quise casarme, aunque no sea decoroso decirlo. Y no me imagino en ese papel. Quiero serle completamente sincera, no soy como las otras muchachas que buscan desesperadamente un hombre al que aferrarse. Yo pretendo ser dueña de mi propia vida y... —Soltó un bufido acompañado de una sonrisa lastimera. —Y se equivoca, no siento nada por usted más que una mera curiosidad.

¿Había dicho curiosidad? ¿Qué diablos significaba curiosidad en ese contexto? ¡Ya no merecía la pena lamentarse! ¡Ya lo había dicho! Buscó respuestas en el rostro de Lord Bennet pero sólo encontró un brillo difícil de descifrar. ¿Lo habría entendido? ¿Lo habría disuadido de sus planes? ¿O su rechazo lo estaba alentando a continuar?

Después de esa conversación tan íntima no supo nada más de él durante el día siguiente.

Muy aliviada imaginó como sus manuscritos seguían extendiéndose en la tranquilidad de su alcoba sin ninguna distracción más que la necesaria para subsistir.

Pero nada más lejos de la realidad.

Cuando los asistentes ya volvían a sus hogares con alabanzas hacia la magnífica anfitriona y con algunos quilos de más, Helen recibió la peor noticia de su vida: sus padres la habían prometido a Lord Bennet. Y lo supo como si fuera una espectadora más de la situación, nadie le preguntó ni le informó. ¿Qué era ella? ¿Quién era?

—¿Cómo habéis podido hacerme esto?! —aulló, dolida en el despacho de su padre, después de que el compromiso ya hubiera sido anunciado oficialmente—. ¡No me habíais dicho nada! ¡He tenido que enterarme como si fuera...como si no fuera yo quien se va a casar! ¡Soy yo la que me caso! ¡La que tendré que darle hijos a ese hombre...y....!

Su rostro estaba descompuesto, a pesar de que no conseguía romper con su aspecto angelical. Le hubiera gustado parecer ese demonio que decían que escondía. ¿Qué esperar de su futuro esposo? ¿Un hombre que, a pesar de saber que ella no deseaba casarse, había actuado a sus espaldas?

—Los nobles de alta alcurnia están encantados con la noticia —argumentó su rechoncha y dramática madre que ya llevaba el gorro de descansar—. ¡El Condado de Pembroke y el de York unidos! Como no tenemos hijo varón, al

menos hemos podido dejar en buenas manos a nuestra única hija. ¿Qué esperabas? ¿Quedarte sola a nuestra muerte? ¿No entiendes que serán tus hijos los que hereden nuestro título? ¡Tienes responsabilidades!

—Además, hija —habló Rudolph, con voz pesarosa y mirada compasiva—. Es un hombre joven, apuesto y muy educado. Si se tratara de un anciano... O de alguien con mala reputación... Yo mismo me hubiera negado. Pero no pude negarme a la petición de tan buen y agradable caballero. Estoy convencido de que lo amarás...

—Tus primas opinan que en el fondo ya sientes algo por él. Y las Cavendish nunca mienten... Quizás necesites tiempo para darte cuenta de tus sentimientos. Y un consejo. —Cogió la cara de Helen entre sus dedos hinchados—. En el matrimonio hay algo más importante que el amor... el respeto. El amor es algo efímero...

—Ya veo que todos habláis por mí. Ya veo que yo soy la única que no se da cuenta de mi gran fortuna, debo de ser verdaderamente estúpida por no darme cuenta —sonrió entre lágrimas, apartando las manos de la Condesa para salir del estudio.

—No eres estúpida —escuchó decir a sus espaldas—. Sino que te pasas demasiado tiempo escribiendo y eso te impide ser realista...

Aquello terminó de enfurecerla. Fue en busca de su revólver y salió al patio de armas para practicar el tiro con las dianas. El demonio se había apoderado de ella por completo y nadie osaba acercarse.

—¿Estás segura de que será capaz de llevar un matrimonio? —preguntó, preocupado, Rudolph a su esposa mientras observaban a su hija desde uno de los ventanales de la mansión.

—Deberá serlo. Como todas las mujeres... Ya tiene edad, y si no es capaz de controlar su mal genio, su marido la ayudará a hacerlo. Por eso todos están encantados con Brian, porque es el único hombre que ha demostrado no tener miedo de nuestra hija.

—¿No estarás insinuando que...?

—No. En absoluto, el joven es demasiado bondadoso y está enamorado...No osaría hacer eso, hablo de caracteres y actitudes.

—Espero que estés en lo cierto. Una vez casados, nadie podrá salvar a nuestra hija...

...MENOS TÚ



Capítulo 1

Caminar entre locos

*No quiero caminar entre locos", dijo Alicia. "Oh, no puedes hacer nada",
le respondió el gato, "todos estamos locos aquí".*

Alicia en el País de las Maravillas (1865).

Julio de 1852.

Lo que prometió ser un matrimonio romántico empezó a mostrar su cara oculta cuando Lord Bennet, Conde de York, supo que Helen Ravorford no tenía vuelta atrás. En cuanto hubieron pronunciado sus votos, Brian empezó un horrible monólogo de lo que debía ser una mujer.

"Una mujer excelente".

Al principio, Helen no daba crédito a nada de lo que escuchaba, llegando a considerar que estuviera diciendo todo aquello en tono jactancioso. Pero rápidamente comprendió que su recién esposo no podía estar hablando más en serio, y lo supo en el momento de la consumación de su enlace.

Brian no tuvo ningún miramiento a la hora de *"hacerla suya"*. No la preparó ni fue delicado. Él se creía el dueño de su cuerpo y nadie podía convencerlo de lo contrario. Helen, como resultado, no sabía lo que era el placer o, al menos, el disfrute del amor. Para ella, lo único bueno de las relaciones sexuales que mantenía con su esposo eran sus hijos. Gracias a Dios, no era muy fértil y en diez años tan sólo había concebido a dos vástagos.

Y se dice gracias a Dios, porque Helen no deseaba traer más criaturas inocentes a ese infierno. Ella se había convertido en una muda. En una mujer que hacía todo lo posible por no enfadar a su esposo. Pero era en vano.

Brian siempre encontraba alguna excusa para dejar correr su mal genio. En ocasiones, una simple sonrisa acarrearía consecuencias fatídicas. Inicialmente, ella consideró todo aquello como una atentado a su intimidad y a su persona.

Pero con el tiempo, y ante la ignorancia de su sociedad, incluso parecía romántico. ¡Qué atento era Brian! ¡Qué celoso! ¡Qué posesivo! ¡Cuántas atenciones!

La mera idea de seguir con aquel matrimonio hasta la vejez le daba pánico. Porque el romanticismo había muerto en cuanto Brian empezó a ser adúltero. Al término de dos años, cuando ella ya no era suficiente para él, se buscó diferentes amantes a las que no se preocupaba por ocultar. La humillaba en público, pero...en fin. ¡Él era un hombre!

¡Y a él se le perdonaba cualquier cosa!

¡Pero a ella no!

Ella debía permanecer encerrada entre cuatro paredes y dormir junto a sus doncellas si él decidía no compartir el lecho alguna noche, lo cual resultaba un alivio aunque supiera que estaba con otra. Sus doncellas eran testigos de que Helen no era adúltera y Brian sabía muy bien que ellas decían la verdad porque las tenía tan asustadas como a su Condesa.

¿Adúltera?

Lo último en lo que pensaba la Condesa de York era en hombres. Para ella no había disfrute en ello. Y no comprendía por qué otras mujeres sí disfrutaban, debían ser unas completas masoquistas. Lo que hacía en sus momentos de paz...era escribir.



Escribía y escribía sobre mundos inexistentes, sobre personas que aliviaban su mal estar y sobre felicidades que ella jamás conocería. Cuando escuchaba las botas de Brian, corría a esconder los manuscritos en un cofre que había ocultado celosamente durante una década.

¿Amaba a su esposo? Claro. ¿Qué remedio le tocaba? No había conocido a ningún otro varón y cuando Brian estaba de buen humor incluso lo encontraba agradable. ¿Amaba a sus hijos? ¡Más que a su vida! La razón de su existir eran los pequeños Josh y Rose. Josh ya tenía diez años mientras que la pequeña Rose apenas cumplía los seis.

Había intentado escapar en un par de ocasiones, buscar ayuda en sus

padres o amigas... Pero nada podía salvarla. Cuando intentó huir ella sola con una maleta, Brian la encontró a pocas millas de su hogar y la reprimenda dio como resultado a un ojo hinchado y un par de costillas quebradas.

El día que buscó apoyo en sus padres, se encontró con otra dura realidad. Y era que su madre no estaba dispuesta a acogerla en contra de la voluntad de su esposo. ¿Qué diría la gente? ¿Ser la comidilla de Londres? No juzgaba a Ludovica Ravorford por su decisión, pero sí lamentaba en el alma los ojos llorosos de su padre el día que la vio con la cara amoratada. Ludovica mantuvo unas serias palabras con Brian que sólo sirvieron para calmarlo durante un par de meses.

Karen, una de sus mejores amigas y prima, trató de pagarle un billete a otro país. No obstante, cuando Brian se enteró, la amenazó con quitarle a los niños y con que no se los dejaría ver nunca más.

¿Qué madre estaba dispuesta a perder a sus hijos? No la amonestó porque sabía que Karen estaba de por medio y que las consecuencias podían ser graves, pero ella no se atrevió a seguir adelante con el plan ya que Josh y Rose pesaban más que su propia existencia y dignidad.

—De nada sirve lamentarse ahora que la vida ya está vivida —pronunció la Condesa de York, sentada en su salón de visitas y en voz terriblemente baja.

—A veces te miro y no me creo que seas la misma Helen... Que seas mi prima. ¡El demonio vestido de ángel! ¡Fuiste tú la primera que me enseñó a coger un revólver! ¡Eras tú... mi gran heroína! ¡Las beldades problemáticas! —dijo Karen, Condesa de Derby y mujer muy temida entre los suyos por su gran carácter y su inmensa fortuna.

—Yo misma me avergüenzo de lo que sucede... ¿Qué dirás tú? —preguntó, junto a una sonrisa lastimera y levantando sus ojos verdes empapados en lágrimas.

—¿Qué digo yo? ¡Que lo mates! —escupió Karen—. ¡Ya has aguantado diez años! ¿A qué estás esperando? ¡Suficiente tiempo ha tenido ese cerdo para cambiar!

—No, él no cambia... Sino que cada vez va a peor. Sus exigencias cada vez son más altas, bebe en demasía y hasta temo que...

—¿Qué pegue a tus hijos?

—Sí —afirmó, dejando caer un par de lágrimas mientras cogía las manos de su valiente prima—. Oh, Karen... Está siendo muy duro con Josh. Siempre le recuerda que él es el único heredero, que no puede jugar, que no puede reír... Mi niño ni si quiera juega con sus caballitos de madera. Brian se lo ha

prohibido. En lugar de eso, el otro día lo obligó a montar, Josh estaba aterrado y cuando empezó a llorar... ¡Lo gritó! Lo gritó tanto que mi alma amenazó con quebrarse... ¿Dijeron algo Elizabeth y su esposo? Sé que el esposo de Elizabeth es muy amigo de Brian, ¿lo ha hecho entrar en razón?

Karen no respondió, su gesto serio fue suficiente respuesta. Con el semblante compungido pero sin titubear, la Condesa de Derby sacó un bulto envuelto en un pañuelo y se lo entregó a su prima.

—Saca el demonio que tienes dentro. Sé la Helen que recuerdo.

—Pero... ¿Qué? —Destapó aquello que pesaba tanto, era un arma.

Hacía años que no tenía una entre manos. En cuanto se casó, Brian se las quitó todas. No hace falta mencionar que le prohibió cualquier práctica que tuviera relación con el tiro. De nada sirvieron sus lamentos, sus discusiones o sus peticiones... ¡Él era el hombre que no la temía! ¡El hombre que la ponía en su lugar! ¡Aquel hombre al que todos habían alabado por su forma de manipularla! ¡Aquel monstruo al que todos dieron permiso!

—¿Por qué me das esto? —insistió ella—. ¿Crees que sería capaz de matar a mi propio esposo?

—Creo que debes ser capaz porque si no lo matas, deberás vivir el resto de tu vida de esta manera —Karen acarició su cuello, en el que había un moratón fielmente escondido tras el tafetán azul.

En cuanto su prima se marchó, se refugió en su alcoba. Escondió el revólver rápidamente, presa del pavor. Le temblaban las manos y, por primera vez en muchos años, contempló de forma objetiva su rostro en el espejo.

Conservaba aquellas dulces facciones que se habían ganado el apodo de ángel. Sus cejas se perfilaban en forma de media luna sobre unas extensas y rubias pestañas que sombreaban sus ojos pícaros. Pícaros porque cambiaban de tonalidad en función de la luz, pero poco quedaba de esa picardía que una vez la caracterizó. Trató de profundizar en sus propias pupilas, llevándose las manos sobre las mejillas, y lo que encontró la asustó. Estaba vacía, no era ella. Karen tenía razón, no se reconocía en aquel reflejo. Instintivamente, deslizó el cuello de tafetán azul, descubriendo las marcas de violencia que Brian le había dejado pocos días antes.

La razón fue que, según él, lo había dejado en ridículo frente a unos invitados al no ponerse la gargantilla de diamantes que le regaló el día en el que nació Josh. ¡Ella tenía que ser un escaparate! ¡Un mueble dispensador de joyas reluciente! Cualquier nimiedad suponía una catástrofe, y las cosas más mínimas, fueran reales o no, suponían una tortura de horas.

"Quieres hacerme parecer pobre frente a mis amigos."

"Pretendes ser una cualquiera con ese escote abierto."

"He visto que tonteabas con Lord Annyell."

"¿Cómo has podido decir esto?" Eres incapaz, una tonta...

Cuando se quedó embarazada, pensó que el carácter del Conde mejoraría. Pero se llevó una gran decepción cuando al comunicarle la noticia ni si quiera se inmutó. Se encargó de advertirle que no cometiera estupideces que pusieran en riesgo la vida de su futuro heredero y le prohibió terminantemente toda clase de tonterías como por ejemplo no comer nada que no estuviera dentro de una dieta rigurosamente preparada. Vivió un cautiverio en el que no le era permitido ni salir al jardín. Cuando nació Josh, decidió el nombre él solo: Joseph Bennet. Pero ella, a modo de triunfo personal, lo llamaba Josh. Aunque se cuidaba muy mucho de llamarlo de ese modo frente al padre.

Trató de no quedarse embarazada de nuevo por muchos medios. Primero con la abstinencia y después con algunas hierbas que el ama de llaves, que se compadecía de ella, le llevaba a escondidas. Aquellos métodos sumado a su poca capacidad de concebir habían dado sus frutos a pesar de los continuos insultos hacía su infertilidad. Por eso, tras dos años, Brian no tardó en buscarse a mujeres con las que demostrar que él no tenía problemas de "hombría" y que, como no, el problema era de su "inútil esposa".

A ella no le importaba que Brian buscara consuelo en otros brazos. Quizás sintió una leve picazón la primera vez que se enteró. Pero no por celos sino por rabia. ¡Él siempre hacía lo que le placía! Con el tiempo comprendió que todo el tiempo que pasaba con sus amantes no tenía que soportarlo ella.

Una noche, tras cinco y penosos años, llegó completamente ebrio. Para andar tenía que sostenerse a las paredes. Ella cometió el tremendo error de cruzarse con él en el pasillo. Básicamente la violó, aunque ella nunca comprendería ese concepto. Pero le hizo daño. La cogió por el pelo y le arrancó la ropa a base de golpes. Trató de zafarse, gritó y lloró pero sólo consiguió que la paliza fuera más dura. El servicio poco podía hacer pero lamentaban el destino de su señora.

—Yo soy un hombre diez y voy a hacer de ti una mujer diez —le repetía él mientras la forzaba—. Yo te enseñaré lo que tus padres no fueron capaces de enseñarte.

La madre de Brian había muerto muchos años antes y el padre poco después de su unión. Así que no quedaba nadie quien pudiera reconducir a semejante mala bestia.

De esa tortuosa y dramática experiencia y en contra de cualquier atisbo de ilusión, se quedó de nuevo en cinta. Otra vez la mansión se tornó en una cárcel de oro y recibía visitas contadas porque él espantaba a la mayoría. Muchas veces Karen la había ido a ver pero él argumentaba que estaba muy enferma para recibirla o cosas similares que nadie se creía. Helen no protestaba, temía por la vida que gestaba en su vientre. Podía tolerar los golpes hacía su cuerpo pero no hacía su barriga.

Nació un regalo. Una niña sólo para la madre. Porque el padre la ignoró. Ni si quiera se molestó en ponerle un nombre, por lo que esa vez, Helen tuvo el honor de escogerlo. Rose...Una rosa entre tantas espinas. Bonita, alegre, fresca... Pero llorona. Los llantos del bebé molestaban al Conde hasta el punto de obligarla a disponer una recámara infantil a la otra punta de la propiedad. Ella vivía una angustia permanente cuando él estaba en casa. No le permitía ver a la niña y debía dejarla al cuidado de las niñeras sin importar si ésta estaba enferma o pedía por su madre.

Una noche, el llanto de Rose invadía el lugar por completo. Helen sollozaba al escuchar a su niña sufrir, ni si quiera la nodriza era capaz de calmarla.

—¿Por qué no me dejas ir a ver qué le pasa? —demandó a su esposo, con el corazón en un puño, atreviéndose a hablar.

—¡Sólo has engendrado a inútiles como tú! ¡Esa niña no para de llorar! ¡Debe ser retrasada!

Fue allí donde la Condesa decidió que no permitiría más insultos aunque le pesara la vida.

—¡Ella no es retrasada!

—¡Vaya! La gatita tiene garras...

Enfurecida, salió de la alcoba sin importarle las consecuencias y fue a consolar a Rose hasta que ésta se durmió plácidamente. Sabía que al volver a la habitación le esperaba un buen castigo por su desobediencia y su atrevimiento pero había valido la pena por ver el semblante sosegado de su princesa.

Efectivamente, Brian no le perdonó la insolencia.

—¿Por qué te casaste conmigo? —inquirió ella, entre golpe y golpe. Harta de todo.

—Me hacía falta una esposa... Y tú me gustabas. Y me gustas. Yo te quiero Helen. Lo que no entiendes es que todo esto lo hago por tu bien... La gente te insultaba llamándote demonio... Ahora eres una mujer como Dios manda.

Escuchó los pasos del Conde acercándose a su habitación, sacándola de sus recuerdos y pensamientos. Se apartó rápidamente del espejo y fingió estar cosiendo.

¡Que no descubriera el arma, por favor!

—¿Qué haces? —imperó, como de costumbre.

—Cosiendo —musitó ella, con el gesto cabizbajo y un renovado aire de insolencia que Brian todavía no había percibido.

—¿Dónde está Joseph?

Le había dado por hostigar al pequeño día y noche. Lo perseguía, lo estudiaba y lo examinaba a cada segundo. Y si no respondía bien, le daba una cachetada. Le preguntaba los linajes reales, los países y muchos temas, al parecer, sumamente importantes.

—Está resfriado y está descansando en su alcoba —mintió, para protegerlo y dejarlo jugar como sabía que estaba haciendo.

—¡Lo estás haciendo un niño flojo! ¡No tienes hijos! ¡Y el único que me has dado es un llorica! Mejor hubiera sido pagar a una cortesana para que me diera herederos fuertes y útiles.

"Para mí hubiera sido una bendición", pensó ella amargamente.

El corazón le dio un vuelco desagradable cuando lo vio girarse para ir en busca del niño. Dejó el bordado y se levantó para seguirlo. No iba a consentir que siguiera mal tratando a Josh. ¡Ya era suficiente!

Como imaginó, el infante estaba entretenido con una de sus marionetas pero el Conde se la arrancó de las manos y se la rompió en mil pedazos entre gritos y amenazas que atemorizaron al menor. Helen tenía un nudo en la garganta, el cuerpo entero estaba bloqueado y sentía la respiración muy complicada.

—¡He dicho que tienes que ser un hombre! ¡Deja de jugar! ¿Me has oído?

Había cogido a Josh por los brazos y lo estaba zarandeando violentamente de un lado hacia otro mientras la Condesa temía que le diera un golpe contra la pared. Nada nuevo, porque a ella ya se lo había hecho más de una vez. Y entonces, ocurrió lo peor.

Rose apareció en escena, llorando a pleno pulmón por lo que estaba viendo. La madre intentó calmarla pero era imposible hasta que, como era de esperar, Lord Bennet dejó al niño para descargar su furia sobre la niña. La arrancó de brazos de Helen y la pegó con dureza sobre el rostro varias veces.

—¡Déjala! ¡Déjala!

Estaba oscureciendo, el sol se extinguía pero la mansión de los Bennet

estaba ardiendo. Ardiendo por la desgracia que estaba por ocurrir.



Capítulo 2

Que le corten la cabeza

Para la Reina sólo existía un modo de resolver los problemas, fueran grandes o pequeños. ¡Que le corten la cabeza!"
Alicia en el País de las Maravillas (1865).

Un candil en medio de la oscuridad. Una mesa larga y envejecida. A su alrededor, tres personas con el semblante sombrío y un fuerte olor a lástima.

—¿Qué hacemos? —cuestionó el ama de llaves por tercera vez, asustada.

—¿Qué podemos hacer? Nosotros tan sólo somos sirvientes —repuso el mayordomo, cerrando los ojos con fuerza mientras los gritos de horror llegaban a su altura.

—¿Por qué la trata de esta forma? ¿Por qué trata así a sus hijos? —lloriqueó una de las doncellas, limpiándose las lágrimas con un pañuelo empapado.

—¡Porque es un hombre perdido! ¡Un hombre perdido en la bebida! Su padre no era mucho mejor que él... —argumentó el señor Vóllsy, que había servido a la familia Bennet durante décadas—. También le había dado algún que otro golpe a la antigua Condesa, que en paz descansa. Pero nunca había llegado a ser tan despreciable como lo está siendo su hijo. Se pavonea con otras mujeres sin ningún sentido del pudor... Cuando llega aquí no hace nada más que descargar sus frustraciones sobre su pobre familia... Ni si quiera controla el patrimonio familiar. Es un mediocre. Y él lo sabe. Sabe que no sirve y que por eso, para sentirse superior, debe ejercer semejante violencia contra los que dice "querer".

—Sí. Eso es cierto. —Apretó el pañuelo con fuerza. —El otro día escuché que le decía: "lo hago por tu bien", "no quiero pegarte pero tú me obligas", "tú me provocas" ... Y un largo cúmulo de sin sentidos que me dieron nauseas. ¿Cómo puede permitir esto su familia? ¿Acaso sus padres no son Condes? ¿Acaso nuestra señora no proviene de una familia rica y poderosa? ¡Ella es tan

frágil! ¡Tan delgada! ¡Tan educada!

—Y ella siempre se ha comportado —recalcó la señora Cappero—. Ha tenido ocasiones para vivir su vida. Muchos hombres estarían encantados de agasajarla...Pero nunca ha sido infiel. El único pecado que comete, si es que puede considerarse un pecado, es escribir. Es lo único que ella mantiene en secreto...

Un fuerte golpe los enmudeció. Más sirvientes entraron en el comedor de los trabajadores, en silencio y nerviosos.

—Señor Vollys... Usted es el mayordomo. El hombre de más rango aquí. ¿Por qué no va con alguna excusa? No sé... Alguna carta que sea urgente o algún menester de suma importancia —ideó la doncella, con los ojos suplicantes y las manos humedecidas por tratar de retener lo que el pañuelo ya era incapaz de sostener.

El Señor Vollys, un hombre con espesa cabellera blanca y entrado en carnes, se incorporó frente a la mirada de admiración de los presentes. Estuvo unos segundos imaginando una excusa creíble.

—Pero alguien deberá acompañarme... Usted, señora Cappero. Usted es la mujer con más poder del servicio...

—Sí. —Se levantó de la silla con el labio tembloroso. —Sí, vendré con usted señor Vollys.

Ambos señores anduvieron con pasos cortos, lentos y despavoridos. Los pasillos estaban sumidos en la oscuridad y tan sólo un leve destello lunar alumbraba el camino a seguir. Cuanto más se acercaban a la recámara de Josh, más aterradora era la situación. Se quedaron quietos a escasos metros de la habitación en cuestión, salía luz de dentro.

—¡Deja a la niña! ¡Deja de pegarla! ¡Me la vas a matar! ¡Vas a matar a mi hija!

—¡Deja de llorar! ¡Deja de llorar!

—¡Pero si no está llorando! ¡Está inconsciente!

El señor Vollys se llevó la mano sobre los labios, el corazón le latía con fuerza. La ansiedad se estaba apoderando de su ser.

—¡Suelta a mi hermanita! ¡Suéltala!

—Calla Joseph, tienes que aprender a solucionar los problemas como un hombre. Tu hermanita no es más que un estorbo, no nos hace falta.

Era tan surrealista... Tan inverosímil...Pero estaba ocurriendo. Aquel hombre quería matar a su propia hija.

La señora Cappero dio un paso valiente, iba a decir que la cena estaba lista.

Sí, sabía que era una excusa poco convincente. Pero llegar ahí y pedirle al Conde que parara... ¡Era imposible! ¡Ella ni si quiera era una noble! El señor Vollsby la siguió pero algo los detuvo.

Fue Helen. La vieron salir de la habitación con la cara ensangrentada. De seguro había recibido algunos golpes que le habían roto la nariz. ¡Daba auténtico susto verla! La pobre mujer había tratado de interponerse entre su hija y su marido, pero no lo había conseguido. Llevaba el tafetán azul de su vestido chorreando de gotas rojas.

Los sirvientes no osaron moverse, sólo fueron capaces de ver la mirada de su señora. Que pasó por su lado haciendo vibrar sus pupilas. No era ella. No era ella la que pasó de largo. Sus ojos eran de un azul intenso, casi negro. Toda la delicadeza de su cuerpo se había evaporado dando paso a un monstruo temible.

Volvió con un revólver. Desafió al servicio con una ojeada rápida, pero ellos no iban a detenerla.

—Apártate de ella ahora mismo —amenazó la Condesa, sin gritar y sin aspavientos. Se había transformado. Parecía no temer a nada. Y no temía a nada porque la vida de Rose estaba en peligro.

—¿Qué vas a hacer? —oyeron al Conde burlarse—. Suelta eso antes de que te hagas daño.

—¿Daño? —rio ella—. Nada puede hacerme más daño del tú me has hecho a mí. Pero no se lo vas a hacer a ella... A Rose no. No la convertirás en una muda como hiciste conmigo.

—¿Qué quieres de ella? ¿Quieres que la llamen demonio? ¿Cómo a ti? Yo os estoy educando. Yo estoy haciendo de vosotras mujeres excelentes... Un favor.

—He dicho que la sueltes —imperó—. Suéltala.

—Como quieras... Verás los resultados de que una mujer quiera mandar a su marido...

El Conde se acercó a la ventana con Rose y la sostuvo en el aire. Helen observó con horror las piernecitas de su niña sobre el aire, sobre la nada. Estaban en una primera planta pero la caída era mortal para una criatura tan frágil.

—No, no la dejes caer —suplicó, completamente enloquecida. Con el rostro desencajado y con la nariz todavía chorreante.

—¡Detente, papá! ¡No mates a mi hermana!

—Deja el revólver y no ocurrirá nada —dijo él, demandante y frío.

—Está bien, está bien —se rindió la Condesa, mezclando las lágrimas con la hemorragia—. Haré lo que me pides, pero devuélveme a mi hija.

Se arrodilló lentamente con la mirada puesta sobre las manos de su esposo. Suplicándole a Dios que salvara a Rose. Que no permitiera su muerte. Rose era una bendición en su vida, una niña alegre, sensible y llena de dulzura. Dejó el revólver sobre la moqueta y esperó a que Brian cumpliera su parte del acuerdo.

No.

No fue así.

No cumplió.

Ella cayó.

La tiró.

Sin ningún respeto. Sin ninguna consideración.

La señora Cappero escuchó el impacto de Rose contra el suelo y el señor Vollys palideció al instante. ¡Había matado a su hija! Esa niña era tan querida por los miembros de la casa...

El grito de Helen dejó sordos a los presentes. Jamás se había escuchado gritar a una mujer de ese modo. Algunos creyeron que a través del grito arrancarían el alma de Brian.

El Conde intentó detenerla, apartarla del arma y quizás matarla a ella también.

En lugar de eso, la madre cogió el revólver hábilmente y disparó a su esposo. Lo disparó varias veces. Impactando contra su cuerpo.

—¿¿Pensabas que no sería capaz?! ¿¿Pensabas que te dejaría vivir después de esto!? ¡Soy Helen! ¡Helen Ravorford! No soy Helen Bennet... No quiero nada de ti, asqueroso.

Josh observó la escena en medio del estrés traumático y los sirvientes se atrevieron a entrar.

El Conde había caído sobre la moqueta, en medio de un enorme charco rojo. Estaba muerto.

El endeble cuerpo de la asesina tiritaba, miraba el cuerpo inerte de Lord Bennet y todavía no se lo creía. ¡Lo había matado! ¡Había matado a su marido!

¡Seguro que iría al infierno por eso!, pensó después de que un aguijón de culpa se clavara sobre su pecho.

¡Pero ese hombre merecía morir!

—Señora... —El ama de llaves colocó sus regordetas manos sobre los hombros sudorosos de la Condesa. El sudor empapaba su cuerpo y había

traspasado el tafetán. Olía a sangre y miedo—. Debe huir.

Helen se zafó de su agarre y, a pesar de no sentir las piernas, se acercó a la cornisa desde la que Rose había sido lanzada. Miró hacía abajo. Distinguió el cuerpecito de la niña pero no alcanzaba a verle el rostro, estaba demasiado oscuro.

—Miladi —insistió la señora Capper—. Tiene que marcharse de inmediato... La pequeña... La pequeña ha sufrido un duro golpe... No hay nada que hacer. De seguro que los lacayos han escuchado los tiros... Y no tardarán en llegar para apresarla.

—Yo no he hecho nada malo —respondió Lady Bennet, señalando su cara magullada y su hija inerte—. Él era el malo...—explicó, un tanto desquiciada—. ¿Por qué debo huir? Deberían ponerme una corona por mi triunfo...

Estaba delirando, por lo que el señor Vollsly la cogió por la fuerza y la arrastró por unos pasadizos secretos.

—¡Mi hijo! ¡Josh! ¡No me iré sin mi hijo!

—Él es el Conde de York ahora —trató de razonar el mayordomo mientras la empujaba por un conducto estrecho y polvoriento.

—¡Yo no quiero ser Conde! ¡Yo quiero ir con mi madre! —replicó Josh al escuchar aquello—. ¡No seré el Conde!

—Deja que vaya con su madre —abogó la señora Capper, cogiendo a Joseph y entregándoselo a la Condesa—. Pero no olvide, miladi, que este niño es un Conde. Le guste o no.

Helen abrazó a Josh como si fuera la vida propia y se marchó de ahí junto al fiel mayordomo. No tardaron en escuchar las botas de los lacayos corriendo por la propiedad.

Por fortuna no los podían ver porque ellos pasaban por el interior de las paredes y nadie conocía esos caminos salvo los de la casa.

—Quédese aquí —susurró el sirviente—. Tome, coja esto. —Se quitó el frac y se lo dejó para que pudiera detener, en lo mayor de lo posible, el derrame sanguíneo—. ¿A quién aviso?

Helen no hablaba, sentada con las rodillas entre las manos y su hijo en el regazo parecía en otro mundo. Estaba cubierta de polvo, mugre, telarañas y apenas veía.

"Rose...Rose...", sólo pensaba en eso.

—Hable, miladi. ¿A quién aviso? Enviaré un muchacho, el hijo de la cocinera a buscar a alguien de su confianza. Pero no tenemos mucho tiempo.

—A Karen Stanley.

No nombró a su madre, no fuera a ser que Ludovica Ravorford la entregara a la justicia para cubrirse las espaldas. Su padre la hubiera ayudado pero no lo quería inmiscuir. Sólo Karen era capaz de sacarla de ese problema.

—Tranquilo, Josh. Tranquilo... Pronto estaremos en un mundo maravilloso... En el que todo esto nos parecerá una pesadilla... —Acunó al infante, entre lágrimas y palabras de aliento—. Has sido muy valiente. Muy valiente...

Pasaron horas eternas. De congoja, de miedo, de ignorancia. El mayordomo se había ido en cuanto había escuchado el nombre de Karen. Llegó a pensar que quizás el sirviente la traicionaría. ¿Quién estaba dispuesto a arriesgar su libertad o su vida por ella? Vagaba entre la consciencia y la inconsciencia, abriendo y cerrando los ojos lentamente mientras su hijo dormía sobre sus piernas. Le pareció escuchar el ruido de una rata, incluso de dos, pero no estaba en condiciones de preocuparse por ello.

¿Debía levantarse y continuar? ¿Huir sola? ¿Seguro que el señor Vollys iría en busca de Karen? No veía más allá de su sombra, un candil la ayudaba a comprobar que no se había muerto pero de poca utilidad le era. Finalmente escuchó unas zancadas fuertes y firmes. ¿Serían los lacayos?

Se sobresaltó, temió por su destino. ¿Qué destino le esperaba? ¿Cuando una mujer se casa piensa que ha llegado al final de él! Pero al parecer, a ella le quedaba mucho trecho por andar. A no ser que fuera sentenciada a muerte por asesinar a un Conde.

Vio a unas botas y luego a unos botines. Aquello último la tranquilizó. Levantó la vista. Eran Karen y su hermana Gigi. Sus dos primas. Tras ellas estaba el señor Vollys que había demostrado ser fiel con creces.

—Karen... Gigi...

—Prima —dijo Karen mientras Gigi, que era médico, se arrodillaba a su lado para atenderla.

—Ha matado a Rose... La ha matado. Por eso lo he matado. Tuve que hacerlo...

—Eh, no tienes que justificarte delante de nosotras. ¿De acuerdo? —la calmó la Condesa de Derby, acariciándole el pelo—. Antes de venir aquí he pasado por la casa de tío Rudolph. Por eso he tardado...

—No. ¿Has ido a buscar a mi padre? No lo quería inmiscuir... No confío en mi madre... Ella sería capaz de cualquier cosa con tal de resguardar su prestigio.

—Tranquila, tía Ludovica no sabe nada. Me las he ingeniado para hablar sólo con él. Me ha dado dinero y un destino.

Helen rompió a llorar por la generosidad paterna. Muchas hubieran creído que era su derecho, pero ella era muy agradecida. Siempre lo había sido.

—Ahora no hables —pidió Gigi, recolocándole la nariz que había sido torcida en un agudo dolor que tuvo que sofocar contra el chaqué del señor Vollsby.

—Mamá... ¿Estás bien?

—Estoy bien, hijo mío. Mejor que nunca.

—Toma, ponte esto. —Le extendieron un traje oscuro y regio con una cofia—. A partir de ahora serás una viuda que irá a hacer de institutriz en India. Tus tíos, Gustave y Eloísa Ravorford te esperarán para que impartas clases a sus hijos. Por supuesto que deberéis mantener en secreto vuestro parentesco... Ahí sólo serás una humilde profesora. Saldréis en el próximo barco, de madrugada. Vuestros nombres: Emily y Oliver Morgan.

—Muchas gracias primas.... Nunca podré agradeceros tantos favores.

—No es ningún favor, Helen. Te mereces ser feliz. —Karen le acarició el mentón suavemente—. Esta es la documentación necesaria para que sea creíble tu identidad. La hemos sacado rápidamente entre todos... Elizabeth también ha colaborado. Todas te queremos mucho, Emily. Tienes que ser feliz, ¿me oyes? Y no mirar atrás. India es un país precioso según tengo entendido...

—¿Y Rose?

La Condesa de Derby miró hacia un lado, de forma esquiva, rehusando mirarla directamente a los ojos.

—¿La habéis visto?

—La hemos visto y... —replicó Gigi.

—Y siempre estará en nuestros corazones —cortó Karen, dolida—. Ahora, vete. Los guardias te están buscando, uno de mis hombres te acompañará hasta el puerto. Mucha suerte, Helen...

—Que Dios te bendiga.

—Sea feliz, miladi.

—Nunca olvidaré su fidelidad, señor Vollsby... No os olvidaré.



Capítulo 3

El viaje

Nuestro destino nunca es un lugar, sino una nueva forma de ver las cosas.

Henry Miller.

Viajaba en tercera clase junto a su hijo. Era la primera vez que lo hacía. Jamás había salido del país. Iba ataviada de negro riguroso con una cofia que le cubría el rostro gracias a un velo. Era un alivio no tener que mostrar los moratones. Había resultado relativamente fácil subir a bordo del buque, con los documentos que Karen le había dado nadie puso objeción a su identidad.

La sala que le había tocado estaba abarrotada de gente. Había ingleses pero también franceses y otras personas de las que ni si quiera sabía identificar su origen. Consiguió un asiento en uno de los bancos de madera y Joseph se pegó a ella. Nadie osaba molestarla, era evidente que su marido había fallecido recientemente y trataban de ser respetuosos. ¡Si supieran la verdad!

Se hubiera puesto a bailar en la tarima junto a esas mujeres tan animadas si no fuera por el doloroso recuerdo de su hija Rose. Ella empañaba cualquier atisbo de felicidad, alegría o paz. La niña estaba anclada en su mente como lo estuvo en su vientre. ¡Era carne de su carne! ¡Y esa bestia se la había arrebatado! Sólo esperaba que Dios hiciera justicia y que Brian Bennet se pudriera en el infierno.

—Mamá, tengo hambre —se quejó el pequeño, abrazándola.

—Espera un poco hijo, más tarde repartirán la cena. ¿Por qué no intentas dormir?

—Me mareo...

—¿La primera vez en un barco, chico? —cuestionó una anciana inglesa, sentada al lado y que tenía el aspecto de ser una sirvienta. De seguro servía a alguno de los señores que viajaban en primera clase.

—Es nuestra primera vez, sí —respondió Helen, un poco seca. No estaba acostumbrada a hablar con extraños, pero al parecer debía empezar a acostumbrarse y, sobre todo, a perder el miedo.

—¿Cómo te llamas?

—Jo...

—Oliver. Se llama Oliver Morgan —se precipitó la madre, dando un apretón disimulado en el brazo de la criatura—. Y yo soy Emily Morgan.

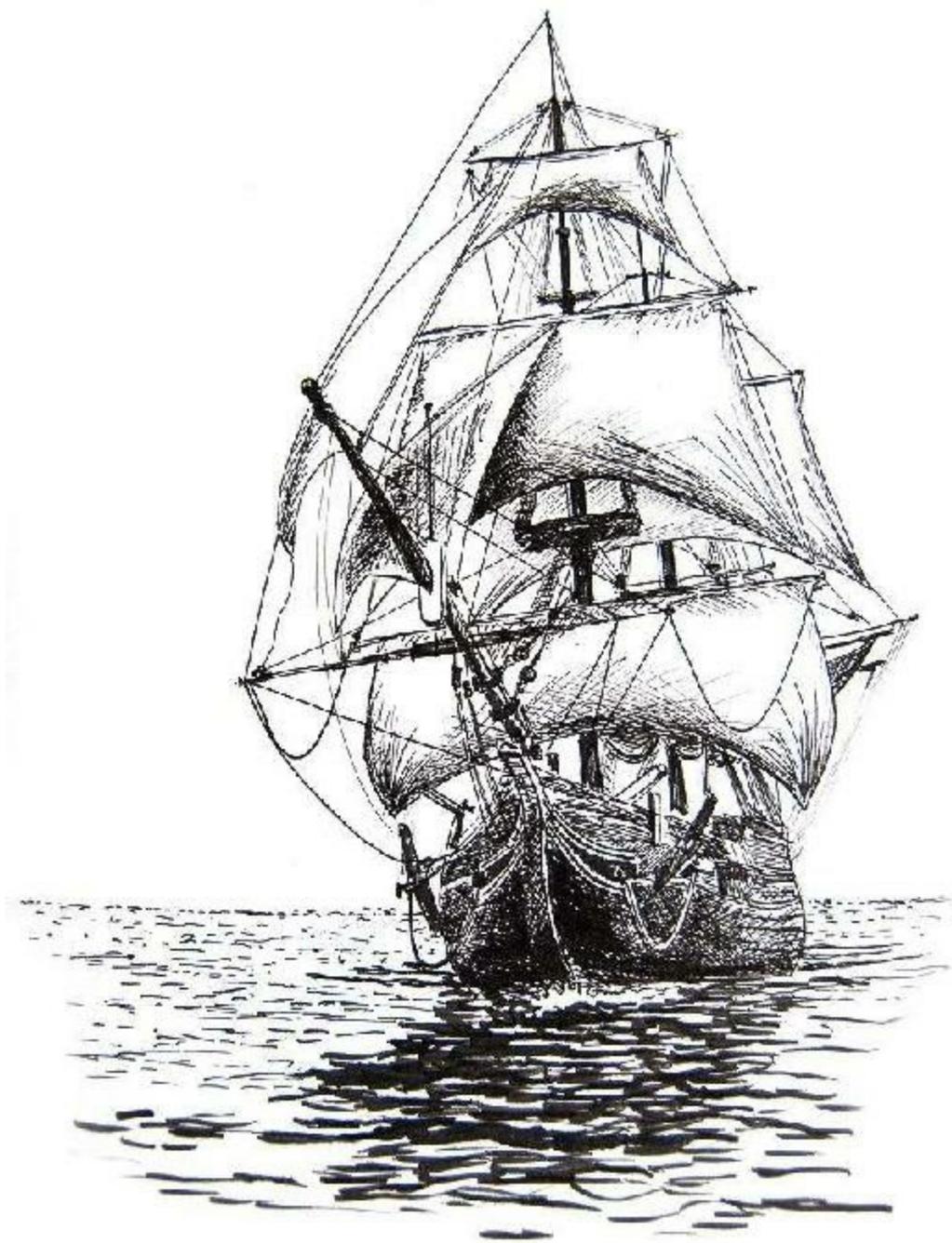
—Siento mucho su pérdida, señora Morgan. Su marido debió ser muy apuesto, porque Oliver es muy hermoso. Mire, qué ojos tiene...

Estaba claro que la señora intentaba distraer al niño para que no pensara en la comida o el mareo. Pero a Helen se le revolvía el estómago con sólo pensar que alguien pudiera confundir su luto con pena por la muerte de su esposo. No le quedaba más remedio que fingir el papel de una viuda lastimera... Tampoco iban tan errados, el dolor de Rose era suficiente para sus lágrimas.

¿No sentía lástima por Brian? Verdaderamente no. Sería una hipócrita si dijera lo contrario. Si no hubiera matado a su hija... Quizás se estaría martirizando en esos instantes... Siempre prefirió dejar la justicia en manos de Dios. Pero con la atrocidad cometida, estaba convencida de que había obrado correctamente. Al menos había podido salvar a Joseph. Lo observó hablando con esa señora tan amable. Era un joven muy despierto y era cierto que era muy bello. Le recordaba a su padre por el color de los ojos y del pelo, pero nada más. Joseph tenía un gran corazón y ella se encargaría de que nunca dañara a su futura esposa e hijos. Le daría una educación correcta basada en el respeto.

¿Era egoísta sentir esperanza? Porque en el fondo la sentía. Soñaba con un futuro lleno de colores. Un futuro en el que ella se dedicaba por completo a sanar sus heridas.

—¡Ya está aquí la cena! —animó la anciana, mirando significativamente a Oliver que no tardó en devorar las patatas hervidas con caldo de verduras.



En esa tesitura pasaron varios días, Helen perdió la cuenta. ¿India estaba tan lejos? Ella apenas se movía de la banqueta y aunque le dolía la cadera de estar sentada tanto tiempo, era mejor ser precavida que andar por ahí con el riesgo de ser descubierta. Permitió a su hijo moverse, le permitía jugar con

otros niños mientras ella lo vigilaba muy concentradamente. Descubrió la humildad de la gente trabajadora. Pronto los conoció a casi todos y eran muy amables además de generosos. En más de una ocasión le habían regalado algún dulce o alguna almohada para que se sintiera mejor.

¡Los manuscritos!, recordó con pesar una noche. Había dejado atrás sus libros, sus hojas escritas durante años... ¡Pero ya no importaba! Quizás en su nuevo destino tendría la oportunidad de escribir en los tiempos libres. ¡Odiaba tanto a su difunto esposo! ¡Cuánto había perdido por su causa!

En ocasiones no era capaz de controlar el llanto. Llegó a pensar que estaba enferma o que iba a enloquecer. Rose la visitaba en sueños y aunque era muy tentador mientras dormía, cuando despertaba ya no la veía... ¡Sólo era capaz de llorar y desesperarse!

—Señora Morgan, permita el consejo de una anciana —le dijo un día la vecina del banco, que ya se había convertido en una agradable compañía—. No puede permitirse el lujo de desfallecer. Por muy grande que sea su pena... Aunque desee morir. Tiene algo por lo que mantenerse serena. —Señaló a Oliver que cantaba canciones con un amigo improvisado. —Las mujeres no podemos permitirnos el lujo de caer en una depresión cuando tenemos a mentes más débiles que fortalecer.

A Helen le molestó el comentario en un inicio. ¿Acaso creía que era una viuda dramática? ¡¿Ella qué sabía de su vida?! Pero con el pasar de las horas lo comprendió. ¡Joseph no merecía seguir viviendo enterrado en el sufrimiento! ¡No podía enterrar a su hijo mayor junto a Rose! ¡Él se merecía la infancia que nunca había tenido! No servía de nada seguir compadeciéndose.

—Gracias —musitó. La señora la sonrió.

Horas y días pasaron. En aquel animado ambiente que era la tercera clase lleno de conversaciones, risas, música, bailes y peleas.

—¡Ya llegamos! ¡Ya llegamos! —gritó Oliver, cogiéndola por las manos enguantadas.

—¡Hijo! —se esforzó por mostrarse alegre—. ¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho uno de los hijos del contramaestre.

—¡Qué alivio para mis huesos! —gritó la señora.

Los vítores arrancaron y una música folclórica entonó la llegada a ese mundo lleno de novedades.

—¡Mira, mamá! ¡Mira! —La arrastró el niño, obligándola a levantarse para que mirara por el ojo de buey.

Ella lo siguió con fuertes calambres en los muslos. Había estado mirando a

través de una rejilla negra por largo tiempo pero eso no impidió que una marabunta de colores penetrara en sus pupilas. No había palabras. Era verde, montañas verdes. El cielo tenía un color rojizo anaranjado muy especial y estaba repleto de mujeres vestidas con trajes brillantes y preciosos. Se bañaban en las laderas del río libremente mientras los hombres vestían unas túnicas blancas. El color de su piel era tostado, aunque había diferentes tonalidades.

¡Aquello sobrepasaba a sus mundos imaginarios! Quedó largos segundos observando cuanto se le ponía por delante, embelesada. ¿Existió todo aquello durante ese tiempo? ¡Y ella encerrada entre cuatro muros grises! Inglaterra no gozaba de ese esplendor. Y jamás lo gozaría. Tuvo esa certeza nada más salir a cubierta.

Un aire húmedo y especiado invadió sus fosas nasales como si hubiera estado muerta toda su vida y Dios quisiera volverla a la vida. De la mano llevaba a su único hijo que estaba tan aturdido por la belleza del lugar como ella. Claro que daba un poco de miedo. Miedo por la cantidad de gente, por lo desconocido. Por las historias de encantadores de serpientes y vacas sagradas. Pero no era un miedo como el que había tenido que soportar durante una década.

Era un temor que inducía al jolgorio, a la osadía.

Tuvo que esperar, pacientemente, a que los señores de primera clase descendieran y luego lo hizo ella.

—No te sueltes de mí en ningún momento —alertó.

—No, mamá. ¿Has visto que las mujeres llevan pendientes en la nariz?

Helen no se había fijado en ese detalle pero reparó en que era cierto. Todas las féminas del lugar portaban un arete o joya similar en la nariz. Se sentía muy extraña con ese negro riguroso en medio de tanto esplendor.

El puerto estaba repleto de vendedores ambulantes, de especias, de telas... Y un largo sinfín de productos que ni si quiera sabía que existieran.

¿Dónde estaban sus tíos?

—Señora Morgan, ¿no la vienen a buscar? —interpeló la anciana, que seguía a un Marqués.

—Sí, no se preocupe. Pronto llegarán.

—Cuídese mucho, Emily. Y cuide de su precioso niño.

—¿Emily? —escuchó una voz masculina tras de ella. Se giró y vio a un indio, un hindú. Vestía chaleco negro y pantalones y camisa blancos. No paraba de sonreír con la cabeza cubierta por un turbante verde, perfectamente

anudado.

—Soy yo... —respondió, un poco retraída y cogiendo con fuerza a Joseph.

—Los señores Ravorford me han mandado a buscarla. Musa de Bengala les da la bienvenida.

El indio hizo una sutil reverencia a la que Helen respondió con un movimiento de cabeza educado.

—Él es mi hijo Oliver.

—Oliver, ¿eh? Yo, Musa; y seremos amigos, ¿verdad?

—¿Eres un encantador de serpientes?

—¡Oliver! ¡Eso no se pregunta!

En lugar de ofenderse, Musa se echó a reír.

—Sígueme, la casa de los señores está en Haiderabad.

—¿En Haiderabad? ¿Está muy lejos?

—A siete horas.

Se subieron a un carruaje tirado por dos vacas. Fue un descanso subirse en ese medio de transporte para ver mejor el nuevo país, pero fue una tortura más para ya las fatigadas piernas de Helen. Pero soportó, eso no era nada en comparación con lo que había vivido.

Los campos eran de un verde intenso, las féminas portaban trajes largos con muchos adornos y tonalidades. Los hombres andaban con palos largos y la mayoría llevaban túnicas y turbantes. A parte del pendiente de la nariz, también se fijó en que las indias portaban un círculo rojo en la frente. Las había de muy hermosas, con trenzas largas y negras hasta más abajo de las rodillas.

—¿Usted es una princesa? —preguntó de golpe Musa, mirándola fijamente.

—¿Yo? No, por Dios. Sólo soy una profesora —mintió en lo último—. Vengo para dar clases a los hijos de los señores. Creen necesario que sean educados bajo los preceptos ingleses.

—Entiendo.

—¿Por qué me pregunta si soy una princesa?

—Por el velo, aquí sólo las princesas se cubren el rostro. O las mujeres del rey...

—Oh, no. No es por eso... En mi país las mujeres viudas suelen llevarlo.

—¿Por qué?

—En señal de respeto al difunto marido.

—Pero ya está muerto. Mejor guardar el rostro para el rey vivo.

Helen rio para sus adentros. Si la lógica en ese lugar funcionaba de ese modo, sin duda era el mejor país del mundo. ¡Con gusto se arrancaría esa tediosa rejilla! Pero entonces asustaría a Musa con su labio partido y su nariz amoratada. La carga de Brian todavía la perseguía y debía admirar la belleza del paisaje a través de una cortina. Aún no era libre.

Se imaginó a Rose allí, al lado de Josh. De seguro lo comentaría todo y empezaría a imaginar. Esa cualidad la había heredado de ella... ¡Una abundante imaginación!

—Mamá, la gente te mira mucho.

—Normal, de seguro piensan que soy la muerte en persona —se atrevió a bromear, acariciando el pelo de Oliver cariñosamente.

Una inglesa arriba de un carruaje tirado por dos vacas, con una falda tan gorda como la vaca que iba delante de seguro que llamaba la atención.

Hicieron diferentes paradas por necesidades básicas. Allí donde paraban los pueblerinos los atendían con mucha hospitalidad. Les ofrecían leche, refrigerios y toda clase de comidas. Cuando Helen se llevó a la boca un poco de pollo le pareció que nunca había comido pollo hasta ese instante. ¡Qué sabor! Picaba un poco, pero habían tenido la delicadeza de no sazonzarlo en demasía.

—Musa —se atrevió a preguntar cuando ya había establecido un punto de conexión con el sirviente—. Una vez leí que los palacios de India están hechos de oro, ¿es cierto?

—¡Oh, mi señora! Sí es cierto. El oro cubre los pilares de los palacios, el mármol, el nácar y todo tipo de piedras preciosas decoran sus paredes. El palacio del rey de Haiderabad es el más espectacular.

—¿El Rey de Haiderabad?

—Sí, India está dividida en estados principescos regidos por reyes indios que, a su vez, están regidos por los ingleses.

Helen sintió un poco de vergüenza al oír aquello. ¿Por qué debían los ingleses meter sus narices en otros países?

—Y el estado de Haiderabad es el más importante. El rey, Asaf Khan, es un hombre justo con muchos hijos. Entre ellos y el más importante, Khaled. Khaled será el próximo rey. Es un joven sensato, lleno de vida y muy fuerte. Será un buen monarca. Dios lo ha elegido...

—Estoy segura de eso —convino, siendo respetuosa. ¿Cómo serían los palacios de allí? ¡Sería magnífico verlos!

Tras unas horas de tortuoso camino, vio a un palacete colonial de

columnas blancas, altas e imponentes. Dedujo que sería la casa de sus tíos y no se equivocó. Pronto vio a un hombre muy parecido a su padre al lado de una mujer con bonete y tirabuzones perfectos. No los había visto desde pequeña, pero le parecían los mismos. Sólo habían cambiado el color de su pelo.

Se mostró lo más cordial posible en su rol de institutriz y luego conoció a sus primos, dos niños de la edad de Josh a los que tenía que instruir.

Cuando estuvieron a solas y las miradas curiosas ya no requerían su atención, su tío la llevó a un despacho alejado entre que Oliver era atendido por su tía.

—¡Sobrina! —exclamó a media voz, abrazándola—. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Mejor de lo que pensaba, tío Gustave.

—Espero que entre nosotros te sientas como en casa. Recibí la misiva urgente de tu padre hace un par de días. Un buen amigo me la hizo llegar.

—Gracias, debo agradecerlos a ti y a mi tía que me acogáis. Han pasado tantos años...

—Has sufrido mucho, Helen. —Le apartó el velo del semblante, deslumbrándola—. Era un monstruo, un incivilizado...

—Así es, tío Gustave —determinó, acostumbrándose a la luz directa—. Lo peor de todo no es esto. —Indicó a su rostro—. Sino que mató a mi hija...

—¿Tenías una hija?

—Sí, tío. Una bella niña de nombre Rose. Era igual a mí. En todo...

—Eh. —La cogió por los brazos—. Descansa. Tu tía ha preparado habitaciones para ti y tu hijo. No tienes que preocuparte por nada, descansa todo lo que necesites...

—Pero... ¿y las clases?

—Ya habrá tiempo para ello...Ahora, ve.

Tía Eloísa la estaba esperando al otro lado de la puerta. La condujo hasta un dormitorio espacioso, decorado con objetos del país en el que se hallaba y bastante confortable.

—Mandaré a traer agua caliente. Oliver, ¿quieres que te enseñe tu habitación?

—¡Sí!

—Gracias —sonrió la falsa profesora.

Sirvientas autóctonas le llenaron la bañera y la rociaron con perfumes almizclados. Cuando cerraron las puertas, sintió como un enorme peso se

escurría hombros abajo.

Se despojó de ese traje que Karen le había dado en medio de aquel pasillo mugriento. Se quitó la pesada cofia y se quedó completamente desnuda. Observó su reflejo en el espejo. Era horrible, estaba llena de señales... Buscó sus pupilas, se reconoció en ellas parcialmente. Suspiró sonoramente y se introdujo en la tina. Era su momento, un pequeño respiro. El inicio de una vida nueva. Lloró, pataleó y rio para luego tumbarse en la cama y quedarse completamente dormida.



Capítulo 4

Un poco de paz

Todos los viajes tienen destinos secretos sobre los que el viajero nada sabe.

Martin Buber.

"Ashhadu an la ilaha illa Llah Ashhadu anna Muhammadan Rasulu Llah."

"Haiia ala ssalat Haiia ala lfallah."

El amanecer entró por la ventana junto a un sol anaranjado y un cántico profundo. Un aire fresco y levemente humedecido acarició su semblante adolorido mientras abría los ojos lentamente.

Una voz imponente, firme, dulce y grandiosa traspasó su piel, haciendo que el vello de su cuerpo se erizara. Era la voz del paraíso, estuvo segura de ello dejando caer las lágrimas, unas lágrimas sanadoras y que llenaban su espíritu por completo.

Se fue incorporando poco a poco, cubriéndose con el camisón que su tía había tenido la delicadeza de regalarle y se sentó para escuchar. No sabía qué era, ni qué significaban aquellas palabras... Sólo lloraba, de emoción, de vida.

Llegó a pensar que había muerto y estaba en el cielo. Que todo había sido una pesadilla y que Rose aparecería en breve por la puerta.

—¿Qué ha sido eso? —demandó, en cuanto Tisha, la sirvienta autóctona, entró para ayudarla con la ropa.

—Rezar, profesora. Gente rezar ahora —explicó en un inglés torpe, cubierta por un velo precioso de color lila y dibujos florales—. Señora Ravorford comprado ropa para usted. Esto. —Alzó un vestido negro, menos pesado que el que había llevado desde Inglaterra.

Se alzó para permitir que Tisha la arreglara.

—¿Y la cofia? —cuestionó, preocupada por si tuviera que llevar el tupido velo del viaje.

—Sí, señora. Aquí está. —Enseñó un bonete oscuro con unos lazos blancos muy bonitos.

—No, yo necesito un velo. —Señaló a su cara amoratada—. No quiero enseñar mi cara. Yo tener accidente grave —explicó con palabras cortas para que la entendiera.

—Señora no preocuparse. Tisha arreglar todo. Señora no preocuparse. Accidente grave, Tisha arreglar.

Le dio la sensación de que la india no se creyó la historia del accidente, pero no le dio importancia. Se dejó hacer.

—Sentar aquí, usted.

Obedeció, sentándose en una banqueta tallada en forma de cisne. Vio como la mujer abría un pequeño estuche de plata en el que había mejunjes de diferentes clases. Cogió el polvo más blanco y se lo esparció por el rostro con delicadeza. Fue tal, la habilidad de la doncella, que en cuestión de minutos sus golpes apenas eran visibles.

—Usted, cara muy bonita. Usted enseñar su cara.

Helen sonrió humildemente, cogiendo las manos de Tisha y agradeciéndole con los ojos su magnífico trabajo.

Salió para desayunar y en busca de su hijo. No tardó en encontrarlo jugando con los demás niños. Al parecer estaban muy entretenidos con una especie de pájaro que tenían como mascota. Se alegró de ver a su pequeño tan relajado y disfrutando de las pequeñas cosas.

—Buenos días, señora Morgan —la saludó su tío.

Debían mantener en secreto su parentesco, tenían muchos criados y no era seguro revelar asuntos de suma importancia libremente.

—Buenos días señores Ravorford —repuso quedamente, sentándose en la silla que dedujo como suya.

Las autoridades inglesas seguramente la estaban buscando. Ella era la única culpable del asesinato del Conde. ¡Rezaba para que sus influencias no llegaran hasta ese lugar! Todo lo que deseaba era un vida tranquila, sosegada.

—¿Qué ha sido ese cántico de la madrugada? —preguntó.

—Es la llamada a la oración de la comunidad musulmana. Estamos en una zona donde los musulmanes son mayoría. Hay hindúes y, por supuesto, cristianos. Todos conviven.

—A mí me costó acostumbrarme a ese ruido mañanero —criticó tía Eloísa, cogiendo con fuerza la cruz que llevaba como colgante.

A ella le había parecido una bendición de Dios. No necesitaba

acostumbrarse; al contrario, le hubiera gustado escuchar más de ese canto. Pero se abstuvo de decir aquello en voz alta, lo último que deseaba era dar opiniones contrarias a las de su tía. Sabía perfectamente cuál era su lugar. Por mucho que su padre costeara su estancia ahí, no dejaba de ser una "intrusa". Y el amor de su tío no era suficiente para garantizar una grata convivencia. Así que callada y educada, terminó su desayuno y se ofreció para iniciar la primera clase con los pequeños.

Rápidamente le fue concedida la biblioteca del palacete con varias sillas y allí dispuso al recién nombrado Oliver y a los dos otros niños: Marc y Albert.

Una vez tuvo organizada la sala, se sentó y se quedó en blanco por largos minutos. ¿Qué iba a decir? ¿Qué podía enseñar ella? ¡Jamás había dado una sola clase! Y aquello era todo un reto. Se esforzó por recordar qué le enseñaba su institutriz cuando era pequeña. Entonces decidió empezar por lo más fácil: el idioma inglés.

—Hoy empezaremos con el inglés, repasaremos el abecedario, la ortografía y leeremos algunos capítulos de este magnífico libro: *"La Odisea de Homero"*.

Sí, ese era un buen comienzo. Escribir era lo que había hecho durante diez años y era lo que mejor podía enseñar en esos instantes. Pero debía prepararse para el día siguiente y dar una educación variada que incluyera: geografía, matemáticas, modales, cortesía, etc. Aquella tarea la apartó de sus pensamientos negativos; por supuesto que no olvidaba a su hija. No obstante, su mente se alimentaba del trabajo.

Vestía trajes serios, de cortes rectos y colores apagados. El bonete nunca faltaba pero debía reconocer que se veía hermosa. Tisha la ayudaba a ello con sus mejunjes y sus aceites especiales. Poco a poco el reflejo del espejo no le parecía tan extraño e iba recuperando su esencia. Muy lenta y paulatinamente, pero iba recobrándose.

Pasaron días, semanas.

De mucha paz. De mucha introspección y conocimiento personal.

Se acostumbró a su nueva vida. A penas salía del palacete de su tío, pero pasaba algunas tardes en el jardín tropical y mantenía largas conversaciones con las sirvientas para aprender de su cultura.

Su tía Eloísa era fría y distante pero cordial. Compartía las tardes de té con ella hablando de los progresos de sus hijos y otros temas banales. Había podido saber que su tía relamía de una cierta soberbia que resultaba, en muchas ocasiones, desagradable. Trataba al servicio pesimamente y

acostumbraba a insultarlos por sus creencias o costumbres.

Ella hacía su mayor esfuerzo por ignorar aquellos comentarios que le parecían tan desacertados y equivocados. Nunca olvidaba cuál era su lugar, era madre y debía priorizar el bienestar de Josh por encima de sus ideales.

Josh se veía más feliz cada día que pasaba, nunca lo había visto tan contento. Durante las clases se comportaba muy bien y durante el resto de la jornada era muy cariñoso con las personas de la casa.

¡Si hubiera podido salvar a Rose! ¡Qué feliz estaría en esa nueva vida!

Tenía pesadillas, seguía atormentada. La culpabilidad la corroía y la memoria de su hija era un sinsabor constante. Por eso, se entregó por completo como profesora y pasaba horas y horas leyendo para luego ser una buena maestra.

Un día, en medio de una de las clases, un fuerte estruendo obligó a los niños a dejar el pupitre para mirar por la ventana.

—¡Corred, corred! ¡Es el rajá! ¡Está de vuelta al castillo y pasa por aquí! —alertó tío Gustave—. Saldremos a rendirle honores. Pero recordad que no debemos mirarlo directamente a los ojos, ni a él ni a ninguno de los miembros de la realeza.

—¿Y eso por qué? —Se incorporó Helen, un poco nerviosa por las circunstancias. Se miró en un pequeño espejo. No quería hacer el ridículo frente a uno de los reyes de India.

Su pelo rubio y levemente ondulado estaba grácilmente recogido dentro del bonete aunque algunos tirabuzones caían sutilmente alrededor de su semblante. Se estiró la camisa negra y se alisó una arruga de la abultada y redonda falda.

—Son sus costumbres.

—Costumbres paganas —aclaró a regañadientes tía Eloísa.

—¡Eloísa! —la regañó tío Gustave, empujándolas a ambas hacia el exterior con el paso acelerado.

¡Qué algarabía de tonos y cuernos sonando a modo de trompetas!

Una multitud de hombres con túnicas blancas y turbantes rojos pasaban acompañados de mujeres que lanzaban flores amarillas a su paso. Los vecinos lanzaban pétalos rosados desde las ventanas y un humo pigmentado con azafrán rojo coronaba el cielo.

Pasaron cientos de hombres avisando de la llegada del monarca. Luego muchos soldados, con el gesto tremendamente serio y dagas en los costados. Otro regimiento de militares con rifles y... ¡Un elefante! ¡Y dos! ¡Y hasta tres!

El suelo temblaba mientras las trompas soltaban bufidos agudos. Emily y Oliver no creían nada. Los ojos se les movían de un lado para otro, sintiendo que en cualquier momento se desmayarían.

No habían visto tanto lujo en su entera vida ni en el palacio de Buckingham.

—¡Elefantes! —exclamó tras varios segundos haciendo un inconmensurable esfuerzo por mantener la cabeza inclinada.

—En ellos van las esposas del rey —narró tío Gustave, con sus largas patillas blancas y su barba ligeramente despeinada.

—¿Esposas?

—Sí, tiene varias... Pero la primera y la madre del futuro monarca va en el primero.

No evitó dedicarle una ojeada, ¿quién podría ante tanta expectación?

Sentada en un sillón, que a su vez estaba colocado sobre la espalda del elefante, estaba una mujer de aspecto solemne. Con un sari —vestido típico de la India— precioso al igual que ostentoso. Sus ojos estaban perfilados con pintura negra y su mirada parecía esconder miles de secretos. El resto de la cara no era accesible por el famoso velo que Musa le había explicado.

—¡Baja la cabeza!

—Sí.

Obedeció, aunque las pupilas tenían vida propia y le eran infieles.

—¿Y el rey? —susurró a la oreja de Gustave.

—Va en el último elefante. Y su heredero, capitanea el ejército a lomos de un caballo. Me parece que está pasando ahora mismo por delante de nosotros.

Helen levantó la cabeza instintivamente chocando con unos ojos enormes y negros. Se quedó petrificada, perdida en aquella inmensidad hasta que se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

Temerosa de haber cometido algún error bajó la cabeza de inmediato.

¿Qué había sido eso? ¿Se podía vivir dentro de unos ojos? Porque le había dado la sensación de haber entrado en un palacio y haber salido de él en cuestión de segundos.

Sintió esa mirada oscura sobre ella por largo tiempo...mientras ella bajaba cada vez más la cabeza hasta que sólo quedó el bonete a la vista del príncipe.

—Sir Gustave —escuchó decir en un inglés perfecto, mientras su tío levantaba la cabeza sorprendido—. ¿Quién es esta mujer?

¡Dios! ¿Estaba preguntando por ella? ¿Por qué?

¡Había cometido el tremendo error de mirar a los ojos al hijo del rey! ¿Le

cortarían la cabeza? ¿Se la cortarían a su tío? Refregó las manos nerviosa, suplicándole a Dios que nada de eso ocurriera y que la perdonara por su exceso de curiosidad.

—Es la profesora de mis hijos, marajá. La señora Emily Morgan.

Khaled la miró exhaustivamente hasta que tío Gustave le dio un codazo disimulado para que saludara.

—Es un placer, marajá —dijo ella a media voz, levantando levemente el mentón para volverlo a bajar. En el transcurso del movimiento chocó de nuevo con los ojos del príncipe.

¿Era real? ¿Estaba sucediendo aquello? ¿Qué era esa corriente que chispeaba entre ella y Khaled? De pronto se sintió muy mareada, como si no estuviera pisando el suelo y le hubieran inyectado una sobredosis de estimulantes.

La Divina providencia quiso que el marajá se marchara siguiendo a la comitiva y que ella pudiera respirar aliviada.

—No sé por qué nos obligas a formar parte de este espectáculo —refunfuñó tía Eloísa, abanicándose dramáticamente y entrando en el palacete una vez ya había terminado todo—. ¡Bajar la cabeza ante un indio! ¡Qué despropósito!

—No debes olvidar que es el rey. Y que esto es una colonia pacífica —se molestó tío Gustave—. Y te guste o no, debemos ser respetuosos con ellos y sus costumbres... Son personas muy inteligentes y avanzadas. Si te molestaras...

—No quiero escucharte más, Gustave. —Se sentó en un sillón, pidiéndole a Tisha que le trajera el té.

—Me tendrás que escuchar, mujer. Estamos aquí por negocios. El rey Asaf ha inaugurado la explotación de una mina nueva. Y tengo que ir a hablar con él. Tú vendrás conmigo.

—¿Yo? No. No, Gustave... No me apetece para nada tener que ir allí. ¿Por qué no te acompaña Emily?

Emily, que se había mantenido callada todo el tiempo, se dio por aludida y miró a sus tíos confundida.

—¿Yo? ¿No sería demasiado arriesgado?

—No, para nada querida —negó tía Eloísa—. Tú eres la profesora de mis hijos, irás con la excusa de aprender cosas nuevas para tus clases. Acompañarás a tu señor... Y nadie te preguntará nada.

No era de su agrado exponerse tanto. Estaba decidida a llevar una vida anónima y apaciguada. Pero no quería enfrentarse a su tía, de la que ya iba

conociendo su carácter volátil e irritable.

—Está bien, iré. Por supuesto, todo sea por vosotros... —Esbozó una sonrisa forzada y se retiró a su alcoba

—Mamá, ¡qué suerte tienes que vas a ir al palacio!

—¿De verdad lo crees, hijo?

—¡Claro! Verás aquello de lo que siempre hablábamos. El oro en las paredes, las joyas, las alfombras...

—Sí, tienes razón. Siempre soñé con ver algo parecido... Algo parecido a lo que escribo. Cuando vuelva te contaré todo lo que he visto.

¿Por qué el príncipe preguntó por ella? ¿Fue simple curiosidad? ¿Control de su país? ¿Enfado por haberlo mirado directamente? No se quitaba de la cabeza la extraña conexión que había sentido con aquel hombre. ¡Qué ojos! ¡Qué diferente era todo ahí!



Capítulo 5

Lo que quiere un rey

*¡Me ha atravesado de un lado a otro de la cabeza como si hubiese tenido
un terremoto dentro!*
Alicia a través del espejo (1872).

Ni cien candiles a la máxima potencia la hubieran deslumbrado tanto como el palacio del rey Asaf.

El suelo parecía hecho de vidrio aunque deducía que debía tratarse de alguna piedra pulida a consciencia. Quizás fuera alguna especie de mármol. En él había series de dibujos trazados a la perfección y con maestría. Las columnas se alzaban majestuosas a varios metros del suelo, alejando el techo de los mortales hasta hacerlo parecer un segundo cielo. Pequeños espejos estaban distribuidos de forma que el reflejo de la luz se antojaba un juego delicioso. El oro estaba impregnado en las paredes junto a otros relieves y joyas.

Sus pasos eran torpes porque no era capaz de concentrar su atención en ellos. Bajo el bonete grisáceo observaba el esplendor con gran admiración y análisis para poder detallarlo más tarde en sus libros.

Musa de Bengala los había llevado hasta allí en un carruaje tirado por caballos. Y en esos momentos, seguían a otro indio muy bien vestido y elegante. Deducía que debía ser algo parecido a un mayordomo real. Pasaron por jardines exquisitamente distribuidos y decorados al detalle. Luego cruzaron una sala tan amplia como diez salones del Palacio de Buckingham y, finalmente, fueron anunciados al rey.

Su tío Gustave parecía algo nervioso. Pero adujo ese nerviosismo a la situación, que no era para menos. Hombres con revólveres y túnicas blancas

se extendían a las laderas de las paredes, con la mirada al frente y el gesto temible.

—¡Sir Gustave! ¡Y la señora Morgan! —escuchó decir con voz ceremoniosa. Era la del rey Asaf Khan, sentado en un espectacular trono arriba de veinte escaleras del nivel normal de la sala.

¡Oh, cómo la inspiraba esa imagen! Ya se imaginaba cientos de historias legendarias sobre ese monarca...Leyendas reales o no, que dejar sobre un papel.

Trató de ocultar su emoción en una sonrisa comedida y adecuada. Observó su propio reflejo en uno de los espejos principales: portaba una camisa grisácea a conjunto con una falda redonda del mismo color. Lo único un poco diferente era el bonete, que lucía dos hermosos lazos negros. Le hubiera gustado presentarse frente al rey un poco más estilosa pero ni su papel de viuda entregada ni el recuerdo de Rose le permitían semejantes pretensiones.

—Su Excelencia —repuso su tío en una reverencia exagerada y ella lo imitó—. Permítame presentarle a la profesora de mis hijos, la Señora Morgan.

—Es un placer conocerla, señora Morgan. —respondió, muy educado, el monarca—. Soy un gran admirador de las enseñanzas occidentales.

—¿Ha estado en Inglaterra? —osó preguntar, en un impulso preso de los nervios.

Su Excelencia, el Rey Asaf, la miró con una atención renovada y se incorporó de su real trono para descender los veinte escalones y llegar a ella. ¡Qué miedo! ¿Habría errado en su pregunta?

—No, señora Morgan, no he estado en Inglaterra. Pero leo mucho sobre su magnífico país —dijo al fin, para el alivio de tío Gustave—. La maharani estará encantada de conocerla en persona mientras sir Ravorford y yo hablamos de negocios. Sus damas de compañía la acompañarán a sus aposentos. —Señaló a dos mujeres con saris y pelo negro. —Es un honor recibirla en nuestro palacio.

¿Era eso habitual? ¿La hospitalidad de los monarcas asiáticos llegaba a ese nivel? Más tarde sabría, por boca de su tío, que era muy poco habitual que el rey permitiera a las británicas entrar en el Palacio más allá de las zonas públicas. Por supuesto, que al conocer aquella información, se sintió muy honrada.

Siguió a las damas de compañía por pasillos repletos de imágenes sutiles y femeninas. Deducía que estaba entrando en terreno femenino. Y no se equivocó al escuchar un murmullo de voces y risas mujeriles. Abrieron una

puerta alta de color rojo y vio lo que le pareció un pedacito del edén.

Se trataba de una piscina enorme en la que las mujeres se estaban bañando vestidas. En medio del agua se erigía un edificio con decenas de ventanas sin cristales y alrededor del espacio, al menos treinta balcones.

Pasó una especie de puente y se adentró en aquel edificio de la piscina. Vio a la mujer del primer elefante, la reconoció por sus ojos. Aunque ya podía ver su rostro completo. Era bella a pesar de su edad, de rasgos marcados, pelo oscuro y piel un poco más clara que otras autóctonas. Llevaba un círculo rojo en la frente y joyas de incalculable valor.

—Bienvenida, señora Morgan —sonrió con especial finura. Algo le decía que esa mujer era muy astuta. Removía los ojos como si con ellos fuera capaz de adivinar los pensamientos—. Siéntese, por favor —le pidió, mientras ordenaba que le sirvieran un vaso de té y algunos dulces.

Se sentó sobre almohadones de terciopelo y seda refinada.

—Muchas gracias —agradeció la amabilidad prestada.

—Es usted profesora, ¿verdad?

—Sí, su Alteza. Imparto clases a los hijos de los señores Ravorford.

—Aquí valoramos mucho a los profesores. Tienen un rango elevado, por su dedicación a que otros aprendan lo que ellos saben. Los llamamos "*munshee*".

Helen sonrió, agasajada. Y se dio cuenta de la diferencia de pensamiento con Occidente, donde las institutrices eran vistas como poco más que sirvientas.

—¿Y qué enseña?

—Enseño el idioma inglés, geografía, matemáticas y algo de ciencia... —explicó, removiendo el vaso de té entre las manos. ¡Ella profesora! Donde hacía bien poco era mal tratada a diario...

—Inglés... Interesante. Me gustaría que nuestros hijos también mejoraran ese idioma con una persona inglesa. Hasta ahora han aprendido con profesores autóctonos pero creo que la influencia de una mujer occidental podría ser beneficiosa para su mundo...

Helen volvió a sonreír sin saber qué responder a aquello. Pronto la rodearon más mujeres que se sentaron a su lado acompañadas de varios niños de diferentes edades.

¿Había dicho nuestros hijos?

—Normalmente las personas vemos el mundo como somos —continuó la maharani—. Y no, como realmente es. Por eso necesitamos aprender de

muchos *munshees*.

—Cierto. —convino, precavida.

Hablaron por largos minutos sobre la enseñanza hasta que el harén enmudeció.

Una corriente cálida llegó hasta ella, como si Dios le estuviera mandando un mensaje a través de una brisa dulce y estimulante.

Abrió sus ojos azules, expectante al motivo de ese mutismo generalizado.

¡Era él!

¡Khaled!

¡Khaled y sus ojos negros!

Lo vio cruzar el puente con andares confiados. Portaba unos pantalones de color beige a conjunto de su chaleco y una camisa blanca. No llevaba turbante, mostrando su preciosa cabellera negra y lisa. Con el sol sobre su piel, pudo saber que era tostada pero no rozaba al oscuro sino más bien al claro, como su madre. Una ligera barba dibujaba su mentón con masculinidad.

Antes de que pudiera absorberla con su mirada sin fin, bajó la cabeza y clavó sus ojos claros en el té casi acabado.

—*Ammu* —escuchó que decía con una voz profunda y grave, llena de seguridad.

—¡Mi hijo! —Se levantó la maharaní para abrazar a su primogénito que, de seguro, ya tenía los treinta años cumplidos y pasados—. Te presento a la profesora Morgan, tu padre ha querido que la conociéramos.

¿Por qué tenían que presentarla?

¿Por qué se sentía tan insegura?

¿Tan estúpida y torpe?

¡Ella ya era una viuda con un hijo! ¡Serenidad, por favor!

Haciendo alarde de toda la compostura que fue capaz de reunir se levantó con su extraña falda en esos lares y levantó el mentón para saludar al marajá. Al hacerlo, él la estaba mirando de la misma manera que ese día en la calle.

—Un placer —consiguió decir, sintiendo los colores en las mejillas.

—El placer es mío, señora Morgan —pronunció Khaled, cogiendo su mano para depositar un beso sobre el dorso de ésta. Al parecer conocía a la perfección las costumbres ingleses aunque Helen hubiera preferido que no conociera esa en particular.

Ella llevaba guantes, pero él no. Y pudo sentir su calidez a través de la tela. Rozó sus dedos con tanta delicadeza que estuvo a punto de desmayarse. Pero lo peor vino cuando dejó su beso demasiado duradero, suave e....

indescriptible.

¡Aire!

¡Necesitaba aire!

¿No iba a desmayarse por un beso sobre la mano, verdad? ¿Sería demasiado vergonzoso a su edad y después de todo lo que había pasado en su vida!

¡No te desmayes, por favor!, suplicó para sus adentros.

Pero no hubo nada que hacer, se cayó desplomada entre los musculosos brazos del príncipe aspirando su aroma de sándalo, incienso y maderas. Lo último que escuchó fue la caída de su bonete y el despliegue de su melena dorada.

Retomó la consciencia en una habitación y rodeada de mujeres, entre ellas, la reina.

¡Qué bochorno! ¡Qué ridículo! Desmayarse por un hombre a esas alturas...

—Profesora Morgan, llevaba usted ese corsé occidental demasiado apretado y demasiada ropa para un clima tan cálido —habló la maharaní, tocándole la frente cariñosamente—. Espero que no le importe que mis doncellas la hayan cambiado de ropa.

Miró hacia abajo, portaba un hermoso sari de color turquesa con brillantes y tonalidades distintas pero que combinaban a la perfección. ¡Ellos habían considerado que su desmayo se debía un golpe de calor! ¡Menos mal!

—En absoluto —dijo—. Tan sólo que tengo prohibidos los colores, su Majestad.

—¿Por qué?

—Estoy de luto, por mi marido —mintió. Y es que en el fondo le parecía un insulto a la memoria de su hija vestir cosas tan bonitas.

—¿Sabe cuál es el color del luto en India?

Negó con la cabeza.

—El blanco.

Se sorprendió al conocer ese dato.

—Vemos el mundo como somos, profesora Morgan. No como realmente es. El dolor se lleva en el corazón, no en la ropa.

—De todos modos...

—No se preocupe, sus señores sabrán entender mi amabilidad y cuando vuelva a su casa podrá seguir vistiendo el negro. Ahora recupérese. —Hizo una seña para que le entregaran un zumo de frutas.

Obedeció. Le habían hecho una hermosa trenza en su pelo rubio y aunque no llevaba joyas se sentía tan engalanada como la maharani, que ésta le perdonara por el atrevimiento.

—¿Se encuentra mejor?

—¡Hijo! Pasa, la profesora Morgan se está recuperando.

¡Otra vez él!

¿Por qué la torturaba con su presencia y sus miradas penetrantes?

—¿Cómo se encuentra, señora Morgan? —le preguntó con su tono de voz rebajado a una octava.

¡Tenía la apariencia de ser muy considerado!

—Me encuentro mejor, gracias su Excelencia —se apresuró en responder, fingiendo ser la mujer más entera de la tierra.

—Puede llamarme Khaled —concedió, acercándose a ella ante la mirada atónita de las presentes, incluida la de la reina—. Si se encuentra recuperada, me gustaría enseñarle los jardines de palacio. Un poco de aire fresco le sentará bien...

Quedó sin palabras, en un bloqueo transitorio tan espeso como el de las indias que contemplaban la escena con la boca abierta.

No necesitó de respuesta, Khaled se tomó la libertad de cogerla por una mano mientras la conducía hacia el exterior.

Se dio cuenta de que era muy alto y de que, debajo de sus ropajes, se escondía un cuerpo fornido. Como le explicó Musa de Bengala a su llegada, el príncipe era muy fuerte. Y lo estaba comprobando por sí misma.

Anduvo a pasos cortos, en silencio y tremendamente consternada. No lo miró ni una sola vez a la cara, a pesar de que sentía sus ojos oscuros sobre ella constantemente.

—Señora Morgan, ¿le gusta India?

—Oh, sí. Marajá. Es un país encantador —expresó ella.

—¿Fue muy largo el viaje hasta aquí?

¡Si supiera! ¡Lo que tuvo que sufrir para llegar a ese destino!

—Mereció la pena, Marajá.

—Llámeme Khaled, por favor.

Escuchó como soltaba un sonoro suspiro tras decir aquello, habían llegado a un jardín lleno de árboles tropicales y aves exóticas. Era un sitio hermoso. Aprovechó para observar un poco mejor el rostro de su acompañante. Khaled tenía la nariz recta y perfilada, rasgos definidos y mentón ancho.

—Señora Morgan. ¿Cómo se llama, en realidad? —La soltó de la mano y

se posicionó frente a ella, a escasos centímetros de su cuerpo.

¿En realidad? ¡Oh, se refería a su nombre! No le hubiera gustado mentirle, pero no tenía otro remedio.

—Emily. Emily Morgan —dijo, haciendo el esfuerzo de no topar con sus pupilas.

—¿El apellido es el de su difunto esposo?

—Así es, señor.

—¿Cuánto tiempo lleva viuda?

¡Vaya, qué preguntas!

—Poco menos de dos meses.

—¿Y de qué murió?

Se quedó en silencio, incómoda.

—Disculpe —insistió el príncipe—. No debí preguntarle tanto... Pero me causa una enorme curiosidad.

¿Cuándo iba a terminar su tío de hablar de negocios? El marajá la inquietaba demasiado. Le robaba el aliento, la cordura y cualquier atisbo de juicio moral.

Se apartó de él con la excusa de admirar una fuente. No era capaz de soportar su cercanía por más tiempo. Él la siguió.

—No veo por qué debo causarle curiosidad, señor —dijo al fin, después de algunos segundos de relativa tranquilidad—. No soy más que una simple institutriz. Una viuda con necesidad de trabajar... Nadie importante.

—Con el tiempo —susurró en su oreja, provocando un sobresalto en su corazón y en su alma dormida—. He aprendido que las personas menos importantes terminan siendo las más notorias.

—Sin duda, debo agradecerle sus cumplidos —Se apartó de él por segunda vez, muy nerviosa—. Pero sé perfectamente cuál es mi lugar.

—¿Siempre tiene convencimientos tan arraigados? —Frunció el ceño.

—No son arraigos...

—Lo son —la cortó—. Fíjese de que a pesar de que le he pedido en dos ocasiones que me llame Khaled... Sigue eludiendo esa concesión. Sigue llamándome señor u otros apelativos que no concuerdan con el derecho que le he dado. Evita mirarme, evita sonreír, evita demasiadas cosas... —La cogió por el brazo en un roce casi imperceptible pero contundente, obligándola a encararlo. Obligándola a perderse en la inmensidad de sus grandes ojos. Y lo hizo, se perdió en el palacio construido en el interior del alma de Khaled y luego salió de él muy molesta.

Se zafó de su agarre con el gesto serio y ofendido.

—Por muy futuro rey que sea, no tiene derecho a tocarme. Señor —declaró con menos propiedad de la que le hubiera gustado. Su espíritu se estaba despertando y estaba causando estragos en su cuerpo, en su voz y su mente.

—Tiene razón, señora Morgan. —Hizo una reverencia acompañada de una sonrisa... ¿triumfal? —Acepte mis disculpas.

Pasó por su lado, sin dejar de mirarla con esa seguridad de la que hacía alarde. Ella, esbozó su mirada más severa. Pero sólo provocó una carcajada muy molesta en el príncipe que se colocó tras de ella. Sentía su respiración sobre su pelo trenzado.

—¿De qué se ríe? —demandó.

—¿Tampoco puedo reírme, señora?

—Si se está usted riendo de mí, sería de muy mal gusto.

—Por ser una simple institutriz tiene usted la dignidad propia de una reina —musitó a sus espaldas, tensando su sistema nervioso hasta límites insondables.

—No juegue conmigo...—lo amenazó, girándose hacia él y con lágrimas en los ojos. Lágrimas de tensión.

—Yo no juego. Nunca lo hago —sonrió, torciendo la comisura de los labios de una forma muy masculina y sensual.

—Su Excelencia —interrumpieron—. Sir Gustave ya ha terminado —informó un paje real.

—La esperan, señora Morgan. —Indicó la salida con el brazo—. Nos vemos pronto...

—Un placer, Excelencia —arrastró el "excelencia" hasta hacerlo sonar como un insulto, hizo una reverencia y salió de allí enfadada.

Khaled la vio salir. La observó desfilarse con el sari turquesa que le sentaba de maravilla.

—¿Has visto a una mujer tan perfecta en tu vida? —preguntó al paje que se había quedado a su lado—. Es tímida, reservada y humilde como una gata pero se enfada y presume de una dignidad propia de una leona.

—Tiene el pelo muy claro —comentó el sirviente.

—Parece oro... ¿Y qué quiere un rey? ¡Oro!



Capítulo 6

Amor a primera vista

Te quiero como no he querido nunca a ninguna otra mujer y te he esperado como jamás hubiera sido capaz de esperar a otra.

Lo que el viento se llevó.

En India, casa de los Ravorford. Dos días después de la visita a Palacio.

—Si estudiamos el término atmósfera, tenemos que "atmo" significa vapor y "sfera" significa capa; entonces, tenemos una capa de vapor que...

—Señora Morgan —Musa de Bengala interrumpió la clase con la frente sudorosa, tenía el aspecto de haber corrido por toda la India.

—¿Sí? ¿Musa? ¿Qué ocurre? ¿Ha llevado de vuelta el sari? ¿Tal y como le pedí? —preguntó con una sonrisa.

—Oh, sí. Mi señora... —respondió, ahogado y cogiendo un vaso de agua.

—¿Entonces? ¿Por qué está tan agitado? ¿Se encuentra bien?

—Oh, mi señora. Traigo noticias, noticias del rey Asaf. —Se tomó la libertad de sentarse al lado de los niños, que lo miraban sosteniendo la risa.

—¿Qué noticias? ¡Hable, por el amor de Dios! —se angustió, llevándose las manos sobre el pecho.

¿Sería por el enfado con Khaled? ¿Se habría molestado el príncipe por cómo le contestó? ¿Habría sido demasiado atrevida?

—El rey quiere que usted dé clases a sus hijos menores —dijo al fin, muy serio.

—¿Qué? ¿Yo?

¡Era imposible! ¿Ella dando clases a príncipes? ¡Si ya le era complicado dar clases normales! ¡Aquello se estaba descontrolando demasiado!

—Musa, debe ser un error. Lo debe haber entendido mal. —Se acercó al sirviente, casi cogiéndolo por las solapas del chaleco. —Yo no puedo dar

clases en el palacio.

—Señora, no puede negarse... ¡Es una petición del rey! —repuso Musa, muy nervioso y con media cinta del turbante caída.

—¿Qué sucede? ¿Qué es todo este escándalo? —Entró tía Eloísa, removiendo sus tirabuzones blanquecinos.

—Señora Ravorford, el rey...

—Lo sé todo —la cortó tío Gustave, compareciendo en escena—. De hecho, tenemos que hablar... Señora Morgan.

Helen se quedó estupefacta. ¿Su tío sabía de qué iba todo aquello? Lo siguió hasta el famoso despacho apartado, donde podían hablar sin restricciones.

—¿Qué ocurre, tío?

—Verás... Helen —comenzó, quedándose de pie mientras le hacía una seña para que se sentara—. Al parecer, le gustaste mucho a la maharaní. La reina quiere que una mujer occidental influya en la educación de los príncipes. Es un honor... Puesto que no es habitual que los indios permitan la entrada de los occidentales en sus vidas privadas.

—Y me siento muy honrada, pero tío...Usted sabe que yo no soy una institutriz. Sí, hago lo que puedo con sus hijos pero... Además, me expondría a ser descubierta. Si cualquier emisario inglés o...

—Helen. —La miró con seriedad. —Si no accedes a su petición, mucho me temo que las negociaciones se puedan complicar.

—¿Negociaciones?

—Como bien sabes, soy uno de los presidentes de la Compañía de las Indias Orientales. Dicha compañía, se encarga de las transacciones comerciales entre autóctonos y colonos. Ahora mismo, está en juego la participación en una de las minas más fructíferas que se hayan encontrado en los últimos años... Y en los acuerdos con el rey, incluía que yo cedía tus servicios...

—¡Pero tío! ¿Me ha vendido? —se enfureció, incorporándose de un salto—. ¿Acaso mi padre no costea mi estancia aquí? Creo que no he sido pretenciosa y que he cumplido muy bien mi papel de profesora... Jamás he tenido una palabra más alta que la otra con ustedes y...

—No es eso, Helen. No es eso. —La cogió por los hombros, para calmarla. —Ha sido maravilloso tener a la hija de mi hermano en mi casa. Te has comportado perfectamente y has llenado las estancias de vida y armonía. Pero la maharaní insistió en ello, y el rey Asaf prácticamente me lo impuso.

No tuve más remedio, ¿entiendes?

Helen hizo vibrar las pupilas sobre las de su tío Gustave, que se escondían tras unas lentes. Cogió aire y recuperó el juicio.

—Yo quería llevar una vida tranquila. Anónima y apaciguada... Pero lo haré. Lo haré por usted y porque, sinceramente, no tengo otro remedio.

—Ya verás que no será tan complicado... Y cuando termines la labor, siempre puedes volver aquí.

—Eso espero... Que no sea complicado. —convino, recordando a Khaled e imaginando lo tortuoso que sería vivir cerca de él.

Joseph dio un salto de alegría en cuanto supo que iría a vivir al palacio del rey Asaf. Estaba ansioso por ver aquello que su madre le había relatado con tanta ilusión: las columnas eternas, los jardines exóticos y los hombres con sables.

A la mañana siguiente, con una maleta repleta de trajes oscuros y seguida por Musa de Bengala, abandonó la casa de sus tíos para dirigirse a su nuevo destino junto a su hijo.

—Recuerda que te llamas Oliver... —le susurró en cuanto estuvo convencida de que nadie podía oírlos—. Oliver Morgan.

—Sí, mamá. Me acordaré, no te preocupes. Y tú, Emily. Emily Morgan.

Cogiendo de la mano a Oliver cruzó aquellas estancias por las que pasó la primera vez, siguiendo al mismo mayordomo real, hasta llegar al salón imperial.

—¡Señora Morgan! ¡Es un placer tenerla entre nosotros! —expuso el monarca, al pie de las veinte escaleras—. ¿Y el niño?

—El niño es mi hijo, Su Excelencia. Oliver Morgan.

Oliver hizo una reverencia dramática, haciendo caer su cabello rubio hacia delante.

—Bienvenido, señorito Morgan —sonrió el rey Asaf—. La maharaní os espera... —Hizo una seña con el brazo para indicar a las doncellas que los guiarían hasta la reina.

—¡Profesora Morgan! —exclamó la madre de Khaled en cuanto la vio—. ¡Qué alegría verla de nuevo! Mis doncellas le mostrarán su recámara y, más tarde, le enseñaré el lugar donde impartirá sus clases.

—Es un honor para mí, su Majestad —reverenció Helen, tratando de ser valiente y de no perderse ninguna instrucción.

La habitación asignada la dejó atónita. Era grandiosa, con doseles

ornamentados y una gran cama en medio con decenas de almohadas.

—El niño puede dormir en las habitaciones infantiles —ofreció una sirvienta.

—No será necesario. Oliver dormirá aquí conmigo. ¿Verdad, hijo?

—Sí, mamá.

Cuando hubo deshecho su equipaje y acomodado su ropa, la avisaron para ir a conocer el lugar de trabajo. La maharaní la estaba esperando a las puertas de la sala en cuestión.

—Su Excelencia.

—Mi nombre es Rania —concedió la reina, con una mirada afectuosa mientras abrían dos puertas tan altas como dos elefantes.

—¿Este es el lugar de las clases, reina Rania?

—Sí.

Pasó al interior con sus ojos azules estudiándolo todo atentamente. Eran veinte sillas con veinte pequeñas mesas de roble. Al medio, un gran escritorio, que deducía que era el suyo. Pero lo más fascinante era que el lugar estaba rodeado por balcones.

—¡Mira, mamá! ¡Qué bola del mundo más grande! ¡Y hay un esqueleto!

Helen rio al ver la felicidad de Joseph, estaba muy emocionado por todas esas novedades que parecían sacadas de un cuento de hadas.

—Es hermoso, su Majestad —alabó con lágrimas en los ojos—. Me siento muy agradecida.

—Una profesora merece un buen lugar donde transmitir sus conocimientos.

Y al decir aquello, veinte niños y niñas de edades comprendidas entre los cinco y quince años entraron corriendo para sentarse en sus respectivos pupitres.

¡Era la hora de la verdad!

—Oliver, tú siéntate aquí —indicó una mesita que había quedado vacía y que Josh no tuvo inconveniente en ocupar.

Como no podía ser de otro modo, empezó con el idioma inglés.

Rápidamente comprendió para qué servían los balcones, las madres de los niños se sentaban en ellos para escuchar y observar cómo sus hijos atendían a la clase. Se sentía muy observada y en ocasiones se ponía tan nerviosa que perdía el ritmo o se liaba con las palabras. Pero siguió adelante, presumiendo de un coraje digno de admirar. El recuerdo de sus sufrimientos pasados le servían de excusa para prometerse a sí misma que aquello era una nimiedad de la que debía disfrutar más que sufrir.

Alargó la lección dos horas, pensando que para ser un primer día habría más que suficiente.

Aquella misma situación se repitió durante varios días, hasta que la reina y las madres dejaron de asistir dejándole a los príncipes con total confianza, a excepción del servicio o de algún guardia que siempre daba una ojeada. Varió las lecciones y en general sus alumnos eran bastante aplicados y respetuosos. Aunque había uno, el más mayor, que parecía insultarla. Al parecer, no la toleraba. Considerándola una imperialista colonizadora. No le prestó más atención de la necesaria ya que no se sentía identificada con aquellos términos y dejó aquellos altercados por "cosas de niños".

Comúnmente era tratada con sumo respeto y su habitación era su lugar de retiro donde escribía lo que veía y donde Josh se entretenía jugando. No obstante, Joseph empezó a entablar amistad con los demás niños indios y muchas veces le pedía permiso para salir con ellos a los jardines. Ella se lo concedía, no deseaba otra cosa que su bienestar.

A solas, se permitía el lujo de llorar por Rose. Lo hacía con suma melancolía y amor. Era un vacío que nunca se volvería a llenar.

A la semana, en medio de una de las clases de inglés, el alumno conflictivo volvió a la carga con uno de sus insultos.

—No me interesa aprender el idioma de los enemigos —espetó, después de haberle preguntado sobre unos términos—. Pronto echaremos a los imperialistas de nuestras tierras. Y usted tendrá que irse de aquí.

—Pero... —trató de lidiar, recomponiéndose el bonete negro.

—¡Hassan!

Fue la voz de Khaled, imponente y clara desde el mirador.

Helen lo miró con espanto. ¿La había estado observando durante todo ese tiempo? La sala se quedó en silencio. Era la primera vez que lo veía desde su llegada. Parecía más alto y fuerte. O quizás verlo desde abajo cambiaba la percepción.

—¡Pídele disculpas a la profesora Morgan! De inmediato.

El joven, de muy mal humor e impotente, obedeció a su hermano y le pidió perdón.

Sin embargo, ella era incapaz de seguir con la lección. Se le había olvidado por completo lo que tenía que decir o hacer. Saber de la presencia de Khaled la trastocaba tanto que ni si quiera era capaz de andar con normalidad. Su mutismo debió ser tan largo que el príncipe ordenó que siguieran con las clases otro día.

—¡Seguiréis con las clases mañana! —le escuchó decir, mientras ella tomaba asiento tropezando con un escalón inexistente.

—Mamá, ¿puedo ir con Nipu a los jardines? —oyó decir a Joseph.

—Sí, claro...

En escasos minutos el aula quedó vacía.

El aroma de sándalo, inciensos y madera se hacía cada vez más intenso. Escuchaba sus pasos confiados acercándose al mismo ritmo que su corazón se aceleraba. Le empezaron a temblar las manos y una sudoración extraña invadió su cuerpo. ¿Qué era aquello? ¿Una enfermedad? ¿Una alergia? ¿Por qué le afectaba tanto la presencia de ese hombre?

—Señora Morgan —nombró él, a sus espaldas.

Se levantó de un salto para ofrecerle la obligada reverencia, pero él no le permitió que se inclinara. La cogió por los hombros suavemente y luego la tomó de la mano para dejar un beso sobre ella. Por fortuna no se desmayó, hizo acopio de todo su valor para ello, aunque los ojos negros de Khaled se lo pusieron muy difícil.

—Señor... —musitó, recolocándose un mechón dorado que se había caído del bonete, evitando mirarlo directamente.

—Disculpe a mi hermano menor... Espero que no se sienta afligida por sus comentarios. Ha sido muy valiente al aceptar el ofrecimiento de mi madre. — Colocó dos dedos bajo su mentón, tirando de él para buscar sus ojos azules.

—Gracias. —Se apartó del embrujo masculino, recogiendo sus plumas y sus libros para salir de ahí rápidamente.

—He estado ocupado con asuntos de estado, pero he estado esperando este momento con especial interés.

Helen lo miró, cruzando el mar de su mirada oscura y penetrando en su alma cálida.

—Su Excelencia, no debería esperar el simple encuentro con una plebeya como yo... Es más, le pido encarecidamente que no lo haga.

—No he dejado de pensar en usted, señora Morgan. —Se aproximó a ella, ignorando su ruego. Suspirando sobre su nuca.

Aquel comentario tan directo la envaró.

—Su Excelencia. —Se giró hacia él, imponiéndose por muy dificultoso que le resultara—. No sé qué imagen le habré dado o qué concepto se habrá formado sobre mí persona. Pero tal y como ha visto, tengo un hijo y soy una mujer decente. No espero que nadie me susurre palabras amorosas al oído ni busco nada parecido. He venido aquí para trabajar y le pido que me respete.

—Se pegó los libros en el pecho y se dispuso a salir.

Él no la dejó.

Como la última vez, la cogió por el codo, girándola delicadamente hacía él. La acercó a su cuerpo, muy lentamente y casi dolorosamente.

—Señora Morgan —susurró—. Este príncipe le pide disculpas por segunda vez si la ha ofendido. Pero déjeme aclararle que no la he confundido. Sé perfectamente qué clase de mujer es usted...Y sé perfectamente qué quiero yo. ¿Tiene un hijo? Eso tan sólo la hace más bella...Porque es usted mujer y madre a la vez.

—¡Soy viuda!

—No me importa. No me importa quién fuera él ni



qué huella dejara en su corazón... Yo lo superaré. —Estrechó su agarre, hasta colocar una mano sobre su rostro, dejándole una caricia necesitada y sugerente. Ella suspiró, con los ojos humedecidos y el corazón, aquel que había estado muerto durante años, encendido. Pero el negro de sus ropajes le recordó que su luto no era por su difunto esposo sino por su difunta hija. ¡Cómo podía permitirse el derecho a vivir! ¡Una madre que había perdido a una hija debía morir en vida!

Su deshielo se detuvo repentinamente, cuadrándose y zafándose de Khaled de un golpe seco.

—Preséntele a su madre mis disculpas, pero me marcho hoy mismo.

—¿Por qué? ¿Por qué se niega a vivir? Su labio partido aún se está recuperando del golpe que, de seguro, ese canalla le dio. Como regalo antes de morir.

—¿Cómo? —Mantuvo el alma en un puño, sin respirar. El mundo cayó precipitadamente y sólo era capaz de ver las pupilas de Khaled.

—Señora Morgan... O, quizás debería decir... ¿Lady Bennet?

¿Lady Bennet?

En Inglaterra. Una semana antes

—Señor Vollsly —se aclaró la garganta el juez—. ¿Está usted seguro de lo que está diciendo?

—Sí, su Señoría. Aunque no lo vi, yo creo que el Conde, Lord Bennet, se disparó a sí mismo. Se suicidó. Hablaba en repetidas ocasiones de quitarse la vida, el alcohol lo llevaba por el mal camino. —repitió el regordete mayordomo.

—Entonces, Señor Vollsly, ¿cómo explica la desaparición de la Condesa?

—No lo sé, Señoría. Mucho me temo que fuera el Conde quien la matara y la enterrara en algún lugar desconocido.

—¿Y el heredero?

—No lo sé, Señoría.

—¿Usted cree que, Lord Bennet, fuera capaz de asesinar a su único heredero?

—No lo sé, Señoría. Pero fue capaz de tirar a su única hija por la ventana...

El juez miró a los demás compañeros de oficio significativamente. No creían ni una sola palabra del mayordomo. Ni del resto del servicio. Por no mencionar que era imposible que el Conde se hubiera disparado a sí mismo de ese modo. Tenía heridas de bala en el vientre, habían penetrado en su cuerpo por delante. Era inverosímil.

—Lord Ravorford, Conde de Pembroke —nombró el enjuiciador, mirando al noble de frente y con el ceño fruncido—. ¿Sabe usted dónde se encuentra su única hija, Helen Bennet?

—Estoy tan desconcertado como el resto de los presentes, Señoría. —Se limpió una lágrima plañidera. —No sé nada de mi hija desde hace mucho tiempo. La última vez que la vi tenía la cara amoratada y el labio partido, por generosidad del Conde de York. No me extrañaría que... "ese señor" ... matara a mi niña y tirara su cuerpo al río Támesis.

Un séquito de voces sorprendidas y angustiadas llenaron la sala.

En algo coincidían las personas que testificaban y era en que Helen Bennet

fue mal tratada por su esposo. Pero ese no era un motivo para matarlo. Y si Helen había asesinado al Conde, debía cumplir la condena. Una buena mujer cristiana debía suplicar y no actuar.

—¿Por qué has dicho lo de los malos tratos? La ropa sucia se limpia en casa —recriminó la Condesa de Pembroke, Ludovica, a su marido, cuando éste volvió a la grada. Rudolph le dedicó una mirada esquiva y se sentó como si no hubiera oído nada—. ¿Tú sabes dónde está, verdad?

—Querida Ludovica, como ya he dicho, yo no sé nada sobre el paradero de Helen. Y tú, en lugar de preocuparte por "el qué dirán", podrías empezar a preocuparte por si nuestra única hija está viva o muerta. Nunca te he repudiado por tu falta de fertilidad, pero no querrás que empiece hoy. A estas alturas, cuando una muchacha joven sería capaz de darme el heredero que tú jamás me diste.

Ludovica abrió los ojos como platos, asustada por si fuese divorciada a los cincuenta años y se calló de inmediato. La desaparición de Joseph, su nieto, había incrementado la incertidumbre sobre el destino del Condado de Pembroke. Y no quería que, en un ataque de locura, Rudolph solicitara el divorcio y desposara a una muchacha fértil.

—Karen Stanley, Condesa de Derby, sabemos que usted tiene en su casa a la única testigo de lo que ocurrió en la mansión de los Bennet verdaderamente. ¿Puede ella declarar? —interrogó el magistrado.

—Mi Señoría, he traído conmigo a un Doctor de renombrado prestigio, conocido por los letrados. Él contestará a la pregunta que se me ha formulado.

Subió un hombre al estrado, de pequeña estatura y con una bata blanca.

—Su Señoría, la testigo está viva pero inconsciente. Sólo Dios sabrá cuando recuperará el sentido. Por el momento, la estamos alimentado a base de líquidos y no es capaz de abrir los ojos.

El juez soltó un bufido nada profesional pero muy natural y dio un par de golpes con la maza sobre la mesa.

—Por la presente, declaro el paradero de Helen Bennet como desconocido —inició el juez—. Ordeno su busca y captura, siendo ella, si no se demuestra lo contrario, la principal culpable del asesinato de Lord Brian Bennet.



Capítulo 7

Un baño purificador

Cuando un deseo sigue el flujo de amor, la vida entera se beneficia.
Kamasutra.

—¿Cómo ha dicho? —cuestionó, con la mandíbula temblorosa, los ojos brillantes y el cuerpo en tensión.

Helen no podía creer que el príncipe la hubiera llamado por su nombre real. "Lady Bennet".

¿Qué sabía él?

¿Quién más lo sabría?

De pronto, un miedo casi irracional la invadió, nublando su mente y temiendo lo peor para ella y su hijo. Se le cayeron los libros al suelo, siendo incapaz de controlar sus manos.

—Eh...—Khaled dio un paso hacia Lady Bennet, cogiéndola por los hombros—. No debe temer nada, ¿entendido? Siéntese, por favor. Le explicaré todo y lo comprenderá rápidamente.

La obligó a sentarse a pesar de que le hubiera gustado salir corriendo. Pero el buen juicio y la poca cordura que le quedaba eran buenos consejeros y también la instaron a aguardar las explicaciones.

—Como sabrá, soy el Comandante del ejército de Haiderabad. Como tal, me suelen mandar notificaciones sobre las personas que están en busca y captura. Sobre todo, inglesas. Puesto que esto es una colonia inglesa. Hace unos cuatro días me llegó un aviso en el que se exponía la búsqueda de una dama rubia y de ojos azules. De nombre Lady Helen Bennet, hija de los Condes de Pembroke, de Rudolph Ravorford. Y que era muy posible que dicha dama estuviera acompañada por un niño con las mismas características físicas.

Helen se llevó las manos sobre los labios mientras las lágrimas le caían sin reparo por las mejillas.

—Me preocupé por investigar un poco más sobre el asunto en cuanto

deduje que se trataba de usted... —Se sacó un pañuelo sedoso del bolsillo y le secó las lágrimas con tiento. —Me informaron que la buscaban por haber asesinado a su esposo. Aquello me asustó —bromeó, sonriendo—, pero demandé el informe del juez y en él venían las declaraciones de los testigos: diez años de golpes, insultos y humillaciones.

La asesina agitó sus orbes azulones sobre los grandes ojos del marajá. ¿La estaba comprendiendo? ¿Debía deducir, por sus palabras, que entendía los motivos de su asesinato?

—¿Me entregará a las autoridades? —cuestionó, con un hilo de voz.

—Lady Bennet, aquí la autoridad soy yo. —Acarició su frente. — No debe temer nada mientras yo resguarde sus días y sus noches. Vivirá en este palacio, con su hijo, y será para mí como la selva lo es para el tigre.

—No sé cómo agradecerle...

—No debe agradecerme nada. —Cogió sus manos. —Sólo déjeme amarla como se merece... —La obligó a levantarse de la silla y la abrazó.

La estrechó entre sus fuertes brazos, inundándola con su perfume varonil y haciéndola sentir la mujer más protegida del mundo por unos instantes. Su corazón se desbocó y la respiración se tornó dificultosa. No obstante, su mala experiencia con los hombres le hizo plantearse cuales serían los verdaderos motivos de Khaled para no delatarla.

—¿Qué quiere de mí, Excelencia? Ya le he dicho que soy una mujer decente y no me entregaré a un hombre por...

—¿Acaso piensa que quiero chantajearla? ¿Qué quiero tenerla en mi cama a cualquier precio?

Los ojos negros del príncipe se llenaron de severidad, apartándose de ella.

—Ya veo que su esposo le dejó como herencia un mal concepto sobre los hombres. Pero no me rebajará a ese nivel.

Salió de la sala, dejándola sola y pensativa.

Durante un par de días no lo vio.

Tampoco notó ningún cambio de actitud en el palacio con respecto a ella ni a su hijo. Al parecer, su secreto estaba a salvo con Khaled. Sintió un agudo arrepentimiento por haberle insinuado que quería hacer de ella una mujer fácil. Así que después de las clases, se atrevió a ir en su busca. Con la excusa de algunos menesteres que quería aprender del país, preguntó por él a una de las doncellas.

Fue guiada por interminables pasillos y jardines hasta llegar a un palacete

aislado. La sirvienta tocó la puerta de dicho lugar y un mayordomo real se encargó de anunciarla. El príncipe la recibió en una sala solitaria, sentado en un trono de oro.

—Su Excelencia —reverenció, frotándose las manos—. Quiero pedirle disculpas —expresó, nerviosa por la mirada de Khaled, que se mantenía inamovible—. Pero se me hace muy difícil comprender qué puede llevarlo a encubrirme. No soy una niña y tengo la edad suficiente como para saber que si descubren su silencio, puede tener serios problemas internacionales. Usted ha manifestado un interés por mí... y yo me pregunto por qué. ¿Por qué una viuda con un hijo? ¿Por qué una mujer de treinta años? ¿Por qué una extranjera? ¿Por qué yo? He visto a las cinco mujeres que estaban sentadas en esta antesala, me imagino que sean... No, no lo entiendo. Usted es un rey, o casi uno. Es apuesto y tiene a las féminas que desea a sus pies...

El marajá se levantó y anduvo hasta ella. Extendió un dedo y con él, recorrió su frente, el puente de su nariz y luego su cuello. Se quedó sin palabras. El dedo de Khaled quemaba a su paso, obligándola a cerrar los ojos para no dejar escapar el incendio que se había originado en su interior.

Helen dejó ir un suspiro, una pequeña brisa candente que cayó sobre las llamas de esa pasión prohibida.

Khaled colocó su mano derecha en su nuca, enterrando sus dedos canela en el interior de su pelo dorado. En el movimiento, hizo precipitar su bonete negro al suelo. Pero él no tenía suficiente, deshizo su pelo hasta dejarlo caer como un manto sobre sus hombros.

Abrió los párpados, para dejar morir su alma en el alma del príncipe.

—Esas mujeres son sólo cortesanas. Todavía no me he casado. Pero estoy buscando una esposa —le susurró sobre el espacio que quedaba entre la oreja y el cuello, rozando los labios sobre esa piel tan íntima.

Las piernas de la maestra fallaron, pero los brazos de Khaled no la dejaron caer. La cogió en brazos y la llevó a una habitación contigua, donde no había nadie. Se trataba de una recámara muy espaciosa con todo tipo de lujos orientales, incluidos unos baños personales.

—¿Qué está haciendo? —fue capaz de preguntar, en medio del encantamiento.

—Amarla.

La dejó sobre una cama ornamentada con doseles rojos y la besó. Besó sus sienes, sus mejillas, sus párpados, su nariz, su cuello y hasta su pelo. Luego, muy lentamente, besó la cicatriz que todavía tenía en el labio.

—No puedo —determinó ella. Incorporándose hasta quedarse sentada—. Estoy de luto...

Khaled pasó la mano por su cuello, peinando los mechones desordenados que allí habían quedado.

—Helen, no puede estar de luto por ese hombre...

—No, no es por él. —Lo miró—. Es por mi hija...—aclaró, con la voz quebrada—. Mi hija...fue asesinada por ese maldito...

Khaled detuvo su proceder y la miró atentamente. Él no tenía ni idea de ese hecho, no estaba detallado en el informe que pidió. ¡Pobre mujer! ¡Qué valiente tenía que ser!

—¿Sabe a dónde van los niños que mueren? —preguntó él, a media voz y cogiéndola por los hombros para tumbarla a su lado. Ella se acurrucó instintivamente en su regazo, escuchándolo—. Según nuestra religión, los niños van directamente al paraíso. ¿Cómo se llamaba su hija?

—Rose —Una lágrima resbaló hasta la camisa del príncipe.

Se le hacía muy extraño hablar de su niña. No lo había hecho desde su muerte y era como abrir una inmensa celda en la que había encerrado a miles de emociones.

—Rose ahora está en un lugar perfumado por rosas tan bellas como ella, acompañada de otros niños, jugando y corriendo libremente. Puedo imaginarla comiendo sus dulces favoritos y riendo libremente...—narró, con una mano bajo la cabeza y la mirada sobre el techo esculpido.

—¿De verdad lo cree?

—Estoy convencido de ello. Dios es misericordioso. Y Rose está disfrutando de su misericordia.

Ella lloró aliviada hasta quedarse dormida. Khaled veló su sueño.

No la dejó de mirar ni un sólo segundo hasta que ella despertó de su leve relajo.

—Qué vergüenza... Quedarme dormida frente a su Excelencia —se sonrojó.

Khaled no dijo nada, sólo la levantó poco a poco y la llevó a los baños. En silencio, le deshizo la camisa y le quitó la pesada falda. Dejándola en corsé y enaguas. Tiró de ella afectuosamente hasta adentrarla en el agua. Allí la roció con aceites y otros perfumes. Helen sentía su alma volar, purificarse. Se sentía cerca de su Creador y, a la vez, notaba algo que nunca había saboreado: el amor.

Entonces el marajá se apartó por un instante de ella. Se había introducido

en el baño con una camisa blanca, que le había quedado pegada en el cuerpo. Se la quitó, mostrando su torso. Jamás había visto tanta belleza en un hombre. Su pecho era ancho, fuerte y enorme. Sus pectorales estaban dibujados por un fino vello oscuro que descendía hasta el ombligo.

Debió ser muy notable su alteración puesto que dejó ir un suspiro involuntario y su semblante se enrojeció por completo. Las puntas de su cabellera rubia estaban mojadas, pero Khaled se entretuvo mojándole el pelo por completo. Ella se dejaba hacer, con una sonrisa placentera.

—Helen...Me gusta tu nombre. Me recuerda a la historia de Helena de Troya, por la que una ciudad entera cayó...Cuenta la leyenda que Helena era una mujer tan hermosa que el sol la envidiaba... Me imagino que el sol vuela a estar celoso... Pero esta vez, de usted.

—Khaled...—ella nombró por primera vez, cayendo en su pecho desnudo y sintiendo la piel masculina contra su frágil cuerpo.

—Ahora estoy enamorado de mi nombre...Por cómo suena en tus labios —sonrió y la besó, se apoderó de su boca, juntando su humedad con la de las bañeros. Penetrando en su cavidad con ímpetu, destreza y arte. Removió su lengua hasta hacerle cosquillas en el paladar y transportarla en otro mundo. Se separó de ella para dejarla respirar, pero cuando lo hizo, ella ya se había desmayado.

La zarandeó para volverla en sí, entre risas.

—Pensé que los besos de las novelas eran leyendas... —musitó ella, cuando abrió los ojos, atreviéndose a poner sus manos alrededor del cuello del marajá.

—Eres perfecta —La abrazó. Haciéndola sentir como una reina.

Se bañaron entre caricias, besos y confesiones, siendo las velas las únicas testigos de aquel primer encuentro que daría paso a un amor sin límites. Se conocieron poco a poco hasta que sus respectivas obligaciones los sacaron de ese sueño.

—¿Puedo visitarte esta noche?

—No, Khaled. Duermo con mi hijo y...tampoco me siento preparada para algo más... Sin estar casados...Es pecado. Y no quiero pecar ahora que sé que mi hija está en el cielo. Quiero poder rezar por ella...

Khaled la miró seriamente. Pero no dijo nada, sólo la dejó ir.

Un poco más tarde, en el harén

—He visto salir a la imperialista de los aposentos de mi hermano, mamá —se aquejó Hassan, en los brazos de la maharaní—. ¿Por qué Khaled no odia a los invasores? ¿Por qué deja que esa mujer blanca entre en su intimidad?

—Hassan, escucha bien a tu madre. —Lo obligó a mirarla—. No contarás a nadie esto que has visto hoy, ¿entendido? Tu hermano es el mayor. Y como tal, debes mostrarle respeto.

—Pero si él no estuviera, el siguiente en la línea de sucesión sería yo... ¡Yo sería el rey!

Rania le dio una sonora bofetada y luego, entre lágrimas, lo abrazó.

—Hijo mío, borra de tu mente estos pensamientos. Ama a Khaled como lo ama tu madre. Si algún día le pasara algo a él, piensa que habrías matado a tu madre también.

—Sí, mamá...

—Júrame que no lo perjudicarás.

—Lo juro, mamá. No lo perjudicaré mientras usted esté en este mundo.



Capítulo 8

Amor prohibido

Hoy tu amor depende de cómo te sientas y actúes. Mañana, si tienes suerte, no dependerá de nada.

Kamasutra.

Al día siguiente del baño.

Los príncipes de Haiderabad no daban clases únicamente con la profesora Morgan. Ellos aprendían de diferentes maestros. Algunos estaban especializados con el arte de la guerra, otros eran físicos o químicos y, por supuesto, también había profesores entendidos en sus propias costumbres.

Ese día en particular, Helen decidió asistir a una de las charlas que daba un indio. Pero se llevó una gran sorpresa al escuchar que hablaban de algo llamado "Kamasutra".

¿Qué era aquello? Se preguntó ella, extrañada. Poco a poco el conferenciante fue desarrollando el tema en profundidad. Era un libro. Traducido por un hombre, de nombre Vatsyayana en el año 242 después de Cristo. En realidad nadie sabía el origen de aquellos escritos pero al parecer, estaban llenos de sabiduría. Bien, hasta allí todo normal.

El problema llegó cuando el conferenciante, un señor de baja estatura y bigote contundente, empezó a narrar en qué consistían aquellos escritos. Al parecer era una obra dedicada al amor y a los placeres que éste podía conllevar.

Iniciaba con una explicación de lo que era la vida sexual y qué papel jugaba en la vida del hombre. Seguía con una clasificación del tipo de mujeres que eran aptas para mantener relaciones y...en fin. Un séquito de temas escandalosos que a esa inglesa le parecieron perturbadores, vergonzosos e indignantes. Con el rostro enrojecido por completo, abandonó el lugar bajo la

atenta mirada de los presentes, que siguieron con la clase con mucha naturalidad.

Al salir, acelerada, topó con Khaled. No había nadie más en el pasillo.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, al notarla tan descompuesta.

—¿Qué ocurre?! —repitió ella, sofocada y apartando el ala del bonete para ver mejor al marajá, que esbozaba una de sus famosas sonrisas—. Jamás había escuchado semejantes indecencias. ¡Encima ese hombre está hablando delante de los niños! Gracias a Dios que Jo...que Oliver se ha quedado dormido y no me ha acompañado.

El príncipe dio una ojeada rápida al interior del aula para saber a qué se estaba refiriendo. Tras eso, le pidió que lo acompañara. La llevó hasta una casita en la que había dos habitaciones: una exterior y otra interior. La exterior estaba ricamente perfumada, con una cama suave sobre la que había una sábana blanca y limpia. También había una especie de sofá con un taburete al lado. Sobre el taburete, había un libro.

—Este es el libro del que está hablando ese maestro —Cogió el tomo en su grandiosa mano y lo alzó en su dirección—. Nosotros lo aprendemos desde niños.

—¿Por qué me lo enseña? Perdone... pero me parece un libro del diablo. No voy a negar que ayer me sentí muy halagada por sus atenciones y que... y que he pensado en usted toda la noche... —sinceró, no tenía edad para mentir—. Pero no voy a permitir estos juegos sucios. No conozco ningún placer en ese acto que se establece entre el hombre y la mujer... Sólo dolor —se confesó, teniendo en cuenta que Khaled era un buen oyente y un magnífico guía de sus conversaciones.

—Eso es porque el hombre con el que estuvo no aprendió sobre este libro —insistió Khaled, sentándose en el sofá y haciéndole una seña para que ella hiciera lo mismo.

La casa estaba exenta de sirvientes y parecía de uso exclusivo para el príncipe.

—Helen, no hay nada de pecaminoso en la relaciones sexuales, sé que en Inglaterra os hacen creer lo contrario. Pero siempre y cuando no se traten con frivolidad, son una bendición. Este es uno de los preceptos básicos que se explican aquí —Abrió el ejemplar—. "*Tipos de abrazos*", "*Tipos de besos*", "*El Matrimonio*", "*Crear confianza en la mujer*", "*Noviazgo*" ... —leyó—. Estos son algunos capítulos que aquí se exponen, ¿le parecen tan detestables? ¿No forma parte de nuestra vida el amar y el ser amados? ¿Amar a otra

persona de diferente sexo? ¿Casarse? —Helen se relajó y asintió—. Entonces, ¿no es bueno que nos eduquen en estos temas? No sólo son cosas que forman parte de nuestras vidas, como puede ser un amigo que viene y va o un profesor determinado...Sino que son cosas fundamentales. La persona con la que nos casemos, es la persona que disfrutará de nuestra intimidad. ¿No tendríamos que conocer cómo llevar esas situaciones? ¿En lugar de hacer prohibidos estos asuntos? Claro está que hay una gran diferencia entre el libertinaje y el amor... Y lo que aquí aprendemos es el amor. El amor en sus distintas formas. No voy a decir que no exista el libertinaje en nuestra corte, pero no es lo que buscamos principalmente.

—Sí...Es una forma de verlo, supongo —convino ella, más relajada—. Pero desde pequeña me enseñaron que estos asuntos sólo conciernen a los hombres... Y que nosotras... Ni si quiera debemos movernos...—comentó, azorada—. Debemos estar quietas, si no podrían pensar que estamos poseídas por el diablo o que somos impuras... Las niñas crecemos completamente desinformadas y yo no sabía lo que era el acto...Hasta la noche de bodas.

—¿Te dolió? —preguntó él—. Poniendo la mano sobre su hombro.

—Mucho, como ya le he dicho, jamás he encontrado nada beneficioso en esto...Salvo el nacimiento de mis hijos.

¿Por qué estaba hablando de ese tema con él? ¿Tanta confianza tenían? El príncipe era tan afable y deferente...que no podía evitar abrir sus pensamientos más internos frente a su persona. Quizás el hecho de que él fuera el único que supiera su identidad real, ayudaba a ese lazo tan extraño que se había creado entre ellos.

—Yo haría que no te doliera, Helen. Yo te lo haría como lo he aprendido en este libro: lenta y consideradamente hasta hacerte llegar al cielo —musitó en su oreja, deslizando los dedos por su cuello.

Ella se erizó y sintió algo desconocido en el bajo vientre, pero rápidamente se apartó. Sí, habían compartido un baño y se habían besado hasta el punto de sentirse desmayada pero...aquello era demasiado aventurado incluso para ella.

—No estoy preparada para nada de esto, sin estar casada...Y usted...Usted no puede casarse conmigo, Khaled.

—¿Y quién ha dicho que no puedo? —demandó él, irritado por el comentario—. ¡Soy el marajá! ¡Y hago lo que me place!

—Pero su familia no aceptará nuestro enlace... Debe casarse con una princesa. No somos niños.

—Me casaré con usted y lo haré ahora mismo. —Se levantó del sofá y tiró

de ella para levantarla.

—¿Qué? ¡No! —rio ella—. ¡Qué locura! ¡Una fugitiva de la justicia inglesa casándose con un príncipe indio! ¿Acaso quiere que nos maten a los dos?

—Helen, algo me dice que tras ese muro de contención, dolor y reparos...Se esconde una mujer con la personalidad de una leona. Una mujer valiente, una luchadora... Si no es así, ¿cómo fue capaz de matar a ese hombre? ¿Cómo ha sido capaz de escapar hasta aquí? Y no sólo tengo esas pruebas para justificar mis presentimientos...Sino que sus ojos la delatan. Sus ojos cambian de color con la luz, reflejando un alma pícara y resuelta. ¡Atrévase a casarse con un rey! —La alzó entre los brazos.

—Yo... ¿Cómo? Nos conocemos tan poco...Y...No lo sé.

¡Qué rápido estaba yendo todo! ¡Unos tres meses atrás vivía un infierno! ¡Y ahora estaba viviendo un cuento de hadas! ¡Un príncipe deseaba esposarla!

—Está bien, reconozco que estas no son las formas... Pero no he conocido a otra mujer como usted. Y mi corazón me señala hacia una única dirección: Helen. No obstante, recobraré el sentido y en lugar de pedirle que se case conmigo hoy mismo...Le pido que nos acompañe a la cacería del tigre.

—Oh, sí. Iré encantada...—aceptó ella precipitadamente, agradecida por el cambio de intenciones.

¿Quería ella casarse? Sin duda, Khaled estaba calando hondo en su corazón y se había anclado en sus pensamientos severamente. Pero no estaba hablando del herrero o del doctor del pueblo... Estaba hablando de un hombre influyente, con muchos deberes y, de seguro, muchas imposiciones. Y él lo sabía, ella no tenía que explicarle aquello. Khaled era un hombre hecho y derecho de unos dos o tres años mayor que ella... ¿Por qué quería arriesgarse tanto? ¿De verdad estaba tan enamorado? Las mismas dudas de siempre la abordaron intensamente y después de la breve reunión con el marajá, se encerró en su habitación para escribir.

Escribió y escribió. Narraba lo que acontecía, lo que sentía... Y llegó a la conclusión de que estaba condenada a terminar en los brazos del príncipe. Porque ella no era capaz de seguir viviendo si no conocía lo que Khaled quería hacer con ella... ¿De verdad existía el amor? ¿De verdad existía el placer? Esas preguntas se hacían cada vez más sonoras en su mente y sólo ese hombre era capaz de resolverlas. Quizás fuera cierto que había vivido toda su vida engañada, en una jaula pesarosa y muy oscura.

La cacería del tigre inició al amanecer. Ella se trasladó junto a la maharaní

y otras mujeres hasta el punto de salida. Los elefantes estaban preparados con sus monturas dobles y los hombres iban subiendo a ellos para ayudar a sus mujeres a sentarse detrás.

Ella pensó que formaría parte de la aventura en uno de los últimos lugares, ocupados solamente por las mujeres de menor rango y sin más hombres que el conductor.

Pero otra vez se equivocaba.

Khaled llegó a lomos de su caballo y frente a toda la sociedad india, bajó para llegar a ella. En cuanto lo hizo, le pidió encarecidamente que subiera a su elefante, tras él. Aquella era una declaración de intenciones en toda regla que no pasó desapercibida por el rey ni por su mujer, aunque ésta última no quedó tan sorprendida. El rey Asaf no comentó nada, no lo creyó conveniente en ese momento. Pero no le gustó.

La cacería inició con Helen en el segundo elefante.

—¿Echa de menos a su país, profesora Morgan? —preguntó Khaled, con el rifle en la mano y mirando hacia la selva.

—Ahora mismo no. Esta situación me recuerda mucho a la cacería del zorro. Por supuesto que esta versión es mucho más inspiradora.

—Siento discrepar, profesora Morgan. Esto no tiene nada que ver con la cacería del zorro. Conozco bien esa costumbre inglesa y suele practicarse por placer.

—¿Esta no?

—A simple vista sí. Pero tiene un origen muy diferente. Damos caza a un tigre devorador de hombres. Es una bestia salvaje que ha atacado a algunas poblaciones. Es la obligación del rey proteger al pueblo y, como tal, sale a matar al depredador.

—¿Sólo puede matarlo el rey?

—Él es quien da el primer disparo y si no resulta, los demás tenemos el derecho de disparar. Tome, he traído un rifle para usted... No es muy habitual que las mujeres carguen con uno, pero usted no es una mujer habitual — bromeó, ganándose una mirada desafiante por parte de Helen. ¿Cómo se atrevía a bromear con el asesinato? ¡Impertinente!

Aceptó el arma.



Pasaron por largos caminos. Hubo momentos en los que parecía más una fiesta que una caza. Pero en un momento determinado, un intenso silencio abrumador se cernió sobre ellos. Alguien avistó al tigre que, como buena fiera, no demostró tener miedo. Al contrario, parecía desafiarlos con la mirada y se paseaba por delante de ellos, retándolos.

La maestra sintió angustia y una extraña emoción. Dio gracias a Dios de que Joseph no hubiera venido. De hecho, no había ningún niño.

El rugido del tigre llegaba hasta ellos, temible y ensordecedor.

El rey dio el primer disparo pero no consiguió acertar. Sino que lo enfureció todavía más. La bestia se escondió para salir por otro extremo. Algo debió llamarle la atención del elefante de Khaled, porque parecía dispuesta a saltar sobre ellos. El príncipe disparó. Acertando sobre una de sus patas, pero no fue suficiente.

El tigre estaba dispuesto a atacar.

—Dispare, señora Morgan. Es el momento.

Helen no reaccionaba, pero de pronto recordó su apodo: "el demonio vestido de ángel". Aquello llenó de valor su espíritu mermado y tiró sobre la cabeza del animal. ¡No había perdido la puntería!

—¡Bien hecho! —encorajó su acompañante—. Cuando llegemos a palacio, observe sus pupilas.

Así lo hizo, tras los vítores y las admiraciones, volvieron a casa. Allí se miró en el espejo y se reconoció. Por primera vez en años, era ella. Completa y sin limitaciones. ¡Qué magnífica persona era el marajá!

Se bañó y se durmió mientras contaba a su hijo lo ocurrido. El niño quedó fascinado con el relato de su madre: "la cazadora de tigres".

En un salón imperial.

—¿Qué significa lo que ha ocurrido esta mañana? —inquirió el rey Asaf a su primogénito, sentado en su sillón aterciopelado.

—¿A qué se refiere, padre?

—Sabes perfectamente a qué me estoy refiriendo. ¿Por qué has subido a esa mujer blanca en tu elefante?

—Padre, yo...

—No, no hables. —Levantó la mano—. Sé qué me vas a decir. Pero es imposible. Úsala como quieras, pero no será tu esposa.

—¡Soy el futuro rey! ¡Soy libre de escoger a mi esposa! —reivindicó, enfurecido.

—Al contrario, el rey es el único que no puede escoger a su esposa. Al menos no a la primera. Cuando te cases con Jodhya de Bengala, la princesa con la que estás prometido, entonces podrás desposar a esa blanca si lo deseas. La primera esposa es la reina, la madre de tus herederos...No te equivoques.

—Ella no lo entenderá... Ella es diferente, tiene otro pensamiento.

—Entonces, olvídale. Además, ella no será nada más que una fuente de problemas. Estamos presionados por tu tío Ibrahim, que odia a los imperialistas. No le gusta que los dejemos entrar en nuestros asuntos privados. Ya sabes qué opinión tiene sobre ellos... Y está preparando una revuelta contra los ingleses. Y no está solo, muchos miembros de la corte son partidarios de él. Yo he intentado mantener una convivencia pacífica, pero entiendo perfectamente que los autóctonos no soporten la imposición extranjera. ¿Cómo crees que puede sentarles el hecho de que su futuro monarca despose a una británica? ¡Mira por tu trono! ¡Mira por tu futuro! —exclamó Asaf, molesto—. Si quieres acostarte con esa blanca...Hazlo. Pero que quede entre vosotros. Cuidate de tus enemigos, Khaled. Ser el heredero del trono te convierte en el blanco de muchos que quisieran estar en tu lugar.

—Sé cuáles son mis obligaciones. Pero... Amo a esa mujer. ¿Un rey no

puede enamorarse?

—Hijo. —Se incorporó su padre, acercándose a él—. Un verdadero rey antepone su trono a sus sentimientos. Eres mi heredero. Un hombre sensato, de corazón limpio pero fuerte cuando debe serlo. No dejes que Hassan ocupe tu lugar. Es tan hijo mío como lo eres tú, pero él no merece el poder.

—Hassan es un niño todavía...

—Y los menos importantes siempre terminan colocándose en un puesto notorio, no lo olvides.

Con esas palabras el soberano se retiró.

Khaled no quería perder su mando. Había sido educado para heredar la soberanía de Haiderabad y no se imaginaba en otro lugar que no fuera en el trono de su padre. Pero tampoco quería perder a Helena de Troya.

Su madre apareció de entre las sombras. Había estado escuchando la discusión.

—*Ammu* —dijo él, aceptando su abrazo.

—Hijo mío, olvídate de esa blanca. Te destruirá —suplicó Rania, cogiéndole la cara entre las manos.

—Usted conoce mis sentimientos, madre. Quedé prendado de ella desde el primer día, ocupa mi razón y mi corazón. No puedo desprenderme de ella. Me es imposible.

—Por eso mandé que la trajeran. Sabes que siempre cumplo tus deseos...Pero me prometiste tomártelo como un juego.

—Las cosas han cambiado. —Se llevó las manos a la cabeza, sentándose en el sillón de su padre—. Ella no es una mujer cualquiera. No se entregará a mí si no es por medio del matrimonio. Y yo tampoco deseo usarla... porque ella no se lo merece.

—Veo que la señora Morgan ha sabido ganarse un lugar en tu vida... —comprendió que había algo entre ellos dos que los demás no sabían—. ¿Por qué no le propones una boda secreta? Y luego ya veréis...

—¿Y Jodhya?

—Ella será tu primera esposa de cara a la galería.

—Emily no lo aceptará.

—Habla con ella. Quizás te sorprenda. Pero recuerda... Tenéis que ser muy discretos. Yo te ayudaré hijo mío, no te preocupes —lo consoló, acariciando su cabellera oscura y limpiando su cara con el sari.

Hasta el día en que llegó esa mujer blanca, Khaled nunca había mostrado debilidad. Siempre había sido correcto, un rápido aprendiz, audaz y temible.

Pero la profesora Morgan había perforado su cerebro por alguna razón y eso lo llevaría a la ruina si no encontraba una solución inteligente.



Capítulo 9

Propuesta matrimonial

Creo que sí, estás loco. Pero te diré un secreto: las mejores personas lo están.

Alicia en el País de las Maravillas.

Tal y como imaginó Khaled, lo que recibió de su propuesta fue una sonora cachetada.

—Seguramente, seas la primera mujer en la historia que ha pegado a un marajá... —dijo él, llevándose la mano sobre la mejilla con una sonrisa.

—¿Casarme con un hombre prometido? ¡No seré yo! —se indignó Helen—. Si hubiera sabido que había otra mujer de por medio... ¡Oh, Khaled! ¡Qué decepción!

—Helen...Por favor. —La cogió por las manos, prácticamente obligándola a sentarse a su lado. En un sofá de la casita real—. Lo que nos separa es la bendición divina. ¿Verdad? Si nos casamos, no estarás pecando... ¿Y qué importa si me caso con otra? Tú no dejarás de ser mi esposa.

Otra cachetada cayó sobre su otra mejilla.

—Ya sufrí esto una vez y no lo volveré a sufrir. —Frunció el ceño, indignada.

—No, no compares. Yo no te estoy engañando. Te estoy siendo sincero. Yo no tengo amantes, tengo esposas. A cada una le doy su lugar. Tú tendrás un lugar como mi mujer, no como una prostituta. ¿Qué es lo que no entiendes? —La abrazó, rodeándola con sus inmensos brazos. —No me casaré con Jodhya por gusto. Es una mera formalidad para cumplir con mis deberes como monarca. —La besó sobre el cuello, haciéndola suspirar. —Y no tomaré a más esposas. Para que sepas que no quiero amar a ninguna otra aparte de ti. Helen, estoy enamorado de ti... Si fuera libre, tú serías mi única compañera de vida. Pero como te he explicado, mis súbditos no aceptarían a una reina extranjera... ¿Entiendes? Tiene que ser una reina autóctona. Pero para mí, tú serás mi

primera mujer. —Cogió su mano y se la colocó sobre el pecho, a la altura del corazón. — Y nuestros hijos serán reconocidos, no serán bastardos. Sí, no podrán aspirar al trono... Pero no dejarán de ser hijos de un rey. Llevarán mi apellido... Khan. Como ves, no estoy viniendo a ti con ningún engaño ni manipulación... Tú decides.

—Decido que no. —Se levantó de un salto, recolocando su enorme falda inglesa y dispuesta a irse.

—Está bien —escuchó ella a sus espaldas, cuando ya estaba a punto de salir—. Renunciaré al trono.

Helen detuvo su paso con los ojos abiertos como platos, haciendo chocar sus pestañas doradas contra sus cejas rubias.

—¡No! —Se giró hacia él de nuevo—. No puede hacer tal cosa... No, Khaled. No lo permitiré... ¿Yo? ¿Culpable de su renuncia? No... —repitió, conmocionada.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? Tú eres mi debilidad. Has entrado en mi mente y no sales de ella. Debo confesarte que al principio me lo tomé como un entretenimiento que no pensaba llevar más allá de algunas palabras... Pero nuestras conversaciones, saber tu identidad, tocar tu piel, oler tu perfume de jazmín... No me imagino los días sin ti. Esto es aquello que llaman amor verdadero. Aquello que sacude tu vida y tu razón.. Convirtiéndote en una marioneta en las manos del otro. Helen, tú eres la dueña de mi vida. —Anduvo hasta ella y se arrodilló, bajando la cabeza. —No todo el mundo tiene el placer de conocer este sentimiento... Y no lo quiero perder.

Fue impresionante ver a ese hombre, acostumbrado a todo tipo de reverencias y atenciones, arrodillado frente a ella. Ataviado con una camisa con la que podría pagar cien vestidos y engalanado con decenas de joyas como collares, anillos y pulseras.

—Levántese, su Excelencia. —Helen corrió a arrodillarse a su altura. — Usted es el príncipe. —Lo cogió por los hombros, obligándolo a mirarla.

Las pupilas de la extranjera estaban llenas de lágrimas. Ella tampoco había podido dejar de pensar en Khaled. Y tenerlo cerca era un atentado a cualquier sentido de la cordura. Pero sus obligaciones era tantas y ella se había criado bajo unas costumbres tan arcaicas y sólidas...

¿Pero si él estaba dispuesto a renunciar a lo que le pertenecía por derecho...por qué ella no estaba dispuesta a renunciar a sus ideales? Si ella hubiera sido otro tipo de mujer... Siendo viuda, hubiera sucumbido fácilmente a los placeres que Khaled le ofrecía sin pedir nada a cambio. Ella ya no era

virgen y no tenía nada que guardar. Pero debido a su hija Rose, que sabía que estaba en el cielo, no quería pecar para poder suplicar por ella.

Sabiendo esto, el marajá le proponía matrimonio y ella... ¿No podía aceptar?

Sí, él se casaría con una princesa más tarde... No obstante, era muy lógico que lo hiciera. La podría haber engañado. Haberle hecho creer que ella sería la única y después tomar a otra mujer... Pero él estaba siendo sincero.

Sería surrealista coronarse ella como reina de India. Una viuda extranjera con un hijo. Matarían a Khaled en dos días... Y más sabiendo que los ingleses eran considerados invasores y con motivos de peso.

Era un tema muy controversial del que seguro muchos se escandalizarían. Pero en India era muy común y ella estaba en India y, además, estaba enamorada de un indio. Y no de cualquiera, del rey.

Aquello era una intoxicación. Los ojos de Khaled, negros y grandes, eran tóxicos. La sudoración que se apoderaba de su cuerpo femenino cada vez que lo veía, era un síntoma. Y su amor, cada vez más grande, era la muerte final. Como había escrito en su diario, no tenía otra escapatoria que la de caer en los brazos del monarca. Sin más remedio.

Quería vivir. Permitirse el lujo de decidir sobre su propia vida por una vez. Deseaba sentir el amor que Khaled le prometía. Y quizás no fuera tan terrible que, más tarde, él se casara con una reina para cumplir con sus obligaciones. Como él decía, ella no dejaría de ser su esposa por ese motivo. Además, él no tenía por qué casarse con esa mujer hasta que el actual rey Asaf muriera... Para eso faltaba mucho y quizás, llegados a ese punto, las cosas habrían dado un vuelco favorecedor.

No debía pensar tanto en el futuro. Era el momento de pensar en el ahora. De hacer acopio de ese carácter valiente que había sido mermado a base de golpes y demostrarse a sí misma que podía hacer algo más que lo cotidiano.

—Seré su esposa —expresó, tras un largo silencio, a media voz—. Me casaré con usted...

Los diamantes negros del hombre brillaron más que nunca. Penetraron el uno en el otro a través de la mirada por largos segundos. Hasta que Khaled la cogió en brazos como si fuera una pluma y la dejó sobre una cama blanca. La besó, la acarició y le susurró palabras de amor en el oído. Se quitó su collar y se lo puso a ella. Después, se quitó uno de sus anillos de oro y rubíes y se lo colocó.

—Serás mi esposa —La besó sobre la frente. — Mi única esposa. No

amaré a otra, te lo prometo... —La besó en los labios. — Mi reina. Mi auténtica reina...

Todavía no creía lo que estaba sucediendo. El amor entre ella y el príncipe había crecido como la espuma. Y ya estaban a las puertas del matrimonio. Pero no podía ser de otra forma ya que para conocerse en profundidad ella no estaba dispuesta a pecar.

Volvió a su recámara ocultando las joyas regaladas en un cofre. Debían ser lo más cautelosos posibles con su relación, por el momento. Por su bien y por el de su futuro esposo. No revelarían su unión hasta que tomara a Jodhya como mujer. Ese día, ella sería anunciada como segunda esposa.

—Mamá, ya se ha terminado la clase de física. —Entró Josh, mirándola a través de sus ojitos inocentes.

Le debía una explicación. No sería capaz de contraer nupcias sin que su hijo lo supiera.

—Hijo, ven. Por favor... Tengo que contarte algo...Pero debe ser un secreto entre tú y yo. Como el secreto de nuestra identidad, ¿de acuerdo?

—Sí, mamá. —Se sentó a su lado, en un diván.

Josh se estaba convirtiendo en un hombrecito. Se había adaptado perfectamente a la vida en India y había establecido amistad con muchos niños del lugar. Incluso los jóvenes príncipes jugaban con él. En especial nunca se separa de una de las niñas: Priya. Ella era la cuarta y última hija de Rania, una princesa de ocho años muy alegre.

—¿Conoces al marajá? ¿A Khaled? —empezó, estrechándolo contra su regazo.

—Claro que lo conozco. Es el hermano de Priya. Siempre me saluda y me pregunta cosas. Me dice: cómo estoy, si me gustan los jardines, a qué juego...

—¿Te cae bien?

—Sí, me cae bien. ¿Por qué, mamá?

—Verás hijo... —enmudeció.

¿Cómo podía decírselo?

¿Cómo decirle a su hijo que iba a casarse?

¡Le daba vergüenza!

—Mamá... ¿Tú y el hermano de Priya mantenéis alguna clase de relación?
—la sacó de su silencio.

—¡Hijo! ¿Por qué lo dices? —se sonrojó.

—Siempre os veo hablando, él siempre te está mirando y tú pareces muy

contenta cuando lo ves —explicó, en su dicción aniñada.

Al parecer, el heredero del Condado de York había madurado muy rápido, pero no era una sorpresa para su madre. Joseph había tenido que crecer de golpe debido a los trágicos acontecimientos vividos.

—Eres muy observador, eso es bueno Josh. Estás en lo cierto —alabó.

—¿Os casaréis? —inquirió él, removiéndole los pies y mirándola con emoción.

—Eso es lo que quería decirte... Me daba vergüenza...

—No, mamá. Yo quiero que tú seas feliz. Tú con el príncipe sonríes y estás más contenta ahora... Cástate con él. Me gusta.

—Pero no quiero que pienses que me he olvidado de tu hermana Rose... Que estoy alegre...

—Yo tampoco he dejado de pensar en ella. Pero pienso que ella quiere que seamos felices. Ella reía mucho y era feliz...No era una niña mimada.

—Sí...Tienes razón. Espero que esté donde esté, se sienta tan conforme con esta unión como nosotros. —Abrazó a su vástago y lo colmó de besos y juegos.

Le hubiera agradado escribir a sus primas con la grata noticia. Pero era, prácticamente, un suicidio. Lo único que podría hacer era explicarle el caso, secretamente, a su tío Gustave. Él, quizás, podría hacerle llegar de alguna forma a su familia la buena nueva. No obstante, tampoco confiaba en él en demasía. El hecho de que la hubiera vendido al rey por negocios... Le sonaba demasiado al día en que su madre la vendió a Brian por conveniencia. Así que, sintiéndolo en el alma, sería algo que no comunicaría a nadie hasta que Khaled decidiera hacerlo público. Por primera vez en su vida, sería dueña de su decisión y de sus consecuencias.

Esa misma noche, en la alcoba de la profesora Morgan.

Un ruido inusual despertó a Helen. Vislumbrando entre las sombras a un candil seguido de una figura femenina.

—¿Quién es? ¿Quién anda ahí? —cuestionó, nerviosa.

—Soy Rania, profesora Morgan.

—Su Excelencia. —Se levantó de la cama rápidamente e hizo una reverencia en camión y gorro de dormir. Josh no se había despertado, estaba profundamente dormido.

—No te inclines, quiero ver el rostro de mi futura nuera. —Alumbró en su

dirección, mirándola fijamente a los ojos. —No eres lo que había soñado para mi primogénito. Eres una plebeya. Una viuda. Tienes un hijo y, por supuesto, no eres virgen. Además, eres extranjera. Y no cualquier extranjera, sino una inglesa —comentó en un susurro, clavando sus ojos orientales en los ojos azules que habían conquistado el corazón de su hijo. Helen se quedó atónita. ¿Le estaba diciendo que no le gustaba como nuera? Claramente sí y lo comprendía. No era ninguna jovencita para que no pudiera entender esas palabras. De todas formas, no evitó sentirse dolida—. Pero si mi hijo te ama, yo también te amo. —La abrazó.

Ella se dejó abrazar y se alivió con aquella última declaración.

—Gracias, maharaní.

—No me las des. Sabrás que nunca serás reina, así como tus hijos no heredarán el trono de Haiderabad.

—Lo sé. No me caso con su hijo con esas intenciones. Me caso porque...

—Porque lo amas —la cortó—. Me imagino que no amaste a tu primer esposo... Quizás sufriste con él... No me concierne. —Colocó una mano sobre su hombro. — Ahora sólo me importa tu presente y tu futuro. Porque en ellos, está mi hijo. Tú eres madre y sabes lo que puede hacer una madre por sus hijos...

—Sí, reina Rania. Lo sé muy bien. —Le vino a la memoria el motivo por el que mató a su primer marido.

—Te casarás con Khaled mañana por la noche. Mandaré a mi ahijada para que te ayude a prepararte, ella daría la vida por mí y es de completa confianza. Tendrás que dejar este luto occidental y vestir nuestras ropas... Si alguien te pregunta, contestarás que has querido mimetizarte con el entorno y que el dolor de tu marido lo llevas en el corazón.

Iba a protestar, pero prefirió quedarse callada. Debía comprender que la maharaní era una mujer acostumbrada a mandar y que ella había invadido, queriendo o sin querer, su mundo.

—Está bien.

En parte, ella tampoco consideraba apropiado seguir vistiendo el negro si se iba a casar. No era algo agradable para su futuro marido.

—Por razones obvias de seguridad no podrás vivir en el palacete de Khaled. Pero cuando lo visites, mi ahijada cuidará de tu hijo. No debes preocuparte por eso.

—Está bien.

—Anunciaréis vuestro enlace unos días después de que Khaled se case

con Jodhya de Bengala. Proclamándote la segunda esposa del marajá. Ese día, deberás estar preparada. Porque los enemigos enseñarán su verdadero rostro. No podrán hacer daño a Khaled mientras Jodhya sea la reina y la madre del futuro rey. No tendrán motivos para atacarlo, ¿entiendes la importancia de ese matrimonio?

—Lo comprendo.

—Sé que es difícil y más para una mujer que no ha sido criada en nuestras costumbres. Pero en este caso, la vida de Khaled depende de ello. Por eso, aunque yo no esté y si el rey Asaf muere, tú debes encargarte de que esa unión dé a lugar. De lo contrario y si descubren que el rey Khaled tiene como a esposa una inglesa... Será su fin. El amor es importante...Y no hay mayor muestra de amor que hacer lo mejor para quien amas.

—No se preocupe, reina Rania. Entiendo las consecuencias que pueden acarrear nuestro enlace y me caso sabiéndolas. Llegado el momento no seré un obstáculo para ese matrimonio real...

—Debes tener en mente que para el hombre que amas tú eres su primera esposa. Él te ama y te lo asegura su madre... Un último consejo de tu suegra, el día en que sepan que tú eres la segunda mujer del rey de Haiderabad... Deberás andar por los pasillos con cien ojos. Irán a por ti. No podrán ir contra Khaled, pero irán contra ti. No les importará poner veneno en tu comida o repudiarte socialmente... Serán días muy duros...

—Suegra —la detuvo, cogiéndola por las manos con fuerza—. Tengo la apariencia de un ángel pero la gente no ha conocido el demonio que escondo.

—Bienvenida a la familia Khan, primera esposa de Khaled de Haiderabad.



Capítulo 10

Amor verdadero

Día de la boda.

Por la mañana, Helen impartió sus clases con normalidad. Luego, se retiró a su alcoba y esperó a que la ahijada de la reina llegara. Le sudaban las manos y los nervios se iban apoderando de ella paulatinamente.

—Mamá, tranquila —rio Joseph.

Dos toques ligeros anunciaron la llegada de su ayudante.

—Abre, mi niño. Debe ser ella.

Efectivamente, se trataba de una mujer que rozaba la cuarentena. Delgada y de rostro ovalado. Cubierta por un manto verde decorado con brillantes y flores bordadas. Pasó a la estancia con una sonrisa, cerrando tras ella. Iba cargada con una inmensa maleta.

—Mi nombre es Zerina, hija de la hermana de Rania —se presentó con una voz dulce, dejando el maletín sobre una mesa—. He venido por orden de mi tía. La preparé para la boda. ¿Me permite? —preguntó, acercándose a ella.

—Por supuesto —convino la protagonista del día, ansiosa.

Lo primero que hizo Zerina fue sacarle el bonete. Deshacer su larga cabellera dorada y peinarla a conciencia hasta hacerla ver infinita.

—Un pelo muy bonito —alabó.

—Gracias.

Tras un biombo separador, le sacó la camisa negra y la pesada falda. La libró del corsé y le sacó el camisón. Para que no se sintiera completamente desnuda le ató una tela semi transparente desde los pechos hasta las rodillas. Luego la sentó.

Le sacó los pelos de las piernas y de otras partes, con más o menos vergüenza. Helen se quedó boquiabierta, no sabía que existiera esa práctica. Pero veía su cuerpo mucho más hermoso exento de vello.

Con un baño rociado con toda clase de aceites y lleno de pétalos de rosas rojas la lavó a conciencia. Cuando salió, Zerina preparó un mejunje con unas hojas verdes, un huevo y agua. Al terminar la mezcla, aquello olía a tierra y raíces. A pura naturaleza.

—¿Qué es esto? —se atrevió a preguntar la novia, al ver que se acercaba a ella con un pincel bañado con ese barro.

—Es henna, señora. Es una pintura natural para el cuerpo. Seguro que lo habrá visto a alguna de las mujeres del harén. Con los días se marcha...

Recordó que, efectivamente, había visto dibujos en las manos y pies de algunas chicas. Se dejó hacer.

Zerina trazó líneas seguras y confiadas formando flores, símbolos y toda clase de ornamentos.

—Hay que dejarlo secar durante dos horas. De mientras iré preparando el resto...

Tomó su pelo humedecido y lo secó afectuosamente con paños algodónados. Perfumó sus cabellos con el vapor de una taza repleta de jazmín y empezó a trenzarlo. Hizo una trenza perfecta, gruesa y ataviada con flores y joyas que colgaban de cada nudo.

Al terminar con el pelo, se sentó frente a ella y con una inmensa caja de pinturas empezó a embellecerla. Espolvoreó polvos blancos, le hizo unas líneas negras bellísimas en los ojos y le pintó los labios de rojo intenso.

Colocó un *titli* (joya para la frente) y un *bindi* (punto rojo) en medio de las cejas. Peinó sus cejas y las dibujó con tintura amarilla, haciéndolas parecer dos hilos de oro. Resaltó sus pómulos con polvo rosa y luego untó su cuerpo con una especie de líquido amarillento, salido de la cúrcuma.



Tras todo ese mimo, vino lo más doloroso. El agujero de la nariz. Se lo perforó con un trocito de hielo y ancló en él un diamante colmado de oro para luego colocarle una especie de aro que llevaba una cadena hasta el pelo. También perforó sus orejas, poniendo en cada agujero unos pendientes espectaculares.

—¿Y todo esto? —cuestionó Helen al fin. ¡Eran muchas joyas y muchos adornos!

—La dote de Khaled, señora. Estos son los regalos para que usted lo acepte en matrimonio —rio Zerina sin maldad, sino con buen humor.

Cuando hubo terminado de las joyas en la cara, empezó con las flores. Flores cosidas en forma de coronas y cuerdas, fueron distribuidas con saber hacer y haciéndola ver, en definitiva, una reina.

Empezó a notar esa "henna" pegada a su piel y fue cuando Zerina se la retiró con un paño rugoso, instándola a bañarse una segunda vez.

Jamás se había bañado tanto en su vida, si los ingleses lo supieran ya estarían llamando al doctor. Pero no se sentía enferma, al contrario, se sentía

más llena de vida que nunca.

Le tocó el turno al cuerpo. A pesar de que estaba decorado con aquellos tatuajes temporales, no era suficiente.

Zerina sacó una impresionante camisa del maletín. Una camisa roja, pesada por la cantidad de bordados y piedras preciosas que portaba. Se la colocó sobre la piel, olvidando el camisón y remarcando su pecho con unas cazuelitas bien cosidas en el interior de la prenda.

Y eso no era nada, la verdadera impresión llegó cuando le mostró el sari rojo. Metros y metros de tela trabajada con tiento y lujo. Se la enrolló en la cintura y luego la pasó por su hombro.

—Pesa. —comentó Helen, con una sonrisa amplia y viviendo en el tercer el cielo.

Con los metros de tela había hecho una falda y un cobertor para sus pechos de lo más elegante. Zerina era prodigiosa en el arte de crear belleza.

Cajas y más cajas de madera tallada le fueron mostradas. En ellas, collares, pulseras y tobilleras. Las joyas le fueron colocadas. El collar le bajaba más allá del pecho, luego otro más corto adornaba su cuello. Diez pulseras en cada mano y tobilleras en los pies. En los dedos de los pies, anillos. Y sobre los pies, unos zapatos.

Finalmente, Zerina preparó unas mezclas para pintarle los codos con flores de color dorado.

—Ya puede mirarse.

Lo hizo. No había palabras, no existía literatura suficiente para describir la sensación que tuvo al observarse. Era ella en su máximo esplendor. Ella en el paraíso.

—¡Mamá! ¡Estás impresionante! —exclamó Joseph, que había estado observando la escena en un silencio conmovedor —. Dios te ha recompensado.

Para ultimar, un velo de rejilla roja le fue colocado por encima de la cabeza. Cubriendo su rostro.

—El velo te lo levantará Khaled —le explicó la mujer.

Ella aceptó y se sentó.

—Esperaremos a que el palacio esté dormido... Yo la conduciré hasta el lugar. Allí estará la maharaní también.

El mutismo se cernió sobre el palacio de Haiderabad a altas horas de la noche. Aprovechando la ocasión, Zerina guio a Helen a través de unos pasillos solitarios. Después, se introdujeron en un conducto secreto en el que

anduvieron algunos metros con la ayuda de un candil.

Al final del recorrido, vislumbraron una cueva. Se trataba de una cueva modificada por el hombre, llena de vegetación y con una pequeña cascada que le aportaba el frescor necesario.

Rápidamente divisó a Khaled a través de su rejilla roja. La estaba esperando al lado de un hombre con aspecto religioso. La maharaní también estaba en dicho lugar y se acercó a ella para cogerla de una mano y guiarla hasta el altar improvisado.

Zerina se despidió disimuladamente y se fue para ir al cuidado de Joseph, que se había quedado en la recámara del palacio.

Estaba nerviosa. Aquel era un paso muy importante, pero no había nada como la seguridad del corazón para obrar en consecuencia. Ver a su futuro esposo, con su hermosa sonrisa, la tranquilizaba. Se sentía muy enamorada de él. Y, por eso, hacía aquello.

El religioso pronunció unas palabras en otro idioma que tradujo al inglés a posteriori. Eran unos versos de un libro llamado "Corán" en los que se hablaba de Dios y su Misericordia. Luego, el señor en cuestión, le preguntó si estaba satisfecha con la dote (regalo de bodas de Khaled) que, de lo contrario, si no estaba satisfecha, podía pedir más. Ella negó que necesitara más, eran suficientes las joyas ofrecidas. Y, de hecho, ni si quiera eran necesarias. Si hubiera sido por ella se hubiera casado con un camisón si hubiera sido menester. Porque no le importaban las cosas materiales ni el poder, sólo el amor que Khaled y ella compartían. Finalmente, se recitaron unos versículos más y se unieron en matrimonio aceptando el compromiso a través de una palabra: "Qabool" (fonéticamente, Kabul. Acepto).

Su esposo se giró hacia ella y le levantó el velo rojo, mirándola como si jamás la hubiera visto. Y, de hecho, ella era otra mujer en esos instantes.

—¿Qué nombres apunto en el registro? —demandó el señor.

—No hará falta registro —repuso la maharaní, rápida y hábil.

—Este documento sólo estará en la mezquita, nadie podrá acceder a él.

—Ponga Khaled Khan y Emily Morgan —convino el marajá, ante la insistencia del hombre.

Tras algunas palabras de cortesía, el religioso se fue.

—Hijo mío. Nuera mía. —pronunció la reina Rania, apretando sus brazos afectuosamente—. Que Allah bendiga vuestro matrimonio y os colme de felicidad y seguridad. Esta no ha sido una boda habitual... Pero ha sido la vuestra. Ya tendréis ocasión de celebrar un enlace con invitados y fiesta más

adelante... —Helen consideró que había sido perfecta tal cual la había vivido, no le hacía falta más gente—. Ahora, retiraros como marido y mujer.

Khaled cogió por el brazo a su esposa y, muy cariñosamente, la guio hacia una casita solitaria que se hallaba en el interior de esa cueva. Se trataba de una construcción tallada a piedra, muy íntima y decorada. En ella, había un suelo de mármol, una cama con doseles rojos y cojines estampados.

Se fijó mejor en su recién esposo. Con el nerviosismo del enlace no se había dado cuenta de lo bien ataviado que iba. Portaba una camisa larga trabajada a conciencia a conjunto de su sari. Lo vio acercarse a una mesita repleta de viandas y le ofreció un vaso de lassi (bebida a base de yogurt).

Aceptó la delicadeza y se sentó para tomar la bebida. También lo necesitaba. Sus piernas le temblaban.

Nada los separaba. Ya estaban unidos en sagrado matrimonio y era su primera noche de bodas. Recordó con horror el sufrimiento de su primera noche de bodas con el Conde. Y suplicó para sus adentros que no fuera igual. Aunque el detalle de la bebida ya era un preludio de que no sería tan humillante ni doloroso. Aun con eso, tenía un poco de miedo y sus manos la delataban.

—Mi madre ya se ha ido —anunció el marajá, mirando por una pequeña ventana.

—Ha sido muy buena con nosotros —comentó ella, quedamente y sonrojada por la intimidad del momento.

No se escuchaba nada. Ni a nadie. Tan sólo el caer del agua a través de las piedras y el murmullo de las hojas en el rocío del anochecer.

Había humedad y calor pero un extraño confort. Un extraño placer ambiental.

Cuando terminó el lassi, Khaled, sin mediar palabra, la cogió en brazos y la llevó fuera de la casita. Acercándola a un pequeño manantial que se había formado en una esquina de la gruta. Allí, la sentó al borde del agua mientras la abrazaba por la espalda. Deshizo su velo lentamente, liberando su larga y dorada trenza. Olió su pelo con alevosía, aspiró su aroma femenino, tragando el jazmín como si fuera alguna especie de droga creada exclusivamente para él. Destrenzó su pelo, dejando caer las flores que había en él y colocando las joyas a un lado.

Deshizo el nudo de su camisa, acariciando su espalda desvestida. Acariciando sus vértebras con los labios.

Tiró de la tela del sari, descubriendo su busto todavía cubierto pero

voluminoso.

En un arrebató, la giró y la tumbó sobre el vestido para cernirse sobre ella.

La miró, la penetró con sus ojos oscuros y atravesó su alma para llegar a su ser más profundo.

Besó sus labios con fulgurosa necesidad. Luego las comisuras de éstos. La colmó de besos y caricias hasta que le cogió una mano y se la puso dentro del manantial. Mojando sus dedos y arrastrando el agua por su camisa roja hasta hacerla llegar sobre sus pechos. Cuando hubo empapado parte de su vestido, tiró de su camisa previamente desabrochada, dejando a la vista sus pechos humedecidos.

Khaled descendió hasta ellos, colocando ambas manos sobre sus caderas y vapuleando sus senos con la boca. Acarició sus costillas, haciéndola sudar.

—Helen —pronunció él, haciendo vibrar su corazón.

—Khaled —dijo ella, sintiendo en el bajo vientre una sensación desconocida y que venía pronunciándose desde que conoció a su marido.

La despojó de todas las joyas paulatinamente y rozando su piel con deliberada seducción. Cuando tan sólo le quedaba el sari enrollado en las piernas, Khaled tiró de él. Dejándola completamente desnuda y empujándola, en un gesto divertido y cariñoso, dentro del manantial. Ella cayó, riendo sonoramente. No esperó ese lado humorístico de Khaled.

Él se tiró al lado de ella, vestido.

—¿Por qué te has puesto vestido? —preguntó Helen, entre risas.

—Desnúdame —pidió él, serio.

¿Ella? ¿Desnudar a un hombre? No había tenido ese derecho hasta ese instante. Ni si quiera en su primer matrimonio. Así que, insegura pero emocionada nadó hasta él completamente desnuda y tiró de su túnica. El torso masculino no tardó en hacerse visible, causándole una grata sensación. Venía la parte complicada: los pantalones.

Se sumergió y tiró de ellos, dejando la virilidad de Khaled al descubierto y, por lo tanto, su azoramiento. Las mejillas se sonrojaron cuando salió a la superficie. Y aunque pensó que debía tener un aspecto horrible, Khaled la veía más hermosa que nunca con su pelo de color oro pegado a su cuerpo. Ella era una mujer del paraíso, sin duda. Sus ojos azules brillaban a conjunto del agua cristalina y sus labios rosados eran dos pétalos que coronaban a tan hermosa imagen.

Tensado hasta la infinidad, la cogió entre los brazos, sintiendo su piel en medio de la humedad. Tocó sus muslos y luego se adentró en sus partes más

íntimas y femeninas. La masajé con tiento, haciéndola suspirar y mezclando humedades humanas con naturales.

Ella, desconocedora del placer sexual, no tardó en enrojecerse por completo hasta teñir sus senos de un rosa intenso.

En medio del éxtasis, Helen se atrevió a tocar a su marido. Acarició sus pectorales tostados y dibujó una línea hasta su ombligo, llegando a su virilidad y colocando sus manos allí.

Khaled soltó un pequeño bufido, colmado de sensaciones. Y aunque no quería ir rápido aquello lo aceleró, apretó su mano en ella, moviendo frenéticamente sus carnes más sensibles hasta hacerla llegar al cúlmene del placer. Cuando ella ya estaba totalmente preparada, se adentró en ella sin hacerle el menor daño, todo lo contrario. La saboreó por largos minutos, haciéndola llegar por segunda vez al cielo y, aprovechando para dejarse ir él también, junto a ella.

Descansaron por un tiempo, hablando, conociéndose, contándose anécdotas de la infancia...Riendo, enfadándose... Y volvieron a enganchar sus cuerpos. Conocieron cada rincón de esa cueva.

Helen conoció el amor verdadero. El amor que no duele innecesariamente. El cariño de un buen hombre. El placer de una buena relación. Sanó muchas heridas, sanó su alma de mujer.



Capítulo 11

La religión

No cabe coacción en la religión.

Corán 2: 256.

A la mañana siguiente, Helen se despertó en la cama de la cueva. No encontró a Khaled a su lado, pero lo vio rezando en el suelo. Los musulmanes se arrodillaban ante Dios y bajaban la cabeza en señal de sumisión.

Para ella, la religión del islam era agradable. Tanto por el *athan* como por lo poco que había podido saber.

Esperó respetuosamente a que su esposo terminara de su oración.

—¿Ya te has despertado? —preguntó él, al acabar y volviendo al lecho.

—Sí, tengo que ir a prepararme para las clases. Y a ver cómo está Joseph.

—Hoy no habrá clases, Helen. Durante tres días no tendrás que trabajar...

Ya he hablado con la maharaní para que diga que estás enferma...

—¿Pero no será demasiado sospechoso?

—No lo creo... —Se sentó a su lado—. De todas formas, poco me importa ya. —Acarició su barbilla amorosamente, provocando una sonrisa en su esposa.

—Entonces iré un poco más tarde a ver cómo está mi hijo, todavía debe estar durmiendo. —Miró hacia el sol anaranjado del amanecer—. Khaled, ¿puedo hacerte una pregunta?

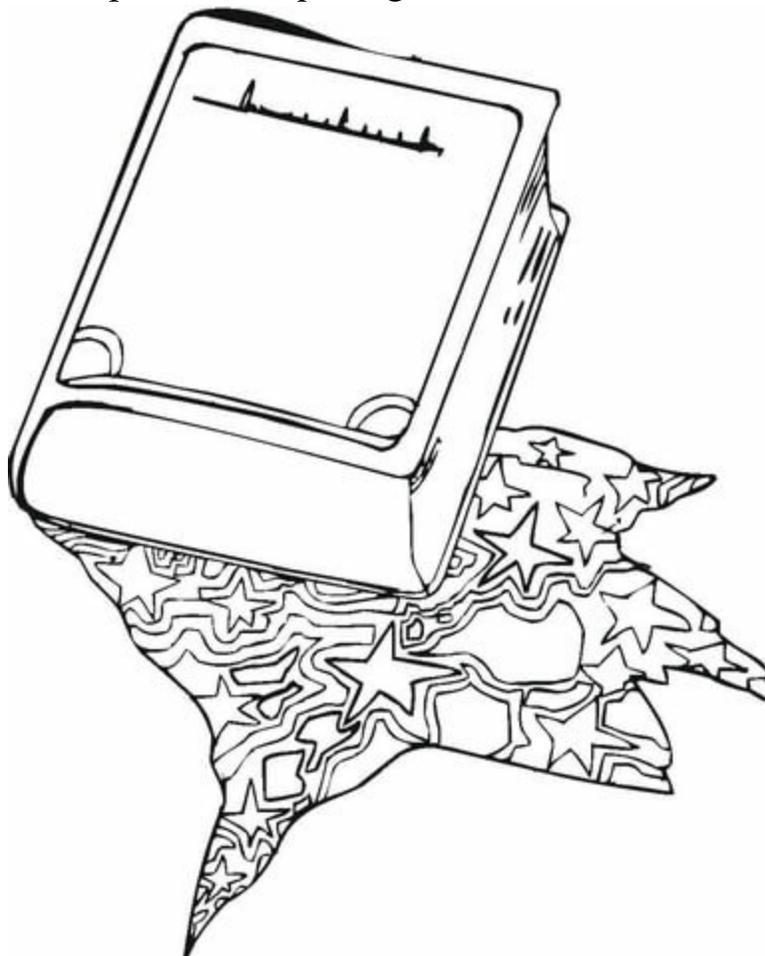
—Las que quieras, eres mi mujer.

Recordó amargamente como el Conde le prohibió hacer preguntas. Y se enorgulleció del cambio satisfactorio que había dado su vida, su destino.

—Tengo una duda y es acerca de nuestro enlace... Por supuesto que estamos casados. En mi opinión, Dios ve lo que hay en nuestros corazones. Hemos esperado a que un religioso nos uniera y hemos alabado a nuestro

Creador antes de encontrarnos físicamente... Pero, tú eres de una religión y yo de otra... Yo soy anglicana, una fe cristiana. Mientras que tú eres musulmán.

—Entiendo tus preocupaciones —sonrió Khaled—. Y tengo varias respuestas a ellas: la primera es que según



mi religión yo tengo permitido casarme con una mujer del libro. Del libro significa una mujer que sea cristiana o judía y que respete sus leyes religiosas. Y tú me demostraste con creces que eras una mujer virtuosa en muchos sentidos. La segunda es una respuesta en forma de pregunta, ¿tú crees que existe más de un Dios?

—¡No! Yo pienso que sólo existe un Dios...Por supuesto. Si no, sería politeísta... Como los paganos.

—Entonces, ¿tú Dios y el mío son diferentes?

—No puede serlo, ya que sólo existe uno —razonó ella, divertida por la conversación.

—Entonces nos ha unido en matrimonio el mismo Dios, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces estamos casados.

—Sí —convino ella, sonriente, acariciando la cabellera negra de Khaled.

—Esa es una buena base —siguió su esposo—. Ahora, te hago otra pregunta. ¿Qué es lo que diferencia tu religión de la mía?

Aquello era más complicado de resolver. No sabía mucho de la religión del príncipe.

—Que en tu religión está permitido bañarse, tener placer y...tener a más de una mujer —se atrevió a bromear la inglesa.

Khaled aceptó la broma y esbozó una carcajada amena.

—Sí, esas son algunas cosas que parecen distintas —decretó el hombre—. Pero no. ¿Tú me puedes decir en qué parte de la biblia se prohíbe tomar un baño?

—Lo cierto es que no lo sé...

Khaled se levantó y se acercó a un armario. En él, buscó entre algunos libros hasta sacar una biblia.

—¿Tienes la biblia? —cuestionó Helen, sorprendida.

—Tengo los cuatro libros sagrados: el evangelio, los salmos, la torá y el Corán.

Helen quedó atónita ante la sabiduría de Khaled y su afición al conocimiento.

—Bien —prosiguió el marajá—. Ahora abramos lo que se conoce como biblia, el evangelio. En Ezequiel 16:4 se menciona el baño del recién nacido. ¿Si un bebé puede bañarse, un adulto no? —Le mostró el versículo.

—Entonces, ¿por qué lo prohíben?

—Por ignorancia. Algunos médicos deben decirlo... Pero nada tiene que ver con la fe ni la pureza. Al contrario, con el baño te purificas.

—Entiendo...

—Ahora, otro punto. El placer.

Helen se sonrojó, recordando las maravillas que Khaled le hizo durante la noche. Se cubrió con el velo, incómoda con su desnudez.

—Si seguimos buscando en la biblia... Dice: Además de darnos el don del sexo para que sea el medio de procreación, Dios también nos lo da como un don que une a marido y mujer en una unión física ("los dos se funden en un solo ser"), Génesis 2:24. Te pregunto, Helen, si aquí habla de la unión entre marido y mujer... De una fusión. ¿Tú piensas que la mujer debe estar cual palo en la cama? ¿Piensas que la mujer debe sufrir? ¿Piensas que la mujer no debe gozar?

—No, porque entonces no sería una unión... Sino una intrusión.

—Una violación —sentenció él, dando a entender a Helen que el Conde siempre la había violado.

—Qué engañadas nos tienen en Occidente...

—No leéis vuestras escrituras. Ese el problema. Os basáis en lo que "fulanito" y "menganito" ha dicho... Pero no buscáis. Y no es problema de vosotros como población... Si no del sistema. No os instan a estudiar. La primera palabra que se reveló del Corán, ¿sabes cuál fue?

—¿Cuál?

—*Iqrah*... Lee.

—Comprendo...

—Último punto que has mencionado: la poligamia. En Génesis 4:19 se relata como Lamec tomó para sí a dos esposas. Abraham, Jacob o David también tuvieron a más de una. En la biblia no se castiga semejante práctica. En el Corán, no se castiga tampoco. Pero, ¡jojo! Hay limitaciones. No puedo tener 700 esposas como Salomón, sino cuatro. Y, es más, en el Corán dice claramente que hay que mantenerlas a las cuatro por igual. Mantener no significa con dinero, sino con amor, tiempo y trato. Eso obliga a cualquier hombre cabal a tener una única esposa. Yo mismo, sabiendo lo que sé y que muchos compatriotas míos no saben, sólo tomaría a una. Porque no seré justo con la segunda... No seré justo con Jodhya. Porque no puedo amarla como te amo a ti. Ni si quiera la amaré. ¿No es injusto esto? Si los hombres de mi sociedad supieran esta ley del Corán no me obligarían a casarme más de una vez... Pero, como te he dicho, la ignorancia es un mal común. Y los prejuicios son un virus fácil de propagar. Que se case cuatro veces el hombre que sea capaz de amar a las cuatro por igual... ¿Existe alguno?

—¿Puedo leer esos versos?

Helen leyó los versos mencionados de la biblia y del Corán.

—En realidad, no hay ninguna diferencia entonces —concluyó la mujer—. Entre tu religión y la mía.

—A simple vista no la hay. Porque los textos sagrados fueron revelados por Dios a su humanidad. Pero hay variaciones, partes modificadas por el hombre que nos separan... Tú dices que sólo crees en un Dios.

—Es cierto.

—Pero en las iglesias adoran a tres: al padre, al hijo y al espíritu santo. Dicen que Jesús es Dios.

—Así es.

—Entonces no es uno. Son tres...

—¿Vosotros no creéis en Jesús?

—Sí creemos, lo respetamos como profeta y su madre, Maria, tiene un capítulo entero en el Corán. Pero no lo adoramos como Dios. Separamos al profeta de la divinidad. Además, nosotros sabemos de la existencia de un último profeta: Muhammad, la paz sea con él.

—¿Muhammad?

—Sí, también sale en la biblia. En la biblia se anuncia que un día llegará.

—No, no es verdad. Nunca oí a hablar de él.

Khaled cogió la biblia y se la extendió.

—Abraham tuvo dos hijos: Ismael e Isaac. Muhammad descende de Ismael, que fue un profeta en tierras árabes. En Génesis 21, 11-13 dice: *Haré de él una gran nación porque él también es de tu semilla, respondiendo a Abraham cuando pregunta por su hijo Ismail.*

Helen quedó dubitativa. Pensativa... Se prometió a sí misma dejar escrito aquello que acababa de aprender.

—No importa, la cuestión es que estamos casados. Puedes leer la biblia y el Corán... En la religión no hay coacción.

—Por supuesto que leeré dichos libros. Muchas veces me he planteado mi existencia, mi fe, mis ideologías... Quizás sea hora de actuar en consecuencia a los planteamientos. —Tomó ambos libros y los dejó cerca para llevárselos a su habitación, donde los leería tranquilamente. —Otra cuestión es sobre mi nombre... Vuestro religioso apuntó un nombre falso... Ya sé que fue para protegerme de la justicia pero...

—No te preocupes. —Depositó un beso sobre su frente. —Iré a la mezquita y hablaré con el imán (líder religioso). Él lo entenderá y lo modificará. Pondremos Helen Ravorford. No quería inmiscuir a mi madre en estos asuntos...

Su conversación íntima y matrimonial estaba siendo escuchada por un joven de nombre Hassan. Hassan, al saber que la maestra estaba enferma, sospechó que algo extraño sucedía. Sobre todo, al no encontrar a su hermano por ningún sitio. Burló la seguridad de su madre y se coló en los pasillos secretos. No se sorprendió al ver a la profesora Morgan junto a Khaled, era algo que ya sabía. Pero sí que le resultó inverosímil el hecho de que estuvieran casados.

Saber que la señora Emily Morgan era en realidad Helen Ravorford tampoco fue algo fácil de asimilar.

¿Por qué Khaled había tomado como primera esposa a esa imperialista?

¿Por qué su hermana mayor y, heredero al trono, había convertido a esa vulgar mujer en una reina?

¿Por qué esa mujer ocultaba su verdadera identidad?

¿Sería que Khaled estaba a favor del otro bando?

¿Sería que esa tal "Helen" era una espía?

¡Traidor! El marajá era un traidor. El corazón del muchacho se llenó de rabia y salió corriendo del lugar dispuesto a delatar a Khaled. Sin embargo, al llegar a palacio su madre lo estaba esperando. Por su rostro, sabía que había ocurrido y lo cogió para llevarlo a una sala desolada.

—¿Por qué espías a tu hermano? —Le dio una sonora bofetada. —¡Qué clase de hijo he tenido!

—Mamá, Khaled es un traidor —argumentó el niño—. Se ha casado con esa blanca en lugar de con Jodhya de Bengala. No me importaría tanto si la hubiera tomado como segunda esposa o como concubina... ¡Pero es la reina! ¡Una imperialista sobre nosotros!

—Hijo, no hables de lo que no sabes. Tienes quince años y ya tienes edad para comprender las cosas, ven. Yo te explicaré qué vamos a hacer. —Hassan obedeció y se sentó a su lado. —Jodhya será la primera esposa ante el mundo. Ella será la reina, no debes preocuparte por eso. Y el matrimonio entre Khaled y Emily se anunciará después, quedando así en el segundo lugar.

—Está bien, madre. Comprendo esta argucia. ¿Pero por qué esa mujer nos engaña?

—No te entiendo...

—Esa mujer no se llama Emily Morgan, se llama Helen Ravorford y mi hermano lo sabe. ¿Por qué te lo han ocultado?

Rania no esperó aquello. ¿Esa mujer era familia de sir Gustave Ravorford? ¿El hombre que los chantajeaba para sacar beneficios en las minas autóctonas? ¿Qué ganaba su hijo mayor aliándose con una espía? Nada. Porque ella sabía muy bien que Khaled jamás traicionaría a su país. Su nuera no era una mujer maliciosa. De seguro habría razones de peso para ocultar esa información. ¿Pero cómo hacérselo entender a Hassan?

—Hijo, seguramente tengan razones personales para ello. No tiene nada que ver con el país. Todavía eres joven para comprender los significados del amor y...

—¡Estás de parte de ellos! ¡Siempre estás de parte de Khaled! —Se

levantó, furioso—. Aun sabiendo que puede ser un traidor, un vendido. No eres leal a mi padre...

—¿Cómo te atreves? —Rania también se incorporó, mirándolo seriamente. —Si traicionas a tu madre... Una grave maldición caerá sobre ti. Te he dado el pecho, te he criado y te he amado... Y ahora vienes a retarme.

—No, mamá —se retractó, cogiendo aire—. Yo la amo de veras. Y no le haría daño alguno...

—Entonces, olvídale todo y confía en mí. Ningún inglés nos robará el poder de nuestra tierra más de lo que ya lo están robando... Emily, Helen o como se llame... No es nada más que una mujer enamorada. Ella no es una amenaza.

Hassan asintió y tras un beso en la mejilla se retiró.

El futuro de Khaled era incierto. La maharaní lo sabía, pero ella como madre tan sólo podía velar por su seguridad. No podía hacer nada más. Ella era la única que controlaba a Musa, pero llegaría un día en que ese tigre saltaría sobre el elefante.

Pasados los tres días de luna de miel, Helen volvió a su rutina habitual. Para ello, se sacó el pendiente de la nariz y las demás joyas. Serían cosas inexplicables si alguien preguntara al respecto. En cambio, sí portaba los saris en lugar de sus vestidos tradicionales. Argumentó que el calor no le permitía llevar sus ropas y todos se conformaron. En las clases no hubo ningún cambio y Joseph estaba encantado con el curso natural que había tomado la vida.

Un día recibió una carta de su tío Gustave pidiéndole que fuera a tomar el té alguna tarde puesto que llevaba más de un mes sin ir a visitarlos. Consideró que tenía razón, desde que la vendió a palacio no había ido a verlos. Y aunque no era lo que más deseaba, sería muy descortés negarse. Por no mencionar que sus tíos eran el único enlace con su familia en Inglaterra.

Así que ataviada con un sari amarillo y unas sandalias muy cómodas, se dirigió al palacete de los Ravorford.

—¡Qué horror! ¿Por qué vistes estas ropas paganas? —exclamó tía Eloísa nada más verla, abanicándose con frenesí.

—¿Y quién establece lo que es pagano y lo que no? —espetó Helen, que ya no aguantaba los comentarios de esa mujer despótica.

—Yo la veo muy hermosa, señora Morgan —convino Musa de Bengala, con una de sus famosas sonrisas y su turbante perfectamente atado.

—Sí muy guapa —añadió Tisha, la doncella.

—Gracias, señor Musa. Gracias Tisha.

—¡Señora Morgan! —Salió su tío a recibirla. —¡Qué agradable visita! Pase por favor. Helen —dijo en la intimidad—, pensé que te habías olvidado de tus tíos. Han pasado muchos días sin saber nada de ti. Sé que te has ganado el favor de la maharaní. He escuchado que las clases te van bien...

—Sí, así es.

—Necesito que me hagas un favor... Tienes que hablar con la reina para que hable con el rey Asaf y nos dé más beneficios sobre la mina.

—Tío... Yo no tengo esa protestad y tampoco no me parece...

—¡Tienes que hacerlo! —La cogió por las manos, removiendo sus largas patillas blancas y humedeciendo sus pupilas detrás de la gafas—. Si no nos dan más beneficios sobre la mina, vendrán otros emisarios ingleses más agresivos y quizás se desate una guerra civil....

—Pero ni si quiera estoy de acuerdo en que nosotros explotemos esos recursos. ¡No son nuestros! ¿Por qué debería interceder?

—Porque si no lo haces, desvelaremos tu verdadera identidad a las autoridades —escuchó a sus espaldas. Incrédula se giró y vio a su tía, que la miraba desafiante—. No eres más que una asesina. Mi marido te ha amparado por el amor a su hermano... Pero no mereces la vida que llevas y lo sabes...

Helen se giró de nuevo hacia su tío, esperando a que pusiera en su lugar a Eloísa, pero no lo hizo.

—¿Por qué te importa tanto que haya una revuelta aquí? —quiso saber ella antes de dejar correr sus nervios—. Si tú odias este país.

—Oh, querida. —Se acercó tía Eloísa y colocó su mano sobre su cara. — No me importa nada este país. Para mí sería mucho mejor si desaparecieran de la tierra... Pero no podemos volver a Inglaterra con las manos vacías. Nosotros no tenemos ningún título... Como tu padre. Así que nos pagarás por nuestro silencio y hablarás con la maharaní.

—Está bien, hablaré con ella —aceptó la esposa del marajá, con sus ojos azules rozando el negro.

Helen no era estúpida. Sabía perfectamente que si hablaba con la reina Rania sobre esos asuntos políticos no tardaría en pensar que ella era una espía o algo similar. Tragó su bilis lo mejor que pudo tras su aspecto angelical y aparentó ser la sobrina más sumisa del mundo. Nadie más volverá a coaccionarla. Nadie. Khaled le había enseñado a ser ella misma, y ahora amaba a India más que a Inglaterra. Ella se sentía una más entre las mujeres autóctonas e iba a luchar por su gente, por su esposo.

—¿Hay noticias sobre mi padre o mis primas? —preguntó, mientras daba un sorbo al té.

—No. Como ves, ya se han olvidado de ti... —escupió tía Eloísa.

Helen sonrió, dejando la taza sobre el plato. La verdadera reina estaba a punto de nacer.

Capítulo 12

Ha nacido una reina

Aprendemos de los fracasos; no de los éxitos.
Drácula (1897).

Si sus tíos (Eloísa y Gustave) la delataban, no sólo la pondrían en peligro a ella. Sino también a los que más amaba: a su hijo y a su esposo.

Su hijo se vería obligado a separarse de ella y volver a Inglaterra para heredar el título del Condado de York. Seguramente, Joseph, se quedaría al cuidado del algún tío paterno que ni si quiera lo conocía. Tendría que soportar humillaciones y una educación severa que, de seguro, sus tíos estarían encantados de impartirle.

Su esposo quedaría al descubierto por no haberla entregado a la justicia inglesa tal y como le solicitaron en una misiva. No sólo eso, sino que Khaled no adoptaría una actitud pasiva y haría todo lo posible para salvarla, incluso arriesgando su trono.

Su tío Gustave quería más participaciones en la nueva mina. Una mina india, con trabajadores indios. ¡Qué desfachatez! Pero su tío no era más que una marioneta del sistema británico. Y sí, era cierto, si él no hacía bien su trabajo podría ser destituido y obligado a volver a Inglaterra avergonzado. Incluso, si se descubría que no era culpa de sir Gustave, sino del monarca indio, podría darse a lugar alguna clase de conflicto armado.

Según comprendía, los indios no estaban conformes con aquella invasión y aunque eran personas de naturaleza hospitalaria, los ánimos se estaban caldeando. No hacía falta nada más que ver a Hassan. El hermano menor de Khaled. Un joven que la odiaba tan sólo por su origen. Si un joven de esa edad tenía esos pensamientos... ¿Qué no pensarían los más experimentados?

Completamente comprensible al fin y al cabo.



Pensó y puso sus ideas en orden por escrito. Llegando a la conclusión de que debía deshacerse de sus tíos de alguna manera. No quería volverse adicta a la sangre, pero una vez más se trataba de su vida o la de su enemigo. No quiso preguntarle nada a su esposo. No por falta de confianza, sino por miedo a crear una disputa mayor.

¿Estaba segura de lo que iba a hacer? Se trataba del hermano de su padre. Pero precisamente por eso, lo odiaba más. ¿Cómo podía chantajearla de ese modo? ¿No habría más soluciones? Habían optado por el camino de la extorsión. Y ella iba a devolverles las amenazas.

Se terminó la etapa de la sumisión. Era el momento de ser la mujer que era en realidad.

—Zerina —nombró al volver de sus clases, a media tarde—. Necesito que me hagas un favor.

Entre ella y la ahijada de la maharaní se había establecido un vínculo especial. Hablaban mucho, de muchos temas y aprendían la una de la otra. Zerina era una mujer que había sorteado el matrimonio y que había conseguido llevar una vida de soltería hasta el momento. Era una mujer influyente y respetada por los suyos.

—Claro, señora Morgan. Lo que desee.

—Necesito matar a mis tíos.

Zerina abrió los ojos como platos, dejando caer el vaso que llevaba en las manos.

—No, por favor. No pienses que estoy loca. Creo que puedo confiar en ti... Y es algo que me gustaría contar al marajá, pero opino que debo solucionarlo yo misma. Déjame explicarte. —La obligó a sentarse y le contó todo cuanto había vivido. Desde el matrimonio forzado hasta el viaje a India pasando por los mal tratos y la muerte de su hija.

Zerina quedó boquiabierta, pero esa declaración no fue nada más que el lazo que uniría a ambas mujeres hasta el final de sus días. Se habían convertido en inseparables. Helen, hay que reconocerlo, también sabía ganarse a la gente con su amabilidad y humildad.

—Pero tiene que haber otra solución a parte de matarlos —meditó su fiel amiga—. Podemos hacerles creer que el rey ha accedido a la demanda. A través de un documento falso. Y darles el dinero que piden vendiendo nuestras joyas...

Helen soltó una risotada.

—Querida Zerina, no seré yo la que se convierta en un títere en manos de mis tíos. Ya sea falsa o genuinamente. Tía Eloísa odia a India. Trata al servicio pesimamente y no tiene reparos en insultar a los autóctonos a cada ocasión. Es una mujer cruel que al despreciar a este país, está despreciando a mi esposo. Y si algo he aprendido de este tipo de personas es a cortarlas de raíz. En el futuro, este palacio se llenará de enemigos. Cuando la reina Rania fallezca y se anuncie mi matrimonio con el rey... No me hacen falta más enemigos. Tengo suficientes. No quiero darle la oportunidad a nadie de aliarse con mis tíos en contra de mí. Que le corten la cabeza.

—¿Qué?

—Que le corten la cabeza. Manda a un sicario que le corte la cabeza con un sable. Que limpie el lugar del crimen y haga desaparecer su cuerpo. Luego, que guarde la cabeza para mí. La de tía Eloísa, la de tío Gustave de momento no será necesario. —Se levantó del diván y extendió uno de los collares que Khaled le había regalado como dote—. Entrégale al mercenario esta joya como pago por su trabajo.

—Sí, mi reina —respetó Zerina, saliendo de la habitación con una misión que cumplir.

—¿Pasa algo mamá? —Entró Josh, volviendo de sus juegos con los otros

niños.

—No, hijo mío. No pasa nada. ¡Qué grande que estás! ¡Casi ya tienes once años! —Lo abrazó, con sus ojos azules clavados en el frente y una sonrisa satisfecha.

Al término de una semana, sir Gustave no encontraba a su esposa por ningún lado. La buscó en su salón del té, en el jardín y en el mercado. Pero nada. Preguntó al servicio y tampoco supieron darle una respuesta.

Angustiado, mandó una misiva a su sobrina por si ella pudiera desbriznar algo.

Helen le respondió al día siguiente:

*"Querido sir Gustave,
No sé dónde está su esposa pero puede venir a palacio para encontrar una solución.*

Atte. Señora Morgan."

El señor Ravorford no tardó en vestirse adecuadamente y pedir a Musa de Bengala que preparara su carruaje. En cuestión de una hora, cuando ya se hacía de noche, llegó a palacio.

Se sorprendió al ver que no era el mayordomo de siempre quien no lo recibía. Fue guiado por unos pasillos distintos hasta llegar a un vestíbulo solitario. Allí, sin previo aviso, alguien le colocó un saco en la cabeza. Debía ser un hombre por la fuerza que tenía. Lo arrastró por varios metros. Sir Gustave suplicaba que se detuviera, pero no le hizo ningún caso. Estuvo tentado de llorar, pero hubiera sido muy vergonzoso. Al fin, entrevió un poco de luz entre los hilos del saco. Allí, previamente atado de manos y arrodillado, fue descubierto.

Lo que vio, lo dejó helado.

Era su sobrina, sentada en medio de una sala oscura, rodeada por sirvientas indias y soldados. Llevaba un sari y pendientes en las orejas, así como portaba el famoso arete en la nariz. Le recordó a la maharaní.

—He... ¡Señora Morgan! —gritó, indignado.

—No te molestes tío, puedes llamarme por mi nombre. Estas personas son leales a la sobrina de la maharaní y, por lo tanto, a mí. Ellos son mi gente, la gente de mi esposo —explicó, mirándolo fijamente mientras un soldado apretaba su agarre para que no se levantara del suelo.

—¿Tu esposo? —requirió, en tono demandante.

—Sí, mi esposo. Khaled de Haiderabad.

Sir Gustave palideció, tragando saliva sonoramente y mirando a Helen con otros ojos.

—Yo siempre te he querido... —argumentó él, en una falsa conmiseración.

Ella rio.

—¿Cuándo me quisiste? ¿El día que me vendiste a este palacio o el día en que me amenazaste? No sólo me amenazaste a mí. —Se incorporó. —Amenazaste a mi hijo, a mi marido y a mi país.

—No olvides tus raíces...

—No, descuida. Nunca las voy a olvidar, ellas son el mejor aliciente para luchar por este lugar. Venís aquí, sin ningún respeto y pedís a esta gente que os dé lo que es suyo. ¿Por qué? ¿En base de qué? Recuerdo que tuve que viajar durante horas para llegar a este país desde Inglaterra. ¿Qué hacéis vosotros aquí?

Los indios presentes asintieron, sintiéndose identificados con las palabras de la esposa extranjera. Que no parecía tan extranjera en esos instantes.

—No he venido a hablar de eso... sobrina. Son cosas que se me escapan... Yo sólo cumplo órdenes. Tan sólo he venido para que me ayudes a encontrar a tu tía Eloísa... —suplicó falsamente, una falsedad que no engañaba a Helen. Al contrario, sabía perfectamente que tío Gustave estaba memorizando todo muy bien para usarlo más tarde en su contra. Pero con lo que iba a enseñarle, se le quitarían las ganas.

—¡Oh, sí es verdad! ¡Tía Eloísa! Ella está aquí, con nosotros —se animó la inglesa.

El señor Ravorford sintió un alivio pasajero, muy pasajero cuando Helen hizo una seña para que le acercaran una bandeja de plata.

—¿Dónde está? —le tembló el labio al hombre, sospechando lo peor.

—Oh, tío. Está aquí, ¿no la ves? —Levantó la tapa de la bandeja, dejando la cabeza de tía Eloísa a la vista—. Tía, saluda a tu esposo. Qué mala educación...

Los bucles grisáceos de la señora decapitada se esparcían sobre la plata, lo curioso era que conservaba su cofia marrón. La sonrisa la había perdido, eso sí.

Sir Gustave sintió como su corazón se oprimía, no tanto por la muerte de su esposa sino por el miedo. El miedo a Helen, esposa de Khaled de Haiderabad y, al parecer, una futura reina.

—Tranquilo, no te voy a matar —sonrió ella, sentándose al lado de la cabeza—. Dirás que tía Eloísa murió en un accidente fatal. No sé cuál. Dejaré

que uses tu imaginación. Desistirás en las participaciones de la mina, informando al gobierno británico de que dicha explotación no es tan fructífera como imaginabas. Y vivirás tu vida como lo has hecho hasta ahora, si quieres puedes llevarte a tía Eloísa para que sientas su compañía.

—¡Eres una asesina! ¡Una mala mujer! ¡Peor que el diablo! —vociferó el hombre, abatido—. ¿Por qué debería hacer esto que me pides? ¡Yo soy inglés! ¡Y tú una sucia traidora!

—Buena pregunta. —Hizo otra seña y dos hombres trajeron consigo a Marc y a Albert, los hijos de tío Gustave—. ¿Te he respondido? Aunque avises a las autoridades, ellos morirán. Aunque huyas a Inglaterra, ellos morirán. Aunque decidas suicidarte, ellos morirán.

—Tú eres madre... ¿Cómo puedes hacer esto?

—Precisamente porque soy madre, lo hago. ¿Te han quedado claras las cláusulas? Estas son sólo las primeras. En lo sucesivo, sólo informarás a Inglaterra lo que yo te diga. El correo será revisado por mis espías.

Sir Gustave se arrodilló, rindiéndose ante ella. Llorando por Marc y Albert, suplicándole clemencia.

—Vamos, tío. No te pongas en evidencia... Podéis iros. Mis hombres os acompañarán.

Una vez el imperialista hubo abandonado el lugar encapuchado y junto a sus vástagos, los sirvientes se arrodillaron ante Helen.

—Señora, al principio habíamos venido aquí por petición de Zerina pero con lo que hemos visto hoy en esta sala, nos queda claro que usted es uno de nosotros. Una verdadera soberana —reverenció uno de los soldados, con la cabeza baja.

—No lo olvidéis el día en que os necesite —fue toda su respuesta, ordenando que retiraran la cabeza de su difunta tía.

Volvió a su recámara, se lavó y fue al encuentro de Khaled.

—¿Qué has hecho hoy? —preguntó él.

—Nada importante. Por cierto, he estado leyendo mucho el libro del Kamasutra y quisiera...

Sir Gustave obedeció. Al día siguiente declaró que su esposa había muerto en un accidente de carruaje y que habían encontrado su cuerpo en una cuneta. Los sirvientes de su palacete no se lo creyeron, pero poco les importaba lo que hubiera sucedido con esa mujer desagradable y clasista. En unas semanas, informó al gobierno británico que la mina no era fructífera, que había resultado ser todo piedra sin ningún valor. Pero allí no había terminado su

trabajo, él informaba lo que su sobrina le ordenaba. Un día, mientras redactaba una carta al primer ministro, se permitió la libertad de reír para sus adentros. Habían querido atar a Helen pero ella los había atado a ellos. Sin duda, era una mujer temible.

Helen y Khaled pasaron meses disfrutando de su matrimonio. Helen aprendió el hindi, el idioma del país, y leyó los libros que su esposo le había recomendado. Se instruyó en las artes orientales, aprendiendo a desenvolverse como uno de ellos y se tornó astuta como la reina Rania. De hecho, era su suegra quien la instruía en muchos asuntos, sobre todo en lo relacionado con las intrigas de palacio.

La maharaní jamás comentó que supiera algo de su verdadera identidad. Ella era respetuosa y todo lo hacía por amor a su primogénito. Incluso, con el pasar del tiempo, llegó a apreciarla sinceramente.

Las autoridades seguían buscándola mientras que su padre y sus primas hacían lo posible para encubrirla.

Hassan crecía cada día un poco más, envolviéndose de bilis y amargura. Envidiaba a su hermano, lo detestaba y no lo comprendía. Por supuesto que la maestra, tampoco era de su agrado. Por no decir que sería capaz de matarla con sus propias manos. No soportaba su pelo claro, su inglés perfecto ni sus noches con el futuro rey de Haiderabad.

Fuese como fuese, quisieran o no, había nacido un reina de lo que había sido una mujer anulada y nada ni nadie la detendría.



Capítulo 13

La esposa de mi marido

Los celos son una mezcla explosiva de amor, odio, avaricia y orgullo.

Alphonse Karr.

Dos años después del asesinato de tía Eloísa.

Gracias a Dios nadie supo nada acerca del asesinato. Sir Gustave se mantuvo en silencio y obediente. Al final de cuentas, los hombres Ravorford eran de naturaleza pacífica y dócil. De hecho, Helen juraría que notaba una extraña admiración por parte de su tío. Es más, Sir Gustave estaba a punto de volver a contraer nupcias en busca de una madre para sus hijos. Al parecer, tía Eloísa tampoco fue del agrado de su esposo en una época donde los matrimonios eran prácticamente obligados. Tampoco hay que decir que el hombre se alegrara, penó por su esposa durante meses pero era debía rehacer su vida.

Hubo días en los que, Helen, se arrepintió por aquello. Aunque había demostrado tener sangre fría, no era de carácter malicioso y la muerte de esa mujer causaba estragos en su consciencia habitualmente. Pero por más tiempo que pasaba y por más vueltas que le daba al asunto, siempre acababa en el mismo punto: debía matarla. Gracias a eso, llevaba una vida tranquila y sosegada al lado de su esposo y de su hijo. Nadie la chantajeaba y no había peligros ni amenazas. Fueron dos años llenos de alegría y de paz. Dos años en busca del conocimiento. Dominaba el idioma autóctono, se sabía el Corán a la perfección y los secretos del Kamasutra ya no eran tan misteriosos. No dejó de impartir clases, puesto que aquella era su tapadera y también su afición. Le gustaba enseñar a los niños, niños que se habían convertido en parte de su vida y la de Joseph. Joseph tenía muchos amiguitos, en especial a Priya. Algunos bromeaban diciendo que Priya estaba enamorada de su hijo, pero ella sólo veía una hermosa relación infantil.

Aprovechó esos tiempos de paz para escribir y ya tenía un libro prácticamente terminado. El libro en cuestión era autobiográfico. En él, narraba su vida y las vueltas que ésta había dado. Por supuesto que había magnificado muchas cuestiones y omitido muchas otras con el fin de hacer una lectura entretenida y de preservar su intimidad.

Ya no tenía ropa occidental. Tan sólo guardaba dos conjuntos en un armario olvidado por si algún día los necesitara, pero su guardarropa consistía en saris, velos y joyas hindúes. Se había vuelto adicta a esas delicadezas y siempre trataba de ir acorde a la moda autóctona.

Los ocupantes de palacio no sabían nada de su matrimonio con Khaled, pero sí sabían que existía alguna clase de relación entre ellos. Con dos años, había dado tiempo para que la gente se fijara en sus miradas, en sus gestos y sus conversaciones. También hay que decir que la misma tranquilidad del matrimonio, los llevaba a ser un poco más laxos en cuanto a las apariencias. Mientras que no supieran que estaban casados...no había problema.

Lo único que colmaba de tristeza el corazón de Helen eran sus primas y su padre. No había vuelto a saber nada más de ellos. Y a pesar de que habría podido hacerles llegar alguna carta, era prácticamente una forma de delatarse.

Zerina se había convertido en una fuerza para ella dentro del palacio. Ella y su gente, sabían su verdadera historia y el asunto con el imperialista sir Gustave. Por eso, siempre estaban a su lado y había formado, por así decirlo, su propia "corte".

De hecho, ya no vivía en esa recámara de invitados sino que tenía su propio palacete asignado por la maharaní dentro del harén. Con la excusa de juntar mujeres con mujeres pudieron lograr ese cometido. En el harén se hizo amiga de las señoras que allí vivían, esposas y concubinas del rey Asaf. Dichas mujeres tenían claro que ella mantenía alguna relación con Khaled pero jamás lo mencionaron. Así como nunca mencionaron a Jodhya frente a ella.

No obstante, hubo un día en el que su nombre empezó a repicar contra las paredes del palacio. Como si de un cántaro roto se tratara. El rey Asaf había enfermado y aunque no había muerto y quizás no lo hiciera, reclamaba que su primogénito se casara con la princesa para fortalecer su ascendencia al trono.

El rey ya pasaba de los sesenta y cada vez estaba más débil. No tardaría en llegar el día en que su hijo tuviera que sucederle. Para eso, necesitaban que estuviera casado y que empezara a dar "herederos" al reino.

—No es necesario que me case aún —negó Khaled, que veía con horror

aquel matrimonio forzado. Temía perder a Helen o alejarse de ella. Tampoco concebía la idea de compartir el lecho con ninguna otra mujer que no fuera su esposa, su verdadera esposa.

—Hijo, tienes que hacerlo. No sé cuánto tiempo más estaré en este mundo... —tosió el rey Asaf, dramáticamente—. Y debes fortalecerte. Una esposa y herederos son garantías de éxito entre muchas otras cosas, por supuesto. Pero no negaremos que si te unes con Jodhya reforzarás tus probabilidades de victoria.

—Khaled, es hora. También pasa el tiempo para Jodhya y la fertilidad de una mujer tiene tiempo limitado —agregó la reina Rania.

El marajá soltó el aire sonoramente. No se sentía preparado para aquello. Aunque nunca lo estaría. Hubo un día en el que soñó con Jodhya. Sobre todo, de niño. Cuando supo que ella sería su futura esposa. Pero con la llegada de Helen... todo había cambiado y no deseaba volver a atrás. Ni si quiera la recordaba. Habían pasado muchos años desde la última que vez que la vio. Y aunque no lo deseaba ningún daño, no la deseaba como mujer.

—Sea como sea, ya he mandado un emisario para traerla. Las nupcias se celebrarán en breve —declaró el monarca enfermo. Él sabía perfectamente que su primogénito amaba a la extranjera inglesa, pero aquellos eran sacrificios necesarios para la corona.

Khaled abandonó la sala, enfurecido. No deseaba alzarle la voz a su padre moribundo ni a su madre, que tanto había hecho por él.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Helen en cuanto lo vio. Lo estaba esperando en la cueva, preciosamente ataviada con un sari azul cielo.

El príncipe se veía incapaz de responder así que como respuesta la cogió por la cintura con fuerza y la besó con pasión, con demanda. No quería perderla y eso le estaba transmitiendo mediante el cuerpo.

Helen, que no era ninguna niña, se lo imaginó. El rey estaba enfermo y...el temido matrimonio con la otra mujer estaba por llegar.

—Ven... —demandó ella, en cuanto se separaron y recuperaron el aire que habían perdido con el beso. Lo cogió por la mano y lo obligó a sentarse en la cama. Esa cama que había sido testigo de tantos y emocionantes encuentros amorosos, sexuales y espirituales—. ¿Se trata de ella, verdad?

Khaled bajó la cabeza, impotente.

—¿Por qué te enfureces? —insistió la esposa, tragándose los celos hasta que el estómago le dolió—. Es un tema del que siempre hemos hablado y no nos resulta una novedad... Sabíamos que este día llegaría. Hemos disfrutado

de nuestro matrimonio durante dos magníficos años que han llenado mi vida de color y fantasía. Es el momento de enfrentarnos a la realidad. Y de aceptar que otra persona entrará en nuestras vidas.

—Pero no quiero —sentenció el hombre—. Sé que estoy siendo infantil o irrazonable. Sí, sabía perfectamente que este momento llegaría pero... Ahora que está tan cerca, que ella está en camino... No quiero perderte, Helen. No quiero que pienses ni por un segundo que hago esto por gusto.

—Ya lo hablamos el día en que acepté ser tu esposa a la sombra. No permitiré que renuncies al trono por mí, sería demasiado egoísta. También tu madre me ha preparado para esto... Ella siempre me ha recordado la importancia de tu matrimonio con Jodhya. Y no lo hacía para dañarme, sino para que, llegados a este punto, yo te convenciera de seguir adelante con el compromiso. Y tiene razón, Khaled —Un calambre se aferró a su corazón, porque hablaba en contra de él. —Si no desposas a esa princesa autóctona, serás un blanco fácil para los enemigos. Hay muchos radicales, muchos rebeldes, deseosos de echar a los ingleses de aquí. Imagínate que ahora se ven reinados por una inglesa... No es lógico.

—Pero tú te has ganado el apoyo del palacio. He visto como la gente de Zerina te apoya y las mujeres del harén te aprecian sinceramente...

—¿Y el pueblo? ¿Y las personas que sonríen mientras nos odian? ¿Y los enemigos de tu padre? He escuchado que tienes un tío...

—Ibrahim.

—El mismo. ¿Ibrahim y Hassan no te parecen muy similares? Hassan ya no es ningún niño, roza los dieciocho años y sólo le hace falta el apoyo de un hombre experimentado como Ibrahim para dejar correr su bilis y su amargura.

—Lo cierto es que no reconozco a mi hermano menor. Cuando era pequeño no se separaba de mí ni un instante. Lo amaba mucho y él a mí. Pero cuando empezó a entender algunos conceptos... Y, sobre todo, cuando empezó a hablar de revoluciones que yo no compartía... Todo cambió.

—Entonces, Khaled, no les des motivos a tus enemigos.

El príncipe la miró con devoción y asombro. Verdaderamente Helen quería lo mejor para él y lo estaba demostrando. No se equivocó al casarse con ella. Y cada vez lo tenía más claro... Ella era todo lo que un hombre pudiera desear: atenta, afectuosa, virtuosa, educada, culta, bella, sensual, apasionada... Ahora había que agregar otra cualidad a esa larga lista: política. Helen estaba resultando ser una buena política y una mujer fría cuando debía serlo.

Sin embargo, conocer aquella faceta de su esposa no menguaba el dolor

que sentía por ella. Así que en un intento de demostrarle lo que no podía decir con palabras, le sacó el sari azul y le hizo el amor con renovadas energías. La besó en partes inimaginables y le dedicó palabras de amor infinito. Intentó hacer una posición sexual un poco arriesgada pero ella lo detuvo, cosa que lo sorprendió porque Helen era bastante atrevida en la intimidad conyugal.

—No... Detente —suplicó ella.

Por un instante llegó a temer que la presencia de Jodhya empezara a causar problemas. Pero la sonrisa de su esposa le decía lo contrario.

—Sabes que me he estado cuidando para no quedar en cinta antes de nuestro anuncio público... Usaba unas hierbas que Zerina me preparaba con tiento. No obstante, y aunque ha funcionado por mucho tiempo, estoy embarazada... De poco, porque controlo mis períodos y sé que es desde este mes...

Khaled detuvo su proceder. ¡Padre! ¡Iba a ser padre! La alegría se desbordó de su alma hasta llegar a la futura madre su hijo. Ambos se abrazaron, dichosos y orgullosos. Pero como si de una sombra malévola se tratara, la sombra de su error se cernió sobre ellos como una nube gris.

—Por eso debes casarte con Jodhya lo antes posible, Khaled. Y anunciar nuestro matrimonio al poco... Para que nadie sospeche... Aunque todos saben que mantenemos alguna clase de relación, es mejor no dar a entender que nuestro hijo nació como bastardo. Puesto que ellos no saben que estamos unidos en matrimonio....

—Tienes razón... Así lo haremos. Por mí, por ti, por nuestro hijo y por nuestro reino. Pero terminemos lo que hemos empezado... Lo haré suavemente... —Se cernió sobre ella y se introdujo en su interior con ternura hasta que ambos alcanzaron el éxtasis.

Eran un equipo genial. Indestructible. Un matrimonio equilibrado que sabía cuándo sacrificarse. ¿Pero lo entendería Jodhya? Aunque la princesa india estuviera preparada mentalmente para que su esposo adquiriera a más mujeres, ¿sería Jodhya una mujer agradable? ¿O sería una esposa ponzoñosa y celosa? ¿Odiaría a la inglesa por ser extranjera? ¿La odiaría por darle a Khaled un hijo tan rápido? ¿Quizás, antes que ella?

Dos días después.

—¡Ha llegado! ¡Ha llegado! —gritó uno de los niños en medio de la clase, emocionado. —¡Ha llegado nuestra *vabi* (cuñada)!

Los alumnos, como si se hubieran olvidado de que estaban en medio de una lección, se levantaron de un salto y corrieron hacia las ventanas con el objeto de ver a Jodhya. Que, al parecer, todavía no había entrado a palacio pero estaba en camino, en medio de la población.



Las mujeres del harén corrieron hacia la sala imperial para recibirla. La maharaní fue una de las primeras, ataviada como si fuera ella la que se iba a casar y con una bandeja de oro repleta de dulces y flores para ofrecerle a la princesa. Las sirvientas, concubinas, hijas, hermanas y, en general, todo el mundo femenino desapareció, cargadas de bandejas similares a la de la maharaní y vestidas con sus mejores galas. ¡Debían recibirla por todo lo alto!

¡Vaya, cuánta expectación!, pensó Helen. Siendo, al parecer, la única que no se alegraba por la llegada de esa mujer.

Hasta los lacayos parecían eufóricos. *¿Y qué les importaba a ellos esa mujer? ¡Qué exageración!*

Se acercó lentamente a la ventana, como si pudiera retrasar el momento. Aguantó las lágrimas en sus cuencas oculares e hizo su mayor esfuerzo para no llorar y, en su lugar, sonreír. Los gritos entusiasmados de los niños no la ayudaban demasiado.

—¡Oh, es tan hermosa! —alabó Priya, la pequeña princesa.

¿Y qué sabrás tú de hermosura, si ni si quiera rozas los diez años?, Espetó en su interior.

Tambores, trompetas y voces femeninas. Risas, alabanzas y pisadas de elefante. ¡Todo un jolgorio!

Al final, se atrevió a mirar. Apoyada en uno de los portillos más altos, recorrió con la vista aquel despliegue de solemnidad y ostentación.

¡Vaya, qué melodrama por una mujer!

Una cola larga hasta donde le alcanzaba la vista: de gente, animales y bullicio que seguía a un elefante. En dicho animal, había una especie de trono envuelto en doseles. Por lo que ni si quiera se podía ver a la culpable de todo aquel ruido. Pero el pueblo tiraba flores amarillas y pétalos de rosas a su paso como si ella les hubiera regalado una casa a cada uno.

¡Y seguro que era horriblemente desagradable a la vista! Sí, debía ser eso. No era guapa. A Khaled no le gustaría.

Unos cánticos, en su opinión, exagerados, llenaron Haiderabad. Y las puertas de palacio se abrieron para recibir a Jodhya entre las damas, los soldados y los hombres más importantes. Khaled, de seguro estaba en la sala imperial, esperándola.

¡Seguro que se había puesto esa camisa vieja que tenía! Él no era tan absurdo como el resto de los presentes. ¿A qué venía tanto escándalo? Vale, sí, era una princesa. ¿Y qué? ¡Ella era una profesora magnífica! Además, Zerina la consideraba una reina. Así que una reina era más que una princesa.

—¡Vamos, maestra! ¡Vayamos a verla! —tiró de ella Priya, arrastrándola hasta los balcones de la sala imperial. Desde lo alto vio la entrada de muchos hombres que portaban el estandarte de Bengala y gritaban: ¡Está aquí nuestra princesa de Bengala! ¡Jodhya, la futura reina de Haiderabad!

Helen tuvo que apretar con fuerza el mármol del balcón para no gritar que ella era su reina, la esposa de Khaled.

Hablando de Khaled, estaba a lo alto del trono de las veinte escaleras. ¡Y se había puesto un traje de lo más costoso! ¡Idiota! ¿Para qué? Bueno, de seguro la maharani lo había obligado. Porque hasta donde ella sabía, Khaled se hubiera presentado en calzones.

Subida en un trono portátil, que iba cargado por una veintena de hombres y tras un gran desfile de bailarinas, sirvientas, soldados, bandejas de plata, cofres llenos de oro, telas envueltas en tafetán y un sinfín de lujos más... Al fin, entraron a la dichosa mujer. Cargada en una camilla, cubierta por un velo.

Y ataviada con un precioso, aunque le doliera admitirlo, sari de color rojo. El color de las novias en India.

Se fijó bien en su cuerpo. No le parecía horrible, pero había la posibilidad que la tela del sari hubiera sido atada hábilmente para ocultar su desastroso cuerpo. Además, seguro que de rostro era horrible. Sí, seguro.

Los emisarios de Bengala y los de Haiderabad tuvieron unas palabras inaudibles y luego entre el rey Asaf y el rey Harun (el padre de Jodhya) hubo una salutación cortés y amigable. Las maharanís de dichos principados también se saludaron.

Dieron paso a unos bailes, actuaciones, comidas y festejos... Mientras la princesa seguía en la camilla, oculta tras unas cortinas doradas. Se vislumbraba su figura y, en ocasiones, cuando se levantaba la cortina por algún motivo, se podía ver parte de su cuerpo.

—¿Por qué no sale la princesa? —se atrevió a preguntar Helen a una señora que tenía al lado, modulando su voz hasta hacerla parecer neutra.

—Nadie la puede ver hasta que el príncipe la despose, él será el primero en levantarle el velo.

—¿Y no se aburre en esa camilla? —escupió, agregándole un toque de humor al final de la pregunta.

—¿Aburrirse? ¡Para nada! Ella lo ve todo a través de una pequeña abertura que tiene en las cortinas. Además, mire a Khaled... ¡Ya tiene los ojos puestos en ella!

Miró hacia su esposo y vio que, efectivamente, la estaba mirando. No la miraba directamente ya que las cortinas de la camilla y el velo de la mujer se lo impedían. Pero... ¡la estaba mirando!

Khaled debió sentir su mirada cargada de bilis desde lo alto del balcón porque rápidamente la miró y le guiñó un ojo disimulado.

¿Guiñarle un ojo? ¿A ella? ¡Qué infantil! ¡Que le guiñara el ojo a esa que miraba tanto! Decidió retirarse.

En su alcoba se relajó. ¿Por qué se sentía tan ansiosa? ¿Por qué esos celos? Todo estaba hablado... Todo estaba acordado... Pero sin poder evitarlo, unas lágrimas silenciosas recorrieron sus mejillas.

—Mamá, tú eres más hermosa. —Entró Joseph.

Ella soltó un risa ahogada y se limpió las lágrimas.

—¿Y tú cómo lo sabes? Si ni si quiera la has visto... No me dirás que como ya tienes trece años puedes ver a través de las telas... —Lo abrazó.

—Aunque ella fuera Cleopatra... Tú serías la más hermosa.



Capítulo 14

Uniones singulares

Ser celoso es el colmo del egoísmo, es el amor propio en defecto, es la irritación de una falsa vanidad.

Honoré de Balzac.

A la mañana siguiente.

—Te repito que no la estaba mirando —aclaró Khaled a su esposa Helen.

—Yo te vi —Se cruzó de brazos cual puchero aniñado, dándole la espalda.

—Si lo hice, no fue con la intención que te imaginas. Si la miré fue de la misma manera en que miré a su padre, al emisario o al sirviente... —La cogió por los hombros, besándola sobre el cuello.

Helen soltó un bufido nada propio de ella y lo encaró.

—Quizás me esté comportando como una niña pero... No sé qué me pasa — Sus ojos azules parecían más oscuros de lo habitual y sus pestañas vibraban al son de su respiración.

Khaled no contestó nada aunque sabía perfectamente qué le pasaba a Helena de Troya.

—¿Ya os habéis casado? —preguntó ella, en medio de la cueva secreta, zafándose del agarre de su esposo y jugando con el agua del manantial. Ese manantial que fue testigo de su primer encuentro.

—No, todavía no. Son varios días de festejos. Hoy harán la fiesta de la henna...

—¿Y eso qué es?

—Las mujeres hacen unos rituales con henna, cúrcuma y otras especias....

—¿Los hombres no?

—No. Porque la novia llevará la cara destapada durante esta fiesta y es algo exclusivamente femenino. El día de la unión nos reuniremos todos.

—Perdona que te lo diga, Khaled. Pero me parece una absurdéz... Cualquiera diría que su cara es un monumento o algo parecido... ¿Tú nunca has visto su rostro?

El príncipe se removió incómodo. Él sabía que eso iba a suceder. Lo que no entendía era por qué Helen lo había empujado hasta ese punto entonces... ¡Él estuvo dispuesto a renunciar a su trono por ella! Y ella... En fin. Debería tener mucha paciencia y soportar el dolor que le venía encima. Porque él amaba a Helen, de eso no tenía dudas. Y el dolor de su esposa, era el suyo propio.

—Cuando era pequeño... Ya no me acuerdo.

—¡Oh! ¿Cuándo eráis pequeños estabais juntos? —Sonrió, intentado ocultar su envidia sin éxito.

—Tan sólo un par de veces, cuando nuestros padres se reunieron... Ni siquiera le presté atención. Yo era un niño y sólo pensaba en jugar...

—Como Joseph y Priya...

—No. No como ellos. —Se sentó a su lado, poniendo los pies en el agua y obligándola a ella a hacer lo mismo. Ella accedió, calmando su irritación.

—¿Y la gente no sabe nada sobre su rostro? Te habrán dicho si es bella o no...

Khaled la miró seriamente para luego buscar sus labios y acariciarlos con los suyos propios. Se introdujo en su cavidad con ímpetu pero con mucho amor.

—No sé nada de su rostro. Y aunque lo supiera... ¿Qué importaría? Un rostro bonito no te asegura el amor de un hombre. Yo te amo a ti, dejemos de hablar de ella...

Colocó una mano sobre su pelo dorado y la besó de nuevo. Le sacó la camisa y le deshizo el sari para introducirla en el interior de los baños naturales. Allí se amaron una vez más, como cada día, como cada vez que podían. Su pasión y entrega eran ilimitadas. Por eso Helen estaba tan enamorada de él y por eso... No soportaría lo que estaba por venir. Pero debía ser fuerte.

A la tarde, la maharaní fue a buscarla al palacete. Donde ella estaba ultimando algunos detalles de su novela.

—Reina Rania —saludó al verla, levantándose de la silla para recibirla con el respeto que merecía.

—Querida mía —La abrazó su suegra. Era la primera vez que se veían a solas después de la llegada de Jodhya—. No te vi en la recepción de la princesa...

—Estuve, pero me empezó a doler la cabeza y no pude seguir con la celebración.

Rania le dedicó una mirada significativa que venía a decir: "sé perfectamente por qué no estabas y no es necesario que me mientas". Pero no lo dijo en voz alta.

—Hoy es la fiesta de la henna y debes venir. Como futura segunda esposa debes familiarizarte con estos eventos y, sobre todo, debes conocer a Jodhya...

—Reina Rania... —Desvió la vista—. Yo... Es que no me siento muy bien y...

La maharaní la cogió por los brazos con fuerza, clavando sus ojos negros en los de ella con seriedad. Helen se impactó, Rania no era una mujer impulsiva ni solía ser severa. Pero olía la severidad desde su posición.

—Irás. —La zarandeo, sin hacerle daño pero con contundencia. —Irás y te enfrentarás a esa mujer. No te esconderás aquí. O, ¿acaso quieres esconderte el resto de tu vida?

Helen negó con la cabeza, dolida.

—Oh, querida... Era fácil hablarlo pero vivirlo, es otra cosa. Escucha a una mujer que ha vivido con tres esposas de su marido: siempre te mostrarás digna, nunca bajarás la cabeza. Jamás demostrarás tener celos delante de ella y tampoco los demostrarás a tu esposo. Cuando Khaled esté contigo, haz que piense en ti. Y no en ella. Si estás hablando todo el rato de ella, se la estás metiendo en la mente poco a poco... Los hombres son como esponjas que se nutren de las palabras femeninas. Irás a cada evento, a cada reunión y a cada mísera merienda en la que tengas que asistir. Sin importar si está ella. Porque tú tienes tu lugar y no debes regalárselo a nadie. Ocupa tu sitio y finge ser su mejor amiga aunque por la noche llores desconsoladamente y desees matarla... No preguntes sobre Jodhya a la gente. No muestres interés, más del necesario. Y a cada golpe, hazte más fuerte. A cada humillación, ponte más hermosa.

Tras aquellas palabras, Helen rompió a llorar y Rania la consoló. Todavía no le había dicho a la madre de su marido que estaba embarazada, tenía miedo a su reacción.

—Te he traído un bonito traje para la ocasión... Póntelo, te estaré esperando...

Zerina la ayudó a prepararse. En esa ocasión llevaría un sari de color anaranjado con muchos detalles brillantes. Trenzaron su pelo con flores y perlas para luego embellecer su rostro con las pinturas. Por último, se colocó

el titli y las pulseras.

—Es hora... —anunció su fiel amiga, tan apenada como ella—. Tenemos que ir... —Le tendió una mano para que se apoyara a ella y se sintiera más reconfortada. Lo necesitaría. Otras señoras, afines a Helen, se unieron a ellas. Así que anduvieron un grupo de diez u once damas hasta el lugar de la celebración.

La música se oía desde los pasillos. Por todo lo alto, como ya iba siendo costumbre en la princesa de Bengala.

La inglesa temblaba. ¿Cómo iba enfrentarse a esa situación? ¿Conocer a la mujer que se casaría con su esposo! No sabía cómo, pero iba a hacerlo. No había llegado hasta allí para huir y dejar vía libre a Jodhya. Como le dijo la reina Rania, ella ocuparía su lugar con dignidad.

Llegaron a la sala, bellamente decorada con caléndulas amarillas y rosadas. Había muchas velas y el olor de la henna invadía el espacio aunque el perfume de jazmín blanco lo encubría.

Las mujeres recitaban canciones y súplicas mientras comían, hablaban y reían.

Jodhya estaba sentada en un sofá imperial arriba de cinco escaleras. Rodeada de alfombras aterciopeladas, sirvientas y bellamente adornada por toda clase de complementos.

Helen se esforzó por ver su cara pero no lo consiguió. Jodhya se mantenía con la cabeza baja, hablando con una amiga. Lo que sí podía ver de ella, mientras era empujada por Zerina, era que su cuerpo era como el de un cisne. Muy bien proporcionado, ni alta ni baja, y de un color tostado pero rozando al blanco. Se le veían los pies y los brazos, que parecían haber sido cuidados con mimo desde su infancia.

Los celos se le clavaron como un puñal en el corazón, directos al alma. Pero intentó distraerse con la bebida y los dulces que le ofrecieron. Hubiera preferido irse corriendo, pero cuando estuvo a punto de hacerlo, la maharaní la interceptó.

—Ven, te la presentaré —susurró en su oído.

Ella negó con los ojos, suplicándole a su suegra que no lo hiciera pero no tenía otra opción. Las mujeres que rodeaban a Jodhya enmudecieron y fijaron su atención en ella. Entonces, sorprendida por el repentino silencio, la prometida de su esposo levantó el mentón; buscando el motivo de ese mutismo generalizado.



Arhésa
2 02.10.06

Helen quedó estática. Cualquier esperanza de que la joven hubiera sido desagradable a la vista o, al menos, que hubiera sido de belleza corriente... Quedó desvanecida al verla. No sólo tenía un pelo negro y liso largo hasta más abajo de las rodillas...sino que era con diferencia la mujer más bella que había visto nunca.

Y aunque su mente, su rabia y sus celos intentaran convencerla de lo contrario... no podía negar lo evidente.

Jodhya era joven. Al menos diez años más que ella. No era una niña, sino una muchacha en plena edad casadera. Pasaba de los veinte pero no llegaba a

los treinta.

Su frente era ancha, pero en su justa medida. Su nariz recta y puntiaguda, hasta darle un aspecto místico. Su rostro era equilibrado, ovalado con cierta tendencia a rasgos definidos. Sus labios eran voluptuosos, pero lo más impresionante de su aspecto... eran sus ojos. Hubo esperado unos ojos marrones...o negros. Pero ella presumía de unos ojos enormes y grises que amenazaban con tragarse al mundo con un parpadeo. Ambos luceros, estaban bellamente coronados por unas pestañas oscuras y unas cejas bien definidas.

No era la primera vez que encontraba unos ojos claros entre los hindúes, aunque no fuera habitual, había mujeres y hombres que los tenían. No obstante, los ojos de Jodhya eran, francamente, impactantes. Agraciados por su forma oriental y muy grandes. Y si aquellas dos cualidades no eran suficiente belleza, había que agregarle aquel gris que nadaba entre el verde y el plateado como si fueran dos joyas incrustadas.

Se quedó sin palabras. Tragando su bilis hasta hacerla llegar a sus entrañas y podrir su interior. Se aferró al amor que Khaled le juraba e intentó creer en aquello que le dijo de: "un rostro bonito no garantiza el amor de un hombre". Así que sosteniendo las lágrimas, con el rostro tenso y las comisuras de los labios temblorosas se obligó a sí misma a ofrecerle una reverencia a la princesa en cuanto la maharaní pronunció su nombre.

—Señora Emily Morgan, es un placer conocerla —la saludó ella, con una sonrisa que parecía haber sido entrenada durante años y una mirada que caló hasta sus huesos.

—Igualmente, su Excelencia —respondió ella, con toda la solemnidad que le fue capaz de reunir, llenando sus ojos azules de dignidad y compostura.

Se miraron la una a la otra como si no hubiera necesidad de palabras. Por unos segundos, sus pupilas entraron en conflicto hasta que Jodhya, avispada, la invitó a sentarse a su lado; un escalón por debajo del nivel de su sofá, sobre unas almohadas.

—Por favor, hacedle dibujos a ella también con la henna...

Las mujeres obedecieron. Sentada a su lado, sintió su fuerte aroma a jazmín, el mismo perfume que ella usaba. Y el favorito de Khaled.

Cogió aire y en silencio se dejó hacer. No era la única que se tatuaba, las invitadas también lo hacían. Pero a ella, al parecer, le habían dejado el lugar de honor: al lado de la futura reina.

¿Sería que Jodhya sabía algo? Los rumores eran rápidos en extenderse. Por supuesto que no sabría que eran matrimonio. Si lo hubiera sabido... ¿Cómo

hubiera reaccionado aquella joven? A su lado la sintió más humana y menos monstruo. Tenía una voz agradable y era, exageradamente, educada. Hablaba el inglés perfectamente y se desarrollaba como si hubiera vivido en esa tierra dos vidas.

Claro, ella había sido entrenada para ser una reina... Pero Helen tenía una frase en mente: "las reinas nacen, no se hacen".

—¿Echa de menos a Inglaterra?

—Como cualquier persona echaría de menos a su país, Excelencia. Pero me encuentro cómoda aquí —repuso Helen, comedida. Con la maharaní al otro extremo observándola y dándole ánimos a través de la mirada—. Supongo que su Excelencia también echará de menos a su tierra, Bengala.

—En absoluto señora Morgan —repuso la princesa, sonriendo y observándola con sus grandiosos ojos grises—. Aunque he crecido y vivido lejos de aquí, siento este palacio como si fuera mío. Puesto que durante todo el tiempo que he estado lejos, he vivido aquí... Desde mi mente. He estado siempre al lado de mi prometido... No ha habido un segundo, hora o día en que no soñara con Khaled de Haiderabad. Yo tenía un retrato de él —rio ella con la elegancia que la caracterizaba—, y me lo ponía al lado, imaginando que ambos andábamos juntos por estos pasillos, que dábamos de comer a los loros, que discutíamos sobre política y que...en fin. Nada que una mujer enamorada no imaginase... Nada que una futura reina de Haiderabad no anhelase.

Helen se dio cuenta de que Jodhya la había ganado en la conversación. Lo que había empezado con una pregunta protocolar había terminado siendo una determinación de posiciones y poderes. No debía confiarse, Jodhya era astuta. Aunque no parecía mala persona, cabía la posibilidad de que fuera tan buena actriz que lo ocultara a la perfección.

En respuesta se esforzó por sonreír, pero ella misma sabía que no engañaba a nadie. Aguantó hasta el final de la fiesta, momento en el que bañaron a Jodhya con leche y cúrcuma para retirarle el barro tatuador.

Le dieron el honor de ser una de las que tiraban la leche por encima de la mujer. Y lo hizo. Jodhya se mantuvo en silencio y respetuosa. Ciertamente, tal y como le había explicado, parecía que había ensayado esos momentos durante años.

Entonces se dio cuenta de una cosa: Jodhya amó a su esposo antes que ella.

Y, que en parte, no era justo que ella se hubiera entrometido. Se había casado con Khaled, robándole el lugar a ella. A sabiendas de que ella era su

prometida... Y sí, Khaled no quería desposarla. Pero... ¿Y el corazón de Jodhya?

Una joven que había crecido y vivido con Khaled en su mente. Una joven que había soñado con su esposo desde su infancia. Una muchacha casadera que esperaba con ansias su matrimonio.

No, decididamente, ambas eran víctimas de su amor hacia el marajá. Y aunque murieran de celos, las unía el mismo dolor.

Al despedirse, finiquitando el ritual, se atrevió a abrazarla para sorpresa de las presentes y de la misma Jodhya. Jodhya entendió ese abrazo y se lo devolvió. Sin embargo, cuando se separaron, sus miradas no fueron tan amistosas: sí, unidas por el mismo dolor pero separadas y enemigas por el mismo amor.



Capítulo 15

Amor sacrificado

Hay amores tan bellos que justifican todas las locuras que hacen cometer.

Plutarco.

Luces de colores y guirnaldas de flores colgaban del techo. Iba a celebrarse el enlace entre dos príncipes y no se había reparado en gastos ni ostentabilidad. Las mujeres portaban sus mejores galas y los hombres se habían preparado para la ocasión. Los sirvientes lucían un hermoso uniforme, tan costoso como el resto de los preparativos. Las cocinas estaban repletas de ollas, bandejas y cazos. Olía a curry, a lassi y a *garam masala*. Aunque se encargaban de que aquellos olores no llegaran a las salas imperiales, delicadamente perfumadas con flores de loto y caléndulas. Sin olvidar el famoso jazmín.

La novia no estaba nerviosa, pero sí estaba emocionada; aunque la tradición le obligaba a fingir cierta lástima. Era algo cultural en India que las novias lloraran o se mostraran serias durante la celebración con el fin de transmitir la pena que sentían al abandonar el hogar paterno. Pero Jodhya no sentía lástima, sino todo lo contrario: de una vez por todas se estaba cumpliendo su destino al lado de Khaled.

Al anochecer, empezó la ceremonia; celebrada en un salón especialmente dedicado a esos eventos. Se trataba de una habitación muy espaciosa que daba cabida a cien personas con una especie de altar en medio y otro altar en una esquina. Las columnas se erigían con motivos románticos y la vegetación había sido plantada estratégicamente para darle un aspecto novelero.

Dicho salón, inicialmente, sólo estaba ocupado por el grupo de la novia. Y la tradición dictaba que la familia del novio debía pasar al lugar con sobornos, bromas y "peleas" para que el futuro esposo pudiera coger a su prometida y casarla. Por supuesto que iban a contraer matrimonio, pero era

una forma de divertirse y de, una vez más, simular la pena de los familiares de la novia. Además, se daba a entender con aquello que la novia era una persona muy querida por ambas familias que estaban a punto de unirse. Por un lado, sus padres no querían dejarla y por otro lado, los padres del novio querían tenerla.

Así que Jodhya, sentada en el altar de la esquina, arriba de un sofá de madera y cojines de seda, esperaba con ansias la llegada de Khaled con su grupo. La rodeaban su madre, sus hermanas y sus primas. En la entrada, a modo de barrera y con una cuerda que prohibía el paso, estaban los hombres de la familia y algunas amigas.

Cuando se escuchó un barullo fue el anuncio de que los de Haiderabad estaban llegando. Los amigos del novio eran los primeros, negociando con las amigas de la novia para que los dejaran pasar. Pero debían probar un zumo si querían hacerlo. Así lo hicieron, pero el lassi llevaba un exceso de picante y los hombres se enrojecieron, debilitándose. Las jóvenes estallaron en risas cuando los vieron retorciéndose. Tocaba el turno de los familiares. El rey de Haiderabad junto a su hijo Hassan preguntó al rey de Bengala cuanto quería a cambio de permitirles el paso.

Todo aquel espectáculo estaba siendo observado por la novia y el novio, que se mantenían como espectadores.

—No, no podéis pagar este costo... —repuso Harun de Bengala, con la mano sobre la camisa y una sonrisa amistosa.

—Hassan, enséñale...

Hassan abrió un cofre lleno de monedas de oro.

Harun negó con la cabeza, mientras sostenía la cuerda de la entrada junto a sus otros hijos y hermanos.

—Hermano Ibrahim, ahora tú.

Ibrahim, el hermano menor del rey Asaf, un hombre delgado sin barba y ojos pequeños, abrió un estuche con un precioso conjunto de joyas en su interior.

—No es suficiente...

Le tocaba el turno al novio, Khaled dio un paso al frente, vestido de boda con un panjabi cosido en hilo de oro. El marajá dio a su futuro suegro una bolsa llena de oro. En ese momento, el grupo de Haiderabad empujó hasta que rompieron con la barrera y entraron en el salón. Allí, las mujeres más cercanas a la princesa, los recibieron con flores.

Un religioso se presentó y se sentó con Khaled, su padre, sus hermanos y

el rey de Bengala con sus familiares masculinos en el altar principal. Allí, mantuvieron unas palabras sobre la dote, si la novia estaba de acuerdo con ella o no y sobre el "kabin" (el dinero que habría que entregarle a la novia en caso de divorcio). Una vez aclarados los términos del contrato matrimonial, dieron paso a los versículos del Corán. Se recitó un capítulo del libro sagrado de los musulmanes, llamado "Fatihah" y entonces se preguntó a los novios. El hombre dijo: Qabool y luego, la mujer también pronunció: Qabool.

Las damas presentes pronunciaron esa palabra entre gritos, cantos y bailes mientras tiraban pétalos de todos los colores desde los balcones superiores. Y, allí, estaba Helen.

Helen, como una invitada más, se quedó en los balcones siendo una testigo en tercera o cuarta persona. Tan sólo actuó cuando le dieron una bolsita de pétalos para que la tirara hacia abajo.

Helen vio como Khaled y Jodhya se juntaban en el altar principal. Era el turno de ver el rostro de la novia. El recién esposo colocaba un espejo por debajo de su velo, siendo el primero en verla. Helen prestó atención a ese instante, quería saber cómo reaccionaría su esposo. Khaled sonrió al encontrar el semblante de Jodhya, pero le pareció una sonrisa más protocolar que auténtica. Una vez hecho eso, le levantó el velo y pudieron empezar a disfrutar de la fiesta.

Las personas de los balcones bajaron a cenar junto al resto de los presentes en otra sala. Algunos artistas ofrecían espectáculos en medio de la misma, entreteniéndolos con música y teatro.

Los recién casados apenas comían, se quedaron sentados en un sofá, recibiendo cumplidos y deseos de buena esperanza. Helen se sentó al lado de Zerina, le pusieron un plato lleno de *tikka masala* pero no probó nada. Sólo tenía ojos para la pareja. Por el momento ni se miraban ni hablaban entre ellos, aunque sí vio a Jodhya dedicarle alguna que otra mirada a Khaled. Quizás buscando su atención.

Cuando repartieron los dulces, había que dárselos a los novios. Se trataban de unas bolas hechas de leche y azafrán, nombradas: *golap jamun*. Esas bolitas eran cogidas por las maharanís y puestas en las bocas de sus hijos. Luego, los padres, los tíos y así sucesivamente. Claro está que Khaled y Jodhya sólo daban un pequeño mordisco a cada dulce, porque hubiera sido imposible comerlos todos.

—Helen, nos toca... —comentó Zerina—. Si quieres tú dásela a Khaled. Yo se la daré a Jodhya.

Helen no sabía cuál de los dos era peor. Si le daba la bola a Khaled se notaría su amor y si le daba la bola Jodhya se notaría su odio. Cogió el *golap jamun* entre las manos y se acercó a su esposo, a paso lento y con la mirada cargada de significados aunque intentó disimularlo. Su rostro estaba desencajado, producto del infierno interior que estaba viviendo. Khaled la miró con sus pupilas llenas de dolor y aceptó el dulce en su boca. Ella se lo dio lentamente, bajo la atenta mirada de los demás. Un desgarré horroroso terminó de romper el alma de Helen en pedacitos, por lo que poco después de aquello argumentó que su hijo Joseph estaba enfermo y que debía ir a su lado.

Al llegar a la recámara, su hijo estaba plácidamente dormido por lo que corrió a una de las salas de su palacete para llorar libremente. No había nadie, ni nada. Ni si quiera había luz, tan sólo un tenue rayo lunar alumbraba su desasosiego. Lloró tumbada en el suelo y con el velo cubriendo su pelo y su cuerpo. Si alguien la hubiera visto desde fuera, hubiera pensado que era un bulto de ropa en llanto. En eso se había convertido ella, en un bulto. Trató de serenarse por el bien del hijo que llevaba en el vientre pero le era imposible. El dolor de ver a su esposo casado era demasiado. El dolor de tener que aparentar frente al mundo una felicidad que no sentía era complicado. No se imaginó que sería de ese modo. Por supuesto que imaginó sufrimiento pero siempre se aferró a la idea de que nada podría dolerle más que lo que había vivido con el Conde. Pero aquello era distinto, porque ella misma había empujado al amor de su vida a esa penosa situación. Si Khaled hubiera renunciado al trono... Hubieran podido vivir felices. Pero, por otro lado, ¿por qué debía ese hombre renunciar a ser rey? ¡Oh, Dios! ¡Qué difícil! Lo amaba tanto... Él era una gran persona, un hombre con buen corazón. Muy educado, atento y afectuoso. ¡Era incapaz de imaginarlo en brazos de otra!

Mientras ella lloraba en medio de la pesada oscuridad y la penumbra, los novios se retiraron a la alcoba. Era el momento de la consumación.

La bella princesa, azorada, se sentó al borde de la cama; mantenía el gesto cabizbajo, modesta, mientras Khaled la miraba.

¡Por fin estaría en brazos de Khaled! Lo que hubo empezado con un amor añorado, se había convertido en un amor adulto con deseos. Y Jodhya ya era una mujer para desear a su esposo. Lo veía muy hermoso.

Khaled miró a su segunda esposa. Aunque para el mundo fuera la primera. Y por mucho que la miraba no podía sacarse de la cabeza a Helen. Jodhya era muy hermosa, no era ciego. Tenía unos ojos que enamorarían al más casto y puro, su belleza era inusual.

Se sentía dividido. Por un lado, sentía pena por la princesa de Bengala, ella era una joven muy bonita que había crecido esperando ese día. Una joven que se merecía a un hombre que la amara. Y él hubiera querido darle ese amor, pero le era imposible porque amaba a Helena de Troya. Podría poseerla, pero le haría daño. Porque de la forma en la que lo haría no sería suave ni delicada, no habría preliminares ni palabras que no sentía. Jodhya, siendo virgen sufriría mucho. Pero no quería acariciarla... él sólo pensaba en su primera esposa. En su rubia de ojos azules. En esa mujer luchadora, en esa madre. Madre de su hijo. Estaba inquieto, sabía que la situación en esa alcoba se estaba enrareciendo por segundos. Aunque Jodhya fuera virgen, seguro que su madre le habría explicado cómo funcionaba aquello. Seguro que estaba esperando a que él le dijera algo... Que empezara a dedicarle palabras halagadoras... ¡Pero era incapaz! Se sentía mezquino porque no sabía dónde estaba Helen. ¿Dónde estaría ella en esos instantes?

Al fin, de un impulso, salió de la habitación; dejando a la recién esposa estupefacta.

Jodhya no se movió por largos minutos esperando que volviera, buscando excusas posibles pero cuando entró su madre, comprendió que algo iba mal y que ninguna excusa podía seguir justificándolo. ¡La había despreciado! ¿Por qué? ¿Acaso había hecho algo mal?

—Hija, ¿qué le has hecho a tu esposo? —recriminó la maharaní.

—Mamá...—La miró con sus perlas grises—. Yo no me he movido de aquí, tal y como me dijiste que debía hacer. Esperé a que me ofreciera una bebida, pero sólo me miró por largo tiempo. Ni si quiera me preguntó nada... No sé, quizás se encuentre indispuerto. No, mamá. ¿Qué vas a hacer? ¡No le digas nada a papá!

Jodhya estaba confundida, al borde del llanto. Aquello no era lo que había imaginado que sería. Pero su amor por el marajá era tan grande que no lloraría delante de su madre, para que ésta no supiera el dolor que acababa de infringirle.

La maharaní de Bengala se indignó a la vez que extrañó, así que salió en busca del rey Harun y le comentó lo sucedido, que también se enfureció y fue en busca del rey Asaf. Que el pobre todavía tosía, medio moribundo.

—¿Su hijo tiene algún problema? —pregunto Harun, tratando de sonar conciliador. El rey de Bengala profesaba un especial aprecio por su hija Jodhya. Entre todas, ella era la más bella y aquello era un orgullo para cualquier padre.

—No entiendo... —Tragó saliva el rey Asaf, sospechando que su primogénito hubiera podido huir con esa inglesa. En ese caso, sería declarado un traidor y, por supuesto, destituido del trono.

—Su hijo ha dejado a mi hija sola en la primera noche de bodas. Esto es un insulto hacia ella, hacia mí y hacia Bengala. Mi hija, y no lo digo porque sea mía, enamoraría a un hombre sin ojos. Así que si Khaled no es hombre o no la cree suficiente...No perdonaré esta afrenta.

—¡No! —concilió el monarca de Haiderabad, que lo último que deseaba era enemistarse con el principado de Bengala—. Seguro que hay una explicación, Khaled me consta que es hombre y también me consta que la belleza de Jodhya no le es indiferente. Seguro que tendrá una explicación o, simplemente, la consumación se dé a lugar un poco más tarde de lo que deseábamos.

Lejos de allí, el llanto de Helen resonaba contra las paredes de su salón. Con la barriga sobre el suelo y los brazos sobre la frente, dejaba ir todo su sufrimiento a través de las lágrimas. Se sentía más sola que nunca, abatida. Primero fue la incomprensión de su madre, luego el calvario con el Conde...Más tarde, el asesinato de su hija Rose. Y ahora... Ahora parecía que el mundo ya no tenía sentido.

No obstante, en medio de su agotamiento mental y físico, olió el perfume de Khaled. El sándalo se coló por sus fosas nasales como un bálsamo reparador. No lo creyó hasta que no sintió sus pasos confiados, tranquilos y rítmicos llegar hasta ella. Paró de llorar en cuanto él se arrodilló a su lado para cogerla en brazos y levantarla del suelo. La levantó y la pegó a su torso, besándola con ansias y haciéndole sentir que el mundo podría caerse pero ellos no.

—¿Qué haces aquí? —musitó Helena de Troya, con la cara empapada y los ojos rojos.

—Estar contigo —respondió él como si nada, dejándole un beso sobre el cuello. Sin soltarla, de pie y con ella en brazos. Como si Helen no pesara nada.

—Pero... ¿y la princesa?

—No puedo estar con ella, soy incapaz. He decidido renunciar. Pagaré lo que tenga que pagar, pero me quedaré a tu lado. Y me da igual lo que digas... Y lo que pidas... Esta vez, decido yo.

—Khaled... Te matarán —temió ella, aunque se sintiera muy reconfortada y aliviada a la vez de amada.

—Prefiero morir en tus brazos que vivir una vida entera en otros.

—¡Khaled! —el nombre salió de la garganta de la maharaní para chocar contra los tímpanos de los enamorados, el príncipe dejó a Helen en el suelo pero la cogió por la cintura, pegándole a él—. ¿Se puede saber qué estás haciendo? ¿Has perdido el entendimiento? ¡Deberías estar con Jodhya! Todo el palacio te está buscando y será nuestra perdición si te encuentran aquí. ¡Esto es inaceptable! No te reconozco, hijo. Tú nunca has actuado de esta forma.

—Quizás haya perdido el entendimiento —contestó Khaled, mientras su madre se acercaba a ellos—. Y por eso un rey loco no puede gobernar. He decidido renunciar.

Una fuerte bofetada cayó sobre el rostro del marajá. Los ojos negros de la madre brillaban enfurecidos.

—Eres una vergüenza como hijo del rey Asaf y como hijo mío. Nos has traicionado. ¡Me has traicionado! —Algunas gotas saladas regaron el rostro de la madre, que se sentía decepcionada y traicionada—. Yo os ayudé... Y ahora me lo pagáis de este modo, arrastrando mi cara por el suelo de Haiderabad.

—Reina Rania... —pronunció Helen, zafándose de Khaled para acercarse a su suegra pero ella dio un paso atrás.

—¡No te acerques a mí! Tú eres la principal culpable de todo esto... De mi desgracia y mi deshonra. Has hecho de mi hijo un hombre débil. No eres más que una impostora, profesora Morgan o... Helen Ravorford —Khaled y Helen se sorprendieron. ¿Ella sabía su verdadera identidad? —. Sólo has llegado aquí para traernos desgracias. Eres una maldición... Y yo que te llegué a querer como si fueras mi propia hija, sin importarme que nos mintieras a todos... — Alzó un brazo, señalando la salida. —Iros, iros lejos de aquí. Se enterrará el nombre de Khaled de Bengala y se prohibirá hablar de él en este país. Borraremos su nombre de los libros y se olvidará que un día existió. ¡Ahora, fuera!

—¡No! —negó una voz terriblemente femenina, que parecía no estar acostumbrada a gritar. Era Jodhya, al parecer había estado escuchándolo todo detrás de una columna—. Khaled de Haiderabad será rey —declaró la segunda esposa, levantando el mentón a pesar del reguero de lágrimas que bañaban su místico rostro. Tenía sus ojos clavados en Khaled—. Serás rey —le dijo, apretando la mandíbula—. No fallaré a mi propósito. Ni a mis sueños. Yo seré tu esposa y tú subirás al trono de Haiderabad. Como siempre imaginé, como debe ser. ¿Te acuerdas de niños cuando jugábamos a ser rey y reina? Yo no me he olvidado. Ahora ya no es un juego, ahora es la realidad.

—Jodhya... —dijo él, impresionado. Se había olvidado de aquello, pero ella guardaba esos recuerdos como si fueran tesoros.

—Quiero estar contigo Khaled —Se acercó, cogiéndole la mano—. No te vayas. No os vayáis —Miró a Helen—. No te vayas Emily, Helen, no importa tu nombre... —Cogió su mano.

—Jodhya —intercedió la maharaní—. Si no consumís el matrimonio, no es válido. Si estás preocupada por el trono, puedes contraer nupcias con mi hijo Hassan. No perderás lo que se te prometió...

—¿Casarme con su hijo Hassan? —se burló Jodhya—. ¿Piensa que hago esto sólo por el trono? No, *amma*, no es el trono lo que me lleva a coger la mano de estos traidores. Lo hago por amor, por amor a Khaled de Haiderabad. Él podría haber invadido mi cuerpo de forma violenta y hacerme daño, pero en lugar de eso prefirió perderlo todo. ¿No es eso una forma de amor también? —clavó sus orbes en los del príncipe—. Tú me amas, Khaled. Quizás no sea el mismo amor que compartes con ella, pero me amas. Y yo me conformo con cualquier forma en que Khaled me ame —rio, conformista—. No quieres tomarme... No lo hagas. Puedo vivir sin tu cuerpo, pero no puedo vivir sin tu presencia.

El marajá se conmocionó ante la generosidad de Jodhya. Y no evitó abrazarla, colocó una mano sobre su cabeza y la pegó contra su pecho. Helen, por alguna extraña razón, no se sintió celosa de aquello. Verdaderamente Jodhya estaba demostrando un amor puro y admirable. Se quedaron un tiempo así, Helen cogida por la cintura y Jodhya cogida por la cabeza.

La maharaní se relajó. Comprendiendo que su hijo había tenido la bendición de ser muy amado por tres mujeres: sus dos esposas y su madre. Se arrepintió por su acto de furia y por sus palabras duras contra esos dos jóvenes.

—*Amma* —habló la princesa, en cuanto se separaron del abrazo—. Yo hablaré con mis padres y les diré que hemos consumido el matrimonio. Les diré que Khaled, demasiado abrumado por mi belleza, salió a los jardines del harén. Pero que en un palacete, pudimos encontrarnos uno al otro.

—¿Estás segura? —La cogió por las manos la reina Rania.

—Sí, *amma*. Totalmente segura —Y con aquella determinación, la joven salió del lugar dispuesta a cumplir con su cometido.

Otra vez, se quedaron los tres a solas. Rania los miró, arrepentida. Pero no necesitó decir nada, Khaled y Helen la abrazaron, comprendiendo sus motivos y su enfado.



Capítulo 16

Ajedrez

La desconfianza es la característica más necesaria de un jugador de Ajedrez.

Dr. S. Tarrasch (ajedrecista).

Los días posteriores a la boda entre Khaled y Jodhya transcurrieron sin incidentes. Los reyes de Bengala volvieron a su principado sin más percances ni ofensas. Nadie puso en duda el testimonio de la princesa acerca de la consumación de su matrimonio.

Jodhya se ganó un lugar preferencial en el harén, siendo la futura reina. No sólo eso, sino que cumplió con sus obligaciones soberanas; tales como visitar a orfanatos, escuelas o inaugurar espacios públicos.

Helen, por su lado, se esforzó por retomar sus clases mientras su esposo, Khaled, se preparaba para ascender al trono.

El rey Asaf estaba gravemente enfermo. Debido a la edad y a una dolencia pulmonar que no quería abandonarlo. Por eso, el foco de atención recaía sobre el heredero.

Nadie encontraba defectos en Khaled de Haiderabad puesto que era sabio, poderoso, justo y humilde. Cualidades de un rey.

No obstante y, como suele suceder, los envidiosos están al acecho del más mínimo fallo que el objeto de su irritación pueda tener; con el fin de poder escupir su oleada de bilis y hiel libremente y bajo pretextos.

El fallo de Khaled era haberse enamorado de una extranjera, concretamente, de una inglesa.

Cumpliendo el acuerdo y presurosa por el embarazo de Helen, la maharaní anunció las inminentes segundas nupcias del marajá. Lo hizo sin mirar a nadie con el mentón bien alto, recordándose a sí misma que hacía aquello por su hijo. Pero supo al instante que aquella información cayó como

un balde de agua hirviendo sobre los más rebeldes, aquellos que luchaban contra la colonización.

—*Vabi*, ¿he escuchado bien? —reclamó Ibrahim, subiendo su tono de voz una octava y tensando los nervios de su cuello hasta hacerlos parecer cuerdas—. ¿Mi sobrino se va a casar con una imperialista? —Dio un golpe contra la mesa.

Se encontraban en la sala de reuniones; los dirigentes y ministros habían abandonado dicho lugar con cara seria y muy tensos después de oír lo que la reina tenía que decir. En ella sólo quedaba la familia real: el rey Asaf, tumbado en un diván, su hermano Ibrahim, Hassan y Rania.

—Mi hermano todavía no ha muerto —siguió el hombre delgado y con bigote—, y ya estás haciendo y deshaciendo a tu gusto —escupió el señor, malhumorado—. ¡Esa inglesa debe haber manipulado a nuestro heredero!

—¿Cómo te atreves, *babu* (forma cariñosa de llamar al hermano/cuñado pequeño)? —se ofendió la reina Rania—. Tu hermano sabía muy bien de las relaciones que mantenían Khaled y Emily Morgan. Y será mejor que dejes la política fuera de esto. La señora Morgan no es más que una maestra que se muestra ajena a toda esa clase de ideas colonizadoras.

—¿Y quién nos asegura que no sea una espía? —Metió la cucharada Hassan, que también estaba presente en la reunión—. ¡Una europea en la familia real! ¡Qué despropósito! Mi hermano debe haber pedido el juicio...

Hassan había albergado esperanzas de que el marajá olvidara a la mujer blanca con la presencia de Jodhya. Pero la noticia transmitida por su madre sólo confirmaba lo absurdo que era Khaled. Seguir enamorado de esa dama usada y vieja... En lugar de perderse en los mundos de la princesa de Bengala era, definitivamente, una absurdez. Jodhya tenía todo lo que un hombre pudiera desear y más. Era pura, joven, bella, educada e...impresionante.

—Si se tratara de una espía, mi hijo Khaled lo hubiera sabido. No olvidéis que él es el comandante de los ejércitos y siempre está informado sobre estos asuntos.

—Quizás sea un vendido...—musitó Ibrahim, pero el susurro de sus palabras no impidió que el rey Asaf, en medio de su aflicción, lo escuchara.

—*Babu*, acércate —arrastró sus cuerdas vocales el moribundo, con los ojos cerrados y haciendo una seña con la mano.

Ibrahim obedeció y se acercó a Asaf, con la mirada de la reina Rania atravesándole el cráneo por lo que acababa de decir. Cuando estuvo a poca distancia de los brazos del rey, éste lo cogió con fuerza por el cuello y abrió

los ojos como si estuviera poseído. Intentaba asfixiarlo.

—Yo te maldigo Ibrahim, te maldigo si te atreves a insinuar que mi hijo es un traidor. ¡Desagradecido!

Asaf Khan fue un hombre muy fuerte en su juventud y aunque estaba a las puertas de la muerte le quedaban fuerzas para poner en su lugar a Ibrahim.

—Cálmate —intentó mediar el rebelde, zafándose del agarre como si todavía fueran dos niños pequeños peleándose—. No diré que el hijo de mi hermano es un traidor, jamás lo repetiré. Y lo juro ante tu lecho de muerte. Pero sí que diré que no estoy de acuerdo con esta unión y que esa imperialista no es bienvenida a la familia.

—No entiendo a qué viene tanto enfado, cuñado. La reina será Jodhya, esa mujer sólo será su segunda esposa...

—Pero esposa al fin y al cabo. Familia. ¡Yo! ¡Familia del enemigo! —fingió un puchero atormentado.

—Estoy de acuerdo con tío Ibrahim, mamá —intervino en tono repelente Hassan—. ¿Cómo verán los sectores más patrióticos que su líder se case con una británica?

—Los insurgentes y amotinados deberán entender que hay cosas que no tienen nada que ver con la política. Esos jóvenes se quieren como hombre y mujer nada más.

—Todo tiene que ver con la política, *vabi* —sentenció Ibrahim, dedicándole una mirada ponzoñosa y saliendo del lugar mientras dejaba ir toda clase de improperios. Hassan le siguió los pasos.

Una vez a solas, Rania miró con preocupación hacia su esposo, que había vuelto a quedarse dormido. ¿Qué pasaría cuándo él ya no estuviera? ¿Cuándo ella fura relegada a reina madre? ¿Quién protegería a Khaled? Y lo más importante... ¿Quién protegería a Helen?

Cuando el estruendoso acaecimiento se difundió por los pasillos de palacio, todo cambió para Helen. Muchos alumnos dejaron de asistir a sus clases, influenciados por Hassan. El servicio le dio la espalda y sólo contó con la ayuda de Zerina y su gente. No era bien recibida como esposa del marajá y se lo hacían saber con creces. Era vista como una mujer que había embrujado al príncipe y que quería usarlo con objetivos desconocidos.

Las miradas se clavaban sobre ella cuando andaba, las murmuraciones se silenciaban a su paso y el ambiente era especialmente desagradable. Tan sólo se sentía cómoda en su palacete. Aquel edificio que la maharaní tuvo el acierto de asignarle antes de que alguien pudiera negárselo.



Al contrario de lo que pudiera parecer, a Helen todo aquello no la amedrantaba. No se sentía intimidada ni asustada. Sino que todo aquello la hacía más fuerte. Algo parecido a lo sucedido con su tío Gustave, una fuerza intrínseca que se hacía más fuerte cada día. Y que sólo podía morir si algún día Khaled dejara de amarla. Se alimentaba de los rumores, de los desplantes y de las humillaciones.

En respuesta a las ausencias de los alumnos, decidió dejar de ejercer como profesora y centrarse en su boda, aunque no fuera nada más que una pantomima. Ella ya estaba casada con Khaled desde hacía más de dos años. Pero no iba a discutir aquello, ¿querían boda? La tendrían.

El día de la henna llegó. Aquel día en el que las mujeres de la familia se reunían y se adornaban con tatuajes temporales y otras delicadezas. Un día en el que no se presentaron muchas mujeres que debieron estar presentes. Sólo asistieron Zerina y la maharaní como personas notables. Algunas damas del harén y el séquito personal de cada una. En comparación a la fiesta de Jodhya, la suya estaba vacía y las risas se emitían a media voz. Aun así, la reina Rania obligó a las doncellas a prepararla y se hizo todo el ritual sin saltarse ninguna parte.

La primera esposa del marajá, Jodhya, se presentó a última hora. Cuando había que tirarle la leche para sacarle el barro de la henna. Su comparencia enmudeció la sala, pero ella entró como si no pasara nada. Elegantemente ataviada se unió al resto, cogiendo una de las jarras y bañándola con una sonrisa comedida.

Helen la miró confundida. ¿Por qué hacía eso? ¿Por qué se mostraba de su parte? No se trataba de ser desagradecida. Pero, ¿era tan buena? ¿Tan buena como para apoyarla aun sabiendo que tenía a todo el mundo en su contra?

Sin embargo, Jodhya no la miró directamente a los ojos ni un instante. De hecho, desde su noche de bodas no había vuelto a saber de ella. Se mantenía distante y, claramente, no la soportaba. Pero había algo en ella, un halo de

misterio y de reticencia, que no permitía a nadie ver su corazón ni leer sus verdaderas intenciones.

Con todos aquellos pensamientos y dudas, le agradeció su asistencia y la abrazó. La princesa repuso protocolarmente y se sentó al lado de sus doncellas, un poco apartada.

Al final de la fiesta, las mujeres se retiraron a sus respectivas alcobas. Joseph se había quedado dormido en una recámara colindante a la suya, bajo el cuidado de una niñera.

Así que estaba sola. Se sentó, observando la pintura anaranjada sobre su cuerpo. En el silencio, meditó cuan difícil había sido llegar hasta allí y qué fácil estaba resultando. ¿Fácil? ¡No había nada fácil! Y entonces, como si de un anuncio celestial se tratara, escuchó las palabras de su suegra en la mente: "*cuando la gente sepa que eres la esposa de Khaled, deberás tener cien ojos*". Se levantó de un salto y apagó las luces, guiada por un miedo irracional. Incluso llegó a pensar que había enloquecido. Pero unos pasos desconocidos cerca de su recámara fueron la confirmación de su sexto sentido. Y, efectivamente, entró un hombre armado con un sable. Un sicario como el que ella le había mandado a tía Eloísa. Se escondió tras unas cortinas enormes, tratando de controlar su respiración y con las manos sudorosas. La henna se mezclaba con el sudor y aunque estaba tatuada, le daba la impresión de que la tinta iba a derretirse y a caer en forma de cera sobre el suelo en cualquier momento.

El asesino debió sentirse expuesto porque rápidamente se marchó. Helen, pesarosa y con los latidos de su corazón en la garganta corrió hacia la habitación de Josh. Allí vio que él estaba sano y salvo. Respiró aliviada. Cogió en brazos a su hijo, todavía dormido, y lo cargó hasta la alcoba de Zerina.

—Zerina —Dio dos toques sobre la madera—. Zerina, abre, soy yo...

La ahijada de Rania tardó en abrir pero cuando lo hizo parecía asustada. Helen adujo que su expresión se debía a las altas horas y, posiblemente, a su lamentable aspecto. Sin mencionar que llevaba a su hijo en brazos como si quisiera protegerlo de un tigre.

—Han intentado matarme.

—¿Quién? ¿Cómo? —se escandalizó su amiga, haciéndola pasar y en bata de dormir.

—No sé quién —Dejó su hijo sobre la cama y se giró hacia ella con los ojos llenos de lágrimas—. Pero venía a por mí... En cuanto no me ha

encontrado se debe haber sentido indefenso o que sus planes no iban bien... Y se fue —contó, en una mezcla de lástima, miedo y enfado. No lloraba, pero tenía lágrimas. No tenía el ceño fruncido pero su frente se arrugaba a cada palabra.

—Mañana es la boda. No se atreverán a tocarte cuando estés con Khaled — recordó Zerina, ofreciéndole un vaso de té.

Helen asintió, observando a su hijo y aceptando el té. Iba a darle un sorbo a la bebida pero entonces otra frase de su suegra le vino a la mente: "*pondrán veneno en tu comida*". Sintió la mirada fija de su amiga sobre ella. ¿Por qué pensaba aquello? ¿Se estaba excediendo en desconfianza! Zerina siempre había sido leal y una gran compañera... ¿Por qué debería ella...? Miró hacia el vaso caliente varias veces. De su hijo al vaso. Sus ojos azules nadaban de allí a aquí. Y, finalmente, se atrevió a mirar los ojos de su acompañante.

¡Traidora! Los ojos de Zerina la delataban. No era la de siempre. Estaba agitada, asustada y...estaba confesando su culpabilidad a través de sus pupilas.

Helen la miró por largos segundos y tiró el contenido del té al suelo.

—¿Por qué? —interrogó, con un nudo en el estómago.

—Helen... —lloriqueó la mujer—. Yo... —¡Toma! ¡Mátame! —Le extendió un puñal, para que se lo clavara mientras ella cerraba los ojos y se arrodillaba frente a ella.

La esposa del marajá miró al puñal que tenía entre manos y lo tiró al suelo, sobre el veneno que había vertido poco antes. Se arrodilló frente a Zerina y la cogió por los hombros, zarandeándola. Obligándola a abrir los ojos y a enfrentarla.

—Dime, ¿por qué? —repitió la pregunta, mientras lágrimas silenciosas empapaban sus mejillas blancas.

—Mi padre... —Entró en convulsiones nerviosas. Helen le dio una bofetada, no tenía paciencia para esas lamentaciones—. Mi padre me ha obligado a hacerlo.

—¿Ibrahim? —recordó al tío de su esposo. Ese hombre debilucho y con muy mal carácter—. ¿Cómo ha podido obligarte?

—Me amenazó con casarme con un hombre malvado. Que tiene muy mala reputación con las mujeres... Sabes que he estado eludiendo esa obligación durante años y...

Helen la comprendía. Pero no podía perdonarla. Entendía sus motivos. Ella misma los había vivido con Brian. Pero no sería capaz de volver a compartir

la casa con esa traidora.

—Perdóname, por favor... Perdóname... —suplicó—. Yo te quiero de veras...

—Suéltame. —Se levantó, deshaciéndose del agarre de esa desconocida. Se mantuvo por unos minutos en silencio, dándole la espalda. Hasta que Zerina lo comprendió.

—De acuerdo... Me iré mañana por la mañana. Dejaré mi séquito...

—No. —negó Helen—. No quiero a nadie. Quiero que os vayáis todos mañana mismo...

—Pero... ¿Y si algún día necesitas guardias?

La maestra reflexionó sobre el asunto y accedió a que se quedaran los necesarios para su protección. El resto, debían abandonar su palacete al día siguiente. Para ese entonces, Zerina volvería con su madre en otro palacio.

Aclarados los términos de esa relación acabada, Helen cogió a Joseph de nuevo y se lo llevó a su recámara. Allí, cerró con llave y buscó en sus cajones el revólver que Khaled le había regalado en una ocasión. No durmió nada, veló el sueño de Joseph con el arma en la mano. No le importó que el rostro se le tensara, se le pusiera gris y que sus ojeras aumentaran por horas. Ni si quiera se acordó de que al día siguiente sería su boda "oficial".

Al haberse ido Zerina, la maharaní le asignó un par de doncellas de confianza que la prepararon para la ocasión. Pero ni con todos los mejunjes habidos y por haber consiguieron ocultar su rostro de cansancio, miedo y frustración que había arrastrado durante toda la noche anterior.

Anduvo únicamente acompañada por Rania hasta la sala donde se officiaría la unión entre Khaled de Bengala y Emily Morgan. Allí, su hijo Joseph la estaba esperando. También había acudido su tío Gustave, recientemente casado con una inglesa que rozaba la cincuentena. Estaba presente por invitación de los reyes. Pensando que de esa forma ella se sentiría más acompañada. ¡Si supieran la verdad! ¡Si supieran que ella era una mujer sin familia! ¡Sin amigos! Tan sólo el leve recuerdo de sus primas y de su padre la acompañaban.

La sala de la ceremonia era la misma que usaron Khaled y Jodhya. Por otro lado, era muy lógico puesto que era el salón dedicado a esa clase de eventos. La diferencia erradicaba en que en ese momento estaba prácticamente vacía. Ella no tenía familia, sólo a su hijo. Y la familia del novio ni si quiera se había dignado a hacer acto de comparecencia. Sólo acudieron la maharaní y el

rey Asaf, que apenas podía andar. En los balcones, desde los que ella había tirado los pétalos, estaba Jodhya con su séquito, Hassan y Ibrahim. Rio para sus adentros, imaginando que le tirarían espinas en lugar de flores.

Tras una corta espera, apareció Khaled. Solo. No iba acompañado por nadie. Ni nadie reclamaba a la novia. El religioso los unió en matrimonio mientras Helen respiraba el olor a traición y a muerte, aromas provenientes de arriba. Sentía las miradas de aquellas personas sobre ella. Se esforzó por no levantarse y acusar a ese hombre delgaducho de lo que sabía. Se esforzó por quedarse quieta y centrarse en su marido. Khaled estaba mucho más elegante que el día de su primera boda. Y aunque no había dado sobornos para llegar hasta ella, le había entregado a su hijo un cofre lleno de monedas de oro. Sintió su apoyo en todo momento.

En la alcoba, sin banquete ni bailes, el marajá la abrazó. La abrazó tan fuerte que sintió, por un momento, que nada podría hacerle daño. Ya no estaban en esa cueva. Estaba en las dependencias reales, en la habitación oficial del marajá. Amplia, ostentosa y llena de detalles. Pero su dolor le impedía disfrutar de aquel momento de merecida libertad.

—¿Qué te ocurre? —cuestionó Khaled, colocándole la mano bajo el mentón, acariciándole los labios con el pulgar.

La embarazada narró todo lo sucedido, desde la incomodidad en el palacio hasta el ataque de Ibrahim hacia su persona, pasando por la traición de Zerina. Hecho que le dolió mucho, impartiendo otra gran cicatriz sobre su alma.

Khaled se enfureció, no controló su ira y rompió algún vaso. No toleraba que nadie atacara a su querida esposa y a su futuro hijo. ¡Debió imaginárselo de su tío! ¡Se sentía un estúpido por no haber protegido mejor a Helen! Cogió un revólver, dispuesto a terminar con el enemigo. Pero su mujer no se lo permitió.

—¡No, Khaled! No es una jugada inteligente matar a un hombre tan influyente como Ibrahim delante de todos. Por favor, tranquilízate...

El marajá cogió aire un par de veces, aceptando el consejo de Helena de Troya.

—No podemos permitir que esto suceda de nuevo. Yo no estaré aquí siempre. Tengo deberes, obligaciones y misiones... Tendré que salir muchos días, ¿y entonces? ¿Quién os protegerá? —La cogió por la cintura, acariciando su vientre.

—Yo me protegeré. Sé protegerme... Aprendí a disparar en mi país. Es algo que ya sabes... También sé algo de blandir la espada...

—También estarás custodiada por mis hombres. No necesitarás hacer frente a nadie...

—De todas formas, quiero estar preparada. Mañana podemos practicar el tiro...

—Lo haremos. Pero con Ibrahim hay que hacer algo...

—Tu hermano Hassan es su principal aliado.

—No, mi hermano no sería capaz de hacerme daño... Por mucho que le siga el juego a mi tío. Nuestro enemigo es él. No Hassan.

Helen dudó eso último, pero no lo dijo. Sabía que Khaled amaba a su hermano menor y no era necesario decir nada sobre él todavía. No tenía pruebas de que él supiera algo del ataque.

—Nos encargaremos de Ibrahim. Él ha movido pieza, ahora nos toca a nosotros. Y la reina es la que más movimientos tiene —sentenció la rubia, más aliviada tras haberse podido desahogar—. Ahora, disfrutemos de lo que hemos conseguido... —susurró, quitándose el sari rojo y quedándose con las joyas como único ornamento de su cuerpo a parte de los dibujos de la henna.

Khaled observó a esa dama tan decidida y valiente, completamente desnuda frente a él. Su barriga estaba un poco hinchada, aunque imperceptible, él sabía que en ese bulto estaba su hijo. La imagen de Helen en ese estado se le quedaría grabada en su mente hasta el fin de sus días. La imagen de una mujer con los ojos de una leona, el cuerpo de una gata y el pelo de oro. La imagen de una mujer, su mujer. Que llevaba en su interior al fruto de su amor.

Se acercó a ella, acarició su cuerpo y la tumbó en su cama. La cama que había sido suya desde niño. Tocó sus senos, sus muslos y sus carnes más íntimas. Ella se retorció, gimió y lo besó. Entre besos y sudor, Khaled se adentró en ella regándola con su éxtasis.



Capítulo 17

Tres reinas en un mismo tablero

La amenaza de la derrota es más terrible que la derrota misma.

Karpov, ex campeón del mundo de Ajedrez.

La lamentable pero inevitable muerte del rey Asaf dio paso a la coronación de Khaled. En un salón en el que habrían cabido diez elefantes y sus crías. Se trataba de una construcción en la que corrían dos ríos. Con miles de asientos a cada lado para que los dirigentes del país pudieran sentarse. Y, en medio, pero al final de esa bella obra de arte, estaba el trono. Un banco de oro esculpido sobre diez escaleras y veinte piezas de mármol.

—Para que el árbol de sándalo pueda dar su aroma, también tiene que crecer —escupió Ibrahim en cuanto su sobrino se sentó, proclamándose el nuevo rey de Haiderabad. Él pensó que sólo lo había escuchado Hassan; pero como su padre, Khaled tenía excelente capacidad auditiva. Así que después del protocolo exigido, se incorporó del banco de oro y se dirigió a los presentes. Que lo miraban recelosos por su reciente matrimonio con la inglesa. No obstante, lo respetaban y lo aceptaban como monarca debido a su derecho y a su personalidad, por todos conocida como ejemplar.

—Dice mi tío que para que el árbol de sándalo dé su aroma, debe crecer —pronunció en voz alta, sorprendiendo al cabecilla de los insurgentes—. Y yo digo que incluso una pequeña espina puede clavarse. Que es de necios desvalorar al pequeño o al nuevo.

Los ministros aplaudieron su respuesta sabia, humillando a ese señor. Lo que desconocía Ibrahim era que Khaled sabía perfectamente que había sido él quien había intentado asesinar a Helen. Por eso, el rajá no estaba dispuesto a dejarle pasar ni un sólo error más.

—Yo, hijo del rey Asaf Khan, me considero apto para este cargo. Si

alguien en esta sala piensa lo contrario, que se pronuncie ahora o que se someta a mi reinado hasta el día de mi muerte. —vociferó, con los brazos tras su espalda y andando por el pasillo que quedaba en medio de los dos ríos.

Hubo un murmullo general que rápidamente se silenció. La maharani, declarada reina madre, se quedó en vilo. Miró a su hijo Hassan, quien a su vez le devolvió la mirada. La madre le advirtió a través de sus ojos negros que no se atreviera a decir nada. Y el joven obedeció. Si algo tenía Hassan, era un profundo respeto hacia su *amma*. Por mucho que él se considerara mucho más apto para ser rey que su hermano mayor.

Ibrahim ni si quiera se planteó objetar nada, ya que hubiera sido de muy mal gusto traicionar la memoria de su hermano Asaf. El problema para Ibrahim no era que Khaled fuera rey, nunca envidió ese cargo. Sino su política progresista, su docilidad ante los colonos y su matrimonio con esa posible espía.

Las esposas del nuevo rey estaban sentadas tras una cortina, escuchándolo todo. Era la primera vez que estaban a solas y la tensión se hacía palpable. Sin embargo, Jodhya no la miró ni una sola vez, tan sólo se movió para salir y ser coronada reina al lado de su esposo. Helen observó aquella escena mediante sombras y luces, el juego cromático que la cortina le ofrecía. Quedó relevada en un segundo plano, pero no le dolía.

No le dolía lo que pensarán esas personas. No ansiaba el poder ni el reconocimiento. Ella sólo quería amar a Khaled y que Khaled la amara a ella. Así que todo aquello no era nada más que un teatro. Una obra ficticia similar a las que escribía.

No obstante, aquella noche y tras todos los festejos, el rajá se excusó ante Helen.

—Debo visitar a Jodhya esta noche —dijo Khaled—. No lo he hecho ni una sola vez desde que nos casamos y los rumores corren. Saben que paso cada noche contigo, y ahora que soy rey, esperarán un heredero.

La inglesa se llevó la mano sobre el vientre y lo miró seriamente. Era el momento de la verdad. Era el momento de tomar decisiones y cada decisión marcaría su destino. No podía dejarse llevar por los celos, tirarse a llorar sobre el suelo y esperar a que su esposo la consolara... Ella ya no tenía apoyo en ese palacio. Zerina la había traicionado y sus hijos dependían de la seguridad que su madre pudiera otorgarles.

—No es necesario que me pidas permiso. Jodhya ha esperado pacientemente dos meses para este día. Y... Ella nos ha guardado el secreto. El

secreto de nuestro matrimonio y el secreto de mi identidad. Con esto no quiero decir que estoy conforme. Ni que su bondad alivie mi pena...Pero...Ve. Ya no tengo más palabras que decir.

—No la tocaré —sentenció Khaled—. Tan sólo dormiré a su lado y en mi mente estarás tú. Sabes que no sería capaz de yacer con otra mujer que no fueras tú. Es sólo política.

—Entiendo Khaled. Por favor, ve. —Le dio un beso sobre los labios y lo dejó marchar. Estuvo a punto de llorar pero no le dio paso al llanto; en lugar de eso, se fue en busca de su hijo Josh. No obstante, lo encontró jugando con Priya y no quiso molestarle. Priya y él eran muy amigos. Y aunque los dos eran unos infantes, ya no le parecía tan descabellado pensar que algún día pudiera surgir el amor entre ellos. Priya era la hija pequeña de Rania. Una niña afectuosa y muy alegre. Le recordaba a Rose. Se quedó con ellos y se unió a sus juegos infantiles, tratando de no pensar en su esposo. Aunque aquello era imposible, por supuesto.

La princesa estaba en su alcoba. En las dependencias reales, perfumaba su pelo con jazmín. Pero lo hacía por pura vanidad porque sabía que nadie lo olería. Había pasado dos meses sola. Sus padres y hermanos no estaban. Y su marido era ausente, siempre pendiente de otra esposa. A ella no la había tocado ni una sola vez. Pero se conformaba con vivir bajo el mismo techo que él. Había crecido amándole y le era fácil seguir haciéndolo. En cambio, no soportaba a esa extranjera. Aunque hubo intentado por todos los medios no celarla ni odiarla, era imposible.

¿Cómo no odiar a la mujer que podía tocar a su marido? ¿Cómo no odiar a la mujer que compartía el lecho con el amor de su vida? Se miró en el espejo. Observó sus ojos grises, cada día más marchitos.

Hubo esperado que Khaled se le acercara algún día. Aunque no fuera para mantener relaciones sexuales, para hablar o dar un paseo. Pero ni si quiera eso. La había abandonado, ignorado. Y hasta ese día, el día de su coronación, ni si quiera habían compartido la estancia. Obviando el día del enlace entre él y esa extranjera, obviamente.

Todavía llevaba su sari de la fiesta. Un hermoso traje azulado con pedrería plateada y un velo cosido con detalles religiosos. Hizo una seña para que su doncella la ayudara a deshacerse de él. Pero justo en ese instante, una mujer entró corriendo. Era una de sus sirvientas más fieles.

—¡Mi señora! ¡Maharaní! ¡Maharaní! —exclamaba, radiante y sosteniendo

su velo para que no se le cayera mientras corría hacia ella.

—¿Qué sucede? —rio Jodhya, al verla tan desabocada.

—¡Es el rajá! ¡Viene hacia aquí!

Jodhya dejó su risa y se le transformó el rostro dando paso a un gesto serio y severo.

—¡Rápido! ¡Traigan dulces y bebidas! ¿Cómo he sido tan estúpida de no tener algo en mi habitación para cuando él llegara? —ordenó, mirándose en el espejo y peinándose un mechón de pelo frenéticamente.

—Mi señora, sí que lo teníamos todo preparado durante el primer mes pero...

—¡No quiero escucharte Shery! ¡Quiero los dulces aquí ahora mismo!

Estaba muy nerviosa. No habría esperado la visita de su esposo por nada del mundo. Las mujeres llegaron cargadas con viandas, leche y lassi justo en el instante en que Khaled tocó su puerta.

—Vamos, ve a abrir —gritó en un susurro la reina a su sirvienta, aparentando leer un libro sobre su diván de terciopelo marrón.

Shery obedeció, fingiendo sorpresa al igual que Jodhya. La soberana hizo un gesto para que el servicio se retirara y se incorporó, dejando el libro a un lado y prestando atención al amor de su vida.

—¡Su Majestad! —reverenció, en cuanto estuvieron a solas y las puertas se cerraron—. ¿Quiere un poco de leche, de lassi o... dátiles? —Señaló las bandejas, como si hubieran estado allí para él durante todo ese tiempo en que nunca la fue a visitar. Como si no hubieran pasados sesenta días y fuera su primera noche de bodas o, a todo estirar, la segunda.

Khaled accedió a comer unos dátiles mientras le pedía a Jodhya que cogiera algo ella también. Su esposa le obedeció y tomó un poco de lassi.

—Ha sido una gran coronación —intentó conversar la joven, mirándolo con ilusión.

El rey asintió, mirando hacia otro lado. Jodhya era muy hermosa y sus atenciones, donde hubo esperado reproches, tocaron cuerdas en su corazón que no esperaba. Por supuesto que no la deseaba, pero de pronto la recordó cuando era tan sólo una niña. Recordó cuando ambos lo eran y jugaban juntos. Se sentía culpable por haberla traicionado de alguna manera. Si quería ser justo ella siempre fue su prometida...pero el amor por Helen era más grande que todo aquello. El amor por Helen era una lucha contra aguas tormentosas, un amor que no se doblegaba.

—¿Por qué no buscas a alguien? —preguntó al fin Khaled, atreviéndose a

clavar sus ojos negros en aquellos grises e infinitos.

—¿A alguien? —cuestionó ella, tratando de no perder la sonrisa—. Mucho me temo que no soy capaz de comprender su pregunta... —Hizo vibrar sus pupilas sobre las de él, enrojeciendo sus enormes globos oculares, obligándolos a retener las lágrimas tras ellos.

El rajá dejó el dátíl que tenía entre manos y se acercó a ella. Oliendo su perfume de jazmín, su favorito.

—Eres demasiado hermosa para no saber lo que es el amor —aclaró él—. ¿Por qué no buscas a un hombre que te ame?

Jodhya jamás pensó que fuera capaz de hacer aquello. Con todo el recital de normas de cortesía y de normas de mujer que le habían impartido desde pequeña, le dio una sonora bofetada a Khaled. Ni si quiera lo pensó, simplemente su mano se movió como si de un rayo se tratara, sonó como un trueno y terminó en lluvia. Rompió a llorar, cubriendo su etéreo rostro de pequeñas perlas transparentes.

—¿A qué ha venido, Su Majestad? —habló, sosteniendo su femenina voz hasta hacerla parecer un canto de ruiseñor—. ¿No me ha insultado suficiente? ¿No me ha humillado suficiente? —Lo miraba fijamente, dejando correr todos sus sentimientos—. Usted se prometió en matrimonio conmigo cuando yo sólo tenía seis años. Desde ese entonces hasta el día de nuestra boda crecí creyendo que tenía amor. Que tenía a un hombre que me protegería, que me amaría... Pero amargamente descubrí que tenía a una amante favorita: la maestra. No di crédito a esos rumores y continué con el enlace —rió, amargamente—. Al final de cuentas nos educan para que aceptemos a vuestras queridas, cortesananas o no. Me consolé pensando que yo sería su esposa, su primera esposa... Y que ese lugar nadie me lo podría arrebatarse. Pero otra vez me equivoqué... Alguien ya había ocupado mi lugar mucho antes. Sin embargo, por este amor puro que siento por vos... Accedí a guardar vuestros secretos, convenciéndome de que al menos me quedaba la dignidad, la honorabilidad. Y ahora, rajá, usted viene aquí y me empuja a cometer adulterio. ¿Quiere que me quite la vida? ¿Sería más fácil para vos seguir con su romance? —Se acercó a su tocador y tomó unas tijeras, acercándose a su propia barriga. Desesperada.

Khaled se dio cuenta de lo mucho que estaba sufriendo Jodhya. No sabía si ella era buena o mala, aunque estaba convencido de que no existían personas completamente buenas o malas. Pero sí estaba convencido de que ella lo amaba puesto que había tenido muchas oportunidades para perjudicarlo. Pero

ella siempre se había mantenido respetuosa, al margen, callada.

—Jodhya... —suplicó, levantando la mano en un gesto apaciguador—. Baja eso. No quiero hacerte daño. Y lo sabes... —recordó el día en que pudo poseerla de forma bruta. Ella negó con la cabeza, estaba demasiado nerviosa para comprender nada. Pero en un movimiento rápido y con fuerza, Khaled la retuvo entre sus brazos, consiguiendo que soltara esa arma improvisada.

La princesa era la primera vez que sentía el calor de su amor. Aunque no fuese de la manera en la que soñó, inmediatamente se sintió aliviada. Su abrazo era como un bálsamo y se refugió en él. Khaled no la soltó, la retuvo en su regazo y estuvieron en esa posición durante largos minutos hasta que él la cogió en volandas y la tumbó en la cama. Allí, volvió a abrazarla y así se quedaron dormidos.

Aquello se repitió en las noches que iba a visitarla. Y Jodhya empezó a recobrar su vitalidad. Aunque en su interior, no podía perdonar que Khaled no quisiera poseerla. Y todo aquel rencor lo evocaba sobre Helen. Cuanto más cerca sentía a su esposo, cuanto más lo abrazaba, cuanto más hablaba con él y compartía conversaciones... Más odiaba a esa mujer blanca. Por haberle robado lo que era suyo. Por haberle robado su vida. Y aunque al principio no quiso creer los rumores del embrujamiento, llegó un día en el que empezó a escucharlos. Alimentando así su envidia. Uniéndose poco a poco a los comentarios ponzoñosos del resto de mujeres. Y aquel estado, navegando entre el pleno amor y el pleno odio, era el que aprovechaban las alimañas como Ibrahim o Hassan.

La única que seguía en su misma posición era la reina Rania. Que a pesar de haber sido relegada a reina madre, seguía teniendo mucho poder sobre el palacio y sobre su hijo Khaled. En India se respetaban mucho a las madres y sus palabras eran obedecidas con respeto, como si fueran órdenes.



Capítulo 18

Pero un solo rey

En el Ajedrez, como en la vida, el adversario más peligroso es uno mismo.
Smislov, excampeón mundial de ajedrez.

Tres meses después.

El corto reinado de Khaled estaba marchando correctamente. Los ministros valoraban sus órdenes como sabias y justas. Su política interior y exterior gustaba a la mayoría. Menos a Ibrahim, Ibrahim no estaba de acuerdo con su política exterior. Junto a su grupo, reclamaba mano dura con los invasores.

—¡No podemos consentir que esos extranjeros sigan robando nuestros recursos! —vociferó el patriota, ante toda la corte. Removiendo su bigote al compás de sus palabras.

—¿Acaso crees que yo estoy de acuerdo? ¿Acaso piensas que me gusta regalar mi oro a esos invasores? —cuestionó el monarca, sentado y aparentando esa serenidad que era comúnmente envidiada.

—Sobrino, sé que no estás de acuerdo. Pero aquí no vengo a buscar apoyo moral, vengo a buscar apoyo militar. ¡Quiero echarlos a todos!

—Vendrán más. Y sus ejércitos superan a los nuestros en número.

—Si nos uniéramos todos los principados...

—¿Unirnos todos los principados? Eso es como pedirle al sol que salga por la noche. Nuestro mal no son ellos —se incorporó del sillón, dirigiéndose a toda la corte—. Nuestro mal, somos nosotros mismos. Estamos divididos. Somos un blanco fácil para cualquier colonizador... Rencillas nos separan unos de otros desde hace siglos. Ya sea por diferencias culturales, ideológicas o... por amores prohibidos que terminaron en desgracia.

—El pueblo nos apoya. Ellos pueden armarse también —insistió Ibrahim.

—Lo cierto es que sus exigencias son cada vez mayores —convino uno de los consejeros, ajeno al grupo de Ibrahim pero muy influyente en el país—. Ya no se conforman con una mina o con las plantaciones de té, he escuchado que algunos de esos... señores que se hacen llamar nobles en su país, han intentado ocupar puestos de alto mando dentro de las cortes. Quieren modificar nuestras leyes a su antojo, creando conflictos entre musulmanes y hindúes. Donde nosotros siempre hemos vivido en paz a pesar de las diferencias religiosas. Pretenden sembrar el caos en las calles, que nos odiamos entre nosotros para ser todavía más débiles.

Khaled se llevó las manos a la espalda mientras en la sala se levantaba un murmullo. El ambiente se estaba caldeando por momentos y esperaban que su gobernante actuara al respecto. Unas palabras no los calmarían. Y si era justo, debía actuar.

—Hablaré con el rey Harun de Bengala. Lucharemos contra el invasor... —dijo al fin el soberano, sin más remedio.

El salón se llenó de vítores y de una alegría generalizada. Los tiempos estaban cambiando. Las mujeres, que escuchaban desde los balcones, también se emocionaron. La guerra daba esa sensación de euforia, de victoria. Aunque estuviera perdida.

—¡Pero! —dio un golpe de voz Khaled, haciendo callar a sus súbditos—. Lo haremos poco a poco y con la cabeza fría. ¡Nadie hará nada sin mi permiso!

No obstante, la oleada había empezado. La oleada de rebelión y odio había dado inicio. Y llegó al pueblo. Donde los plebeyos empezaron a sublevarse con la ayuda de las conferencias que Ibrahim ofrecía en las calles. Los indios estaban hartos de acatar órdenes extranjeras. Estaban hartos de ser discriminados y humillados en su propia tierra.

Se formaron guerrillas. Las guerrillas actuaban en motines puntuales, rompían casas coloniales o negaban la entrada de los ingleses a ciertos espacios. Aquello empezó a irritar a los británicos, que no tardaron en exigirle al rey de Haiderabad que hiciera algo al respecto. Como emisario, mandaron a Sir Gustave. Por diferentes motivos: por haber sido hijo de un Conde en Inglaterra, por ser el hombre extranjero más cercano a la Corte de Haiderabad y por sus relaciones con Emily Morgan, segunda esposa del rey Khaled. La señora Morgan había sido la institutriz de sus hijos y, al ser inglesa, consideraban que ella podría cooperar.

Lo que desconocían esos altos cargos británicos era que Emily en realidad

era Helen y que ella no estaba dispuesta a cooperar. Al contrario, ella había estado manipulando a sir Gustave durante años en favor de Haiderabad.

Sir Gustave, entre la espada y la pared, y sin olvidar el trágico destino de su primera esposa Eloísa, se presentó en el palacio. Fue sin más compañía que la de Musa de Bengala. Solicitó audiencia con el rey Khaled. Le fue concedida.

—¡Sir Gustave! ¡Qué agradable visita! —sonrió el monarca, arriba del trono de las veinte escaleras—. Mi esposa estará contenta de verle.

Khaled ignoraba lo que había hecho su esposa; así que para él, ese hombre era el tío de Helen sin más ni menos.

No obstante, lo que era una visita informal, se convirtió rápidamente en un asunto de estado. Ibrahim, Hassan y el resto de los ministros no tardaron en personificarse en la sala en cuanto supieron de la llegada de ese inglés.

—He venido como emisario del gobierno británico —dijo al fin el señor bigotudo y de patillas largas y blancas, sosteniendo sus gafas para que no se le cayeran con los nervios. Khaled lo miró con seriedad. Y el resto de los presentes miraron al soberano. Todos sabían que él tenía buena relación con ese hombre por su segunda esposa. ¿Qué haría ahora? —. Y me han mandado a decir esto. —Sacó un papel del bolsillo, con la mano temblorosa y empezó a leer. —Yo, sir Gustave, como representante del Gobierno Británico y de Nuestra Señora la Reina Victoria, exijo que el rey de Haiderabad ponga orden en sus calles y frente a las guerrillas. —Se aclaró la garganta, con la frente empapada de sudor y las patillas humedecidas por el mismo—. Y también exijo que entregue la suma de quinientas mil libras como compensación por los daños sufridos.

Justo en ese momento, en el que Ibrahim sacaba fuego por los ojos y Hassan quería matar a ese hombrecillo blanco, se anunció la llegada del rey Harun. Lo hicieron pasar. El rey Harun había venido para empezar una guerra contra los británicos. Con todo el protocolo exigido, se sentó al lado de Khaled. Y le pidió a sir Gustave que repitiera lo que acababa de decir. El comerciante de origen noble obedeció, tartamudeando a cada sílaba. Sentía los ojos de ambos reyes sobre su persona.

—¿No era este hombre amigo de tu segunda esposa? —dijo el rey Harun, al terminar de escuchar. Que se enteraba de todo lo que ocurría en Haiderabad a través de las doncellas de su hija. Quizás no sabía los detalles pero conocía lo esencial. El rey de Bengala sabía que su hija tenía que compartir a su esposo con una extranjera que había tirado mal de ojo a Khaled.

—Mi esposa no tiene nada que ver —decretó Khaled, sin dejar espacio a discusión.

—Si no tiene nada que ver... —intervino Ibrahim—. ¿Por qué le manda cartas semanalmente?

Khaled desconocía esa información pero aparentó saberla.

—Es normal que mi esposa se preocupe por las personas con las que vivió. Y no tengo que dar explicaciones sobre lo que hace mi familia.

Sir Gustave se removió, incómodo. Sir Gustave odiaba a su sobrina por haber matado a su esposa, pero no le deseaba ningún mal. No entraba en su naturaleza. Al contrario, le gustaría mantener la paz, por el bien de todos. Así que se calló. Pero hubo alguien que no lo hizo.

—¡Hermano! —Dio un paso al frente Hassan—. En esas cartas, tu... querida, no le pregunta a este invasor cómo están sus hijos. Tampoco le habla de su embarazo ni de su felicidad en este palacio. Sino que habla de temas políticos.

El rey Harun dio un respingo al oír aquello, clavando sus ojos en los de su yerno.

—¿Cómo te atreves?! —se enfureció Khaled, levantándose y desenfundado su sable para ponerlo sobre el cuello de su hermano menor, amenazándolo—. ¡Estás hablando cosas muy serias Hassan! ¡Estás hablando de mi esposa! ¡De la madre de tu futuro sobrino! ¿Emily es una traidora? Si Emily es una traidora, ¡yo también lo soy! —exclamó, dolido.

Helen era marginada, insultada y denigrada a diario. Las mujeres del harén ya no querían saber nada de ella, influenciadas por el cauce político y por Jodhya. Jodhya se había ganado a todo el palacio y lo había hecho suyo. Él no decía nada al respecto. Al fin y al cabo, ella era la reina. La hija del rey de Bengala, la hija del rey aliado. Pero... de ahí a decir que Helen era una traidora.

Aquello no lo iba a permitir ni a creer.

—Si no me crees, hermano —contestó el joven, con el filo de la espada en su garganta—, tengo pruebas.

—¿Has osado espiar a Emily? —Apretó su empuñadura. Khaled era mucho más corpulento que la mayoría de los hombres de esa sala y daba verdadero pavor verlo enfadado. Sus ojos negros se abrían como si con ellos pudiera tragarse a un hombre entero.

—¿No es lógico que miremos por la seguridad de nuestro país? Emily es tu esposa, pero no es india. Y nunca fue aceptada por nadie salvo por tu madre

y por tu padre —argumentó su tío, acercando unas cartas con la letra de Helen.

—No voy a leerlo. No me hace falta, sé que mi esposa no hablará con este inglés nada de lo que yo no sepa —Apartó el sable del cuello de Hassan, recordando que había sido Ibrahim quien ordenó matar a Helen el día de la henna.

—Sir Gustave, acerca de las plantaciones de té, debe informar al primer ministro inglés que no son suficientes para mandar más del treinta por ciento... Sir Gustave, mande una carta al gobernador expresándole el agradecimiento del rey Khaled por su colaboración en la participación de las minas... —leyó en voz alta su principal enemigo, dejando horrorizados a los presentes, incluido a Khaled aunque intentó disimularlo.

—Seguro que te lo has inventado, no me extrañaría. Para nadie es desconocida tu inquina hacia Helen —se burló el monarca—. Y aunque fuera cierto... No está diciendo nada en contra de nosotros, sino a favor —mencionó lo obvio, aunque le hubiera gustado acusarlo directamente por haber intentado matar a su mujer. Pero no podía hacerlo. Porque si lo hacía, pondría en peligro a Zerina y declarararía una guerra pública a un hombre poderoso e influyente. A pesar de que Zerina ya no era bienvenida, seguía amando a su mujer y le había sido fiel al contarle la verdad, exponiéndose a las represalias de su propio padre. No sabía cuándo necesitaría de su ayuda. Perder a esa mujer sería un error. Sus guardias todavía custodiaban la puerta de Helen cuando él no estaba. Fieles como ninguno otro.

—Debe ser cierto eso que dicen que estás embrujado —lo insultó su tío—. Ves la realidad frente a tus ojos y la niegas. Aunque Emily haya estado hablando a nuestro favor, se tratan de tan sólo dos cartas las que hemos podido leer. ¿Qué diría en el resto? ¿Por qué ella tiene que ordenar lo que tiene que decir Sir Gustave al Gobierno Británico? ¿Quién es ella? ¿Por qué actúa a nuestras espaldas? ¡Si ella es tu mujer, debería quedarse en su lugar! ¡Y no meter sus narices en nuestros asuntos! Hable, sir Gustave, ¿qué relación tiene con su compatriota?

Khaled se volvió a sentar con la cabeza entre las manos y el rey Harun mirándolo con claros reproches.

—Ella... Ella era la institutriz de mis hijos. Y...

—¿Cómo puede una institutriz ordenarle estas cosas? ¿Quién es ella? ¿Por qué ejerce este poder sobre usted?

—¿Qué ocurre aquí? —interrumpió la reina madre, vestida de blanco

como requería el protocolo al ser viuda del anterior rey.

—Emily ha estado actuando a nuestras espaldas —explicó Hassan—. Esto no se puede ocultar, madre —expresó, indicándole que callaba su verdadera identidad y muchos otros secretos pero que aquello no lo iba a esconder—. Ha estado hablando de asuntos de estado con sir Gustave sin que nuestro rey lo supiera. Es una traidora. Una bruja que envenena a nuestro líder.

Rania leyó esas cartas. Ella tampoco tenía conocimiento de ello y empezó a considerar, como el resto de la gente allí presente, que esa mujer quizás no era de fiar. Primero, enamoró a su hijo. Bien, eso ella podía entenderlo y la apoyó. Pero ya le empezó a disgustar cuando en lugar de ocupar su lugar se dedicó a lloriquear por las esquinas con el fin de apartar a Khaled de su primera esposa, causando un conflicto entre principados. Aunque comprendiera sus celos, no era aceptable. Todavía era más extraño que ella ocultara su verdadero nombre y su parentesco con el comerciante inglés. ¿Y ahora actuaba a espaldas de su hijo?

—Hijo... Esto no se puede tolerar de ningún modo. Debes divorciar a Emily Morgan. ¿Por qué tiene ella tanto poder sobre sir Gustave? ¿Quién se lo ha dado? ¿Quién es ella realmente?

—¡No! —negó Khaled en un grito ensordecedor—. No divorciaré a Emily.

—Dejadnos solos —ordenó Rania.

El rey Harun, los ministros, Ibrahim y Hassan abandonaron el lugar, por supuesto que sir Gustave también.

—Hijo... —se acercó Rania al monarca, colocando sus manos sobre el rostro masculino—. ¿Te das cuenta de a dónde hemos llegado? No hay forma de explicar que Helen haya podido tener ese control sobre un enemigo. Aunque dijéramos que estábamos nosotros detrás de esas órdenes y que Emily sólo cumplía nuestros deseos...Se preguntarán por qué el comerciante debía obedecerla. ¿Explicamos que es su sobrina? Y aunque fuera su sobrina... ¿Cómo ejerce tal mando sobre su tío? Esa mujer ha actuado detrás de ti... No es de fiar. Divórciala y...

—¡No! ¡Madre! No la divorciaré. Ella tendrá una buena explicación.

—Seguro que sí. ¿Pero se la puedes dar a tus súbditos? Son tiempos de guerra, de bandos. Ya no existen las posiciones neutras.

—No la divorciaré... No pienso hacerlo.

—No lo hagas, pero este palacio sigue cumpliendo mis órdenes y no quiero ver a esa desagradecida en mis pasillos.

—¿Echarás a mi esposa?

—Búscales otro lugar para vivir. Quizás en el edificio de las bailarinas, estaría bien.

—¿Bailarina? ¡Já! Ella no es ninguna bailarina. Ella es la esposa de un rey. Y se quedará aquí. En el palacio del rey.

—Entonces enciérrala en tu habitación, porque en los pasillos no estará a salvo...

Jodhya lloraba su desgracia en un rincón de palacio. Donde creía que nadie podía verla. Khaled hacía días que no la visitaba, y saber del embarazo de esa mujer inglesa no la ayudaba a mitigar su dolor. ¡Helen embarazada! ¡Mientras ella seguía siendo virgen! ¡Qué humillación!

—¿Qué haces aquí, hija? —era la voz de su padre, la había encontrado tras seguir las indicaciones de las doncellas—. ¿Por qué lloras?

—Por nada, papá —se recompuso rápidamente, limpiándose las lágrimas—. A una de mis sirvientas se le ha muerto su madre y he sentido una gran congoja por ella —mintió.

—¿Por qué sigues defendiéndole? ¿Por qué sigues justificándole?

—Es mi esposo —dejó las mentiras y las hipocresías.

—Vuelve a casa. Que se quede con esa traidora. Si tú vuelves con nosotros, nuestras relaciones con Haiderabad habrán terminado. Que se espabile con su revolución y sus problemas internos...

—No. No abandonaré a mi esposo. Nunca. Mi corazón está a su lado.

—¿No sabes lo que ha pasado?

—¿Lo de las cartas?

—Exacto.

—Esa mujer podría robar el Taj Mahal y seguir siendo la favorita del rey de Haiderabad —rio amargamente la reina—. Pero yo seguiría estando a su lado.

—Está bien, hija. Está bien... —se marchó el monarca, dejándola sola otra vez.

Pero su soledad no duró mucho: el tío de su marido apareció, acompañado por Hassan.

—¡Ibrahim! —se asustó al verlo, no lo esperaba y le causaba mucho miedo ese hombre—. ¿A que debo el honor de su visita? —se esforzó por sonreír.

—He oído lo que hablabas con el rey Harun. ¿Por qué? ¿Por qué seguir con esta farsa? ¿Por qué no acabar con esa mujer que te impide ser feliz? Ya ha perdido todo el apoyo. Ni si quiera la reina está de su parte ya...

—No haré nada que perjudique a mi esposo. Si él la ama, ¿cómo podría matar yo al objeto de su amor? ¿No has oído que hay hombres que enloquecen por este sentimiento? ¿Acaso pretendes que participe en su locura?

—Eres una mujer digna de admirar y una esposa que el tonto de mi sobrino no se merece. ¿Pero acaso esa mujer no es la causante de su locura? ¿No lo manipula con sus venenos occidentales? ¿No crees que si ella desapareciera, tu esposo se libraría de ese embrujo? Necesitamos al hombre que conocemos, no a esta versión modificada por una espía. Tiene que mostrarse fuerte contra los ingleses y ella sólo lo debilita.

Jodhya, que amaba a Khaled con locura y odiaba a Helen a partes iguales, creyó los argumentos de ese hombre. Sangre de su marido. Lo reflexionó mientras se miraba en el reflejo de un manantial que tenía cerca.

—¿Y qué puedo hacer yo? —preguntó, a media voz, dudosa.

—Si sabes cualquier cosa que nos pueda ayudar a desenmascarar a esa mujer... Si has podido enterarte de alguna información que nos sea de utilidad. Tú eres la reina y escucharemos tu voz.

—Vabi —era la voz de Hassan, que se había mantenido oculto en un segundo plano—. Sé sincera, por favor. Yo no puedo hablar por respeto a mi madre, le prometí que no haría nada que perjudicara a mi hermano y no lo voy a hacer... ¿Pero no es hora de decir la verdad? ¿No es hora de sacar al enemigo de nuestras paredes y de nuestras entrañas? Oh, vabi... Si te hubieras casado conmigo, yo te hubiera hecho feliz.

—Tú nunca habrías podido hacerme feliz —lo encaró Jodhya—. Porque no te amo ni nunca te voy a amar. Pero... Quiero terminar con esa mujer que está estropeando a tu querido hermano. Ella es la culpable de todo. Tío Ibrahim, Emily es una impostora... En realidad —tragó saliva— se llama...Helen.

—¿Y eso lo sabía mi sobrino? —se escandalizó el dirigente.

Hassan y Jodhya se miraron entre sí. Podían acabar con Khaled de una sola respuesta. Jodhya recordó el amor hacia su marido y Hassan recordó el respeto hacia su madre todavía viva.

—No. Él no lo sabía.

—Entonces la imperialista nos ha engañado a todos... Voy a investigar quién es realmente. Y... Buenas noticias reina Jodhya. El rey Khaled sólo tiene una esposa. Porque el matrimonio con un nombre falso no es válido.

Jodhya se llevó las manos sobre la boca en cuanto los hombres se marcharon.

¿Qué había hecho?

¡Por favor, que Khaled no se viera perjudicado por aquello!, suplicó para sus adentros.

Capítulo 19

La verdad

Lo verdadero es siempre sencillo, pero solemos llegar a ello por el camino más complicado.

George Sand (1804-1876) Escritora francesa.

Helen estaba en su palacete junto a su hijo Joseph cuando vio llegar a la guardia real. Se incorporó de los juegos infantiles, recolocándose el sari.

—Por órdenes de la reina Rania, debe abandonar este palacete —explicó uno de los guardias, alto y fornido, sin ni si quiera mirarla.

—¿Cómo voy a abandonar lo que es mío por derecho? —repuso ella, comedida pero tajante—. Este es el edificio que mi marido me ha asignado como su esposa. Y no lo voy a abandonar si él no me lo pide.

—El palacio se rige por la ley de la reina Rania y este palacete está bajo su disposición y no bajo la suya —aclaró el hombre, acercándose a ella para cogerla por el brazo y sacarla de ahí. Pero ella dio dos pasos atrás, apartándose de él.

—El palacio se mueve bajo la ley de la reina madre, pero mi cuerpo sólo se mueve por la ley del rey Khaled.

—Emily —nombró el monarca, entrando por la puerta. Se mostraba enfadado, cosa muy poco habitual en él. Andaba con ese paso confiado que le caracterizaba, pero lo hacía con el gesto severo y las manos en su espalda.

—¡Khaled! Estos hombres... —trató de explicarle, pero él levantó una mano indicándole que guardara silencio.

—Salid, yo me encargo —ordenó—. ¿Cómo has podido? —reclamó, una vez a solas.

—Joseph, sal a jugar con Priya mientras hablo con Khaled. ¿De acuerdo? Pero no te vayas muy lejos.

—De acuerdo, mamá.

—¿De qué estás hablando? —cuestionó la inglesa, en cuanto se aseguró de

que Josh no podía oírlos.

—De esto. —Tiró sobre la cama las cartas. Las pruebas de su engaño. Helen abrió los ojos como platos. ¿Cómo lo habían sabido?

—Yo... Tengo una explicación.

—Sí, seguro que la tienes. ¿Pero por qué me lo ocultaste? ¡Me has humillado frente a toda la corte! ¡Nos has puesto en peligro!

Helen le narró todo lo sucedido con su tía Eloísa y el chantaje de tío Gustave para ganar participaciones en la mina.

—Por mucho que hayas obrado en favor del país, deberías habérmelo comunicado... Sé que querías ayudar, pero no era la manera correcta. No ha sido correcto. Ahora el mundo se pregunta por qué mi esposa tenía tanto poder sobre el británico. Se preguntan por qué sir Gustave te obedecía. ¿Debo explicarles que le cortaste la cabeza a su mujer para que no revelara tu verdadera identidad? ¿Debo dar a entender que sir Gustave tenía miedo de perder su cabeza? Y entonces me dirán: ¿Cuál es su verdadera identidad? ¿Qué debo decir en ese momento, Helen? ¿Digo que te llamas Helen Ravorford y que estás huyendo de la justicia? ¿No te das cuenta? ¡No hay forma posible de explicar esto! —Cogió las cartas y las tiró al suelo, con rabia—. ¡Les has dado un motivo para desconfiar! Estamos en guerra, amada mía. Y tú formas parte del lado contrario. No desde mi punto de vista, pero sí desde el suyo. ¡Una espía que me ha embrujado! ¡Una espía que daba órdenes al emisario británico sin que su marido lo supiera!

—¡Ya basta! —Los ojos de Helen se tiñeron de oscuro. —¿Si fuera una espía habría obrado en vuestro favor? ¿Por qué no he mandado ninguna carta hablando de vuestros secretos? ¿No soy una traidora? ¿Dónde están las pruebas?

—Piensan que puede haber más cartas... Misivas de las que nadie sabe su contenido. Sobres que pudieran contener información confidencial o órdenes perjudiciales hacia nosotros.

—¿Tú piensas eso? —Se acercó la mujer a su esposo, cogiéndole la barbilla y buscando en sus inmensos ojos negros.

—No, por supuesto que no. Pero me has ofendido. Debiste confiar en mí. —Se zafó de su agarre. —Ahora ni si quiera mi madre te apoya... Le ha disgustado mucho lo que has hecho a nuestras espaldas. Tienes que abandonar este palacete, Helen.

Helen hizo vibrar sus pupilas sobre las de él. *¿Estaba hablando en serio?*

—¿Y a dónde voy a ir?

—A mis habitaciones. Vivirás allí...

—¡No! —sentenció la embarazada, llevándose la mano sobre la barriga—. ¡No me arrinconarán! Quieren encerrarme como a una bestia a punto de ser devorada. Y no lo permitiré... Primero es esto y luego será una cárcel. Quién sabe si... incluso, una sentencia de muerte firmada por ti mismo.

Khaled la miró preso de la rabia. Tenía las venas del cuello hinchadas y le dolían las manos de soportar la tensión.

—¡No soy yo el traidor! —bramó, gritándola por primera vez y haciendo llegar su voz hasta el harén. —Eres tú la que no has confiado en mí. ¿No pensaste ni por un sólo minuto que tenías que consultarme algo tan grave como el cortarle la cabeza a una persona? ¿No pensaste ni por un segundo que tenías que preguntarme, al menos una vez, qué opinaba de tus órdenes a Sir Gustave? —bajó el tono de voz una octava—. No tengo forma de exculparte frente a mis súbditos a no ser que desvele quién eres en realidad. Y si lo hago... Declararán nuestro matrimonio nulo. Porque te recuerdo que estamos casados como Khaled y Emily Morgan frente a toda la sociedad.

—En la mezquita tienen nuestro certificado de matrimonio, con nuestros nombre reales.

Khaled aplaudió. Riendo amargamente.

—¿Ahora quieres que explique que el rey de Haiderabad traicionó al rey de Bengala? ¿Es eso? ¿Quieres que digamos al mundo que tú eres la primera esposa? ¿Quieres que me sentencien a muerte junto a ti? Si es eso, de acuerdo. Vamos, contémosles a estos consejeros del amor qué opinan sobre el matrimonio entre un indio y una inglesa. Qué opinan de que una inglesa sea su reina —La cogió por la mano y tiró de ella.

Helen paró en seco y soltó su agarre de un duro movimiento. En sus ojos femeninos no había lágrimas ni dolor. Sino determinación.

—Lo contaré yo. Reúnelos a todos: la reina rania, Jodhya, Ibrahim, Hassan, los ministros y quien sea necesario.

—Como siempre, tus deseos son órdenes —reverenció irónicamente y salió. La dejó sola en el palacete. Lugar del que nadie había conseguido sacarla todavía. La reina seguía en su casilla.

Pero iba a avanzar en el tablero, para atacar.

Dos días después.

En la sala de los elefantes, donde dos ríos corrían por el suelo, Khaled

reunió a toda la corte. La reina Rania se sentó cerca del trono, al lado de Jodhya. Ibrahim y Hassan lo hicieron juntos y los ministros estaban distribuidos según su posición en el gobierno. Al rey Harun se le ofreció un trono al lado del principal.

—El rey Khaled nos ha reunido a todos—susurró Ibrahim a su sobrino Hassan, observando a la multitud—. Espero que sea para decirnos que se divorcia de esa impostora. De lo contrario, traigo aquí todos los documentos que explican quién es Helen Ravorford y por qué se la busca —Hassan asintió en respuesta—. ¡Una asesina! ¡Sobrina de Sir Gustave! Lo he estado pensando mucho y he llegado a la conclusión de que su tío la metió aquí. Lo de las órdenes en las cartas y demás... no es nada más que el cuerno del elefante. En realidad esa mujer cumplía órdenes de más arriba. Quién sabe si del primer ministro o... A cambio de no meterla en la cárcel.

—¿No ha abandonado el palacete, esa mujer? —preguntó Jodhya a su suegra.

—No. Pero si en esta reunión mi hijo no la divorcia, yo misma la sacaré. ¡En mala hora confié en esa mujer! —se lamentó Rania—. Por fortuna nadie sabe nada acerca de su verdadera identidad, si no la desgracia y la deshonra serían aún mayores... —Jodhya desvió la mirada, en busca de Ibrahim. Lo encontró hablando con su cuñado Hassan. Tragó saliva al verlo tan confiado. De seguro había descubierto algo... Suplicó que su esposo no se viera afectado por culpa de haber revelado ese secreto. También tenía miedo de la reina madre... Si llegaba a saber que había hablado de más...

El murmullo general se silenció en cuanto el monarca entró. Pero al contrario de lo que pensaban, no se dirigió a ellos. Subió directamente a su trono y se sentó. Los presentes se miraron unos a otros, extrañados. ¿Si no era él quién iba a hablar? ¿Entonces quién?

Como si cien tambores resonaran a la vez dentro de aquel palacio, Helen Ravorford entró en el salón. Con el mentón alto. Llevaba un sari dorado como el oro. Repleto de pedrería. El rostro descubierto, pero ornamentado con el punto en la frente, el arete en la nariz y los pendientes. Sus pasos eran acompañados por la sonata de sus joyas al tintinear, sobre todo las pulseras de los tobillos. Y, aunque portaba el sari de forma que le cubriera parte de la cabeza, se veía claramente su larga melena rubia y lisa. Bien peinada y dejada caer a un lado expresamente. Su vientre abultado sólo era un añadido a más a la majestuosa imagen que daba la dama casada con el rajá.

Anduvo sin titubear hasta el centro del lugar, para que todos pudieran verla

bien. Algunos jamás la habían visto, aunque la odiaban por lo que habían escuchado. Otros, jamás creyeron que la verían en esa sala.

—¡Señores! —Miró a los lados, enfrentando las miradas de los ministros, de Ibrahim, de Hassan y de quien hiciera falta. Su mirada era añil teñida de azul marino y sus pestañas doradas vibraban al son de la velas. —Me presento ante ustedes, ya que algunos no me conocen. Soy la esposa de Khaled de Haiderabad. La madre de su futuro hijo y parte de su nación —Algunos, recuperados tras el estupor inicial, se removieron incómodos en sus sillones al oír aquellas declaraciones.

—¿Qué es esto, Su Excelencia? —demandó el primer ministro, levantándose para dirigirse al rey. Pero Khaled negó con la mano y señaló a la mujer rubia que estaba en medio de todos aquellos indios. Indicando que la escucharan. El ministro se sentó, confuso.

—¡Traidora! —vociferó alguien en hindi.

Helen sonrió, había estado esperando aquello.

—¡Hoy vengo a contaros la historia de una traidora! —gritó en hindi, para que la oyeran bien. El hecho de que hablara y entendiera el idioma perfectamente, también sorprendió a los oyentes. *(A partir de aquí debe imaginarse que la conversación se desarrolla en el idioma oficial de India).* —Había una vez, una niña que amaba la libertad. Una niña que amaba escribir. Que amaba disparar y montar a caballo... Esa niña creció y fue puesta en el mercado. Para que un hombre la comprara y se la pudiera llevar a casa a modo de esposa. La niña lloró y lloró, suplicándole a su madre que no la casara con el hombre más temible del pueblo. Pero su madre no la escuchó y la obligó a casarse con un Conde. El Conde tenía la apariencia de un príncipe azul pero resultó ser un sapo venenoso. Dicho personaje, era un alcohólico, un mujeriego y un despilfarrador. Que no contento con todo eso, también era un mal tratador. La niña, que ya no era tan niña, soportó durante diez años todo tipo de golpes, violaciones y humillaciones —Andaba a través del pasillo central, en medio de los dos pequeños ríos, mirando a los lados, donde estaban sentados esos hombres poderosos que la escuchaban pero todavía no la entendían. —Para la joven su única felicidad eran los hijos que habían nacido de ese infernal matrimonio. Y aunque había sido privada de la libertad, de escribir, de disparar y de montar a caballo... Le quedaba una fuerza innata, la fuerza de una leona para con sus hijos. Y esa fue la perdición del Conde. El sapo venenoso no sólo pegaba a la leona, también pegaba a sus cachorros. Los torturaba. Eran dos cachorros. Y el muy cobarde, en medio de una disputa,

mató a la cría más pequeña —Aguantó el llanto, haciéndose fuerte a cada paso, a cada tintineo, a cada mirada. —La leona, como buena madre, saltó sobre el sapo y lo mató. Pero aun habiendo obrado con justicia... ¿o no es verdad? —cuestionó a la sala, alzando la voz—. ¿Obró con justicia la leona?

—Por supuesto —respondió un hombre con barba larga y ojos grandes, tras un largo silencio—. Un hombre que mata a sus hijos no merece vivir. Tampoco una mujer debe soportar ese trato... Por eso en nuestro libro Sagrado, el Corán, se habla del divorcio.

—Sí, la leona obró bien —se agregó una de las mujeres que estaba en los balcones, identificada con la historia de la traidora.

Se fueron sumando más personas en favor de la niña que mató al Conde, hasta que toda la sala estuvo de acuerdo menos Ibrahim y Hassan. Que se quedaron callados. Khaled tenía una mano sobre la frente y la miraba con cara significativa, pero ella prosiguió. (No hace falta mencionar que la reina Rania y Jodhya estaban como dos piedras sobre los sillones).

—Pero la joven no tenía cabida en su sociedad. Su madre le dio la espalda y la acusaron de asesinato. Huyendo de una muerte segura, cogió a su único cachorro en vida y huyó a tierras extrañas —Los asistentes empezaron a relacionar la niña con ella, aunque habían tenido sospechas desde el principio. —En esas tierras la leona curó sus heridas. Encontró personas que no querían dañarla. Personas que cuidaban de ella y que la valoraban. La valoraron tanto que la hicieron maestra —Se giró hacia la reina Rania, penetrándola con sus ojos azules hasta el cráneo. —En su nueva vida, encontró a un león. Un verdadero príncipe. Un príncipe de cuento. Se enamoraron... Pero una vez más, el destino de la joven era sufrir. Después de haberse enamorado, descubrió que existía una princesa para el príncipe. Y que ella... ella tan sólo era una asesina que se había creído con el derecho a vivir — Miró a Jodhya.

—¡Habla claro, mujer! —se alteró uno de los funcionarios—. ¿Qué es este cuento? ¿Quiénes son esos personajes?

—¡Soy yo! —reclamó al aire, rugiendo como una tigresa y liberando el demonio de sus entrañas—. Y soy Helen Ravorford, hija de los Condes de Pembroke de Inglaterra. Viuda del Conde de York, Conde que maté con mis propias manos —explicó arrastrando las letras mientras ponía sus manos en forma de garras y apretaba sus venas hasta hacer salir su identidad por el sudor—. ¡Maté a mi esposo porque mató a mi hija! ¡Mi hija Rose! —Se dirigió al rey Harun—. ¿Qué haría usted si alguien matara a su niña? ¡Dígalo!

—Lo mataría —repuso el rey Harun, nadando entre la admiración, la confusión y la pesadilla hecha realidad.

—¡Eso hice yo!

Helen andaba de un lado hacia otro, hablando pausadamente, gritando cuando debía hacerlo y moviéndose con cordura. La locura de su narración sumada a su apariencia desgarradora pero cabal, hizo que la corte se interesara por primera vez por esa mujer como mujer y no como enemiga.

—Pero mi país me condena. ¡Una mujer no puede matar a su marido! ¡Y mucho menos si es un Conde! Por eso escapé. ¡Escapé! Vine aquí con una identidad falsa: Emily Morgan —rio irónicamente—. Emily Morgan, la institutriz de los señores Ravorford. Amé este país desde que lo pisé. Me llenó de vida, de paz, de libertad... Intenté amoldarme a mi nueva casa, en casa de mis tíos. Pero mi tía me odiaba. Diosa sabría por qué pero me odiaba. Eloísa Ravorford odiaba a los indios y me odiaba a mí. Pero yo callaba y callaba. Un día, mientras impartía clases a los niños, escuché un fuerte ruido. Debí imaginar que era mi destino cambiando otra vez. Pero no lo supe hasta que vi a Khaled. Lo vi en esa caminata real de vuelta al castillo. Y nos enamoramos.

Gritos de indignación y miradas ponzoñosas ondearon de una punta a otra. Sobre todo por parte de la reina Jodhya.

—Cálmense, señores. ¡Que amar no es un pecado! Amé a Khaled desde el primer día. Yo no sabía que él estaba prometido —Miró a Jodhya y se acercó a ella, cogiéndola por las manos. —No lo sabía —repitió, llegando al alma de su rival—. Aunque de haberlo sabido, tampoco me hubiera ayudado mucho... Porque mi destino estaba atado a él. Mi amor por él no tiene condiciones ni mares turbulentos que puedan doblarlo. Como toda pareja que se ama —Se separó de Jodhya. —Queríamos casarnos —Llegó al rey Harun, arrodillándose ante él—. Y lo hicimos. Nos casamos —Rania se llevó las manos a la cabeza—. Nos casamos en secreto, sin que nadie supiera nada. Khaled ya no deseaba contraer nupcias con su prometida, quería casarse conmigo... Pero nos obligaron a hacerlo así. Para no romper relaciones con el principado de Bengala. Y aquí empieza la historia de cómo la leona se convirtió en reina.

Los espejos, las lámparas y el río temblaron ante la furia del bengalí. Entró en cólera al saberse estafado y amenazó con entrar en guerra en ese mismo instante. Nadie podía pararlo, ni si quiera su apocada hija. Khaled se preparó para la batalla, pero no habría derramamiento de sangre. Porque Helen era

astuta como un demonio. Fue la única capaz de coger al rey Harun por las manos y muy tranquilamente le dijo:

—En el ajedrez hay dos reinas. Y en esta corte también. Porque Khaled de Haiderabad ha cogido mi mano pero no ha soltado la de su hija. Su hija, sabiendo toda la verdad, nos suplicó que nos quedáramos y mi marido lo hizo. Se quedó por ella, por el amor que siente por ella. Sí, Jodhya. Khaled te ama —La señaló—. Pudo haberte usado y no lo hizo. Habla, ¿no fuiste tú la que nos detuvo cuando quisimos huir? Podrías haberte casado con el siguiente en la línea de sucesión pero... No lo hiciste. Te conformaste sabiendo lo que había.

—¿Es cierto eso, hija?

—Sí, papá —confesó entre lágrimas la joven—. Khaled quiso renunciar al trono y la maharaní me ofreció ser la primera esposa de Hassan, el siguiente heredero al trono y por lo tanto rey si Khaled se iba. Pero yo amo a mi esposo, lo amé desde niña y no quería perjudicarlo... Le supliqué que se quedara, por mí. Y lo hizo. Siempre me ha tratado bien, muchas noches me visita y me colma de atenciones...

El rey Harun, gordo como dos crías de elefante, se volvió a sentar ordenando a sus hombres que se replegaran.

—Si mi hija ha decidido estar en un segundo lugar, por encima de su dignidad y de la de su país, no entraré en guerra con el esposo que tanto ama. Pero tampoco lucharé a su lado. Nuestra alianza está rota.

Khaled asintió. Aceptando el fin de la alianza entre Bengala y Haiderabad y, por lo tanto, debilitándose frente a los ingleses.

—¡Esto es lo que quería ella! ¡Ella quería debilitarnos frente a los suyos! —culpó Ibrahim al ver lo que acababa de suceder—. ¡Y lo ha conseguido! ¡Ha dicho toda la verdad acerca de su identidad! ¡Pero no me creo su lealtad al rey Khaled! ¿Cómo se explica que diera órdenes a su tío y éste las aceptara como si nada? ¡Estoy convencido de que para huir de la cárcel británica, sus superiores la han metido aquí! ¡Como una espía! ¡Su tío no era nada más que el cuerno del elefante! —El rebelde escupió todo aquello después de que su llave maestra (la información privilegiada sobre la identidad de Helen) se viera rota.

—Ibrahim, ¿verdad? —dijo la reina Helen, a media voz pero audible.

—¿Acaso no me conoces? ¡Desvergonzada!

—Oh, lo conozco muy bien... Muy bien —plantó cara a su verdadero enemigo por primera vez, frente a frente. Pero ella no tenía miedo, al

contrario, rugía—. Vamos a ir por partes, Ibrahim. Yo daba órdenes a mi tío es cierto —Volvió al centro. —Como he explicado al inicio, mi tía Eloísa me despreciaba y despreciaba a este país. Yo no soportaba sus comentarios soberbiosos, pero mucho menos los toleré después de contraer nupcias con Khaled. Un día, fui a visitar a mis tíos. Yo los tomaba como mi familia. La única que tenía cerca. ¿Pero qué me encontré una vez más? ¡Ataduras, amenazas y mal tratos! Mi tío Gustave quería más participaciones en la mina de Haiderabad y quería que yo intercediera por él. Quería que yo hablara con la maharaní sobre sus pretensiones ya que el rey Asaf se había negado en rotundo. Yo me negué. Primero, no quería ser usada por nadie más. Segundo, ¿por qué India tenía que darle nada a ese señor? ¿Por qué mi marido tenía que doblegarse ante el imperio británico? ¿Por qué los extranjeros vienen aquí apoderándose de lo que no es suyo?

Hassan relajó su rostro, escuchando atentamente a su cuñada. Los ministros también hicieron lo mismo. Aquello que decía aquella inglesa se parecía mucho a lo que pensaban ellos. No obstante, Ibrahim, aferrado a sus convicciones seguía anclado en sus suposiciones.

—¿Y qué tiene que ver esto con las cartas? ¡No nos engañarás! —espetó nervioso el hombre delgaducho.

—Un momento, señor Ibrahim. Ahora voy a contarlo todo... ¿Este hombre es siempre así? —interrogó a la sala con una sonrisa, provocando una risotada general.

—Como iba diciendo, me negué a los ruegos de mi tío. Pero mi tía me dijo: "*si no nos ayudas, te delataremos a las autoridades*".

—¡Maldita bruja! ¡Nunca me cayó en gracia esa mujer! —comentó la reina Rania, que había tenido la oportunidad de coincidir con Eloísa en alguna ocasión.

—Pasé una noche terrible. No sabía qué hacer. No quería que mi suegra, que tanto me había apoyado, pensara que yo tenía segundas intenciones con su hijo. Tampoco quería inmiscuir a mi recién marido, con el que quería vivir un matrimonio feliz por primera vez en mi vida... Y que yo sentía que debía vivir —Se arrodilló ante su esposo—. Te pido disculpas si te he traicionado. Sé que sí... Pero lo hice por ti, por nosotros.

Khaled la cogió por los hombros y la perdonó públicamente.

—¿Pero qué hiciste? —preguntó una dama desde el balcón, muy intrigada por esa magnífica narración.

—Le corté la cabeza. Corté la cabeza de tía Eloísa y se la serví a mi tío en

una bandeja de plata.

Los espectadores se quedaron atónitos. Callados, serios. La miraron fijamente de arriba a abajo y luego estallaron en risas. No la creían.

—¿Esperas que creamos este cuento? —pinchó Ibrahim.

—¿Creerías a tu hija? Zerina, pasa por favor.



Capítulo 20

Cada pieza en su casilla

Ningún hombre o mujer nacido, cobarde o valiente, puede eludir su destino.
Homero.

Zerina entró en la sala de los elefantes acompañada de su séquito y de su guardia personal. Era una mujer muy influyente. Habiendo podido escapar de las garras del matrimonio forzado, se había instruido en infinidad de materias y era comúnmente respetada por los autóctonos: tanto por hombres como por mujeres.

Zerina no quería perjudicar a su padre Ibrahim, pero siendo una mujer justa y habiendo sufrido en sus propias carnes los ataques de ese hombre, no podía quedarse en silencio. Era el momento de recobrar su amistad con Helen y hablar en su favor. Aunque con ello, tuviera que decir la verdad.

—¿Esta es su hija, cierto? —preguntó Helen, al señor del bigote espeso y mirada hiriente.

—No negaré que es hija de mi esposa —repuso él, mirando con desprecio a la mujer soltera.

Zerina sonrió ante el insulto de su padre, pero no dijo nada. Vestida con un sari púrpura y con la mirada sabia, permaneció en silencio.

—Hija de la esposa de Ibrahim —parafraseó la leona, mirando hacia su antigua amiga—. ¿Puedes explicar qué sucedió con los señores Ravorford, mis tíos?

—Mandaste a cortar la cabeza de tu tía y luego se la serviste en una bandeja de plata a tu tío Gustave para que no siguiera chantajeándote. Es más, aprovechaste el miedo de ese inglés para dominarlo y usarlo en favor del país. Le dijiste que trabajaría para ti y que informaría al gobierno británico lo que tú quisieras. Mi séquito y mis guardias también estaban y pueden corroborar

estos hechos.

Los mencionados asintieron al unísono, haciendo vibrar los cristales con la ensordecedora verdad.



Ministros, consejeros, mujeres, damas y hasta los mismos reyes miraron a Helen Ravorford de forma distinta. Se habían aclarado mucho enigmas y la mujer que habían tildado de traidora ya no les parecía tal cosa ni tan peligrosa como imaginaron.

—De todas formas, no debió actuar a nuestras espaldas. ¿Quién sabe que habría en esas cartas? Sí, hizo un buen acto. No lo negaré. ¿Pero no debió informarnos de sus planes? —dijo Hassan, su cuñado.

—Por eso he traído todas las cartas que mandé a mi tío Gustave. Musa, por favor, pase.

Pasó Musa de Bengala, el sirviente de su tío, pero fiel a Helen desde el principio.

—Musa se encargó de guardar todas y cada una de las misivas que yo mandaba al emisario inglés. Precisamente como precaución. Una madre aprende a ser precavida cuando sus hijos dependen sólo de ella... Por favor, señor Musa... ¿Puede repartirlas entre los nobles asistentes?

Los sobres se repartieron y los presentes leyeron el contenido de los mismos. Dándose cuenta de que, efectivamente, en cada palabra escrita esa

inglesa luchaba por India.

—Creo que le debemos una disculpa, reina Helen —se disculpó el primer ministro, un hombre de barba larga y de apariencia religiosa.

—¿Disculpas? —se burló Ibrahim—. ¿Reina Helen? Quizás no podamos juzgarla como traidora. Pero sí de engaño. Se casó con nuestro rey haciéndole creer que se llamaba Emily Morgan cuando en realidad se llama Helen... No es nada más que una mentirosa que debe volver con los suyos agradeciendo que no la castigamos por su atrevimiento.

La reina Rania, Jodhya y Hassan se removieron incómodos en sus asientos. Ellos eran los únicos, a parte del mismo Khaled, que sabían de la validez de ese matrimonio. ¿Pero cómo decirlo sin perjudicar al rey?

—Ruego que disculpen a su rey por haber protegido a la mujer que ama... Pero él sabía quién era yo desde el principio —aquella declaración no agradó a los súbditos pero Helen siguió.

Hizo pasar al último testigo a su favor, el líder de la mezquita. Traía consigo el acta de matrimonio, anterior a la fecha del segundo matrimonio realizado de forma ficticia.

—¡Una inglesa nuestra reina! —escupió Hassan, que ya no tenía por qué seguir callando ningún secreto y podía hablar libremente sin que su madre se sintiera ofendida—. Por mucho que nos hayas ayudado y que seas la esposa legal de mi hermano Khaled... ¡No deseo que una extranjera me gobierne! ¡Quiero a una mujer de mi país!

—Estás hablando sandeces, niño —lo regañó el primer ministro—. ¿Qué importa de dónde sea? Si la mujer no tiene falta, no tiene falta. Además, lleva el heredero al trono en su vientre. En mi opinión, Helen ha demostrado estar de nuestra parte. Para mí, está todo bien. Centrémonos en lo importante: la lucha contra el invasor. —Tomó asiento mientras los más cercanos a él aplaudían sus palabras.

Sin embargo, a pesar de las palabras del señor, había muchos otros hombres que pensaban igual que Hassan y, por consiguiente, que Ibrahim. Helen lo sabía, por eso continuó con la otra parte de su discurso que tenía preparada (quería ganarse el apoyo de todos, sin excepciones):

—¿Conocéis la historia de Troya?

—¿La historia en la que dos ciudades entraron en guerra por una mujer de nombre Helena?

—Exacto—miró a sus súbditos—. Paris era el príncipe de Troya y raptó a Helena, la esposa de un líder griego. Los griegos, para recuperar a su reina,

viajaron hasta Troya para desencadenar una guerra. Sitiaron la ciudad por diez años pero no tuvieron éxito. Así que idearon un plan: fingir que se replegaban después de dejar un regalo. El regalo, según la mitología griega, era un caballo de madera enorme. Los troyanos celebraron la victoria con el caballo dentro de sus murallas. Bebieron y bebieron hasta que desde el interior del regalo salió un escuadrón entero de militares. Así ganaron los griegos.

—¿Y qué propones? —cuestionó Khaled, que había dejado hablar a su esposa durante todo ese tiempo.

—Que yo sea vuestro caballo de madera.

Idearon una estrategia de combate entre todos. Menos el rey Harun que volvió a su estado principesco, repudiando a su hija por el camino.

Al día siguiente de la reunión.

—¿Por qué me mentiste, Jodhya? ¿No me dijiste que Khaled no sabía nada sobre la identidad de Helen? ¡Me has hecho quedar como un imbécil! —reclamó Ibrahim, una vez a solas en una sala solitaria.

—Déjala, yo también lo sabía y no te dije nada —la defendió Hassan.

—Sois unos traidores... Los dos lo sois...

—Sólo queríamos proteger al rey... —adujo Jodhya—, él no merecía ser castigado.

—Aquí el único traidor es usted, Ibrahim —Entró Helen, con la guardia real a sus espaldas.

Jodhya, Hassan e Ibrahim palidecieron al instante.

—Arrestad a Ibrahim Khan.

Los militares obedecieron y cogieron al tío del rey para meterlo en la cárcel y juzgarlo.

—¡No puedes hacer esto! ¡No tienes ningún derecho! ¿De qué se me acusa? —vociferó el delgadocho mientras era arrastrado hacia fuera.

—Se te acusa de intentar matar a la reina.

Ibrahim abrió los ojos como platos y calló al instante. Iba a protestar, pero ya empezaba a conocer a Helen como para imaginar que tenía pruebas suficientes para inculparlo. Aceptó su derrota.

Una vez a solas, Helen miró a Hassan y a Jodhya. Hassan había crecido mucho, ya tenía dieciocho años y estaba muy desarrollado a pesar de su edad. Era un joven adelantado a su tiempo, muy maduro y con barba espesa. Ya no era imberbe. Jodhya, pasaba de la veintena, pero era tan hermosa que seguía

pareciendo una muchacha casadera. Era un poco más baja que Hassan, más delgada que él y, si lo pensaba bien, hacían muy buena pareja.

Anduvo hasta ellos, a pasos cortos pero seguros.

—Yo...—intentó hablar Jodhya.

—No te preocupes —interrumpió Helen—. Sé que me delataste por celos, por rabia, por egoísmo... ¿Pero es eso amor verdadero, mi reina? No diré nada a nuestra suegra... Hemos tenido la desgracia de compartir el corazón de un mismo hombre... Pero yo sé que amor verdadero sólo hay uno. Y no me creo que tú estés centrando el tuyo en el hombre correcto. Y tú, Hassan... —Miró a su cuñado, aquel niño que le hacía la vida imposible en las clases pero que ya era un hombrecito—. Deseas muchas cosas que tiene tu hermano... ¿Pero no hay una en concreto que desees más? ¿No matarías a tu envidia y a tus celos si consiguieras lo que más quieres? —Cogió la mano del joven y se la puso encima de la mano de Jodhya.

—Pero...Yo no lo...—quiso protestar la reina, pero en cuanto sintió el tacto de Hassan sobre su piel no dijo nada. Se giró hacia el joven y lo miró como si fuera la primera vez que lo veía.

—Siempre te he amado, Jodhya... —confesó el muchacho.

—Y yo creo que he estado obsesionada en lugar de enamorada...

Helen salió de la sala dejando a esa nueva pareja a solas. Al hacerlo, se encontró con Khaled, que la había estado observando durante todo ese tiempo.

Khaled la miraba con una luz extraña. Sus ojos oscuros brillaban de emoción, devoción y arrepentimiento.

—Quiero pedirte perdón por cómo te hablé el otro día —pronunció, solemne. Mientras se pasaba la mano por la barba—. El hecho de descubrir que tenías secretos conmigo... Me alteró. No me gusta que haya nada escondido entre nosotros... Me gusta saberlo todo de ti, como siempre lo he sabido, desde el principio.

—Yo también te debo una disculpa, ahora privada. Estuvo fuera de lugar que no te comentara nada acerca de mis tíos. La única justificación que tengo es que no quería estropear nuestro recién matrimonio... Tú eres, con diferencia, lo mejor que me ha pasado en la vida... Y no quería estropearlo con amenazas y dolor.

—Las amenazas y el dolor no son nada si te siento a mi lado —declaró su esposo, mientras andaban uno al lado del otro hacia las dependencias reales. Había guardias y sirvientes pero al rey no pareció importarle, en un silencio

tentador, la cogió en volandas frente a todos. Ya no tenían que esconder nada, ni disimular su amor para no hacer daño a terceros... Eran por fin libres verdaderamente.

—¿Qué haces? —rio Helen, sintiendo sus mejillas coloreadas por el bochorno.

—Amarte sin condiciones. —La cargó hasta la habitación, entre risas y palabras afectuosas. —Lo has arreglado todo de tal modo, que me parece que estoy en un cuento de hadas. Me parece que nada es real... Que es un cuento como el de *Aladdin* y el genio de la lámpara —confesó una vez a solas en la alcoba.

—A veces la realidad supera la ficción —comentó la astuta reina—. Pero mi discurso ha llegado en el momento y el lugar oportunos. Si hubiera sido antes, me hubieran condenado a muerte... Si hubiera sido después, me hubieran condenado a muerte igualmente. He podido convencer a la corte de mi verdadero ser y mis intenciones, cosa impensable cuando llegué aquí. Así es el ajedrez, cada pieza en su casilla en el segundo adecuado. Si mueves el alfil precipitadamente, lo pierdes. Pero si mueves a la reina cuando todo parece acabado, puedes ganar.

—Mi reina —susurró el monarca al oído de la mujer, acariciando su cuello con las yemas de los dedos.

—Tendrás que divorciar a Jodhya y bendecir su matrimonio con Hassan —musitó Helen, tratando de no perder la cordura por el contacto de Khaled—. Su padre ya no quiere saber nada de ella...Después de lo ocurrido. Al menos que sea feliz en este palacio, se lo merece. Así tu hermano también se quedará tranquilo y dejará de buscar problemas... En cuanto a Ibrahim, espero que la justicia lo ponga en su lugar...No olvidaré jamás esa noche en la que temí por la vida de mis dos hijos...Si me hubiera matado a mí, hubiera matado a mi bebé. Y quien sabe si a Joseph. Eso ya sabes que no lo puedo perdonar.

—Ni yo tampoco —sonrió él, mientras le quitaba el velo y liberaba su infinita melena dorada. Esa melena de la que se enamoró al inicio, pareciéndole oro. ¡Oro para un rey!

—En cambio ya he perdonado a Zerina. Me ha recompensado por la afrenta y sé que lo que hizo... Lo hizo por coacción y...—la voz se le iba apagando a cada sílaba, ya no era capaz de seguir razonando. Khaled había empezado a besarla, besaba su cuello con sus labios finos y toscos. Aquello era demasiado placentero para seguir de pie, así que cuando le fallaron las piernas, su esposo la levantó del suelo y la llevó a la cama. Allí la tumbó.

Deslizó la tela del sari que quedaba a la altura de su pecho, dejando a la vista una bella camisa roja con adornos. Acarició sus pechos por encima de la tela, sin dejar de regalarle besos. Cuando el algodón se hizo insoportable, Khaled tiró de la prenda para liberar sus senos. Los encontró duros y preparados. Juguetó con ellos delicadamente, considerando que empezaban a llenarse de leche.

Helen ya no se acordaba de nada. Ni del discurso ni de nadie. Sólo eran él y ella. Como siempre tuvo que ser. Un amor puro y que había luchado contra todo y contra todos. Se dejó llevar por las caricias, por el amor de Khaled. Suspiró, gimió y se retorció.

Cuando el rey se cansó de sus pechos, queriendo abarcar el cuerpo con dos manos, bajó a sus partes íntimas. Introdujo una mano por debajo de la falda del sari y le tocó sus carnes más íntimas. Jugó con ellas hasta que el agua empapó la sábana.

Helen, presa de la pasión, tiró de la camisa de su marido, dejando su torso fornido y esculpido a la vista. El color canela de sus pectorales era lo más estimulante. El contraste de pieles era lo más bonito.

Hicieron el amor sin restricciones, sin cláusulas. Hicieron llegar los gritos de su triunfo a los pasillos, haciendo pública su redención.

Tres meses después.

No fue necesario que Khaled divorciara a Jodhya, simplemente se anuló el matrimonio ya que no lo habían consumado nunca. Con Jodhya libre, Hassan pudo desposarla. El joven enamorado se olvidó de sus pretensiones al trono al tener a su esposa en su lecho. La hizo suya con tanta devoción que la dejó embarazada en el primer mes de unión.

Sin embargo, mientras el vástago de Jodhya y de Hassan se desarrollaba, el hijo de Khaled y de Helen llegaba al mundo. La gestación había llegado a su fin y las comadronas corrían de un lugar a otro para asistir el parto de la reina.

Helen, que ya pasaba de la treintena y se acercaba a la cuarentena, dio a luz una preciosa hija. Una niña de nombre Rania en honor a la abuela. No obstante, el parto fue tan complicado que los médicos determinaron que no podría volver a tener hijos. Aquello cayó como un balde de agua fría sobre la esposa del rey.

Con su niña en brazos, una preciosa bebé pálida que lucía un tostado

bellísimo, recibió a su esposo con el gesto dividido. Por un lado, se sentía feliz pero por otro, estaba preocupada por la falta de heredero... Un heredero que ella ya no podría dar.

—¡Qué hermosa niña! ¿Cómo tendrá los ojos? ¡Ojalá sean azules como los tuyos! —exclamó el padre orgulloso, cogiendo a Rania entre brazos y levantándola al aire—. Sí, será una princesa de pelo negro y ojos azules con la piel trigueña. ¿Qué te ocurre, madre de Rania?

—¿No te lo han dicho? Pensé que ya lo sabrías...

Khaled se sentó a su lado y la cogió por la mano mientras con la otra sostenía a la recién nacida.

—Todo lo que tengo me hace feliz: tengo a la mujer que amo, tengo el trono que ansiaba y tengo a una preciosa hija que me dará alegría y honor. No necesito más.

—Pero los súbditos te pedirán que...

—A mi muerte, que sea rey el hijo de Hassan. Jodhya y mi hermano son jóvenes y seguro que traerán al mundo muchos vástagos que puedan ocupar mi lugar.

—Es verdad —sonrió Helen, mirando a Rania, que a duras penas abría los ojitos pero ya auguraba un futuro dichoso.

Marido y mujer se quedaron con su hija en un edén ganado a pulso.

Más tarde, la reina madre compareció, pidiéndole disculpas a Helen por enésima vez.

—No se preocupe, reina madre. Sé que lo que hizo, lo hizo por su hijo... Yo hubiera obrado igual —respondió la nuera, que apreciaba sinceramente a su suegra a pesar de las rencillas.



Capítulo 21

Batallas pero no guerras

Es un verdadero privilegio haber sobrellevado una vida difícil.

Indira Gandhi.

Dos años después del nacimiento de Rania, princesa de Haiderabad.

Las calles de Haiderabad estaban cubiertas por humaredas de polvo que levantaban las guerrillas. La revolución estaba candente. La prédica de algunos sectores sobre un movimiento pacífico ya no era factible porque los cipayos (soldados indios) tenían serios conflictos con los oficiales británicos. El país estaba harto de ser explotado y los autóctonos se preguntaban por qué debían ser discriminados en su propia tierra. India había sido un país de luchadores, de hombres que defendieron Indostán de los mongoles en la época de Gengis Kan. Y aunque eran un pueblo hospitalario y pacífico por naturaleza, había llegado el momento de responder a los continuados abusos.

Mangal Pandey, un soldado indio atacó a un sargento británico. Aquello ya no era soportable y el General Hearsey con el fin de dar un escarmiento público, ordenó a un oficial indio que capturara al soldado. No obstante, el oficial, se negó. ¿Por qué debía cumplir órdenes extranjeras? ¿Por qué debía castigar a su soldado por hacer lo que todos deseaban? Ante su negativa, el General Hearsey mandó a sus hombres a apresar al soldado indio y lo colgó junto al oficial que se había negado a capturarlo.

Aquella fue la cerilla que cayó sobre el aceite ardiente. La población salió armada a las calles y empezaron a matar ingleses allí donde los encontraban. Se reunieron tantas personas, que fueron capaces de romper casas coloniales enteras y llegar a la sede de la Compañía de las Indias Orientales. Pero el ejército extranjero detuvo el paso de la multitud, impidiendo que acabaran con el saqueo de sus recursos.

—Es hora de actuar. —Entró el primer ministro a la corte, alterado por lo

que estaba sucediendo.

—Mandaré una carta a mi tío, diciéndole que soy muy desgraciada aquí dentro. Que me tratan como a una enemiga y pretenden encerrarme en prisión. Le pediré que solicite ayuda a los generales ingleses para que me saquen de aquí. La reunión para hablar con ellos será en un edificio de la ciudad. En dicho edificio estaré yo sola a sus ojos. Como el caballo de Troya. Hablaremos, discutiremos sobre el tema y los invitaré a beber y a disfrutar en compensación por su ayuda. Cuando estén ebrios, el ejército indio actuará — repasó el plan Helen de Haiderabad con su hija de dos años en brazos y Joseph, que ya tenía quince años, a su lado. Joseph se consideraba indio a pesar de sus orígenes y de su aspecto. Los mejores años de su vida los había pasado en ese país y Priya era una de las personas que más amaba en el mundo. Así que todo lo que decía su madre, él lo apoyaba. Sabía muy bien que él era Conde de York, después de la muerte de su padre, pero no tenía intenciones de reclamar ese derecho.

—Yo te acompañaré, madre. Así será más creíble.

Helen lo miró con seriedad, pero no le negó la petición. Ya empezaba a ser un hombrecito y debía permitirle esas decisiones.

La reina se sentó y empezó a redactar la misiva a Sir Gustave Ravorford.

Sir Gustave recibió la carta con serias dudas al respecto. ¿Su sobrina mal? Hasta donde él sabía, se había hecho la reina del lugar y gozaba de una posición muy aventajada. Ese demonio no estaría mal ni en el infierno. Pero recordando la furia de Helen y por el bien de sus hijos y de su segunda esposa, concertó la cita con los generales en una casa que quedaba en el centro de la ciudad. Él sólo quería tranquilidad; de hecho, ni si quiera se había pronunciado con sus compatriotas acerca de las revueltas. Quería mantenerse al margen, como buen hombre Ravorford.

Los oficiales ingleses, al saber que una compatriota suya estaba en apuros, no dudaron en hacerse los héroes acudiendo al lugar citado en la hora citada. Por supuesto que habían oído hablar de Emily Morgan, la esposa del rey Khaled. Pero ellos no sabían de qué posición gozaba la mujer verdaderamente dentro de la Corte y sería muy ventajoso que la dama se pusiera de su lado. Quizás podría servirles de espía a cambio de protección.

Helen sacó del armario el traje que guardó años atrás por si algún día lo necesitaba. Era negro, pero mandó a coserle unas mangas verdes y a decorar el cuello para que no parecería el atuendo de una viuda. Volvió a enfundarse esa falda abultada y el corsé, recordando lo incómodas que eran esas ropas y

preguntándose cómo había vivido toda su vida con aquello. Joseph se puso una camisa y unos pantalones lo más europeos posibles.

—Ten cuidado —le suplicó su esposo, a las puertas de palacio, colocando su mano sobre su rostro y mirándola con especial amor.

—Lo tendré. No pudieron conmigo en Inglaterra cuando yo no era nadie y no podrán conmigo ahora que soy una reina.

—De todas formas yo estaré al otro lado de la pared, con el ejército. Sólo tienes que decir "Rania" y entraremos.

—De acuerdo. Así lo haré, no lo dudes... —Depositó un beso sobre el dorso de su mano y salió junto a su hijo Josh para coger un carruaje que pareciera "secreto".

Tras una hora llegó a una casa de bailarinas. Un lugar donde los oficiales solían reunirse en las salas preparadas para ello. Cogió aire, miró a su hombrecito y bajaron del vehículo, dispuestos a defender India hasta el final.

En el interior, un soldado raso los recibió y los condujo por pasillos repletos de mujeres fáciles hasta llegar a un salón elegante con sillones puestos en círculo. Allí, un general les dio la bienvenida.

—Bienvenida señora Morgan. Y señorito Morgan —Josh asintió, removiendo sus ojos azules como si fueran los agujones de dos avispas. Helen, por su lado, aparentó una tristeza que no sentía y un miedo que teatralizó hasta límites insondables—. No se preocupe, señora. Ahora está entre los suyos. Me imagino que su esposo tiene a muchas mujeres y no se ha preocupado por su seguridad... Pase, por favor pase. Jason, tráele un té a esta compatriota.

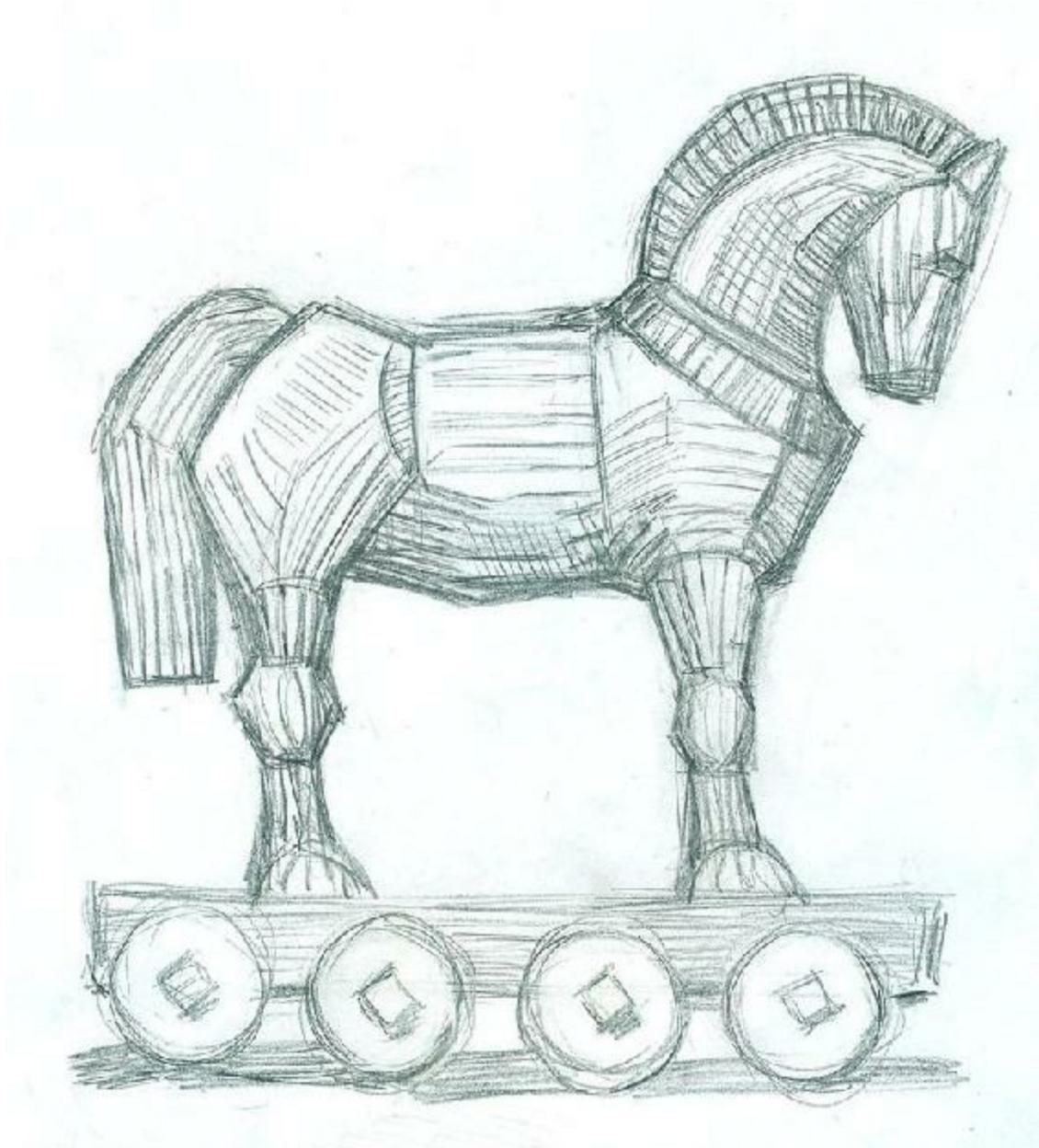
La hicieron sentarse en uno de los sillones para que explicara lo sucedido. Ella contó que se había casado con el rey Khaled casi por imposición y que era tratada como una concubina. Que al principio no fue peligroso, pero que con el tiempo y debido a la guerra, la veían como a una enemiga. Por eso, la reina madre, quería encerrarla en una prisión para hacer con ella Dios sabría qué.

—¡Estos indios incivilizados! ¡Su cultura es una perdición! ¡Nosotros sí que sabemos tratar a las mujeres!

Helen rio para sus adentros al oír aquello. No sólo por su propia experiencia, sino por saber que en India las mujeres solían gozar de poder, por no mencionar que les era permitido estudiar. Cosa que en Europa era algo imposible a no ser que hubiera mujeres como su prima Karen que lucharan por ello. Pero aquello era lo que ella pensó y no dijo, por supuesto. Los prejuicios

eran su mejor arma. Al contrario, reafirmó con todas sus fuerzas el comentario del general.

La sala estaba llena de altos cargos del ejército inglés.



Cuando el general dejó de agobiarla con preguntas, repasó las caras de esos hombres. Miró de un lado a otro, disimuladamente. Hasta que dio con un rostro conocido. ¡Andrew Bennet! El hermano menor de su difunto esposo Brian. Por fortuna, Andrew se había pasado la vida en el ejército y no la conocía. Pero ella sí, por los retratos que había de él en casa de los Condes de York. Se fijó en que Andrew no paraba de mirar a Josh. Aquello descuadraba cualquier plan. Los nervios afloraron en su espíritu y haciendo mella en su

templanza. Gracias a Dios, cuanto más nerviosa estuviera más la creerían los generales. ¿Pero cuánto tardaría Andrew en relacionar a su sobrino con su hermano?

—Él es el general Andrew Bennet —mencionó el señor que tenía al lado, el mismo que le dio la bienvenida—. ¿Lo conoce?

—Oh, no. Lo miraba porque me recordaba mucho a mi difunto primer esposo: el señor Tom Morgan.

—Eso explica el parecido de su hijo con mi difunto hermano, el Conde de York —sonrió Andrew—. Pero en el fondo nos parecemos tanto los ingleses... —rió su antiguo cuñado, para su tranquilidad—. ¿No serían familiares lejanos de los Bennet, verdad?

—¿Los Bennet? —sonrió Helen, aparentando confusión—. No sé quiénes son, la verdad. Mi marido y yo éramos simples profesores. Entonces, general Hearsey, ¿puedo contar con vuestra protección? —trató de desviar la atención del asunto.

—Por supuesto. Sin embargo, a cambio, deberá usted transmitirnos alguna información... Algo que pueda sernos de ayuda y que alimente nuestro afán de victoria.

El ejército de Khaled lo estaba escuchando todo. Estaban escondidos en las habitaciones de las prostitutas, al otro lado de la pared, tal y como el rey le había prometido a su esposa. Normalmente esa casa era considerada británica, puesto que eran los militares ingleses quienes la ocupaban. Pero las bailarinas dejaron vía libre a sus conciudadanos, fieles a la causa.

—Lo único que yo sé, general Hearsey, es que el ejército de mi marido marcha al sur para atacar una de nuestras tropas que se encuentra en el pueblo de Molija.

Todo iba bien, la milicia extranjera estaba cada vez más relajada y ya empezaban a solicitar bebida y mujeres. Sintiendo victoriosos con la información prestada por la esposa del rey, querían celebrarlo.

—¿Una copa, general? —Cogió la botella Helen, acercándosela al militar, a lo que éste aceptó. Le llenó el vaso varias veces, analizando como el resto de los asistentes hacían lo mismo.

—Usted también beba, Emily.

—Oh, yo no bebería este líquido del infierno ni que me pagaran.

Andrew Bennet abrió los ojos como platos, volviendo a centrar la atención en esa mujer y el joven que la acompañaba. Esa frase la decía su hermano mayor siempre que quería engañar a alguien a través del alcohol. Y era cierto,

aquella táctica la había aprendido Helen del Conde. El Conde, cuando quería tumbar a un rival (ya fuera en los negocios, en la familia o en la política) lo emborrachaba fingiendo que él detestaba el alcohol y luego sacaba de él lo que le interesaba.

—¡Tú eres Helen! —gritó Andrew, en medio de la borrachera y mirándola fijamente—. Sí, tú eres la mujer que mató a mi hermano. Ahora te recuerdo, me mandó un retrato tuyo cuando yo estaba luchando en el Caribe. Y este niño, es mi sobrino.

Los altos cargos pararon de beber inmediatamente, mirándola con seriedad. A Helen se le paró el corazón. Pero el momento que había temido tanto durante más de cuatro años, ya no le parecía tan temible. Sino que le pareció un juego de niños. Cogió la botella de whiskey que tenía entre manos y vertió su contenido sobre el suelo, riendo mientras se incorporaba.

—Sí, soy yo. Yo maté al cerdo de tu hermano. Deberías estarme agradecido, os libré del monstruo.

—¿Quién eres tú, realmente? —balbuceó el general Hearsey.

—Soy Helen de Haiderabad, reina de dicho principado y madre de la princesa Rania —pronunció sin titubear.

Al nombrar a su hija, las tropas indias atacaron el salón, cortando el cuello de aquellos mandos del ejército contrario. No terminaban con la guerra, pero debilitaban al enemigo. Helen se quedó quieta, contemplando la escena mientras Josh no se movía de su lado.

—¡Se escapa! —alertó Joseph, señalando a un joven soldado.

Pero no pudieron cogerle porque se tiró desde la ventana. Cuando terminaron con aquellos invasores, Helen se acercó a Andrew, que estaba tendido en el suelo con un corte profundo en la garganta.

—Tu tío no ha traído problemas, Josh.

—Que vengan los problemas, lo estoy deseando desde que tenía diez años. Yo hablaré por ti, mamá.

—Bien hecho. —Se acercó Khaled, abrazando a ambos.

Khaled criaba al hijo de su esposa como si fuera suyo. Jamás lo despreció ni lo insultó por ser hijo de otro hombre. Y el joven lo apreciaba como el padre que jamás había tenido.

El movimiento de independencia de India duró durante décadas. Después del incidente con el general Hearsey, la reina de Kalpi, Raní Lakshmbai, lideró un ejército de voluntarios que sumaba la cantidad de catorce mil guerrilleros. Juntos hicieron frente al ejército colonizador, venciendo. Pero

sólo eran batallas, porque los ingleses no estaban dispuestos a abandonar. Tanto así que por la fuerza, en el año 1877 proclamaron a la reina Victoria como emperatriz de India. En 1905 Bengala se dividió. Y no fue hasta 1950 que con Gandhi y otras fuerzas políticas consiguieron deshacerse de esa invasión.



Capítulo 22

Amor familiar

Economizad las lágrimas de vuestros hijos a fin de que puedan regar con ellas vuestra tumba.
Pitágoras.

Mansión de Karen Stanley, Inglaterra.

—Condesa, ha llegado una notificación del juez —anunció el mayordomo a su señora de pelo negro y fuerte como un roble, pero muy hermosa.

Karen se levantó de su sillón para recibir la misiva.

"A Lady Stanley,

Rogamos que Rose Bennet comparezca de nuevo ante los tribunales para declarar. Su declaración no combina con las noticias que nos han llegado. Se la cita para el día dos de enero de mil ochocientos cincuenta y siete a las..."

—¿Qué dice, sobrina? —cuestionó Rudolph Ravorford, sentado en un sillón con su nieta sobre las rodillas.

Rudolph Ravorford, Conde de Pembroke y padre de Helen, había envejecido muy rápido esos últimos cuatro años. No saber nada de su única hija era una pena que cargaba sobre sus hombros y que sólo aliviaba al visitar a Rose. Su esposa se había mudado a vivir a otra propiedad, por petición suya. No la soportaba. No soportaba su frialdad ni su poco amor por Helen.

—Dice que tienen noticias nuevas que no coinciden con la declaración de la niña. ¿Qué noticias serán?

—¿Nuevas noticias? ¿Sobre Helen? —se esperanzó el padre—. Mi hermano no me ha escrito más desde hace años... ¿Qué será de ella?

—Seguro que está viva, tío. Ella es fuerte. Pero me preocupa todo esto... Ya

lo habíamos arreglado, ¿por qué abrir de nuevo el caso?

—Sí, Bethany se hizo pasar por la asesina del Conde. Tuvimos que colocar pruebas, como cartas y regalos...

—Pobre Bethany —recordó Gigi, que estaba sentada en un sillón—. Sabiendo que su enfermedad era terminal, accedió a hacerse pasar por la asesina a cambio de que mantuviéramos a sus hijos después de su muerte.

Georgiana, médico y prima de Helen, tuvo a una paciente que no tenía cura. Dicha paciente, de nombre Bethany, era la hija bastarda de un marqués. Al conocer aquello, Gigi propuso a su hermana Karen el hacer pasar a Bethany como la asesina del Conde. Convertirla en una amante despechada. Karen lo habló con tío Rudolph y acordaron que era un buen plan. Bethany accedió rápidamente a cambio de que mantuvieran a sus hijos después de que muriera. Puesto que como era una bastarda y su marido había muerto, los niños quedarían desamparados.

No había nada como tener poder y dinero.

Estuvieron meses construyendo un caso creíble que también explicara la desaparición de la Condesa y el heredero. Finalmente, contaron que ambos habían sido asesinados en medio de la locura de Brian pocas horas antes de la llegada de la amante. A pesar de que las autoridades no encontraron los cuerpos, ante el testimonio de Bethany y el de Rose se conformaron y dieron el caso por cerrado. Haciendo pasar el Condado a uno de los hermanos de Brian.

Rose tuvo que declarar con seis añitos que había visto a Bethany entrar en su casa y que luego no se acordaba de nada más. Lo cierto es que la creyeron porque las secuelas del accidente eran visibles y era lógico pensar que la niña hubiera perdido parte de la memoria.

—Si tengo que volver a declarar lo haré, por mi madre —habló la niña como una pequeña señorita, mirando el retrato de Helen que colgaba de una pared—. Recuerdo muy bien todo lo que pasó, y si mi madre está bien, lucharé para que siga estando bien.

Dos de enero de mil ochocientos cincuenta y siete.

El juez era el mismo de siempre, el mismo que el del primer día. Karen lo miró con hastío, pero pasó a la sala acompañando a Rose. Tras de ella, iban el resto de los familiares.

—Su Señoría, quisiéramos saber por qué se cita de nuevo a mi cliente —habló el abogado de la Condesa.

—Ha llegado un soldado de India, declarando entre otras barbaridades que no nos atañen en este juicio, que Helen Ravorford está viva. No sólo está viva sino que está con su hijo Joseph.

El Conde de Pembroke se emocionó al oír aquello, rompiendo a llorar en la grada. Su esposa, en cambio, ni si quiera se había presentado.

—Por favor, que pase el testigo.

Pasó un jovenzuelo de apenas veinte años que Karen estudió determinadamente. A esas alturas de la vida, ya no tenía paciencia para estupideces. Aunque jamás había tenido demasiada paciencia.

—Jason Lobrouch, ¿Usted ha visto a esta señora? —El juez levantó un retrato de la antigua Condesa de York.

—Sí. La he visto.

—¿Dónde la ha visto?

—En una reunión entre militares. En India.

—¿Con quién la ha visto?

—La he visto con quien dice ser su hijo.

—¿Es este niño? —Levantó otro retrato de cuando Josh era un infante.

—Sí, creo que sí. Ahora tiene unos quince años... —explicó el soldado, intimidado ante la mirada de las mujeres que lo miraban desde la grada. Una mujer de pelo negro y otra de pelo rojo. Ambas mujeres poderosas que lo miraban con escrutinio.

—¿Qué declaró Helen Ravorford en esa reunión?

—Que había matado al hermano del general Andrew Ravorford.

—Por favor, cite palabras textuales.

—"*Sí, yo maté al cerdo de tu hermano. Deberías estarme agradecido.*"

Karen rio para sus adentro: quien había dicho eso era Helen, sin duda.

Al jurado no le hizo tanta gracia.

—¿Puede decir qué cargo ocupa Helen Ravorford en India, qué hace?

—Está casada con el rey de Haiderabad. Se declaró como reina de dicho principado y además dijo ser la madre de una princesa llamada Rania.

La familia de Helen se quedó bloqueada por largos minutos hasta que asimilaron esa información, que no era fácil de digerir. La declaración del joven siguió y siguió dando detalles de lo que había hecho y dicho Helen. Narró la táctica del caballo de Troya, contó como los generales habían sido asesinados y...Un sin fin de cosas que dejaban a la antigua Condesa de York en muy mal lugar. Aunque lo que en ese jurado se iba a juzgar, tal y como había dicho el juez al inicio, no era nada de aquello sino su implicación en el

asesinato del Conde de York.

Una vez acabada la larga narración de Jason, el juez miró a Karen significativamente.

—No me creo la declaración de este niño —habló la Condesa sin permiso, como si tuviera el mundo en sus manos—. Aquí está Rose, la hija de Helen para volver a dar su testimonio.

Rose arrastró su silla de ruedas hasta la grada, era una niña muy bella que aparentaba más edad de la que tenía. Era una copia rejuvenecida de su madre.

—Rose, ¿recuerdas algo más a parte de lo que ya mencionaste hace tres años?

—Recuerdo que esa mujer, Bethany, entró a altas horas de la noche en casa. Yo la escuché discutir con mi padre. Al parecer reclamaba ser su esposa. Pero mi padre se negaba, decía que era demasiado pronto. Que la gente sospecharía que había matado a mi madre para poder casarse libremente. Yo grité y lloré, alterando los nervios de ese hombre que se hacía llamar padre... Y me tiró por la ventana. No quería a su familia. Quería a su amante y formar una nueva.

El magistrado se llevó las manos a la cabeza. ¡Más de cuatro años sin poder resolver ese dichoso caso! ¡Estaba harto! ¿Quién mentía? ¿Quién no lo hacía? La única forma de cerrar todo aquello era yendo en busca de la presunta asesina.

—Este tribunal se traslada a Haiderabad, India. Están todos citados en dicho lugar. Se les mandarán fechas por correo —Dio dos golpes con la maza.

Karen se levantó para ayudar a la niña con la silla, sin dejar de mirar al soldado, que ya le caía mal. Al salir del juzgado, la Condesa hizo una seña a uno de sus hombres de confianza. El hombre, alto y robusto, que había servido a Audrey (la hermana mayor de Karen) años atrás, se acercó al muchacho recién salido de la escuela militar.

—Mi señora dice que retires parte de tu declaración. Debes decir, la próxima vez que te manden a declarar, que con el miedo confundiste las palabras de Lady Helen.

—¿Por qué debería hacer eso? —espetó el muchacho, molesto.

—Por tu bien y por el de tu familia. Si haces lo que te decimos, se te asignará un puesto de honor en la marina y se te regalarán tierras.

El joven palideció, calló y al final asintió. Desapareciendo entre la neblina de enero.

Otra vez, no había nada como tener poder y dinero.

—Mi madre está viva, tía Karen —sonrió Rose, mientras era empujada

hasta el carruaje—. Espero verla pronto, ver a mi hermano... Y conocer a mi hermana pequeña.

—¡Y es reina! No debí conformarme en ser Condesa —exclamó Gigi, feliz por su prima.

—No esperaba menos de ella... —concluyó la Condesa de Derby—, y después del infierno vivido con ese sapo venenoso, se lo merece.

Tres meses después. En Haiderabad, India.

—Reina Helen, ha llegado este sobre para usted —anunció el paje real a su señora.

Helen de Haiderabad recibió la carta de la justicia inglesa. La abrió con una calma que jamás imaginó tener llegados a ese punto. Era como Jodhya en el día de su boda, lo había imaginado tanto que ya no era difícil.

*"Helen de Haiderabad,
se ruega su comparecencia en el tribunal británico instalado provisionalmente en Haiderabad con el fin de resolver el caso en el que el Conde de York fue asesinado... también debe presentarse Joseph Bennet"*

—No tienes por qué ir. Ya no eres inglesa. Y no te debes a sus leyes. — declaró Khaled, que estaba a su lado.

—Yo voy a ir —Lo miró como si estuviera diciendo una estupidez—. Yo iré para hacer justicia. No voy a esconderme tras los muros de este palacio como una vulgar asesina. Hubo un tiempo en el que tuve que huir, esconderme... Pero los tiempos cambian y las posiciones también.

—¿Algún día me harás caso en algo?

—Pero si siempre te obedezco...

—Mentirosa...

Entonces, una música inexistente llegó a los oídos de Helen, apartándola de la riña matrimonial. Era una melodía que sólo escuchaba ella, una voz dulce, casi celestial que entonaba palabras ineludibles pero bellas. La sinfonía llenó su alma, erizando su vello y llenando sus ojos de lágrimas.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Khaled, al ver a su esposa con los ojos muy abiertos y el gesto emocionado.

Helen negó con la mano, pidiéndole silencio.

Se levantó lentamente con aquella canción en sus oídos, la garganta le dolía y los ojos se le movían solos, vibrantes. Se acercó al balcón, dejando caer la carta al suelo. La música venía de fuera. Los sirvientes la miraban extrañados

y su esposo temió que su esposa hubiera enloquecido. Pero nada más lejos de la verdad. Helen se sentía más viva que nunca, porque una parte de su corazón que estaba muerta estaba reviviendo.

Con pasos lentos, temblorosos e incrédulos llegó a la baranda. Para aquel momento ya tenía las mejillas empapadas de lágrimas. Desde lo alto del castillo de Haiderabad vio un carruaje que para frente a las puertas. De él, sacaron una niña de pelo dorado. No le hizo falta más, era ella. Ella y sólo ella. Su hija.

Inició una carrera desesperada por los pasillos del castillo, cogiendo el sari con ambas manos para poder correr mejor. Zerina, Jodhya, las doncellas y el resto la vieron pasar llorando a lágrima viva pero riendo. Cuando pasó por el lado de Joseph, éste se llevó la mano al corazón. Él conocía el amor de su madre y lo que éste podía provocar. Sólo un hijo podía enloquecer a Helen. Y como Rania y él estaban como siempre, sólo podía ser... su hermana Rose.

Helen corrió y corrió con el velo al aire y las tobilleras repicando contra el mármol hasta llegar a las puertas de palacio.

—¡Abrid! ¡Abrid! —gritó a los hombres encargados de custodiar la entrada. Los hombres obedecieron corriendo, abriendo una puerta tan alta como un elefante.

Entonces la vio. Estaba delante de ella. Había más gente alrededor pero no los veía, sólo veía a Rose. No sabía si era sueño o realidad. Si se había muerto y Dios le estaba devolviendo a su hija muerta, pero no le importaba. Sólo le importaba ese pedacito de carne, nacido



de la suya. La miró fijamente a los ojos, y la pequeña le devolvió la mirada con esa sonrisa alegre que la caracterizaba. Reinició la carrera por el jardín hasta llegar a los pies de Rose, donde se tiró para llorar. Lloró y lloró a los pies de la niña que no podía andar y usaba una silla de ruedas. Las convulsiones de su cuerpo removían las joyas que portaba mientras enterraba su rostro en las piernas de su hija, sintiendo su calor, su vida y su alma.

—Rose, Rose, Rose... —repetía en un bucle frenético como si no fuera capaz de lidiar con la inmensa felicidad que sentía.

—Mamá. —La abrazó la pequeña, aumentando el éxtasis emocional de la madre que había tenido que enterrar a su hija durante cuatro años, creyendo que estaba muerta.

—He muerto y estoy en el cielo...Dios me ha recompensado —balbuceó tras unos minutos en ese estado, levantando la cabeza de las piernas de Rose y mirándola a los ojos con amor maternal—. Dios me ha devuelto a mi hija....

—Mamá —rio Rose entre risas—. ¡Estoy viva! ¡Y tú también!

—No, no puede ser. Estoy en un sueño —repetía ella, parcialmente enloquecida. Pero entonces notó un fuerte apretujón en el brazo que le dolió como si le hubieran clavado un cuchillo—. ¡Ay! —se quejó.

—¿Lo ves? Todavía estás en este infierno llamado tierra —dijo Karen, mirándola seriamente. Aunque Helen sabía que detrás de esa seriedad se escondía un carácter jocosos y atrevido.

—¡Karen! —Se incorporó para abrazarla. La Condesa le devolvió el abrazo con una sonrisa.

Luego Georgiana. Y, finalmente, vio a un hombre terriblemente envejecido que se sostenía sobre un bastón. ¡Era su padre!

—¡Oh, papá! —Volvió a llorar para tirarse a los brazos de ese señor que la recibió con los brazos abiertos, una sonrisa y los ojos llorosos.

—Hija mía...

—¡Joseph! —era la voz de Rose. Helen se giró para ver como su hijo mayor cogía en brazos a la niña y la hacía rodar preso de la felicidad.

—¡Hermana! —La cargaba el chico, mientras la besaba sobre la mejilla y sobre su frente.

Poco a poco llegó Khaled, que fue rápidamente presentado. También llegó la reina Rania, que recibió con mucho cariño a Rose y, por último, Jodhya y Hassan que saludaron a la familia de Helen con mucho respeto.

—¡Oh, mamá! La mujer de Hassan parece sacada de un cuento de hadas —exclamó la niña inocente al ver a Jodhya con esa maravillosa belleza etérea que portaba innata.

Los adultos rieron ante el comentario infantil mientras Jodhya empujaba su silla para entrarla en palacio.

Al interior, una doncella acercó a la princesa Rania que andaba con dificultades. Helen la cogió en brazos y la puso sobre la falda de Rose. Fue un milagro ver a sus dos hijas abrazadas mientras Josh las miraba embelesado.

Capítulo 23

Jaque mate

Necesariamente vence siempre el entusiasta al apático. No es la fuerza del brazo, ni la de las armas, sino la fuerza del alma la que alcanza la victoria.

Johan Gottlieb Fichte.

Karen y Gigi la pusieron al día de todos los acontecimientos. Desde la inconsciencia de Rose hasta la declaración del soldado, pasando por la invalidez la niña.

Descubrieron que la niña ya no podría andar nunca más cuando despertó del sueño prologando. El médico tocó sus huesos y, al parecer, se le había partido uno de los nervios principales que permiten caminar. Helen, al oír aquello, lloró amargamente. ¡Maldito fuera Brian Bennet!

—Al menos está viva prima —dijo Gigi, la pelirroja.

—Sí, por supuesto que esa es mi felicidad —aclaró Helen—. Pero... Ver a tu hija, que nació perfectamente, en esas condiciones por culpa de su propio padre...

¡Qué infortunio! Era muy amargo ese trago, pero no le quedaba más remedio que aceptar la realidad. Además, Rose, aunque fuera tullida, no había perdido su vitalidad ni su buen corazón. Ahora, era trabajo de la familia mantener su buen ánimo de cara al futuro.

—¿Por qué no me dijisteis que Rose estaba viva? ¿Cómo me dejasteis marchar sabiendo que mi niña aún respiraba?

—Debías irte, Helen. —Cogió su mano Karen. —¿Qué hubieras conseguido quedándote? Tan sólo te hubieran llevado presa para sentenciarte a muerte. Hubieras dejado a tus hijos huérfanos... Nosotras hemos cuidado de Rose como si fuera nuestra.

—Lo sé, lo sé... —sonrió Helen, devolviendo el agarre de la mano con

sincero agradecimiento.

—Y por lo visto hicimos bien... —bromeó Gigi, admirando el lujo de su alrededor y señalando el retrato del rey Khaled—. Esto que no lo sepa mi esposo... ¡Pero qué apuesto es Khaled!

Helen y Karen rieron abiertamente como si volvieran a ser las jóvenes problemáticas de la sociedad. Pero rápidamente recordaron que aquello había quedado muy atrás y que les faltaba pasar la prueba más dura: el juicio final.

—Así que ese tal Jason ha contado lo de la reunión... Sé qué joven es. Lo vi huir por la ventana. Pero no pudimos detenerle.

—Ya lo hemos sobornado para que cambie el testimonio y diga que se confundió. Que en realidad no entendió bien tus palabras porque estaba ebrio. Si él declara esto, el juez no podrá seguir insistiendo en tu culpabilidad. Lo único que no sé cómo explicaremos que estés aquí y no a tres metros bajo el río Támesis... Porque en la versión que dimos hace tres años, explicamos que el Conde os había matado.

—Pero no encontraron los cuerpos, por lo que quedó en una suposición general —añadió Gigi.

—Voy a contar la verdad. Que maté a Brian con una pistola.

Karen y Gigi se miraron entre sí y luego soltaron una risotada. No obstante, cuando vieron que Helen no se ría quedaron petrificadas.

—¿De qué estás hablando, Helen? —inquirió Karen.

—Digo que voy a decir la verdad.

—Ya te hemos explicado cómo fueron las cosas... Hubo una mujer condenada a muerte por decir que asesinó al Conde. Bien, sí... la joven ya estaba enferma pero... su nombre quedó ensuciado para siempre. Tuvimos que fabricar pruebas como cartas, regalos y demás... ¿Y cómo quedará Rose? ¿Cómo una mentirosa? Ella ha dado la cara por ti hace tres meses. Dijo claramente que había visto a Bethany discutiendo acaloradamente con su padre... ¿Qué dirás? ¿Que nosotras te ayudamos a escapar? ¿Que tu padre pagó a tu tío para que te mantuviera en su casa?

Helen no dijo nada durante unos minutos, reflexionando. Su prima tenía razón, había demasiada gente implicada y aunque ella pudiera escapar de la justicia porque tenía el apoyo de su esposo y ya no era considerada inglesa... ¿Cómo salvaría al resto? ¿Cómo quedaría Rose? No, contar toda la verdad no era viable.

—De acuerdo, seguiremos con el chivo expiatorio —convino al fin, aliviando a las Condesas.

—Lo que debemos pensar es algo lógico que te trajera aquí —recordó Karen.

—Puedo decir que estaba en casa de Elizabeth. ¿Ella no ha declarado, verdad?

—No. Ella no...

—Puedo decir que fui a visitarla, junto a Josh. Y que cuando llegué a casa, a altas horas de la noche me encontré a mi marido muerto y a mi hija en el suelo. Por miedo, hui. Pensando que me podrían culpar a mí... Ya que para nadie era desconocido el infierno que vivía con ese hombre.

No era algo muy convincente, pero cualquier excusa medio creíble tenía que valer. Porque ya no había ni pruebas ni testigos que la acusaran y ningún juez podría condenarla por mucho que insistiera en ello.

—¿Y el señor Vollsly, cómo está? —recordó Helen al fiel mayordomo de York.

—Ese hombre es una bendición. Declaró siempre en tu favor. Y si nos ve, siempre nos pregunta por ti... También se encarga de recordarnos que Joseph debe volver algún día... Él es el verdadero Conde de York. Y no ese hermano medio lelo de Brian...

Los Bennet eran tres hermanos. Brian, el mayor; William, el segundo; Andrew, el último. Brian y Andrew ya estaban muertos. Ya sólo quedaba el del medio, un hombre de aspecto alhelado que no estaba casado ni tenía hijos. Dispuesto a despilfarrar la fortuna, se la pasaba de burdel en burdel.

—Entiendo. A ver qué decreta el juez, ahora que sabe que el legítimo heredero sigue vivo...Pero yo no puedo volver a Inglaterra. Ni puedo ni deseo. Primero, porque estoy acusada de traición al país. Y segundo, porque este es mi hogar ahora...

Pocos días después, en un salón de propiedad británica, se organizó un tribunal improvisado para llevar a cabo la sentencia de Helen Bennet, Helen de Haiderabad, Helen Ravorford o como diablos se llamara. Lo que quería el juez era terminar con aquella historia de una vez.

El magistrado se sentó con sus compañeros de oficio a la espera de que los testigos entraran. Así lo hicieron, pasaron uno a uno. Incluido el actual Conde de York que aunque no fuera considerado un testimonio, debía estar presente para saber qué iba a suceder con su título y con la memoria de su hermano.

Cuando ya estaban todos a sus sitios. Solo faltaba la protagonista del día. Helen tardó bastante, tanto que hizo pensar a la sala que no comparecería.

Pero justo cuando ese pensamiento empezaba a tomar forma, un fuerte clamor proveniente del exterior reclamó la atención del juez y de los demás. Miraron por la venta y vieron a la acusada arriba de un elefante, rodeada por el ejército indio y aclamada por el pueblo.

El señor juez se mareó. *¿Qué estaba haciendo? ¿Dónde estaba? ¿Era aquello real?* ¡Quería volver a Inglaterra y olvidar a esa odiosa mujer de una vez! Pobre juez, de nombre Francis, en su gremio ya lo apodaban "el heleno". Helen había destrozado su carrera con sus amagos y sus despistes. Estaba claro que era ella la culpable y esa vez no se le escaparía. Volvió a su asiento recobrando la dignidad mientras esperaba la entrada de la reina.

Helen no tuvo que abrir la puerta de la sala, dos sirvientes lo hicieron por ella. Entró engalanada con un precioso sari rojo, color que significaba vida, matrimonio y felicidad en India. Tampoco le faltaban sus joyas ni sus adornos con henna. Parecía que iba a celebrar su propia boda. Cuando entró, dejó boquiabiertos a sus compatriotas. Aquellos que habían oído hablar de ella pero no la conocían. ¡Qué impresión daba una inglesa con ese atuendo oriental! Y más sabiendo que no era cualquiera, sino la esposa del rey enemigo. Pero allí no estaban para juzgar asuntos de estado sino asuntos civiles. Un asesinato.

La reina pasó por el pasillo principal sin mirar a nadie salvo al juez, batiéndose en un duelo de miradas. A su lado, iba Josh, que tomó asiento al lado de su hermana y de sus tías.

—Un placer conocerla Condesa viuda de York —ironizó Francis, indicando con la mano que subiera a la tribuna del acusado.

—Mi cliente ya no ostenta dicho cargo, su señoría —protestó el abogado de Karen—. Ella es la reina de Haiderabad.

—Está bien, su Majestad —se burló el hombrecillo—. ¿Puedo llamarla Helen?

—No. —lo cortó ella, sin vacilaciones ni mal humor. Sino con una clara intención de dejar claro quién era ella.

¡Era denigrante! ¿Por qué tenía que estar ella en ese juicio? ¡Ella había matado a un hombre que había intentado matar a su propia hija! ¡Había acabado con una alimaña que la mal trató durante años! Encima, ese juez de tres al cuarto la miraba como si debiera algo... ¡Ella no debía nada! ¡Que le devolvieran las piernas a Rose!

—Señora —prosiguió Francis—. Se la hace comparecer ante esta sala porque se la acusa de asesinato. Asesinato al Conde de York, Brian Bennet, su

esposo. ¿Cómo se declara?

Miró a Rose. Tenía ganas de gritar: ¡culpable y con orgullo! Pero no podía hacerlo, por ella y por su familia que tanto había luchado por demostrar su inocencia.

—Inocente, su Señoría.

—¿Dónde estaba usted la noche del veinte de junio de mil ochocientos cincuenta y dos?

—No me acuerdo. Eso queda muy lejos.

—Se lo preguntaré de otro modo —Se rascó la cabeza el pobre Francis—. ¿Dónde estaba usted la noche en que murió su esposo?

—Yo llegué a esa casa a una hora tardía. Había estado visitando a mi prima Elizabeth Talbot, Marquesa de Salisbury, y cuando lo hice... Me encontré el cadáver de ese hombre. También encontré a mi hija en el suelo, había sido tirada desde una ventana. El servicio me contó que había sido su propio padre —mintió, puesto que ella misma vio como su niña era precipitada al vacío.

—¿Entonces estuvo usted esa noche en el lugar del crimen?

—Sí.

—¿Qué hizo cuando vio a Brian Bennet muerto?

—Lo primero que hice fue alegrarme —expresó, recolocándose el sari como si no acabara de burlarse del jurado en un pestañeo—. Y después, considerando que la asesina había escapado, decidí huir. Porque no tardarían en relacionarme con el crimen. De hecho, vi como entraban los lacayos poco después de los disparos. No sé cómo huyó esa mujer tan rápido. Yo lo hice por unos pasillos secretos y cogí el primer barco hacía aquí. Supliqué a mi tío que me acogiera, yo sabía que él vivía aquí.

—Está bien, señora. Puede sentarse. Que pase el primer testigo.

¡Era sir Gustave! ¡Su tío! Palideció al instante junto al resto de familiares. Nadie esperó su presencia, ni si quiera se habían acordado de él. Rudolph le hizo una visita rápida en la que no se enteró que fuera a aparecer por el juicio... ¿Qué hacía allí? ¿Qué pretendía? El hombre de patillas blancas subió a la tribuna. Estaba nervioso, le sudaba la frente y las gafas le resbalaban por el puente de la nariz.

—Sir Gustave, ¿puede decirnos qué relación le une con la mujer que está allí sentada?

—Es mi sobrina.

—¿Cómo llegó su sobrina a su casa?

—No sé cómo llegó yo... —Rudolph clavó sus ojos azules sobre los de su hermano menor, amenazándole de muerte si se le ocurría decir algo—. Yo sólo sé que un día llegó a mi casa y pidió que la ayudara. Yo no sabía que estaba implicada o que podía estar siendo buscada por el asesinato del Conde de York.

—¿Qué le dijo, entonces? ¿No le pareció muy extraño ver a la hija de su hermano en medio de las calles indias sin más compañía que la de su hijo menor?

—A mí me contó que huía de su marido. Que su marido quería matarla y que ya había matado a su hija Rose. Yo, como hija de mi hermano la acogí.

—¿Y en todo ese tiempo no escribió ni un sólo día a su hermano? ¿O no recibió ninguna misiva del Conde de Pembroke informándole de lo sucedido?

—Yo soy comerciante —Se sacó un pañuelo del bolsillo para refregarse la frente mientras sentía la mirada inquisitiva de Helen pegada a su cogote—. Yo no hablo con mi familia ni me preocupan estos asuntos familiares... Simplemente le di una habitación y eso es todo.

Alguien vio como Francis se arrancaba un pelo de la barba. ¡Nadie decía la verdad en ese condenado sitio!

—Está bien —dijo aburrido—. Siéntese.

Sir Gustave se tropezó con un escalón al bajar del entablado y se sentó al lado de su hermano, que le dio dos palmadas a la espalda recompensándole por su buena actuación.

—Que pase el siguiente testigo —Entró el soldado, Jason. Nada más entrar recibió una advertencia gesticulada por parte de Karen. Muy disimulada, eso sí.

—Este nos va a salvar —susurró Francis a su compañero de oficio—. Jason, por favor, relate lo que el otro día contó frente a nosotros. ¿Qué dijo esta señora en esa reunión?

—¿Qué señora? Oh, esa... No, no era esa la que vi en la reunión. Era otra...

—Jason —nombró desesperado el juez, casi gritando—. ¿No me dijo que era ella la que habló de ese modo? ¿No me dijo que la mujer se presentó como Helen de Haiderabad?

—No, pero la del retrato que me enseñó usted parecía otra... Esta no es. Además... Ahora que lo veo con distancia, no recuerdo que dijera que se llamaba Helen. Creo que dijo que se llamaba Emily.

—¿Pero no dijo que Andrew Bennet la reconoció?

—¿Andrew? Andrew estaba más borracho que yo ese día.

El alboroto general no tardó en iniciarse. Todos se quejaban por su propio interés hasta que Francis dio dos golpes de maza sobre la mesa.

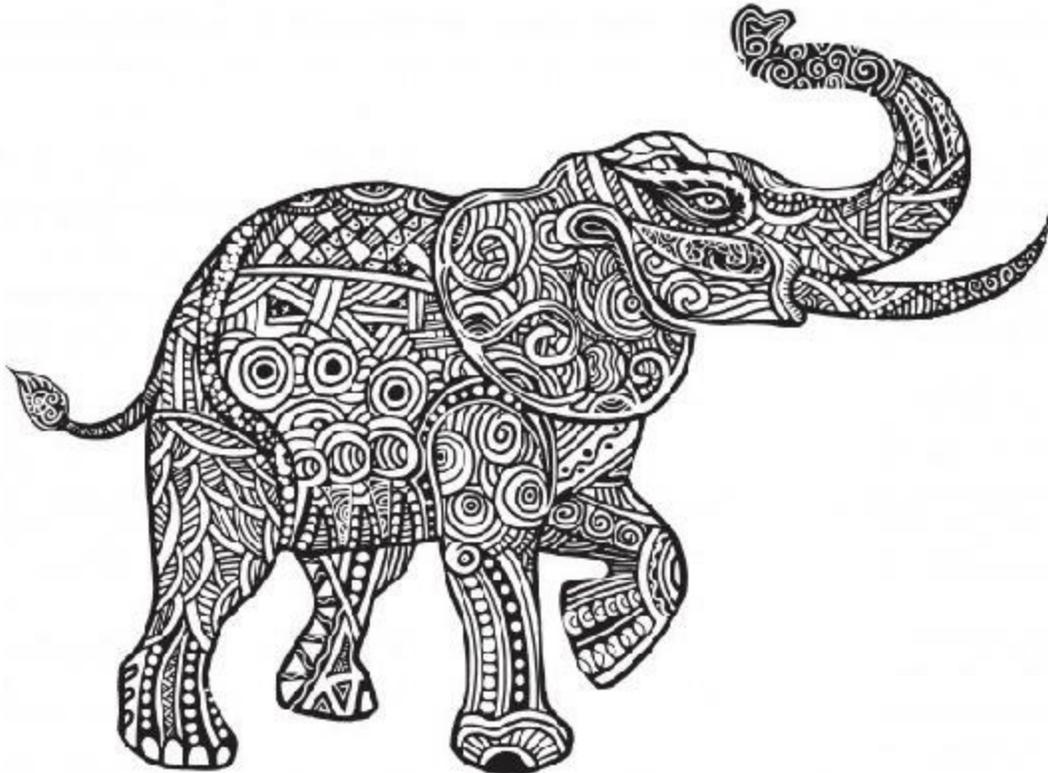
—¡Silencio! ¡Silencio! —Se hizo un silencio muy largo, tan largo que algunos pensaban que el pobre juez había muerto. No se movió durante largos minutos y su cara parecía del inframundo—. ¿Hay alguien que quiera decir algo más a este tribunal?

—¡Yo! —Se alzó Joseph.

—¿Quién eres tú muchacho? Identifícate y sube a la plataforma.

El joven obedeció. Helen lo miró, ya era un hombrecito. Era casi tan alto como ella y su rostro aniñado empezaba a dar paso a uno más masculino.

—Soy Joseph Bennet, hijo de Brian Bennet. Aunque



hubiera deseado borrar mi apellido y a ese hombre de mi mente. Mi padre tendría que haberse sentado donde se ha tenido que sentar mi santa madre hoy. Tendría que haberse sentado por haberla pegado, humillado y violado durante diez años. Tendría que haberse sentado por haberme mal tratado día y noche durante mi infancia y tendría que haber sido condenado a muerte por haber

tirado a mi hermana Rose por el balcón. Aunque mi madre es inocente, hubiera deseado que fuera ella quien matara a ese cerdo egoísta que se hacía llamar padre. Ojalá lo hubiera matado con sus propias manos... O ojalá lo hubiera matado yo. Exijo que se le pida disculpas a mi madre por la difamación de su buen nombre.

Helen no podía estar más orgullosa de su niño, al que abrazó con todas sus fuerzas cuando volvió a los bancos.

Francis estalló en una risa histérica. ¿Pedirle disculpas públicas? En fin, lo que estaba claro era que esa familia había sufrido mucho a manos del difunto Conde. Dejó de reír y meditó las palabras de aquel valiente Joseph.

—No pediré disculpas a tu madre, Joseph Bennet. Pero como signo de mi buena fe, te devuelvo lo que es tuyo por derecho: el Condado de York. Las formalidades ya las arreglarás con los ministros, nobles y la reina. Pero de ahora en adelante, tú eres el Conde de York. A no ser que William Bennet tenga algo que objetar —miró al hombre, que parecía estar borracho—. Señor William —repitió Francis.

—¿Eh? —Levantó la cabeza—. ¿Dónde está la bailarina?

—Señor William aquí no hay bailarinas, estamos en un juicio. ¿Usted tiene algo que objetar?

—No, no tengo nada que objetar. Yo quiero que me devuelvan la renta que mi padre me legó y ya soy feliz, no quiero responsabilidades ni historias... Para ti, sobrino. —Se levantó, cogiendo un chaqué que tenía al lado y salió del lugar como si le importara un reverendo comino todo aquello.

—Se le devolverá la renta a este señor... —musitó Francis al borde del ataque de nervios—. Por la presente, declaro a Helen de Haiderabad inocente por falta de pruebas y de testimonios. Y le concedo a su hijo el Condado de York, al que deberá regresar en un plazo de noventa días—. Dio dos golpes de maza y se levantó, harto.

Karen, Gigi, Rudolph, Rose y Joseph abrazaron a la protagonista de toda esa historia, felicitándola por su éxito. Helen con un gran peso de encima fuera de su vida, por fin podía decir que era feliz.

Volvió a palacio a lomos del elefante donde su marido la esperaba con toda clase de lujos y una fiesta por todo lo alto para celebrar su triunfo. Sus primas y su padre se unieron al festín, disfrutando todos juntos de esa merecida paz. Rania corría de uno a otro, con sus ojos azules y pelo negro mientras que Rose hablaba con Hassan y Jodhya en un rincón. Khaled y Helen no se separaban ni un instante mientras Rudolph trataba de conocer un poco

mejor a su yerno con algunas preguntas. Gigi y Karen corrían por el castillo descubriendo cosas que jamás habían visto y obligando a Zerina a vestirlas como indias.

Mientras todo ese jolgorio se daba lugar en el palacio, el juez Francis se preparaba para volver a su tierra. Se colocó su sombrero y su chaqué, a la espera del buque, colocó las manos dentro de los bolsillos. Notó un papel en el bolsillo derecho.

Extrañado, lo sacó y lo desdobló.

"Jaque mate."





Capítulo final

Después de dos semanas de celebraciones y reuniones familiares, llegó el momento de que la familia de Helen volviera a su país de origen. Tanto Karen como Gigi habían dejado atrás a sus maridos y a sus hijos, por lo que no podían demorar más su partida.

El Conde de Pembroke, su padre, también tenía obligaciones para su condado. Además, tenía la obligación de volver para acompañar a su nieto Joseph y apoyarlo en los eventos complicados que estaban por sobrevenirle. Josh, debía instruirse para ser un buen Conde y su abuelo se encargaría de ello. El mayordomo, el señor Vollys, seguro que también sería una gran ayuda para él.

—Conde de York —dijo Helen a su hijo, mientras le cogía la cara entre sus manos con gesto orgulloso.

—Mamá... No llores —pidió el muchacho, intentando ser fuerte.

Helen no se hacía a la idea de tener que despedirse de su hijo mayor. Seguramente pasarían años antes de volver a verle. Pero, una vez más, era el destino. Era imposible que ella volviera con su hijo a Inglaterra después de ser declarada traidora de dicho país. Por no decir que sería una gran mancha negra sobre el recién nombramiento de su hijo como Conde de York. Tampoco era viable que el niño se quedara con ella, él merecía tener lo que por derecho le pertenecía. Y es que siempre llega un momento en la vida en el que los hijos tienen que abandonar a sus padres para empezar a vivir su propia vida, a cumplir su propio destino.

—No llores... Sólo me emociono —se excusó ella, intentando sonreír—. Hijo, cuídate mucho. Quédate cerca de tu abuelo y no te estropees con malas compañías. Sé un hombre justo. Conviértete en el hombre que tu madre siempre quiso hacer de ti. No bebas más de lo que sea necesario y apártate del juego...—Lo abrazó con fuerza.

—Sí, mamá —convino el muchacho obediente. Pero sus ojos ya no estaban sobre su madre sino sobre una joven de doce años que lo miraba con desespero— Priya... —nombró.

Priya, hermosa india de pelo negro y largo hasta sus rodillas, con ojos grandes y negros, se acercó a ese compañero de juegos que se había hecho tan especial en su vida.

—Te he hecho esto, para que no te olvides de mí... —Extendió un pañuelo bordado por ella misma en el que rezaban sus iniciales. “P.K” y “J.B”.

—Jamás me olvidaré de ti...—confesó Josh, apartándose de su madre y acercándose a la niña para abrazarla—. Tú tampoco lo hagas de mí...

—Eso es imposible —sentenció la princesa, devolviéndole el agarre.

La madre de la princesa, la reina Rania, miró la escena con sentimientos encontrados pero no dijo nada al respecto. En lugar de eso, también se despidió del chico afectuosamente.

—No te olvides de tu madre —reclamó Khaled, dándole dos palmadas sobre el hombro—. Y recuerda: esta siempre será tu casa.

—Volveré... No lo dudéis.

Con aquella promesa de futuro, el joven adolescente se despidió de sus dos hermanas y se acercó a su abuelo, dispuesto a subir en el barco.

—Esta vez no dejaremos de escribirnos, ¿verdad, hija? —se preocupó el Conde de Pembroke, Rudolph.

—No, papá. Te escribiré cada semana... Y también a vosotras, Karen y Gigi. Estoy en deuda con vosotras, primas.

—Tranquila, ya nos cobraremos la deuda cuando queramos hacer uso de tu palacio —rio Karen, estrechando a la rubia entre sus brazos como si quisiera exprimirla.

—Exacto. El día que no pueda más con el ruido de las niñas y las peticiones de mi marido, vendré aquí de vacaciones un mes entero... o más —soñó Gigi, con cuatro hijas, tres de ellas mellizas.

—Cuando queráis, sois bienvenidas —rio esa integrante de las beldades problemáticas que, por fin, había conseguido llegar a la felicidad.

Se abrazó a su esposo, en medio del puerto, en una zona privada que la realeza disponía. Y abrazada a él, despidió a su familia con besos en el aire y movimientos de mano frenéticos. No se marcharon hasta que el buque zarpó.

—Estará bien... Tu padre cuidará de él. Y es un joven muy espabilado a la par de juicioso —la consoló su marido, siempre tan comprensivo.

—Sí, mi amor. Eso espero... Que esté bien *in shaa Allah* (si Dios quiere).

Estaré contando los días para volver a verle... —Se limpió las lágrimas, mirando a sus dos hijas, que jugaban en un rincón custodiado por Zerina.

Anduvo hasta ellas con su esposo al lado.

—Rose, Rania... Mis dos tesoros —dijo, al llegar a ellas, tocando la cabecita de cada una.

—Estaremos esperando el regreso de tu tercer tesoro, ¿verdad Rania? —habló Rose, sosteniendo a su hermana pequeña sobre las piernas.

—Sí... Sí... —contestó la menor, que apenas empezaba a hablar.

—Vamos. Jodhya, Hassan y sus dos hijos, nos estarán esperando.

—Jodhya está con los nervios a flor de piel —explicó la suegra, uniéndose a la conversación—. Este tercer embarazo la está desquiciando... Creo que esta vez será una niña.

Regresaron al castillo a lomos de los elefantes donde, efectivamente, Hassan y Jodhya los recibieron con anhelo. Atrás habían quedado las rencillas y los celos. El hermano de Khaled, con su esposa al lado, ya no pensaba en el trono. Era suficiente para él que su hijo mayor, Zakir, heredara el reino tras la muerte de su tío.

Jodhya, amaba a Khaled, pero como familia. Había descubierto que el verdadero amor sólo existía con su esposo, con el que era muy feliz y con el que había traído al mundo a dos niños y a otro que estaba en camino.

Los reyes de Haiderabad observaron el salón: Rose jugando con Rania y Zakir, mientras Jodhya cargaba a su bebé con el vientre abultado en el que había otro. Hassan embelesado con su mujer. Y la reina madre intentando poner orden de un lado para otro.

—Lo hemos conseguido —ultimó Khaled, mirando a su esposa con verdadero sentimiento.

—Sí, nuestro amor no se ha doblegado ni se ha debilitado a pesar de todos los obstáculos. Juntos, hemos creado nuestro propio mundo.



Se cogieron de la mano y se retiraron disimuladamente a su alcoba, donde una vez más, pusieron a prueba los conocimientos adquiridos del Kamasutra. Donde una vez más, se amaron sin importar los orígenes, las diferencias culturales o las clases. Helen ya no se acordaba del infierno vivido con el Conde, Khaled era su mejor medicina y el mejor compañero de vida que una mujer podría desear: fiel, considerado, justo, comprensivo, piadoso, amante, pasional, bello, único...Rey.





Epílogo

Priya apretaba la carta de Joseph contra su pecho mientras miraba al horizonte. El mar, aparentemente en calma, daba una imagen idílica que se confundía con el cielo.

Habían pasado diez años desde la última vez que lo vio. Pero sabía que él seguía siendo el mismo. Lo sabía por las cartas que se habían mandado durante ese período, pero sobre todo lo sabía por aquel instinto de mujer enamorada. ¿La reconocería cuando desembarcara? Ella seguro que sí lo conocería. Tenía sus ojos azules, avispados pero bondadosos, clavados en la memoria.

Mientras esperaba, recordaba los días que habían pasado juntos. Los juegos a los que habían jugado y las promesas de amor infantiles.

Ella ya no era una niña.

Era una mujer. Una preciosa muchacha casadera que había eludido cualquier intento de compromiso con mucho esfuerzo y con muchas discusiones con su madre. Su madre, sin embargo, ya era una anciana que no le quedaban fuerzas para seguir discutiendo. Así que, finalmente, le había dado el permiso para contraer nupcias con Joseph Bennet, Conde de York. También hay que decir que su hermano mayor, Khaled, la había ayudado a conseguir ese cometido. Por supuesto que su cuñada, Helen, estaba completamente de su lado.

Cuando supo que era libre para unirse a Josh, le mandó una misiva. Esperó más de un mes para tener la respuesta... Con muchos nervios e irritación. Pero un día llegó. Y no la defraudó. Su amor, su hombre querido... Iría hasta allí

para verla. No sólo a verla, sino a pedir su mano formalmente y a llevársela a Inglaterra con él.

Por eso, a pesar de saber que el buque no llegaría hasta mediodía, había decidido esperarle desde primera hora de la mañana en el muelle. No quería, por nada del mundo, que él llegara y no la encontrara. Su corazón ardía de euforia y deseo, y sólo la brisa marina era capaz de sofocar ese fuego.

Pasadas las horas, sin perder el gesto ni la buena esperanza, llegó su cuñada Helen y madre de Joseph. Helen ya tenía casi cincuenta años y llegaba acompañada de su hija mayor, Rose, y de su hija menor, Rania. De diecinueve y doce años respectivamente.

—Tía Priya, ¿cuánto tiempo llevas esperando? —rio Rose al llegar a su posición.

—Toda la mañana —repuso ella, muy seria. Como si se tratara de un asunto de estado.

—¡Me parece que ya veo un navío! —avistó Helen de Haiderabad, poniéndose la mano sobre los ojos a modo de visera para el sol.

Efectivamente, estaba arribando al puerto un navío internacional. Las mujeres apretaron los ojos con el fin de identificar al objeto de su devoción. Pero no veían a nadie, así que cogieron aire y paciencia. Se acercaron a la rampa por donde descenderían los viajeros. Primero, como siempre, los de primera clase.

Bajaron un par de familias. Y luego un hombre de unos veinticinco años, hermoso y fornido. Alto con piernas musculosas y aspecto de príncipe azul. Helen lo conoció al instante, era una fiel copia del difunto Conde. Pero él irradiaba una salud mental y física de la que nunca presumió su padre. El joven iba ataviado con un hermoso traje de chaqué y pantalón negros pero con detalles azules. Rubio como el sol y de mentón ancho, llegó al final de la pasarela. Helen rio irónicamente, recordando el primer día que Josh pisó India. Lo hizo como un niño de tercera clase, esperando a que todos los ricos bajaran primero. Y, ahora él, formaba parte de la primera clase. Un rey tiene que estar dispuesto a arrodillarse para llegar a ser rey.

—¡Josh! ¡Josh! —exclamó la madre, corriendo hacia él y tirándose sobre su cuerpo. Un cuerpo que le parecía mucho más grande de la última vez que lo abrazó.

—¡Mamá! —Pero la dulzura de su hijo seguía siendo la misma—. ¡Mi madre querida! Te ha traído algo...—Sacó un baúl de su equipaje. *¡Era el baúl de sus viejos manuscritos!*

—Oh, hijo... ¡¿Te has acordado?!

—He pensado que te gustaría tenerlo... Lo encontré en tu habitación. Aunque quizás no te haga falta ahora que ya has publicado un libro... Me encantó: “*Un paseo por el destino*”, lo he leído cientos de veces.

—¿De verdad? —se enorgulleció de sí misma al verse valorada por su niño, que ya no era tan niño—. Te quiero, Joseph.

La levantó del suelo y dio dos vueltas con ella entre sonrisas y lágrimas. Cuando madre e hijo hubieron saciado sus deseos de reencontrarse, sus hermanas fueron las siguientes en darle la bienvenida.

Rose recibió el abrazo desde la silla de ruedas y Rania se tiró a sus brazos.

Finalmente, el Conde de York, reparó en una bella flor de jazmín alta y esbelta con un sari de color rojo hermoso y un pelo negro y largo hasta su cintura.

—Priya... —nombró, dejando ir un suspiro.

—Joseph... —Se acercó la princesa, tímida. Todo el candor que había sentido durante la mañana estaba en su máximo apogeo, pero chocar con aquel hombre tan cambiado físicamente la avergonzó.

—¿Tienes vergüenza? —rio Josh, cogiéndola por la cintura y acercándola a su torso. Ella aspiró su aroma familiar con la cabeza un poco gacha pero con una enorme sonrisa.

—No es vergüenza... No lo sabría explicar —expresó, sin mirarlo a los ojos, soltando una risilla atolondrada.

—¿Estás preparada para casarte con un Conde inglés? —espetó él, sonriente. Obligándola a mirarlo. Muriendo el uno en el otro.

—Estoy preparada para ser la esposa de Joseph Bennet, sin importar que sea Conde o campesino, inglés o indio...

¿Qué importaban las diferencias culturales? ¿Las diferencias sociales? ¡Sólo importaba el amor verdadero! Aquel amor capaz de superar los problemas de la vida con respeto y buen humor.

... **¿FIN?...**

Muchas gracias por leer esta novela. Si has disfrutado de la lectura te invito a que dejes una reseña en [Amazon](#). O, de lo contrario, puedes dejarme tu opinión en [Goodreads](#). Un abrazo. Por último, te dejo mi [correo](#) para que te sientas libre de comunicarte conmigo.

marsalol93@gmail.com

Pulsa en que mercado estás:

[Amazon España](#)

[Amazon Estados Unidos](#)

[Amazon Mexico](#)





Disponible en
amazon

kindleunlimited



Saga bellidas
problemáticas



Bienvenidos a mi grupo de [facebook](#)